HELENA MONTERO



La hermana que nadie buscó

Lo que el río no devuelve

UN THRILLER PSICOLÓGICO
SERIE NORA VIDAL · LIBRO 1

EDICIONES BIRONDÓN

La hermana que nadie buscó

Lo que el río no devuelve

Serie Nora Vidal · Libro 1

Helena Montero

Ediciones Birondón

La hermana que nadie buscó

Lo que el río no devuelve
Serie Nora Vidal · Libro 1

© 2026, Helena Montero
© 2026, Ediciones Birondón, por la presente edición

Primera edición: mayo de 2026

Ediciones Birondón
Madrid (España)

Diseño de cubierta: Ediciones Birondón

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia.

Aviso sobre el uso de inteligencia artificial: en la producción editorial de este libro (corrección, edición y diseño) se han utilizado herramientas de inteligencia artificial generativa como apoyo. La creación de la trama, los personajes y la narrativa ha sido responsabilidad de la autora.

ISBN ebook: [se añadirá tras publicación en KDP]
ISBN tapa blanda: [se añadirá tras publicación en KDP]

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo · Saraita

Prólogo II · Veintisiete años después

Capítulo 1 · Las seis de la mañana

Capítulo 2 · La firma

Capítulo 3 · Tú sabes lo que viste

Capítulo 4 · El expediente del muerto

Capítulo 5 · Cuarenta y ocho horas

Capítulo 6 · Ana Roldán

Capítulo 7 · La forense habla

Capítulo 8 · La segunda vez es más fácil

Capítulo 9 · Mateo

Capítulo 10 · El archivo

Capítulo 11 · Fuentes

Capítulo 12 · El hermano

Capítulo 13 · Ella casi lo vio

Capítulo 14 · El segundo cuerpo

Capítulo 15 · El puente de Praga

Capítulo 16 · La carta

Capítulo 17 · La noche del viernes

Capítulo 18 · El final que elegí

Capítulo 19 · Mejía Lequerica once

Capítulo 20 · Un minuto

Capítulo 21 · La detención

Capítulo 22 · Segovia

Capítulo 23 · La profesora de piano

Capítulo 24 · Pollença

Capítulo 25 · Me siento cansada
Capítulo 26 · Navalcarnero
Capítulo 27 · Piso propio
Capítulo 28 · Fermín Rojas Valverde
Capítulo 29 · La llamada
Capítulo 30 · Paella
Capítulo 31 · El río
Capítulo 32 · Una A
Capítulo 33 · Dos mujeres
Epílogo · Tres meses después
Agradecimientos

Para quien todavía busca.

"No hay peor cárcel que la de no saber."
— Anónimo

"El pasado no pasa. Solo aprende a esconderse mejor."

— Helena Montero

¡ÚNETE A LA COMUNIDAD DE EDICIONES BIRONDÓN!

Si has llegado hasta aquí es porque la historia de Nora Vidal te ha atrapado. No dejes que acabe aquí. Apúntate a nuestra **newsletter** y recibe:

→ Avisos de pre-lanzamiento de nuevos libros
→ Primeros capítulos inéditos antes que nadie
→ Relatos cortos exclusivos
→ Acceso anticipado a sorteos y eventos
→ Recomendaciones de otros thrillers que no te puedes perder

Todo directo en tu bandeja de entrada. Sin spam. Solo cuando tengamos algo que valga la pena.

Escanea el código, rellena el formulario y forma parte.

PRÓLOGO

Saraita

Mi mamá me dijo que no me soltara de su mano.

Pero mi mamá está hablando con una señora en el banco de los helados, y la señora lleva un niño pequeño que llora, y mi mamá le está diciendo cosas para que el niño deje de llorar, y yo tengo siete años y me aburro.

Sé que tengo siete años porque los cumplí hace tres meses. Nora me regaló un cuaderno con las tapas de color rosa y un lápiz con una goma rosa en la punta.

Nora es mi hermana mayor. Tiene once. Nora no ha venido hoy al parque porque está estudiando para un examen. Dice que es importante. Ella quiere ser policía cuando sea mayor. Como papá. Yo no sé qué quiero ser.

Me suelto de la mano de mi mamá sin que ella se dé cuenta y me voy hasta los columpios.

No hay nadie en los columpios. Es sábado y hace mucho calor. Los niños están dentro de las casas. Yo también quería haberme quedado en casa pero mi mamá dijo que necesitaba salir un rato.

Me subo al columpio azul. Empiezo a balancearme despacio.

Entonces viene un chico.

El chico es mayor que yo pero no tanto como Nora. Tiene el pelo oscuro y una camiseta verde. Se sienta en el columpio de al lado. No se balancea. Solo está sentado mirándome.

—Hola —dice.

Yo no contesto, porque mi mamá me ha dicho muchas veces que a los desconocidos no se les contesta.

—Tu mamá me ha pedido que venga a buscarte.

Yo miro hacia el banco de los helados. Mi mamá sigue hablando con la señora del niño que llora. No está mirando hacia aquí.

—Tu mamá tiene que volver a casa corriendo porque ha pasado una cosa con tu hermana. Con Nora.

Yo me bajo del columpio.

—¿Qué le ha pasado a Nora?

—Nada grave. Pero tu mamá tiene que irse ya, y me ha dicho a mí que te lleve yo en otro coche para que no os tengáis que ir las dos corriendo. Ven.

El chico me ofrece la mano.

Yo miro la mano. Luego miro otra vez el banco de los helados. Mi mamá está de espaldas. La señora del niño le está enseñando algo en el móvil.

—¿Mi mamá sabe que tú eres...?

—Soy primo tuyo. De la familia de tu papá. Me llamo Mateo. Nos conocimos el año pasado en la boda de tu tía. ¿No te acuerdas?

Yo no me acuerdo. Pero el chico sabe el nombre de mi tía. Y sabe que papá tiene primos. Y mi mamá me ha dicho muchas veces que a la familia sí se le contesta aunque no los conozca bien.

Le cojo la mano.

Caminamos juntos hasta la salida del parque, por el sendero que baja hacia la calle donde están los coches aparcados.

No miro hacia atrás.

No grito.

No suelto la mano.

Eso fue lo último que hice antes de dejar de ser yo.

PRÓLOGO II

Veintisiete años después

Madrid, veintisiete años después.

Una mujer de treinta y ocho años está sentada en el suelo de un pasillo de comisaría, con la espalda apoyada contra la pared, los brazos cruzados sobre las rodillas, mirando una puerta cerrada al otro extremo del pasillo.

En esa puerta, al otro lado, está su hermana.

Desapareció el nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho en un parque del sur de Madrid. Tenía entonces siete años. Ahora tiene treinta y cinco.

Y no sabe todavía que es su hermana.

Dentro de cuatro minutos, cuando esa puerta se abra, la mujer de treinta y ocho años va a tener que decirle a la mujer de treinta y cinco la cosa más difícil que una mujer puede decirle a otra.

Va a tener que decirle que todo lo que creía que era su vida no lo era.

Va a tener que decirle que su nombre real no es el que le enseñaron.

Va a confesarle que el hombre al que llamaba tío la secuestró cuando tenía siete años.

Va a hacerle entender que, durante estos veintisiete años, ha habido alguien que no dejó de buscarla.

Y va a decírselo en los siete minutos que median entre esta puerta y el coche aparcado abajo, porque la prensa llega en nueve minutos y porque un fiscal acaba de llamar para confirmar que el juez de guardia ha firmado la detención a las seis menos nueve minutos de esta tarde.

La mujer de treinta y ocho años se llama Nora Vidal. Es inspectora jefe de Homicidios de Madrid.

Lleva cincuenta y nueve días persiguiendo a un asesino que llevaba diez años muerto.

Lleva veintisiete años buscando a su hermana.

Lleva once años buscando a quien mató a su padre.

Esta tarde, a las seis menos nueve minutos, ha encontrado las tres respuestas a la vez.

Al otro lado del pasillo, la puerta empieza a abrirse.

Nora Vidal respira hondo. Se pone de pie. Se alisa la chaqueta.

Y empieza a caminar hacia su hermana.

CAPÍTULO 1

Las seis de la mañana

El cuerpo estaba atravesado en la orilla, con las manos cruzadas sobre el pecho como si alguien hubiera tenido tiempo y ganas de colocárselas. Una mujer. Treinta y pocos años. Vestido oscuro pegado al cuerpo por el agua. Pelo mojado pegado a la cara.

Y en la muñeca derecha, una X.

Pequeña. Trazada con algo afilado y preciso. Con la misma profundidad en los dos cortes. Pulso firme. Práctica.

Nora Vidal se quedó completamente quieta.

Diez años. Hacía diez años que no veía esa marca. Y sin embargo la reconoció antes de que su cerebro tuviera tiempo de procesarlo. La reconoció en el estómago, que es donde se reconocen las cosas que no se quieren reconocer.

—¿Nora?

Sergio la miraba.

—Llama a Lena —dijo ella, sin apartar los ojos de la muñeca—. Cierra el perímetro. Nadie de prensa, nadie de otros departamentos. Nadie que no sea imprescindible.

—¿Qué has visto?

Nora miró el río. El agua oscura moviéndose despacio, como siempre, como si no supiera nada.

—Algo que debería estar muerto hace diez años.

Se agachó otra vez. Con cuidado. Sin tocar nada.

El río olía a fango frío y a hoja podrida; debajo, más denso, se notaba el olor dulzón de algo orgánico que empezaba a fermentar. Nora reconoció el olor sin querer identificarlo.

La mujer era una desconocida: treinta y pocos años; pelo castaño; un pendiente de perla en el lóbulo izquierdo. La piel del cuello tenía la lividez propia de la exposición al agua: un blanco verdoso con las venas superficiales visibles. La boca estaba ligeramente entreabierta.

Eso era lo que había llamado la atención a Nora desde el primer momento.

Porque Paredes siempre cerraba la boca de sus víctimas. Era parte de su rito. Parte de lo que el fiscal había llamado, en el juicio, la última violencia privada del asesino sobre el cuerpo que ha reducido al silencio.

Esta boca estaba abierta.

O a quien lo había hecho se le había olvidado cerrarla, o no sabía que había que cerrarla, o había decidido no hacerlo.

Ninguna de las tres opciones era neutra.

Nora siguió con la mirada la línea del cuello; la ropa; las manos cruzadas; el vestido oscuro. No había ningún signo visible de violencia aparte de la X. Eso significaba asfixia. O envenenamiento. El Escultor del Río usaba un compuesto de opiáceos para sedar a las víctimas antes de ahogarlas. Lo había dicho él mismo en el juicio. Lo había descrito con una precisión de químico que había hecho vomitar a una de las juradas durante el receso.

Héctor Paredes.

Ese era el nombre que Nora no había querido decir en voz alta todavía. Lo había pensado, sí, en el instante exacto en que vio la X. Pero decirlo era otra cosa. Decirlo era abrir una puerta.

Héctor Paredes murió en prisión hace diez años. Un infarto. Cincuenta y dos años. Cinco víctimas confirmadas, probablemente ocho. Todas mujeres jóvenes, todas encontradas en el Manzanares entre dos mil once y dos mil catorce: todas con una X en la muñeca derecha; todas con las manos cruzadas; todas con opiáceos en sangre.

Lo había detenido el padre de Nora.

No solo él. El equipo. El comisario de entonces. Pero el nombre que había salido en los periódicos, el nombre que había recibido la felicitación pública del ministro, el nombre que había pagado el precio que siempre se paga por las victorias en este trabajo, había sido el del inspector jefe Alfonso Vidal.

El padre de Nora había muerto cuatro años después de aquella detención. Acto de servicio, le dijeron. Persecución por los tejados de Vallecas. Un mal paso. Dieciséis pisos de caída.

Nora tenía veinticuatro años entonces.

Ahora tenía treinta y ocho, estaba agachada junto a un cuerpo con la firma de un hombre al que su padre había metido en la cárcel hace once años y que había muerto hace diez, y llevaba cuarenta minutos corriendo bajo la niebla baja del Manzanares antes de ver las luces azules.

Se incorporó. Las piernas le temblaban un poco. Lo atribuyó a la carrera.

—Nora.

Sergio había vuelto. Le ofrecía un café en un vaso de plástico. De dónde había sacado un café a las seis de la mañana en una orilla del Manzanares era uno de los misterios menores de Sergio Alatriste, que eran muchos, pero ese en concreto lo apreciaba siempre.

—¿Lena?

—En quince minutos. Viene directa desde casa.

—¿Fuentes?

—Lo he despertado. No está contento. Viene.

Nora cogió el café. El vaso de plástico estaba caliente y mal cerrado; un hilillo de café le cayó sobre el dorso de la mano. Un sorbo. Sabía a máquina industrial, a azúcar mala, a madrugada. Lo sostuvo entre las dos manos para recuperar el calor que se le había ido del cuerpo sin darse cuenta.

—¿Lo sabe él? —preguntó Sergio.

—¿Fuentes?

—Lo que estás pensando.

Nora no contestó enseguida. Miró otra vez la muñeca. La X estaba intacta. La había visto quinientas veces en fotografías del expediente de su padre. Siempre idéntica. Dos cortes limpios. Aquí, en este cuerpo, era la misma marca.

—Fuentes va a llegar, va a ver esto y va a querer que yo me aparte del caso.

—Probablemente.

—Y yo no voy a apartarme.

—Lo sé.

—Lo sabes porque me conoces o porque estás de acuerdo.

Sergio la miró.

—Las dos cosas.

—¿Identidad?

—Todavía nada. No tenía bolso. Ni documentación. Ni teléfono. Solo lo que lleva puesto: el vestido, los pendientes, un anillo de plata en el anular derecho, y un reloj barato en la muñeca izquierda, de los que se venden en los cien del centro comercial. La muñeca derecha está limpia. Solo la marca.

—¿Huellas del arrastre?

—Mínimas. Alguien la trajo hasta aquí con cuidado. Sin prisa. Probablemente en una lona, que luego retiró. No hay marcas de neumático en el camino porque el terreno es de tierra compactada. La han descargado ahí arriba —señaló un punto a diez metros, donde el paseo bajaba hacia la orilla— y la han bajado despacio.

—Una persona sola.

—O dos. No se puede saber todavía.

Nora miró el suelo alrededor del cuerpo. Luego miró el agua.

—Nadie dice el nombre. Ni tú, ni yo, ni los que lleguen. Hasta que tengamos la autopsia, hasta que tengamos el tóxico, hasta que tengamos algo más que una X, no sale el nombre de Paredes. Si sale, mañana tenemos a veinte periodistas aquí y el caso se nos va de las manos antes de empezar.

—Entendido.

—Y Sergio.

—¿Qué?

—Si esto es lo que estoy pensando que es, no puede ser una coincidencia. Alguien está mandando un mensaje. Y el mensaje va dirigido a alguien que sepa leerlo.

—A ti.

Nora no apartó los ojos un segundo mirando a Sergio. No contestó.

Terminó el café.

Tiró el vaso a la bolsa de desechos que uno de los uniformados tenía abierta junto a la cinta. Se limpió las manos con un pañuelo.

—Voy a casa a ducharme y a cambiarme —dijo—. En una hora estoy en comisaría. Cualquier cosa, me llamas.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Estoy bien, Sergio.

Sergio la miró un segundo más. No insistió. Ya había aprendido en seis años de compañero que cuando Nora decía "estoy bien" de esa manera, insistir era lo mismo que hablarle a un muro. El muro estaba ahí por alguna razón. Respetarlo era parte del trabajo.

Nora subió la pendiente hasta el paseo. Cruzó entre dos árboles. Salió a la calle. El amanecer estaba empezando a manchar el cielo por el este, una mancha gris con un borde rosado, de esas mañanas de octubre en Madrid que prometen un día limpio sin cumplirlo.

En el coche, antes de arrancar, Nora se quedó un minuto con las manos en el volante, mirando al frente.

Diez años.

Hace diez años ella era una joven inspectora de veintiocho años que acababa de heredar el caso del Escultor del Río después de la muerte de su padre. Hace diez años había cerrado oficialmente el expediente, porque Héctor Paredes estaba muerto en la celda de Valdemoro y no había nada más que investigar.

Pero había una cosa que nunca había aparecido en el expediente.

Había una cosa que su padre había escrito en el margen de una de las actas, con su letra pequeña y clara, en el año dos mil doce, durante los primeros interrogatorios de Paredes.

Una sola palabra.

"Aprendiz".

Nora no había vuelto a pensar en esa palabra desde que cerró la caja en dos mil catorce. La caja estaba guardada en el altillo del armario del pasillo de su piso, detrás de dos edredones de verano y una maleta azul que no usaba desde Sicilia dos mil diecisiete. Se había asegurado de ponerla donde tuviera que desplazar cosas para llegar a ella. Era una forma de esconderla de sí misma.

Nora arrancó el coche.

En casa tenía, en esa caja, doce años de preguntas sin respuesta.

Doce años sin tocarla.

Doce años sabiendo que algún día iba a tener que abrirla.

Ese día acababa de llegar.

Condujo despacio por las calles todavía vacías hacia Lavapiés. En el semáforo de Atocha le cruzó un barrendero que la saludó con la mano, un hombre mayor al que Nora veía tres o cuatro veces por semana, y al que ella devolvió el saludo casi sin pensarlo. El mundo seguía funcionando. La gente seguía yendo a trabajar. Los bares empezaban a levantar las persianas. A trescientos metros del Manzanares, donde una mujer muerta esperaba a que Lena Mora la reclamara, Madrid se despertaba como si no hubiera pasado nada.

Tardó siete minutos en llegar a casa.

Subió las escaleras de cuatro en cuatro.

Metió la llave en la cerradura.

Entró.

El apartamento olía a cerrado, al aceite de la sartén de la noche anterior, al suavizante que ella misma había puesto en la lavadora dos días antes y al que nunca terminaba de acostumbrarse. En el recibidor, sobre la repisa de madera donde guardaba las llaves, estaba el reloj de su padre. Parado, como siempre, a las cinco y cuarenta. La hora a la que encontraron a Alfonso Vidal sobre el patio interior del bloque de Vallecas, una mañana de febrero, once años atrás.

Nora se quitó la sudadera. Se sentó un segundo en el sofá. Se quedó mirando el reloj desde el recibidor.

Luego se levantó.

Fue directa al armario del pasillo.

Abrió. Sacó los dos edredones. Sacó la maleta azul. Y detrás, a la altura de sus hombros, estaba la caja.

Cartón marrón. Cinta de embalar ya amarillenta. Con rotulador negro, su propia letra de hace doce años escribía:

"PAPÁ - Archivo personal - NO ABRIR".

Nora la bajó.

La llevó al salón.

La dejó sobre la mesa baja.

Se sentó en el sofá.

Se quedó mirándola.

El apartamento estaba en silencio. Fuera empezaban a oírse los primeros coches de la mañana. El reloj de la cocina marcaba las seis y cuarenta y cinco.

Nora no había decidido todavía si iba a abrir la caja esa mañana o no.

Pero en el fondo lo sabía.

Lo sabía desde que vio la X en la muñeca de aquella mujer que todavía no sabía que se llamaba Carmen Alcaraz.

La caja llevaba doce años esperándola.

Ella le había hecho esperar lo suficiente.

Se levantó. Fue a la cocina. Se sirvió un vaso de agua. Volvió al sofá. Puso el vaso en la mesa, al lado de la caja. Sacó un cúter del primer cajón del aparador.

Cortó la cinta.

Abrió las solapas.

Dentro había una carpeta. Una carpeta vieja, de cartón duro, con los bordes rozados. Sobre la tapa, con la letra de su padre, alguien había escrito un título que Nora ya sabía de memoria, aunque en doce años no lo había vuelto a leer.

"ESCULTOR DEL RÍO - Archivo personal".

Debajo, en letra más pequeña, su padre había añadido una línea que Nora no recordaba haber visto antes.

"Para Nora, si algún día tiene que continuar."

Nora se quedó un largo rato mirando esa última línea.

Luego cogió la carpeta.

La abrió.

Y empezó a leer.

CAPÍTULO 2

La firma

Lena Mora olía a café y a la colonia barata que usaba en invierno.

—Te lo digo de entrada —dijo cuando Nora entró en la sala de autopsias a las diez y cuarto—. No te va a gustar.

—No me gusta nunca.

—Esta vez menos.

Nora se puso la bata. Se puso las calzas. Se acercó a la mesa de acero inoxidable donde estaba la mujer del río, ahora limpia, ahora destapada, ahora más real de lo que había sido hace cuatro horas.

Lena Mora tenía cincuenta y un años, el pelo cortísimo teñido de rubio platino, y una relación profesional con la muerte que ella misma describía como "un matrimonio largo, aburrido, sin posibilidad de divorcio". Era la mejor forense que Nora había conocido. Era también una de las tres personas del cuerpo a las que Nora le dejaba llamarla por el nombre de pila sin pedir permiso cada vez.

—Identidad —dijo Lena—. Ya la tenemos. Carmen Alcaraz Montes. Treinta y cuatro años. Profesora de educación secundaria en un instituto público de Carabanchel. Casada, sin hijos, vivía en un piso alquilado en Leganés con su marido, que la denunció desaparecida anoche a las once y veinte. Volvió del trabajo a las tres, comió con él, salió a eso de las cinco a hacer unos recados por el centro y no regresó.

—¿El marido?

—Limpio. Estaba en su puesto de trabajo, un taller mecánico en Getafe, hasta las ocho. Diez testigos. Llegó a casa a las ocho y media, cenó solo porque creyó que ella se había retrasado, esperó, llamó, y a las once denunció.

—¿Enemigos?

—Ninguno conocido. Vida tranquila. Ni redes sociales activas, ni deudas, ni conflictos laborales. No encaja con ninguna de las víctimas de Paredes por perfil socioeconómico ni por geografía.

—Excepto que sí encaja.

—Excepto que sí encaja.

Nora asintió. Se acercó al cuerpo.

—Causa de la muerte —continuó Lena, agachándose junto a la cabeza—. Asfixia por ahogamiento. Agua en pulmones compatible con el Manzanares. Estaba viva cuando entró al río.

—Joder.

—Eso es lo que no te va a gustar, pero no es lo peor. Sigue mirando.

—¿Sedada?

—Fentanilo. En dosis alta pero no letal. La querían despierta al final. O la querían semiconsciente. No sé distinguir todavía entre las dos posibilidades.

Nora tragó saliva.

—Paredes usaba benzodiacepinas.

—Paredes usaba benzodiacepinas —confirmó Lena—. Y eso me lleva al segundo regalo. Mira la X de la muñeca.

Nora se acercó. La X estaba ahí. Limpia. Precisa. Con los dos trazos cruzándose en un ángulo de casi exactamente cuarenta y cinco grados.

—¿Qué le pasa a la X?

—Que está hecha al revés.

—¿Cómo al revés?

—Paredes era diestro. Sus Xs siempre tenían el primer trazo bajando de arriba a la izquierda hacia abajo a la derecha. Es un gesto natural cuando se sostiene un bisturí con la mano derecha. Este tipo ha hecho el primer trazo al revés. De abajo a la izquierda hacia arriba a la derecha.

—Zurdo.

—O alguien intentando imitar a Paredes sin darse cuenta de que Paredes era diestro. Pero yo me inclino por zurdo. El pulso de los trazos no titubea. Es alguien que ha practicado. Es alguien que sabe lo que hace.

Nora se apartó un paso. Miró a Lena.

—Entonces no es Paredes.

—No es Paredes. Es alguien que aprendió con Paredes. Es alguien que lleva años esperando para hacer esto. Y es alguien que ha cometido el único error que le dice a cualquier forense con experiencia que no es el hombre original.

—¿Un error voluntario?

Lena se lo pensó.

—Puede. Yo estaría dividida entre tres hipótesis. Una: el aprendiz es zurdo de nacimiento y no se ha preocupado por disimularlo, porque nunca ha pensado que alguien iba a comparar sus Xs con las de Paredes en un análisis forense moderno. Dos: el aprendiz ha cometido un descuido por prisa o por emoción. Tres: el aprendiz quiere que sepamos que no es Paredes. Quiere diferenciarse. Quiere decirnos que es él, no su maestro.

—Las tres posibilidades son incómodas.

—Las tres son incómodas. Pero la tercera es la más peligrosa. Porque si es esa, el aprendiz no está imitando. Está firmando él.

—¿Me confirmas que lo dejaste fuera de tu informe oficial?

—Lo he dejado en una nota aparte. Para ti. Firmada solo por mí. Si quieres que entre en el informe principal, me lo dices. Si no, me lo devuelves y lo quemo.

—Quémalo.

—Quemado.

Nora se quedó mirando el cuerpo unos segundos más. Lena se apartó para dejarla.

—¿Cuántos años tendría el aprendiz cuando Paredes empezó a matar?

Lena Mora la miró desde el otro lado de la mesa.

—Paredes empezó en dos mil once. Si el aprendiz estaba con él desde el principio, y si lo formó desde niño, el aprendiz tendría hoy entre treinta y cuarenta y pocos. Rango amplio. Para afinar más necesito información que todavía no tengo.

—Afina mañana.

—Afino mañana.

—Gracias por la nota.

—Es mi trabajo.

—No. No es tu trabajo. Tu trabajo era firmar el informe oficial y tirar para adelante. Esto es otra cosa.

Lena Mora se cruzó de brazos sobre la bata.

—Tu padre me dio el primer trabajo. En dos mil diez. Yo tenía treinta y siete años y venía del hospital, sin experiencia en forense criminal. Tu padre me dijo: "Lena, yo firmo lo que tú me digas. Tú dime lo que ves." Nunca me ha tratado así ningún otro inspector. Si el aprendiz está vivo y anda por ahí, yo también tengo una deuda pendiente.

Nora asintió.

No dijo nada más.

Salió de la sala.

A las once menos veinte estaba en el ascensor. A las once menos dieciocho, bajándose en la planta tercera. A las once menos quince, entrando en el despacho de Fuentes.

Ramón Fuentes tenía cincuenta y siete años, la corbata medio suelta como siempre, y una taza grande de café de la que se bebía al día lo que habría matado a un médico de menos confianza. Era comisario en funciones desde hace cuatro años. Había sido compañero del padre de Nora durante veinticuatro. Y no era, en el mundo de Nora, un hombre del que se dudara sin pruebas claras.

—Inspectora.

—Ramón.

—Siéntate.

Nora se sentó. Fuentes apartó un informe que estaba leyendo.

—¿Qué tenemos?

—Mujer de treinta y cuatro años. Carmen Alcaraz. Profesora de Carabanchel. Sin ninguna conexión con los perfiles de Paredes. Pero con la firma.

—¿La firma es exacta?

Nora dudó una décima de segundo. Luego dijo:

—La firma es la misma.

No mintió. La X era la misma a simple vista. Lo que no contó fue lo del trazo invertido. Si lo contaba, Fuentes abría protocolos, llamaba a superiores, y el aprendiz se enteraba antes del mediodía de que lo estaban buscando.

Si no se lo contaba, tenía más margen.

Eligió el margen.

—¿Y qué hace la firma de Paredes diez años después de Paredes muerto?

—Eso es exactamente lo que quiero averiguar.

Fuentes la miró un rato.

—¿Tú puedes llevar este caso?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque tu padre detuvo a Paredes. Porque tú llevaste el cierre en dos mil catorce. Porque alguien está tirando una piedra en medio del río para ver qué reacción provoca. Y esa piedra puede ser una piedra contra ti personalmente. Si lo es, necesito saber si puedes separar las dos cosas.

—¿Me estás preguntando si quieres apartarme?

—No. Te estoy preguntando si tú me dirías que te apartara cuando tuvieras que decírmelo.

Nora se quedó un segundo mirando la pared detrás de Fuentes. Había allí una foto enmarcada del año dos mil siete. El equipo de Homicidios al completo. Alfonso Vidal en la segunda fila. Fuentes a su lado.

—Ramón.

—¿Sí?

—Si en algún momento de este caso decido que lo personal me va a pesar demasiado, te lo digo. Tienes mi palabra.

—Acepto tu palabra.

—Pero no me lo digas hoy.

—No te lo digo hoy.

—Gracias.

Nora se levantó. Fuentes se levantó también. La acompañó hasta la puerta.

—Nora.

—¿Qué?

—Ten cuidado con una cosa.

—¿Cuál?

—Con la gente que va a intentar ayudarte.

—¿Qué gente?

Fuentes bajó un poco la voz.

—Gente que no sabes si quiere ayudarte o si quiere usarte.

Nora lo miró fijamente.

—¿Alguien concreto?

—Si lo tuviera concreto, te lo diría. De momento, cautela general.

—Lo tendré.

Salió del despacho.

A las once y diez entró en su propio despacho.

Sobre la mesa había una caja.

Una caja de cartón marrón, del tamaño de una caja de zapatos grandes. Cerrada con cinta de embalar transparente. Sin etiqueta.

Nora se quedó quieta en la puerta.

—Sergio —llamó.

Sergio asomó la cabeza desde su despacho, dos puertas más abajo.

—¿Has dejado tú algo en mi mesa?

—No.

—¿Alguien ha entrado aquí en la última hora?

Sergio se acercó caminando despacio.

—Tenemos doce personas en planta. Cualquiera ha podido pasar. ¿Qué es?

—No lo sé.

Sergio se acercó a la caja. La miró. No la tocó.

—Puede ser una broma de despacho, pero si es una broma es una broma muy rara.

—No es una broma.

—¿Por qué?

—Porque llevo una hora esperando algo así.

Nora se acercó. Sacó del cajón unos guantes. Se los puso. Cogió la caja. Pesaba. Unos tres kilos. Había algo duro dentro. Algo como papeles apretados.

Cogió un cúter del bote de los bolígrafos. Cortó la cinta.

Abrió.

Dentro había una carpeta. Una carpeta vieja, de cartón duro, con los bordes rozados. Sobre la tapa, con rotulador negro descolorido por los años, alguien había escrito:

"ESCULTOR DEL RÍO - Archivo personal - Alfonso Vidal".

Nora no se movió.

—Joder —dijo Sergio.

—Joder.

—¿Eso no es...?

—Es la carpeta de mi padre. La carpeta privada. La que no estaba en el archivo oficial.

Sergio la miró.

—Pero tú me has dicho esta mañana que tenías esa carpeta en casa. En una caja cerrada desde dos mil catorce.

—Sí.

—¿Entonces?

Nora se quedó un segundo callada.

Esa mañana, al llegar a casa del río, había abierto la caja del altillo. Había leído la carpeta sobre el sofá durante dos horas. Había hecho fotografías con el móvil de las páginas más importantes. Había vuelto a cerrar la caja. La había dejado en la mesa del salón. Había salido a comisaría a las diez y veinte.

La caja que ahora tenía delante, en el despacho, no podía ser la misma.

O sí podía.

Dependía de una cosa: de si alguien había entrado en su casa entre las diez y veinte y las once y diez. Cincuenta minutos. Tiempo suficiente para que un profesional abriera una puerta, cogiera una caja, la trasladara a comisaría, y la dejara sobre su mesa sin que ninguna cámara —ella lo sabría comprobar— lo pillase.

—Nora.

—¿Qué?

—Esta carpeta.

—La dejé esta mañana en el salón de mi casa. La leí, hice fotos, la dejé ahí para terminar esta noche. A las once y diez aparece sobre mi mesa del despacho. Alguien ha entrado en mi piso en los últimos cincuenta minutos.

Sergio la miró.

—Joder.

—Joder.

—¿Llamas a la portería?

—Llamo ahora.

Nora cogió el teléfono. Marcó. Habló con la portera del edificio. La portera le dijo que no había registrado ninguna entrada, pero que en el turno de mañana entre las diez y las once se ausentaba siempre quince minutos para hacer la compra en la esquina. Cualquiera podría haber entrado en esa franja.

Colgó.

Se quedó un segundo con el teléfono en la mano.

—Sergio. Cierra la puerta.

Sergio cerró.

—Alguien quiere que yo siga leyendo esto. Alguien quiere que no lo deje a medias. Alguien me ha quitado la carpeta de mi casa y me la ha dejado en la comisaría para asegurarse de que no tengo la tentación de abandonar.

—O alguien quiere hacerte creer eso.

—O alguien quiere hacerme creer eso.

—¿Llamamos a la científica?

—No. No quiero a la científica tocándola. Cualquier cosa que pueda haber dentro, yo la quiero primero. Luego, si tengo que archivarla oficialmente, la archivamos.

—¿Fuentes?

—A Fuentes no se lo decimos.

Sergio la miró.

—Nora.

—¿Qué?

—Acabas de salir de su despacho. Acabas de omitirle lo del trazo invertido. Y ahora me dices que tampoco le contamos lo de la carpeta.

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque Fuentes me ha advertido hace diez minutos de la gente que quiere usarme. Y no sé si se incluye a sí mismo en esa advertencia o no. Hasta que lo sepa, le doy lo justo.

Sergio se pasó la mano por la nuca.

—Vale.

—Vale.

—¿A la Pecera?

—A la Pecera.

Nora cogió la carpeta con los guantes puestos. Salió de su despacho. Bajó por el pasillo. Sergio iba detrás. Entraron en la Pecera, la sala de reuniones pequeña con paredes de cristal hasta media altura donde Homicidios trabajaba los casos complejos. Nora cerró la persiana interior que cubría los cristales.

Dejó la carpeta sobre la mesa.

Respiró.

—Empezamos por donde yo me quedé esta mañana —dijo—. Página treinta y siete. Anotación al margen. Una sola palabra.

—¿Qué palabra?

Nora abrió la carpeta. Pasó las hojas.

Llegó a la treinta y siete.

Miró el margen.

Se quedó muy quieta.

—Esta mañana había aquí una palabra.

—¿Qué palabra?

—"Aprendiz".

—¿Y ahora?

Nora giró la carpeta. Se la enseñó a Sergio.

—Ahora hay dos palabras.

Sergio se inclinó. Leyó.

En el margen, con la misma letra que había visto esa mañana —la letra pequeña y clara del padre de Nora, la misma que conocía desde niña—, donde antes decía solo "Aprendiz", ahora decía:

"Aprendiz. Mateo."

Sergio levantó la vista despacio.

—Nora.

—¿Qué?

—Alguien ha escrito en la carpeta de tu padre mientras estaba en tu salón.

—Claro.

—Con la letra de tu padre.

—Sí.

—Alguien imita la letra de tu padre tan bien que no se distingue.

—Claro.

Nora se sentó en la silla.

Cerró los ojos un segundo.

Cuando los volvió a abrir, miró a Sergio.

—Sergio.

—Adelante.

—Alguien está jugando conmigo.

—Sí.

—Y alguien sabía que yo iba a abrir la caja esta mañana. Antes de que yo misma lo supiera.

—Sí.

Sergio se quedó un segundo en silencio. Luego habló en voz más baja.

—Acabo de recibir un mensaje en el móvil. Ha entrado hace tres minutos mientras estabas leyendo.

—¿De quién?

—Número desconocido.

Sergio giró el teléfono para que Nora lo viera.

En la pantalla había una fotografía.

Nora la reconoció antes de entender lo que estaba viendo.

Era ella misma. A las cinco y cuarenta y dos de la mañana. Corriendo sola por la orilla sur del Manzanares, con las mallas negras y la camiseta térmica gris, a la altura del puente de Toledo. Los brazos marcando el paso. La vista fija en el suelo. El pelo recogido en una coleta alta.

La imagen estaba tomada desde arriba. Desde el propio puente, probablemente. A unos quince metros de distancia. Con zoom.

Debajo de la foto, un texto en letras blancas sobre fondo negro:

"Quince minutos antes. No te encontró ella a Carmen. La encontré yo a ti."

Nora fijó la vista la pantalla sin moverse.

Alguien la había fotografiado corriendo sola antes de que ella viera las luces azules.

Alguien sabía por dónde corría cada mañana.

Alguien sabía que iba a encontrar el cuerpo antes de que ella misma lo supiera.

Y ese alguien acababa de avisarla de que llevaba meses vigilándola.

—Sergio.

—Te escucho.

—No apagues el móvil. No borres nada. Lo llevamos a análisis forense digital en cuanto amanezca.

—Entendido.

—Y una cosa más.

—¿Dime?

—A partir de este minuto, nadie de mi equipo camina solo. Tú tampoco. Lena tampoco. Yo tampoco. Fuentes, menos.

—¿Estás segura?

—Sergio. Mira la foto otra vez.

Sergio la miró.

—Mira dónde estoy en esa foto.

—En el Manzanares.

—Mira a qué altura.

Sergio miró la imagen con más atención. Identificó el arco del puente. El ángulo. La hora aproximada del amanecer por la luz.

—Joder.

—Esa foto no la ha hecho alguien que estuviera de paso.

—No.

—Esa foto la ha hecho alguien que sabía que yo iba a pasar por debajo de ese puente esta mañana a las cinco y cuarenta y dos. Esa foto la ha hecho alguien que lleva semanas, meses quizá, siguiéndome la ruta.

—Sí.

—Y ese alguien, ahora, quiere que yo lo sepa.

Silencio.

Sergio guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta. No le quitó la mano de encima.

Afuera, en la calle Alcalá, un primer autobús de línea pasó con las luces encendidas. Eran las siete menos cuarto de la mañana.

Nora no había dormido. No iba a dormir esta noche. No iba a dormir en mucho tiempo.

Alguien llevaba meses conociéndola mejor de lo que ella se conocía a sí misma.

Y acababa de empezar a jugar.

CAPÍTULO 3

Tú sabes lo que viste

Ella casi no se dio cuenta.

Por poco. Por una fracción de segundo. Cuando el técnico de la científica cambió de posición para sacar la foto del otro lado, tú estabas a doce metros, escondido entre los árboles del otro margen, y por un instante muy breve la inspectora levantó la cabeza del cuerpo y miró hacia tu dirección.

Miró sin verte.

Pero miró.

Y durante esa fracción de segundo tú entendiste una cosa. Entendiste que la mujer que llevas un año estudiando desde fotografías y desde archivos y desde conversaciones telefónicas grabadas en secreto no es la misma que tienes ahora delante. La de las fotografías era una policía. La de ahora es algo más. Es alguien que reconoce la X antes de acercarse. Alguien que sabe.

Eso te gusta.

Eso te hace pensar que el mensaje ha llegado.

Que la inversión de veintisiete años empieza a dar fruto.

Te retiras por el paseo del Rey sin hacer ruido. Tenías calculados los ángulos. Tenías calculados los tiempos. Sabías que una de las dos cámaras de vigilancia del puente estaba orientada hacia el norte y que no iba a cubrirte al cruzar. Sabías que el único guardia forestal

que pasa por esta zona a las seis de la mañana estaba hoy de baja médica. Eso lo comprobaste el lunes.

No eres improvisador. No eres un niño en el bosque. Eres un hombre que lleva media vida preparándose para este trimestre.

Caminas tres manzanas hacia el norte. Pasas delante de un bar que todavía tiene las persianas bajadas. Te metes en una calle estrecha. Doblas a la izquierda. Doblas a la derecha. Llevas un gorro de lana calado hasta las cejas y un abrigo oscuro que compraste hace dos años en un mercadillo porque no deja fibras identificables en las escenas. Nadie te mira. Nadie que te mire te va a recordar.

En el coche, aparcado en la calle de Segovia, te quitas los guantes. Los guardas en una bolsa hermética. Metes la bolsa en el compartimento del asiento trasero. Enciendes el motor. Conduces despacio hasta el domicilio actual. Un piso pequeño del barrio de Lavapiés, alquilado con identidad falsa hace cinco meses. Un piso con una sola ventana, orientada al patio interior. Un piso en el que nadie te busca porque nadie sabe todavía que existe.

Subes las escaleras.

Entras.

Cierras la puerta con los tres cerrojos.

Y entonces, y solo entonces, te permites respirar hondo.

Te sientas en la única silla del salón. Abres un cuaderno de tapa dura, negro, comprado hace un mes en una librería de viejo. Escribes con letra pequeña y clara, la letra que tu maestro te enseñó a hacer.

Escribes: "Uno. Carmen Alcaraz. Veinticinco de octubre, cinco y cuarenta y tres de la mañana. Manzanares, margen sur, tramo del puente de Segovia. Ejecución limpia. Inversión del trazo para despiste forense. La inspectora Vidal llega al lugar a las cinco y cincuenta y uno. Tiempo total desde descubrimiento oficial hasta llegada personal: ocho minutos. Menor al previsto."

Subrayas la última frase.

Pasas la página.

Escribes, en el encabezado de la nueva:

"Dos."

Y debajo:

"Inés Carretero. Programación para dentro de cuarenta y ocho horas. Dosis ajustada: solo para dejarla dormir. No matar. Esta vez no."

Te reclinas en la silla.

Miras por la ventana el patio vacío.

Eres consciente, y tu maestro también lo es, de que estás cambiando las reglas. Él te dijo, hace años, cuando te dio permiso para empezar, que todas las víctimas tenían que morir. Que no quedaran testigos. Que no hubiera ninguna superviviente que pudiera después describir nada.

Pero tú llevas meses dándole vueltas a una idea diferente.

Tu idea es que hay víctimas que hablan mejor vivas que muertas.

Tu idea es que el miedo de una superviviente es un mensaje más potente que el silencio de una muerta.

Tu idea es, en el fondo, que tu maestro se está haciendo viejo y conservador, y que tú estás en el momento justo de la vida en que un hijo empieza a pensar por su cuenta.

Tu maestro no sabe que has decidido dejar a Inés Carretero viva.

No se lo vas a decir.

Porque la segunda parte de tu plan, la que llevas meses madurando, es que tu maestro no sepa una sola de las cosas que vas a hacer a partir de ahora.

Eso también es una forma de inversión de años.

Porque tu maestro te enseñó muchas cosas. Te mostró cómo escribir con letra bonita. Aprendiste a mirar a la gente sin que ella

sintiera que la mirabas. A no dejar rastro. A elegir a las mujeres por la forma de las muñecas, porque las muñecas finas sangran con dibujos más limpios. Te hizo entender que el miedo ajeno es la única libertad verdadera que un hombre puede tener. Y todo eso lo transmitió con paciencia, durante años, desde que tú eras un niño y él ya era un hombre mayor.

Pero también te enseñó, sin darse cuenta, una cosa que él no quería enseñarte.

Te enseñó que se puede tener a un hijo bajo control durante mucho tiempo si el hijo no sabe que es un hijo.

Te levantas.

Vas a la cocina.

Te preparas un café.

Y piensas, mientras el agua se calienta en la cafetera italiana que tu maestro te regaló hace años, que hay algo particularmente dulce en empezar a desobedecer al único hombre del mundo que alguna vez te enseñó algo.

En el bolsillo de la chaqueta, el teléfono vibra.

Lo sacas. Miras la pantalla.

Un mensaje de tu maestro.

"¿Cómo ha ido?"

Tardas diez segundos en contestar. No porque no tengas la respuesta preparada. La tienes. La preparaste anoche. Tardas diez segundos porque es la primera vez en muchos años que vas a mentirle.

Escribes:

"Perfecto. Tal y como lo planificamos."

Y cuando el mensaje dice "entregado", apagas el teléfono.

Y te bebes el café.

Y piensas en una cosa que no le has contado a tu maestro y que no le vas a contar nunca.

Piensas en una niña que se llamaba Sara y que ahora se llama otra cosa.

Piensas en que ella vive a menos de cuatro kilómetros de aquí, en el centro de Madrid, con otra identidad que le pusieron a los siete años.

Piensas en que lleva todos esos años sin saber quién es.

Y piensas en que tú fuiste el primer ser humano que la tocó después del nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho.

Y en que esa niña no ha vuelto a tocarse el alma con nadie desde entonces.

Y en que tú, lector, por razones que no vas a explicar ahora porque todavía es pronto, has decidido que ella tiene que saber.

Que va a saber.

Esta semana.

Tu maestro no va a permitirlo.

Si tu maestro se entera de que tú sabes lo de ella, te mata antes del viernes.

Pero tú llevas meses preparando el modo de que tu maestro no se entere.

Faltan cuarenta y seis horas hasta Inés.

Y siete días hasta que todo empiece a tener forma.

La inspectora Vidal todavía no lo sabe.

Tú sí.

Y esa ventaja es la que llevas media vida esperando.

Esa ventaja es la que vas a gastar ahora.

CAPÍTULO 4

El expediente del muerto

La Pecera, a las doce y veinte del mediodía, tenía el silencio que solo tienen las salas de cristal cuando alguien ha bajado las persianas. Fuera, al otro lado del pasillo, la comisaría seguía funcionando a ritmo normal: teléfonos, pasos, voces lejanas, la máquina de café. Dentro, en cambio, Nora y Sergio trabajaban como si estuvieran en un submarino.

Habían extendido la carpeta entera sobre la mesa. Ciento veinte folios, más o menos. Clasificados con pestañas de colores. Anotaciones manuscritas en casi todas las páginas. La letra del padre de Nora. Clara, pequeña, un poco inclinada hacia la derecha, exactamente como ella la recordaba.

Y en el margen de la página treinta y siete, donde esta misma mañana había una sola palabra, ahora había dos.

Aprendiz. Mateo.

Nora había sacado el móvil. Había puesto al lado de la página treinta y siete la fotografía que había hecho a esa misma página a las nueve menos cuarto de la mañana. En la foto, la página tenía una palabra. Ahora, dos. La segunda palabra, "Mateo", estaba escrita con la misma letra que la primera. El mismo bolígrafo. El mismo trazo. El mismo ángulo.

Imposible.

—Nora.

—¿Qué?

—Podría ser que esta mañana tú no vieras la segunda palabra porque el bolígrafo estaba descargado y no había salido. Que con la temperatura o con la humedad haya salido después. Es un fenómeno conocido.

—Sergio.

—Sé que es improbable.

—Es imposible. Mira el trazo. Es trazo limpio, no recuperado. Alguien escribió "Mateo" en esta página entre las nueve y cuarenta y las once y diez de esta mañana.

—Vale.

—Y ese alguien imita a mi padre tan bien que no lo distinguimos.

—Vale.

—Y ese alguien quiere que nosotros lleguemos a Mateo.

Nora pasó la página treinta y siete. La setenta y cinco. La noventa y dos.

—Sigamos.

Empezaron a leer metódicamente, sin hablar. A las doce y cuarenta, Sergio dio con algo.

—Nora. Mira.

Le pasó la página cuarenta y nueve. Era un recorte pegado a un folio: una fotografía en blanco y negro sacada de un archivo del cuerpo. Un grupo de hombres y mujeres en un comedor de comisaría. Siete personas. Entre ellas, Alfonso Vidal, más joven, con pelo oscuro y sin canas, en la segunda fila.

A la izquierda de Alfonso, ligeramente detrás, había un hombre que Nora no conocía de inmediato pero que le resultaba familiar.

Sobre la fotografía, con la letra de su padre, había una anotación.

"Ramón, Víctor, yo, Lola, Quesada, el Morenito, la Pipa. Nochebuena 2010. Antes de todo."

Nora estudió la cara del hombre que estaba junto a su padre.

—Sergio.

—Habla.

—Este es Víctor.

—¿Víctor quién?

—Víctor Palacios. Jubilado hace tres años. Inspector. Compañero de mi padre durante veinte años. Lo vi en el funeral. Apenas lo he vuelto a ver desde entonces.

—¿Y?

—Y este hombre, en esta foto, según lo que escribe mi padre, estaba en su círculo de confianza en dos mil diez.

—Bueno. Veinte años de compañero. Es lo normal.

—Sí. Pero espera.

Nora pasó más páginas. En la sesenta y una encontró lo que buscaba. Una anotación corta. Manuscrita. Con fecha de septiembre de dos mil catorce.

"Víctor sabe cosas de la primera víctima que no pudo saber por el expediente. ¿Fuente? Preguntarle directamente en diciembre. Si duda, investigar discretamente."

Debajo, con la letra de su padre pero con un trazo más apretado, más nervioso, más rápido:

"Muero en febrero."

Nora se quedó muy quieta.

Sergio también.

—Tu padre escribió "muero en febrero" en dos mil catorce.

—Sí.

—Y murió en febrero de dos mil quince. Cinco meses después.

—Claro.

—Entonces tu padre sabía que iba a morir.

—Tu padre sabía que iba a morir, o tu padre sospechaba que iba a pasarle algo, o este texto lo escribió alguien después, imitando su letra.

Nora cogió la fotografía del móvil. Comparó la letra de "muero en febrero" con la de "Mateo" en la página treinta y siete. La misma. Exactamente la misma.

—Es el mismo que escribió "Mateo" hoy —dijo.

—¿Estás segura?

—Segura.

—Entonces alguien escribe en la carpeta de tu padre, con su letra, frases que parecen ser de tu padre pero que no tenemos manera de saber si las escribió él o las ha añadido otro.

—Sí.

—Esto es un problema gordo. No podemos confiar en ninguna anotación al margen de esta carpeta. Cualquiera puede haberse añadido después. Cualquiera puede seguir añadiéndose.

—Lo sé.

—Tenemos que centrarnos en lo que está mecanografiado. Lo que estaba ya en la carpeta antes de que alguien empezase a intervenirla.

—Exacto.

Nora volvió a mirar la anotación. "Víctor sabe cosas de la primera víctima que no pudo saber por el expediente." Esa parte sí era manuscrita pero no tenía forma de saber si la había escrito su padre o el imitador posterior.

Lo que sí era sólido era el texto mecanografiado que acompañaba al recorte fotográfico. Un informe interno, con fecha de

febrero de dos mil once, que Alfonso Vidal había redactado sobre las primeras pesquisas del caso del Escultor del Río. El informe incluía una lista de inspectores que habían tenido acceso a los detalles técnicos de las tres primeras víctimas.

Víctor Palacios figuraba en esa lista. Como acceso con nivel total.

Eso era dato. Eso era prueba.

Lo demás era inducción.

—Lo vamos a hacer así. De cada anotación al margen, nos preguntamos: ¿hay un texto mecanografiado o externo que confirme lo que dice? Si no lo hay, la anotación no vale. Si lo hay, vale.

—Vale.

—Empezamos de cero.

Volvieron a la página uno. Pasaron dos horas repasando cada anotación. A las dos y media de la tarde, habían validado once marginales. Las otras sesenta y tantas eran o contaminadas o imposibles de confirmar.

Entre las once validadas, tres eran importantes.

La primera: en la página quince, junto a un acta oficial del operativo de detención de Paredes, Alfonso había anotado una fecha y una frase. "Enero 2014. Paredes pide hablar conmigo a solas en la cárcel. No voy. Mal." El acta mecanografiada confirmaba que Paredes efectivamente había pedido una entrevista con Alfonso en enero de dos mil catorce, que el juez había autorizado y que no se había celebrado por decisión del propio inspector.

La segunda: en la página cuarenta, junto a un recorte de periódico sobre la muerte de Paredes en la celda, Alfonso había anotado tres palabras. "No fue infarto." Debajo, la firma de Lena Mora, con letra propia, en tinta distinta: "Lena no firma." Esto último sí era claramente de otra mano —la de Lena misma, que Nora conocía de años—, y sugería que Alfonso y Lena habían discrepado del informe forense oficial sin poder pelear la contradicción.

La tercera era la más importante.

Y la última.

La descubrió Nora a las dos y media de la tarde, en la página final de la carpeta, sujeta con un clip metálico. Una hoja suelta, mecanografiada, sin encabezado, sin firma, sin fecha.

Una lista.

Seis nombres, seis fechas, seis lugares.

"Carmen A. — 25 oct. — Manzanares —?

Inés C. — fecha? —? —?

Lucía B. — fecha? —? —?

María N. — fecha? —? —?

Carla T. — fecha? —? —?

Sara V. — 9 ago 1998 — Cerro del Tío Pío —?"

Nora se quedó completamente quieta.

Sergio también.

Por un momento, los dos estuvieron simplemente mirando la hoja, sin decir nada, como si el silencio fuera lo que la hoja pedía de ellos.

—Nora.

—Te escucho.

—Carmen. Es la del río de hoy.

—Sí.

—Y la fecha coincide.

—Coincide.

—Entonces esta lista no es una lista de víctimas pasadas.

—No.

—Es una lista de víctimas anunciadas.

—Es una lista de víctimas anunciadas.

Sergio se pasó la mano por la cara.

—Nora.

—¿Sí?

—Sara V.

—Sara V.

—Nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho. Cerro del Tío Pío.

—Sí.

—Tu hermana.

—Sí.

—Tu padre tiene a tu hermana en la misma lista que a Carmen Alcaraz. La misma lista.

—Sí.

Nora se pasó la mano por la cara un segundo.

Los volvió a abrir.

—Esta hoja es mecanografiada. No es una anotación al margen. No la ha podido alterar nadie después. Es material sólido.

—Exacto.

—Entonces esto sí es de mi padre. Y esto sí es de verdad.

—Sí.

—Y esto significa que mi padre, en el dos mil catorce, ya sabía, o ya sospechaba, que había una red. Una red que llevaba operando desde al menos mil novecientos noventa y ocho. Una red que había tocado a mi hermana. Y que iba a seguir operando después de la detención de Paredes, con otras víctimas futuras que mi padre podía anticipar de alguna manera.

—Sí.

—Mi padre llevó esto solo. No lo compartió con Fuentes, no lo compartió con el cuerpo, no lo compartió con nadie. Porque no podía confiar en nadie.

—O porque la persona que sabía lo de Sara era alguien de dentro.

Un reloj marcaba los segundos en algún sitio cerca.

—Eso.

—Víctor.

—Tal vez Víctor.

—O Ismael Rojo, el comisario que cerró el caso de tu padre en tres días.

—Tal vez Rojo. Pero Rojo lleva muerto nueve años. Víctor está vivo.

—Sí.

—Sergio.

—¿Qué pasa?

En el pasillo, un grifo goteaba despacio.

—Víctor Palacios no puede enterarse de que nosotros tenemos esta lista.

—De acuerdo.

—Ni esta semana, ni la próxima. Hasta que no tengamos algo más, nada.

—De acuerdo.

—Y una cosa más.

—Lo de Mateo en la página treinta y siete. Si alguien ha entrado en mi piso para escribir ese nombre imitando la letra de mi padre, ese alguien quiere que lleguemos a Mateo. Y nos está ayudando.

—O nos está dirigiendo. Que es distinto.

—Distinto. Pero útil de momento.

Nora se levantó. Fue a la pizarra blanca. Cogió un rotulador rojo.

En el centro de la pizarra escribió, con letra grande:

VÍCTOR PALACIOS.

A la izquierda de ese nombre, con flecha, escribió:

¿RED DESDE ANTES DE 1998?

A la derecha de ese nombre, con otra flecha, escribió:

¿FORMADOR DE MATEO?

Debajo de todo, con flecha hacia arriba, escribió:

¿POR QUÉ?

Sergio se quedó mirando la pizarra.

—Hay una pregunta que todavía no nos hemos hecho.

—¿Cuál?

—Si Víctor Palacios es el cerebro de esto, y si lleva treinta años al lado de tu padre, y si tu hermana aparece en la lista con fecha de mil novecientos noventa y ocho... ¿por qué tu padre no lo detuvo entre mil novecientos noventa y ocho y dos mil quince? Tuvo diecisiete años. Diecisiete años para acumular pruebas. Para abrir una investigación interna. Para pedir a Fuentes que interviniera. Y no hizo nada.

Nora se quedó mirando la pizarra.

Tardó un rato en contestar.

—Hay dos explicaciones. La primera es que mi padre no supo hasta muy tarde. Que lo de Sara lo vivió como un caso sin conexión con nada más, y que solo a partir del dos mil once, cuando empezó a caer Paredes, empezó a juntar las piezas. Eso encaja con esta carpeta, que está fechada a partir de dos mil once.

—Vale.

—La segunda es que mi padre supo antes y se calló.

—¿Por qué iba a callarse?

—Porque Víctor era su compañero. Porque confrontar a Víctor implicaba confrontar a una parte del cuerpo que lo protegía. Porque mi padre podía haber calculado que denunciar a Víctor sin pruebas sólidas iba a destruirlo a él y a mi madre y a mí, sin llegar a detenerlo. Porque tal vez pensó que había otras maneras. Porque eligió trabajar por dentro. Porque se convenció, día tras día, de que tarde o temprano iba a tener algo que pudiera usar. Y entretanto, siguió siendo el compañero de Víctor, cenando con él, llamándolo por Navidad, dejándole venir a casa a veces.

—Joder.

—Y entretanto, también, mi hermana seguía desaparecida.

Sergio no contestó.

Nora se sentó otra vez en la silla.

Cerró la carpeta con las dos manos. La apretó contra el pecho un segundo. Luego la volvió a dejar sobre la mesa.

—Hay una tercera explicación que no te he dicho.

—Dímela.

—Que mi padre supiera, se callara, intentara moverlo desde dentro, y al llegar al punto en que estaba a punto de poder detener a Víctor —diciembre de dos mil catorce, según esa anotación que tenemos—, alguien se lo impidiera. Matándolo.

Sergio la miró.

No dijo nada.

Nora tampoco.

Se quedaron así un minuto. Fuera de la Pecera, al otro lado del cristal, el pasillo seguía funcionando a ritmo normal. Teléfonos. Pasos. Voces lejanas. La máquina de café.

Dentro de la Pecera, en cambio, el tiempo se había parado de una manera que los dos inspectores conocían bien y que siempre significaba lo mismo.

Significaba que el caso había dejado de ser un caso.

Ahora era otra cosa.

—Vamos a hacer dos listas. Una con lo que sabemos. Otra con lo que sospechamos. Y no mezclamos columnas.

—Perfecto.

—Y de momento, hasta que me diga yo, nadie —ni Fuentes, ni Lena, ni nadie— ve nada de esto.

—De acuerdo.

Nora cogió el rotulador azul.

Y empezó a escribir.

CAPÍTULO 5

Cuarenta y ocho horas

Salieron de Madrid a las siete y media de la mañana del día siguiente.

Nora había dormido tres horas. Sergio, cuatro. Ninguno de los dos había comentado el dato al subir al coche. La costumbre de los años juntos les ahorraba la cortesía profesional de fingir estar descansados.

La autopista A-42 tenía a esa hora un tráfico denso de camiones y de coches de trabajadores que bajaban hacia Toledo. Nora conducía. Sergio llevaba dos vasos térmicos con café de la cafetería Paco's, uno para cada uno, y una bolsa de papel con dos cruasanes. Esa era la economía básica de sus amaneceres: él ponía la comida, ella conducía, los dos hablaban lo imprescindible.

—¿Le avisaste de que íbamos?

—Anoche, por mensaje. Me contestó en dos minutos. Lo único que me puso fue: "A las once menos cuarto. Hasta la una. Después tengo que recoger al niño."

—¿Al niño?

—Tiene un hijo de cuatro años. Se llama Bruno. Lo pone ella en su Instagram público.

Sergio asintió. Dio un sorbo al café.

—Anoche, después de que te fueras a casa, Fuentes me llamó.

Nora apartó medio segundo los ojos de la carretera.

—¿Qué quería?

—Saber cómo estábamos.

—¿Le contaste algo?

—Le conté que seguíamos en la línea forense. Que Lena estaba buscando piezas. Que tú te ibas hoy fuera un día a "ver a una persona que puede tener información secundaria". No le dije dónde ni con quién.

—¿Y él?

—Él dijo que bien. Me dijo que "no nos olvidáramos de incorporar a alguien más al equipo si la cosa crece". Me dijo literalmente esa frase. "Incorporar a alguien más."

—¿Le preguntaste a quién?

—Le pregunté. Me dijo que todavía no tenía nombre. Que lo estaba pensando.

Nora se quedó callada un rato.

—¿Tú crees que Fuentes es de fiar?

—Hace dos días habría dicho que sí sin pensarlo. Hoy te diría que sí con un margen del ochenta por ciento. Mañana no lo sé.

—Vale.

—Nora.

—¿Qué pasa?

—Si Fuentes quiere meter a alguien en el equipo, y ese alguien no lo elegimos nosotros, tenemos un problema.

—Lo tenemos.

—¿Qué hacemos?

—Hoy nada. Cuando volvamos, tú le dices que ya hemos pedido nosotros a Marta para cubrir la parte operativa. Marta es de el

equipo de Homicidios, lleva quince años en el cuerpo, su ex pareja fue amigo de mi padre durante veinte años. Si hay alguien en esta planta con quien yo me jugaría la cartera, es ella.

—Marta está de vacaciones.

—Vuelve el viernes. Hasta el viernes tú y yo.

—Hasta el viernes tú y yo.

A las nueve y diez pararon en una gasolinera para repostar y para que Sergio fumara el único cigarro del día. A las diez y veinticinco cruzaron el puente sobre el Tajo. A las diez y cincuenta estaban parados en la puerta de una casa de dos plantas en una urbanización nueva a las afueras de Toledo.

La casa tenía un pequeño jardín delante con un olivo joven, un par de macetas con romero, y una puerta blindada con mirilla. En el buzón, sobre el nombre oficial, alguien había pegado una pegatina con un gato de dibujos animados.

—¿Cómo la quieres jugar? —preguntó Sergio, sin bajarse todavía.

—Yo pregunto. Tú escuchas. Si te pido que salgas, sales. Si te pido que te quedes, te quedas. Esto no es un interrogatorio al uso. Es una conversación con una mujer que lleva doce años intentando olvidar algo.

—Entendido.

—Y Sergio.

—Si en algún momento me quiebro, me sacas tú. Me sacas con una excusa y me llevas al coche. No me dejes quebrarme delante de ella.

—De acuerdo.

Bajaron.

Llamaron al timbre.

La puerta se abrió casi enseguida, como si ella hubiera estado esperando al otro lado. Una mujer de treinta y cinco años, el pelo castaño recogido en una coleta baja, unas gafas de pasta marrón,

un jersey gris de lana y unos vaqueros. Los ojos oscuros. La piel muy pálida. Una mujer que, si uno no sabía quién era, no le daba más de treinta. Si uno sabía quién era, no le daba menos de cuarenta.

—Inspectora Vidal.

—Buenos días, Ana.

—Pasen.

El salón era pequeño, luminoso, con un sofá gris claro y dos sillones descompensados. Había juguetes en una cesta junto al televisor: bloques de madera, un dinosaurio de peluche, un libro ilustrado sobre ballenas. En la pared, una estantería de Ikea con libros que Nora reconocía como de literatura infantil, libros de arte, y una pequeña colección de novelas negras suecas.

Ana les ofreció agua. Trajo tres vasos de una jarra de cristal. Se sentó en el sillón más pequeño, frente a ellos, con las dos manos en el regazo.

—¿Carmen Alcaraz? —dijo Ana, sin esperar a que Nora empezara.

Nora levantó la vista.

—¿Cómo lo sabe?

—La he visto en las noticias regionales esta mañana. No han dado nombre, pero han dicho que había una mujer en el Manzanares y que la investigación la lleva homicidios de Madrid. Me he quedado cinco minutos con los ojos cerrados en la cocina y luego he llamado a mi psiquiatra. No me ha devuelto la llamada todavía.

—Lo siento.

—No. No lo sienta. Yo lo estaba esperando. Llevo doce años esperándolo.

—¿Esperándolo?

Ana asintió muy despacio.

—Inspectora. Yo nunca le dije la verdad entera al tribunal en dos mil trece.

—Lo sospechaba.

—¿Sí?

—Sí.

Ana se quedó un segundo mirando a Nora. Luego se levantó. Fue a un cajón del aparador. Sacó un sobre acolchado. Volvió. Se sentó.

—Esto es para ustedes. Lo he tenido guardado doce años sin saber qué hacer con ello. Ahora lo sé. Ahora es para ustedes.

Nora cogió el sobre con los guantes que había sacado del bolsillo del abrigo.

Dentro había dos cosas. Una cinta de casete envuelta en papel blanco. Y un papel doblado en cuatro.

Nora primero desdobló el papel.

Era una carta. Escrita a mano. Fecha: catorce de julio de dos mil trece, un mes después del juicio.

Ana. Sé que mañana vas a empezar tu vida de nuevo con otro nombre. No te voy a buscar. No te voy a molestar. Pero quiero que sepas algo que no dije en el juicio porque tampoco había lugar. Yo no era el único. Había un chico joven conmigo. Un chico al que yo estaba enseñando. No ha sido detenido. Está libre. Tiene diecinueve años. Se llama Mateo. Te pido que te cuides. Y si algún día vuelve a pasar algo parecido a lo que pasó con nosotras, que sepas que no es mía la mano.

Firma: Héctor.

Debajo de la firma, añadido con otro bolígrafo, otra fecha y una línea más:

Me voy mañana a la celda de aislamiento. No sé si voy a volver. H.

Nora cerró los ojos un segundo.

Sergio, a su lado, se inclinó. Leyó por encima de su hombro. No dijo nada. Se apartó.

Ana esperó.

—Ana.

—Dígame.

—Esta carta. ¿Cómo le llegó?

—Un hombre mayor vino a mi buzón en julio de dos mil trece. La vida nueva me habían dicho que la empezara con la mudanza que había organizado el servicio de protección de víctimas. Pero yo, antes de mudarme, había alquilado un apartado de correos en una oficina postal de Móstoles, que nadie sabía que era mío, porque yo no me fiaba del servicio de protección. Alguien se enteró de la existencia de ese apartado. Ese alguien me dejó en él, durante dos semanas, tres cosas. La primera fue una nota diciéndome que no me preocupase si no me aparecía nadie, que era un canal seguro. La segunda fue esta carta. La tercera fue la cinta. La puso tres días después de la carta.

—¿El hombre?

—Lo vi una sola vez. Yo iba a la oficina postal los jueves por la tarde. Un jueves, cuando yo llegaba por la calle, lo vi saliendo de la oficina. Era él. Lo supe porque me miró a los ojos dos segundos al cruzarse conmigo y me hizo un gesto mínimo con la cabeza, y yo entendí que era la persona que me estaba dejando las cosas. No habló. No se paró. Yo tampoco.

—¿Cómo era físicamente?

Ana pensó cinco segundos.

—Alto. Moreno. Cincuenta y tantos entonces. Sesenta y pico ahora. Le temblaba un poco la mano izquierda. Tenía una forma de mirar como de alguien que ha aprendido a mirar sin mirar. No sé si me explico. Como la mirada de un policía jubilado que ya no lleva placa pero todavía tiene reflejos.

Sergio y Nora se miraron.

Ana lo notó.

—¿Les dice algo?

—Puede ser —dijo Nora—. No estoy segura. Si lo es, nos vamos a pasar la semana siguiendo un hilo que nunca pensé que iba a seguir.

—¿Qué hilo?

—Uno muy viejo.

Ana asintió sin preguntar más.

—Inspectora.

—Dígame.

—Una cosa que nunca conté al tribunal y que no me importaría contarle ahora.

—Adelante.

—Cuando Héctor me tuvo en el sótano aquel, durante las cuarenta y dos horas que me tuvo, había un momento concreto en que él subía a la planta de arriba. No sé a qué. Hablaba con alguien. Yo lo oía a veces. No podía distinguir lo que se decía. Pero había una voz masculina que no era la suya. Una voz joven. Durante las cuarenta y dos horas subió y bajó cuatro veces.

—¿Usted se lo dijo a la policía entonces?

—Se lo dije al primer policía que me entrevistó en el hospital. Lo anoté en la primera declaración. Después, en las siguientes, ya no se me volvió a preguntar. Y en el juicio, mi abogado me dijo que no sacara el tema si no me preguntaban por él, porque iba a complicar la condena. Y no me preguntaron. Y yo no lo saqué.

—¿El policía que la entrevistó en el hospital?

—Un señor que tendría en aquel momento cincuenta y pocos años. Él sí era diestro: firmó el acta con la mano derecha. Lo recuerdo porque me fijé. No recuerdo el nombre.

Nora sacó el móvil. Buscó en la galería. Encontró la foto de la página cuarenta y nueve de la carpeta de su padre —la foto del grupo de la Nochebuena de dos mil diez con la anotación "Ramón, Víctor, yo, Lola..."— y le amplió la cara de Víctor Palacios. Le dio el móvil a Ana.

—¿Es este?

Ana cogió el móvil. Miró.

Tardó diez segundos en contestar.

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. El policía del hospital tenía la cara más redonda. Y los ojos más claros. Este hombre tiene los ojos muy oscuros.

Nora se guardó el móvil.

—¿Y el hombre del buzón? ¿El que le dejó la cinta?

Ana cogió el móvil otra vez. Amplió ella misma la foto con los dedos. Miró.

—Este sí.

Sergio asintió, casi imperceptiblemente. Nora no se movió.

—Ana.

—Dígame.

—Una última cosa, si puede.

—Dígame.

—La voz joven que oía en la planta de arriba. ¿Podría decirme algún detalle más?

—Era una voz sin acento marcado. Madrileño neutro. Voz de alguien con estudios. Eso me llamó la atención en su momento. Hablaba bajo.

—¿Alguna palabra que recuerde?

—Una sola frase entera. Se la oí la última vez que Héctor bajó antes de que yo escapara. El chico dijo, desde la escalera: "No voy a hacerlo. Díselo tú." Y Héctor subió. Estuvieron arriba seis o siete minutos. Héctor bajó con la cara tensa. Esa fue la noche que me dejó mal cerrada la puerta del sótano y yo pude salir.

Nora se quedó muy quieta.

—Entonces el chico le salvó la vida.

—Yo siempre lo he pensado así, sí. No lo he podido demostrar. Pero sí.

—Ana.

—Dígame.

—Ese chico hoy tiene treinta y un años.

—Lo sé. Las cuentas las hago cada agosto.

—Y es posible que ahora esté haciendo algo parecido a lo que hacía Héctor en dos mil trece.

Ana se quedó mirándola.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Entonces la mujer del río...

—Puede ser él.

Ana se pasó la mano por la cara. Se quitó las gafas. Las limpió con el borde del jersey. Se las volvió a poner.

—Inspectora.

—Dígame.

—Si lo encuentran, no me diga el nombre. No me diga la cara. No me diga nada de él. Quiero seguir viviendo con la imagen que tengo de él, que no es de cara sino de una voz en la escalera que dijo "no voy a hacerlo".

—Se lo respeto.

Ana asintió.

—Son las doce y veinte. Voy a tener que irme pronto a buscar a Bruno.

—Nos vamos nosotros.

—Inspectora.

—Dígame.

—Si todo esto sirve para algo, me gustaría saberlo. No quiero saber detalles. Solo que me diga, cuando sea, que sirvió.

—Se lo digo.

—Gracias.

Los acompañó hasta la puerta.

En el jardín, antes de bajar a la acera, Nora se giró.

—Ana.

—Dígame.

—Una pregunta que no le he hecho y que tendría que haberle hecho.

—Adelante.

—La cinta. ¿La ha escuchado usted?

Ana Roldán se quedó un segundo mirándola.

—Veinte veces. O más.

—¿Qué hay en ella?

—Una conversación telefónica entre Héctor y el chico. Poco antes de la muerte de Héctor.

—¿De qué hablan?

—De que el chico no quiere seguir.

—¿Y?

—Y de que Héctor le dice que si no sigue él, va a haber otro peor.

Nora asintió.

—Gracias, Ana.

—A usted.

Bajaron a la acera.

En la acera, antes de entrar en el coche, Sergio miró a Nora.

—Alto. Moreno. Cincuenta y tantos en dos mil trece. Sesenta y pico ahora. Temblor en la mano izquierda. Ojos oscuros.

—Sí.

—Y ella lo ha identificado.

—Claro.

—Víctor Palacios ha estado jugando a dos bandas desde dos mil trece. Como mínimo.

—Como mínimo.

Se subieron al coche.

Nora no arrancó.

Se quedó con el sobre en las rodillas un largo rato. Metió los dedos en el papel blanco que envolvía la cinta de casete. Palpó. El plástico estaba frío.

—Volvemos a Madrid.

—Volvemos a Madrid.

Arrancó.

En la autopista A-42, a las doce cuarenta y cinco, con el cielo de la Mancha convertido en una plancha gris sin bordes, Nora Vidal conducía de vuelta llevando sobre las rodillas de Sergio un sobre con dos cosas dentro.

Una carta de mil novecientos setenta y tres palabras escritas por Héctor Paredes tres semanas antes de morir.

Y una cinta de casete que ella todavía no había escuchado, pero que, según la mujer a quien nunca le iba a decir el nombre del chico, contenía lo único que quedaba por saber.

CAPÍTULO 6

Ana Roldán

El laboratorio de Lena Mora no tenía reproductor de casete.

Tampoco lo tenía la sala forense. Ni el despacho de Fuentes. Ni las siete salas de reunión del edificio de Jefatura. Lo único que quedaba en toda la comisaría que podía reproducir una cinta analógica era el viejo equipo de grabación de un aula de formación que llevaba sin usar desde dos mil diecinueve. Tardaron cuarenta minutos en localizarlo, sacar el polvo, comprobar que funcionaba con las cintas nuevas, y traerlo a la Pecera.

A las cuatro de la tarde, Nora, Sergio y Lena Mora estaban sentados alrededor de la mesa con el aparato en el centro y la cinta dentro. Nora había insistido en que Lena participara en la escucha desde el primer segundo. No por protocolo. Por su oído. Lena había pasado los últimos veinte años escuchando voces en condiciones imposibles —víctimas con trauma, grabaciones de móviles bajo el agua, cintas de juzgado con eco— y tenía la capacidad particular de distinguir edades, estados emocionales y procedencia social por detalles que a otra gente se le pasaban.

—¿Lista? —preguntó Sergio.

—Lista —dijo Nora.

Pulsó el play.

Al principio no hubo nada. Solo el zumbido de una línea telefónica grabada por una fuente externa, probablemente un

micrófono pegado al auricular de un aparato fijo. Luego, una voz masculina, ronca, cansada.

—¿Qué pasa?

—Hola.

—Hola.

—¿Te han dejado hoy?

—Hoy sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinte minutos.

—Entonces no perdamos el tiempo. ¿Has pensado en lo que te dije?

—He pensado.

Un coche pasó por la calle sin bajar de velocidad.

—¿Y?

—No voy a hacerlo.

—¿No?

—No.

—Chico. Yo te saqué de donde te saqué. Te enseñé lo que sé. Si dices que no, dices que no a lo único que te saca del sitio que eres.

—No voy a hacerlo.

—¿Hay otro?

—No hay otro.

—Entonces ¿por qué?

—Porque no quiero ser tú.

Silencio en la cinta. Doce segundos, contó Nora.

—Chico.

—Dime.

—Si no quieres ser yo, ¿qué quieres ser?

—No lo sé.

—Piensa.

—No lo sé todavía.

—Tienes diecinueve años.

—Tengo diecinueve años.

—Tienes tiempo. Pero no tanto como crees. Yo aquí adentro no duro. Si duras tú, duras para los dos. Si no duras, se acaba. Y todo lo que hemos hecho, se acaba también. Eso lo entiendes, ¿no?

Nadie se movió.

—Lo entiendo.

—Bien. Pues piénsalo otra semana. Y si en una semana me dices otra vez que no, entonces me dices de verdad que no. Y entonces hablamos. Porque si no eres tú, hay otro. Y si hay otro, lo tengo que tener ya.

—¿Qué otro?

—El que yo tenga que elegir.

—No hay otro como yo.

—No hay otro como tú. Pero si tú dices que no, va a haber otro peor. Y ese va a hacer cosas que tú no quieres que se hagan. Y entonces vas a tener tú una responsabilidad que no vas a saber cómo soltar.

—No me hagas esto.

—No te estoy haciendo nada.

—Sí me estás haciendo algo.

—Piénsalo.

Silencio.

—Veinte minutos se terminaron.

—Sí.

—La semana que viene te digo.

—La semana que viene me dices.

—Héctor.

—Dime.

—Cuídate.

—No me cuido. Me muero. Ya lo sé. Tú cuídate por los dos.

Silencio. Un click. La línea se cortó. Tres segundos de zumbido más, y la cinta se quedó en blanco.

Lena Mora fue la primera en hablar.

—Joder.

Sergio apagó el aparato. Sacó la cinta. La guardó en un sobre nuevo que había preparado de antemano.

Nora no había movido un músculo.

—Nora —dijo Sergio.

—Sí.

—El chico tenía diecinueve años en esta cinta.

—Julio de dos mil trece.

—Hoy tendría treinta y uno. No cuarenta y pocos.

—Lo sé.

Lena se inclinó hacia delante.

—Nora. Si el aprendiz empezó a formarse con Paredes a los trece o catorce años, podría tener treinta y uno hoy perfectamente. Eso significaría que Paredes no lo reclutó adulto. Lo reclutó niño.

Nora levantó la vista.

—Lena. Si el aprendiz tenía trece años en dos mil siete, ¿dónde lo conoció Paredes?

—Paredes salió de la cárcel de Soto del Real en dos mil seis por una condena antigua por robo. Nunca volvió a entrar hasta dos mil catorce. En ese periodo trabajó como monitor en talleres de manualidades para menores con problemas de conducta. Tuvo contrato en al menos tres centros distintos.

—¿Tienes los nombres?

—Los puedo tener mañana.

—Los quiero mañana a primera hora.

—Mañana a primera hora los tienes.

Sergio se pasó la mano por la cara.

—Si Paredes reclutó a un niño de trece años en dos mil siete, y ese niño sigue activo hoy, tenemos a un hombre de treinta y un años que lleva dieciocho de ellos preparándose para lo que hizo ayer en el Manzanares. Eso no es un copiador oportunista. Eso es algo mucho más grave.

—Lo sé.

—Y lo más grave no es eso —dijo Lena.

Nora la miró.

—¿Qué es lo más grave?

—Lo más grave es cómo habla ese chico.

—Sí.

—No habla como alguien del entorno de Paredes. Habla como un estudiante.

—Claro.

—Alguien con educación. Alguien con clase media. Alguien que no tendría que estar ahí.

—Alguien —dijo Nora— a quien alguien llevó ahí.

Los tres se miraron.

—Más cosas que escucho —siguió Lena—. El chico no tiene acento de Vallecas, no tiene acento del sur, no tiene acento de barrio obrero. Habla un castellano estándar que se aprende en colegios privados o concertados buenos. Segunda cosa: pronuncia "Héctor" con la hache aspirada, casi como si fuera una hache americana. Es una particularidad muy concreta. Se aprende en familias que han vivido fuera, en Latinoamérica o en Estados Unidos. Tercera cosa: el chico utiliza frases enteras, con sujeto y predicado completos. "No voy a hacerlo." "Porque no quiero ser tú." "No hay otro." Gente de veinte años normalmente habla en fragmentos. Este chico habla en oraciones. Alguien lo ha educado para hablar así.

—Alguien de clase media, con estudios, con formación rigurosa en castellano oral.

—Alguien —dijo Lena— que tiene dinero y tiene tiempo y tiene un interés particular en que ese chico hable como habla.

Sergio asintió.

—Entonces la pregunta es: quién tenía acceso a un niño de trece años en dos mil siete, con esos parámetros, y además tenía la capacidad de presentarle a Paredes.

—Alguien del cuerpo —dijo Nora.

—Alguien del cuerpo.

—Alguien con acceso al archivo de menores, con tutela administrativa, con conexión con Paredes.

Nora se levantó. Fue a la pizarra. Debajo de los nombres que había escrito el día anterior —Paredes, Mateo, Ana Roldán, Sara, Víctor—, dibujó una línea horizontal.

Encima de la línea escribió:

"Lo que él sabe."

Debajo de la línea escribió:

"Lo que él no sabe."

Y empezó a rellenar las dos columnas.

En la columna de arriba, "lo que él sabe": *que he visto el cuerpo de Carmen. Que he hablado con Ana. Que tengo la cinta.*

En la columna de abajo, "lo que él no sabe": *que tengo la carpeta de mi padre. Que sé que mi padre sospechaba de él. Que mi hermana aparece en la lista. Que alguien entra en mi piso e imita la letra de mi padre.*

Sergio se acercó. Leyó.

—Nora.

—Dime.

—Esto es trabajar a ciegas contra un inspector con cuarenta y cinco años de carrera.

—No me sorprende.

—Y si nos equivocamos en algo, nos come.

—Me temía algo así.

—¿Vamos a hacerlo igual?

—Vamos a hacerlo igual.

Lena cerró la libreta en la que había estado anotando.

—Yo me voy —dijo—. Tengo dos autopsias pendientes. Mañana a primera hora te mando los nombres de los centros donde Paredes trabajó en dos mil siete. Si el chico de esta cinta pasó por uno de esos centros, tenemos identificación en veinticuatro horas.

—Gracias, Lena.

—No me las des. A tu padre, si estuviera.

Salió.

Sergio y Nora se quedaron solos en la Pecera.

—Nora.

—¿Qué?

—Víctor Palacios. ¿Tú crees que es él quien puso al chico al lado de Paredes?

—Creo que es una hipótesis que hay que explorar.

—Es una hipótesis muy gorda.

—Es una hipótesis muy gorda.

—¿Cómo la exploramos sin que él se entere?

Nora miró la pizarra.

—Sergio. Si tú tienes que fingir durante los próximos días que Víctor Palacios es para ti lo que ha sido siempre —un tío simbólico, el compañero de tu padre, el hombre que te trajo una maceta cuando tu madre entró en la residencia—, ¿vas a poder? ¿Vas a poder mirarlo a la cara sin que se te note que sabes algo?

Nora tardó en contestar.

—No lo sé.

—Pues tienes que saberlo antes de verlo.

—Lo sé.

—Porque si se te nota un microsegundo, él reacciona. Y si él reacciona, ya no lo cogemos.

—Lo sé.

Se quedaron en silencio.

Fuera de la Pecera, al otro lado del cristal, el pasillo se estaba vaciando. Eran las siete menos veinte. Los administrativos empezaban a recoger. Los inspectores de turno de tarde estaban llegando.

A las siete en punto, el móvil de Nora vibró sobre la mesa.

Miró la pantalla. Era un mensaje.

Número desconocido. Lo abrió.

"Inspectora Vidal. Tengo información sobre su hermana. Llámeme. Pero no desde su teléfono personal. Vaya a una cabina. Marque el número que aparece abajo. Si no llama en las próximas dos horas, este número se desactiva y no va a volver a tener esta oportunidad."

Debajo, un número de nueve cifras.

Nora no apartó los ojos con el teléfono en la mano.

Sergio se acercó. Leyó.

—Nora.

—No me digas nada.

—Nora.

—Sergio. No me digas nada todavía.

Se quedaron los dos con el mensaje en la pantalla.

Nora miró el reloj. Las siete y uno.

Dos horas.

Se guardó el teléfono en el bolsillo.

Cogió el abrigo.

—Voy a buscar una cabina —dijo—. Hay una en la estación de Atocha. Voy a ir caminando. Tú te quedas aquí. Si en dos horas no he vuelto o no te he llamado, haces lo que te digo ahora: llamas a Fuentes, le cuentas todo, le das la carpeta. Todo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Si pasa algo, dale la carpeta a Fuentes. Y dile una cosa de mi parte.

—¿Qué?

—Que mi padre sabía. Que yo lo siento. Que nunca pensé que me iba a tocar seguir el mismo hilo.

Sergio asintió.

—Y una cosa más.

—Dime.

—Sergio. Si dentro de una hora alguien que no seas tú me llama desde mi teléfono diciéndome que todo está bien y que vuelva a comisaría, tú sabes que no soy yo. Tú sabes que me han cogido el teléfono. Tú avisa a Fuentes y pide el rastreo GPS del móvil.

—Nora.

—¿Qué?

—Estoy contigo. Siempre. Hasta el final. Lo sabes.

—Lo sé.

Nora salió.

A las siete y ocho, caminaba por la calle Segovia bajo un cielo que empezaba a oscurecerse. Los faroles se encendían uno a uno a su paso. El aire de octubre olía a humo de castañas de un puesto recién abierto.

Dentro del bolsillo izquierdo de su abrigo, el teléfono con el mensaje sin contestar.

Dentro del bolsillo derecho, dos monedas de dos euros.

Estación de Atocha: veinticinco minutos andando.

Nora no caminó. Corrió.

Tardó dieciséis minutos. Cuando llegó al vestíbulo de la estación, tenía el corazón a ciento treinta pulsaciones por minuto y la camisa pegada a la espalda. Buscó la cabina. No era fácil encontrarlas ya: Telefónica había retirado casi todas en los últimos años. Pero había dos junto al acceso a las vías de cercanías, escondidas detrás de una columna.

Una estaba ocupada. Un hombre joven, con pinta de extranjero, hablando en ruso o en ucraniano, pegado al auricular.

La otra estaba libre.

Nora se metió. Cerró la puerta plegable. El cristal empañado. El zumbido del fluorescente sobre su cabeza.

Metió la moneda.

Marcó el número.

Pulsó el auricular contra la oreja.

Un tono.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cuando ya estaba pensando que nadie iba a descolgar, alguien lo hizo.

Y la voz que Nora escuchó al otro lado —una voz masculina, tranquila, con un acento ligero que no supo ubicar inmediatamente — le dijo:

—Inspectora Vidal. Gracias por venir. No tenemos mucho tiempo. Escúcheme bien.

Nora tragó saliva.

—Escucho.

—Su hermana Sara está viva.

Nora cerró los ojos.

No se cayó de la cabina por pura costumbre profesional.

—Explíquese —dijo.

—Esta noche no. Esta noche solo le pido que acepte una cosa. Acepte que su hermana no murió en mil novecientos noventa y ocho. Acepte que alguien se la llevó con vida. Acepte que lleva veintisiete años con otra identidad. Y acepte que yo llevo quince años sabiéndolo y que he decidido, por razones mías, contárselo ahora.

—¿Quién es usted?

—Soy alguien a quien usted va a conocer pronto. Soy alguien que lleva mucho tiempo esperando el momento de salirse de la sombra. Soy alguien que no es un amigo ni tampoco un enemigo. Soy alguien que le va a pedir una sola cosa, inspectora. Que investigue con cuidado. Que no confíe en nadie del cuerpo todavía. Y que cuando yo la contacte de nuevo, venga al sitio que yo le diga, sola, con la escolta que decida su compañero Sergio Alatriste y no otra persona.

Nora se apoyó en la pared de la cabina.

—¿Cómo sabe usted el nombre de mi compañero?

—Sé lo suficiente para tenerla segura durante las próximas cuarenta y ocho horas. No más.

—¿Cuándo va a contactarme otra vez?

—Cuando aparezca la segunda víctima. Y va a aparecer. No en el río. En otro sitio. Un sitio que le va a decir algo a usted personalmente.

—¿Y Víctor Palacios?

Silencio al otro lado. Dos segundos. Tres.

—Inspectora.

—Sí.

—Usted ha dicho ese nombre muy pronto. Yo no le había hablado de él.

—Usted no. Otras cosas sí.

—Bien.

—¿Víctor Palacios sabe de usted?

—Víctor Palacios no sabe de mí desde hace cuarenta años. Y eso es lo único que me ha mantenido vivo. Hasta esta semana. Esta semana cambia todo. Para bien y para mal. Hasta pronto, inspectora.

La línea se cortó.

Nora permaneció quieta un minuto con el auricular en la mano.

Fuera de la cabina, la estación seguía funcionando. Los altavoces anunciaban llegadas y salidas. Una mujer pasaba con una maleta. Un niño lloraba a lo lejos.

Dentro de la cabina, en cambio, el mundo acababa de partirse en dos.

Antes de la llamada había una Nora Vidal que llevaba veintisiete años creyendo que su hermana estaba muerta.

Después de la llamada, había otra Nora Vidal.

Una a la que le quedaban cuarenta y ocho horas para aprender a vivir con la idea de que su hermana, que a estas horas tendría treinta y cinco años, probablemente seguía respirando en algún lugar de esa misma ciudad.

Y una a la que acababan de decir una cosa más.

Que quien llamaba llevaba cuarenta años escondido de Víctor Palacios.

Cuarenta años.

Nora colgó el auricular.

Salió de la cabina.

Y caminó, despacio esta vez, de vuelta al coche.

CAPÍTULO 7

La forense habla

Nora volvió a comisaría a las nueve y media de la noche.

Sergio estaba esperándola en la Pecera, con dos bocadillos de calamares envueltos en papel de estraza y una cerveza sin alcohol para cada uno. Había apagado la luz grande del techo y había dejado encendida solo la lámpara de mesa, lo que convertía la sala en un espacio más privado de lo habitual. Nora entendió sin preguntar que Sergio había tomado la decisión de que lo que se iba a hablar no convenía que se viera desde el pasillo.

—¿Has comido? —preguntó Sergio.

—No.

—Come.

Nora se sentó. Desenvolvió el bocadillo. Le dio dos mordiscos seguidos sin hablar. Sergio esperó.

—Sergio.

—Te escucho.

—Está viva.

Sergio cerró los ojos un segundo. Los abrió.

—¿Él te lo ha dicho con esas palabras?

—Con esas palabras.

—¿Y tú le crees?

—Todavía no lo sé. Le creo lo suficiente para seguir adelante. No lo suficiente para dejar de pensar que puede ser una trampa.

—¿Una trampa de Víctor Palacios?

—Una trampa de quien sea. Si alguien quiere sacarme del centro de Madrid, o llevarme a un sitio equivocado, o desviarme del caso del río para que me concentre en un anzuelo emocional, "tu hermana está viva" es un anzuelo que yo no voy a poder no morder. Quien sea, lo sabe.

—Tenemos que hablar de las próximas cuarenta y ocho horas.

—Hablamos mañana a primera hora. Ahora no puedo más.

—Está bien.

Nora terminó el bocadillo. Dio un sorbo a la cerveza. Se limpió las manos con una servilleta de papel. Luego se quedó mirando la mesa un rato. Sergio no la interrumpió.

A las diez menos veinte, el móvil de Nora vibró sobre la mesa. Era Lena Mora.

—Nora.

—Lena.

—Tengo algo. No es lo que me pediste, pero es algo.

—Dime.

—Estoy mirando los tres centros de menores donde trabajó Paredes entre dos mil seis y dos mil diez. El primero es el Centro Covadonga, en Vallecas. El segundo es el Centro Alonso Cano, en Tetuán. El tercero es una asociación religiosa llamada Manos de María, que también llevaba un programa juvenil en Villaverde. Paredes estuvo contratado en los tres.

—¿Y?

—En dos mil siete, el Centro Covadonga tenía una lista de noventa y cuatro menores inscritos. En dos mil ocho, ochenta y nueve. Es un centro grande. El Alonso Cano era más pequeño: cuarenta y siete

menores en dos mil siete. Manos de María tenía solo doce. Pero en ninguno de los tres hay registro oficial de un chico llamado Mateo. Ni con nombre completo, ni con apellido Valls, ni con ninguna variante común.

—¿Ningún Mateo?

—Ninguno. En tres años de contratos de Paredes.

—Eso no tiene sentido.

—Sí lo tiene, si Mateo no estaba oficialmente inscrito en ningún centro. Si lo llevaba Paredes por fuera. Si lo conoció por otro canal.

Nora miró a Sergio.

—Lena. Entonces Paredes no lo reclutó en un centro.

—No. Alguien se lo presentó a Paredes. Como se presenta a alguien. Como se hace una introducción.

—Alguien con acceso a niños en riesgo, con conexión con Paredes, y con un Mateo en su agenda.

—Víctor Palacios.

—Lo he pensado. Y he tirado del hilo. En dos mil siete, Víctor Palacios era inspector jefe de Menores en la comisaría de distrito de Latina. Tenía acceso semanal a los informes sociales de niños con problemas de conducta en toda la zona oeste y sur de Madrid. Podía perfectamente ver a un niño, identificarlo como útil, y conectarlo con Paredes sin dejar huella administrativa.

—Joder.

—Sí. Hay más.

—¿Qué pasa?

—He cruzado el archivo de Menores de dos mil siete con tutelas administrativas firmadas por Víctor Palacios personalmente. Me ha aparecido uno.

—¿Uno?

—Un solo expediente. Un niño de trece años al que no le aparece apellido en los primeros folios. Alguien tachó el apellido con rotulador negro. El nombre de pila que sí figura, y que el rotulador no tapó porque estaba en otra parte del expediente, es Mateo.

Nora apretó los labios un momento.

—¿Dónde tienes ese expediente?

—En el archivo central de Menores, en la planta menos dos de la sede de Mejía Lequerica. Yo no tengo acceso oficial a ese archivo. Soy forense. Tuve que bajar con una excusa. Una trabajadora social que me debía un favor desde dos mil diecinueve me abrió la puerta veinte minutos. He sacado fotografías con el móvil.

—¿Fotografías?

—Siete. Las subo ahora mismo a un correo cifrado. Contraseña temporal es la misma que la última vez. Cámbiala cuando las veas.

—Lena. Gracias.

—No me las des. Duerme. Mañana te mando los nombres completos de los asistentes sociales que firmaron con Víctor ese año. Alguno de ellos sabrá quién es Mateo.

Colgó.

Nora dejó el teléfono sobre la mesa. Respiró.

—Sergio. Víctor Palacios conoció a Mateo cuando Mateo tenía trece años. Hace dieciocho años. Mateo hoy tiene treinta y uno. Paredes empezó a matar hace más de una década. Mateo llevaba entonces cuatro años siendo aprendiz. La cinta de Ana Roldán es de dos mil trece, cuando Mateo tenía diecinueve y ya llevaba seis años formándose. Las cuentas cuadran.

—Las cuentas cuadran.

—¿Y dónde ha estado Mateo los últimos diez años, desde que Paredes murió?

—Mirando. Esperando. Siendo formado por el siguiente maestro.

—¿Víctor?

—Víctor o alguien que Víctor le pasó. Pero yo apostaría por Víctor.

Nora abrió el correo en su móvil. Entró un mensaje de Lena con el adjunto cifrado. Lo abrió. Escribió la contraseña. Se descargaron siete fotografías.

La primera era la portada de un expediente del Centro Covadonga, con el logo institucional y una fecha: marzo de dos mil siete. La segunda era la ficha interna de un menor sin apellido visible. La tercera, la cuarta y la quinta eran páginas del expediente con anotaciones manuscritas sobre tutelas, autorizaciones, visitas a centros educativos externos. La sexta era una firma, claramente la de Víctor Palacios, en una autorización para actividades extraescolares fuera del centro. Nora conocía la firma. Víctor había firmado cosas en casa de sus padres. La firma era la misma.

La séptima era una fotografía de carné de un niño.

Nora amplió la fotografía en la pantalla.

Un niño moreno, con los ojos oscuros, con la mandíbula cuadrada ya a los trece años. Piel un poco más blanca que la media. Expresión seria pero no hostil. El tipo de fotografía de carné que se hacía en dos mil siete, con fondo azul y mala calidad de impresión.

Se quedó mirando la fotografía un minuto entero.

Sergio, a su lado, se había inclinado para ver.

—Nora.

—¿Qué?

—Ese niño.

—Sí.

—¿Me lo enseñas un momento?

Nora le pasó el móvil. Sergio cogió el teléfono. Miró. Pasó el dedo. Volvió a la foto de carné.

Estuvo un largo rato estudiándola.

—Sergio.

—Dime.

—¿Qué ves?

—Veo un niño.

—Pero qué ves, en concreto. Dímelo tú.

Sergio levantó la vista. La miró.

—Nora. Ese niño, si le quitas la piel de trece años y le envejeces treinta, tiene algo en los ojos que no me cuadra con lo que tendría que ser un hijo desconocido de una familia desconocida de Madrid.

—¿Qué?

Sergio volvió a mirar la pantalla.

—Ese niño tiene ojos idénticos a los de tu padre.

Nora no contestó.

Se quedó mirando el teléfono en la mano de Sergio.

No había querido formular aquello en voz alta, pero la sensación la tenía desde el primer segundo. Había ojos que una no olvida, y los ojos de Alfonso Vidal eran de esa clase de ojos —color oliva oscuro, con una particular forma almendrada en el párpado inferior — que ella había visto en el espejo toda su vida y que había reconocido al ampliar la foto del niño.

—Sergio.

—Cuéntame.

—¿Tú estás pensando lo mismo que yo?

—Yo no sé lo que estoy pensando. Estoy diciendo lo que veo. Un niño con los ojos de tu padre.

—En dos mil siete, Víctor Palacios firma como tutor administrativo a un niño llamado Mateo que tiene los ojos de mi padre.

—Sí.

—Mi padre en dos mil siete tenía cuarenta y cuatro años. Llevaba treinta y dos casado con mi madre. Yo tenía veinte años. Mi hermana había desaparecido nueve años antes.

—Así es.

—Si ese niño tiene los ojos de mi padre, es por una de dos razones. Una: coincidencia genética casual. Pasa. Dos: el niño tiene relación biológica con alguien de la familia Vidal.

—Correcto.

—Mi padre nunca me habló de un hijo fuera del matrimonio.

—Yo tampoco.

—¿Y entonces?

Sergio le devolvió el teléfono.

—Nora. No sabemos. Un expediente tachado. Una foto de carné mala. Un parecido. Todavía no es nada.

—Lo sé.

—Pero si fuera lo que temes que es, la conexión entre tu padre, tu hermana, Víctor Palacios y Mateo no sería la que pensábamos hace dos días.

—No lo sería.

Nora se levantó. Fue a la pizarra. Borró con la mano lo que había escrito esa misma tarde.

Empezó a escribir otra vez, con letra más grande.

En el centro de la pizarra, con rotulador rojo, escribió tres nombres en vertical, uno debajo de otro, unidos por flechas.

VÍCTOR PALACIOS · cerebro / reclutador

↓

HÉCTOR PAREDES · ejecutor / formador / muerto 2015

↓

MATEO VALLS · ejecutor actual · 31 años

A la derecha de esta columna, escribió otros tres nombres, también con flechas.

ALFONSO VIDAL · padre de Nora · muerto 2015

↓

ISMAEL ROJO · encubridor · muerto 2017

↓

interrogación en rojo

En un tercer grupo, a la izquierda, escribió dos nombres más, unidos con una llave.

SARA VIDAL · 9 ago 1998

MATEO · ¿?

Y conectó con una línea azul a Víctor y a Alfonso.

Luego se quedó mirando la pizarra.

—Nora.

—Dime.

—Esa pizarra tiene demasiadas hipótesis.

—Lo sé.

—Y no las podemos contrastar con Fuentes.

—Lo entiendo.

—Y ni siquiera podemos decirlas en voz alta fuera de esta sala.

—Lo sé.

—Pero hay que empezar a hacer cosas.

Nora asintió.

—Mañana por la mañana —dijo—, tres cosas.

—Dispara.

—Una: confirmar quién es Mateo. Apellido, dirección actual, a qué se dedica. Lena ya ha puesto la máquina en marcha.

—Dos.

—Dos: pedirle a Fuentes un rastreo encubierto del teléfono de Víctor Palacios. Sin orden judicial. Solo para saber desde dónde se conecta. No vamos a usar nada como prueba. Solo queremos saber si está en Madrid.

—Fuentes no nos va a dar un rastreo sin orden.

—Fuentes nos lo va a dar.

—Nora.

—Sergio. Si Fuentes no nos lo da, sabremos que Fuentes está del otro lado. Si nos lo da, Fuentes está con nosotros. La petición, en sí, es la prueba.

Sergio la miró un segundo.

—Tres.

—Tres: no tocar todavía el hilo del niño con los ojos. Lo dejamos. Si Mateo es medio hermano o algo peor, eso vamos a necesitar pruebas sólidas antes de articularlo. No lo decimos ni entre nosotros en voz alta fuera de aquí. Lo escribimos en la pizarra y lo borramos al final del día.

—Vale.

—Y una cuarta cosa que me vas a pedir que omita y no voy a omitir.

—Quiero esta noche pasar por el piso de Víctor Palacios.

Sergio la miró.

—Nora.

—Sergio.

—Su dirección oficial es en Palencia.

—Lo sé.

—Entonces pasar por su piso significa buscar la dirección real. Y buscar la dirección real significa pedirle a Fuentes un rastreo que todavía no le hemos pedido. O ir a sitios a los que no deberíamos ir sin orden.

—Podemos esperar a mañana para pedírselo a Fuentes.

—Podemos.

—Entonces esta noche a casa.

—Esta noche a casa.

—Y mañana a primera hora, pedimos el rastreo a Fuentes.

—Sí.

Sergio se puso de pie.

—Una cosa más.

Sergio dudó. Luego lo dijo.

—Si mañana por la noche alguien te dice que tu hermana está viva, y lo dice con pruebas, y tú tienes que tomar una decisión entre seguir investigando o parar todo para ir a buscarla, acuérdate de una cosa.

—¿De qué?

—De que si paras la investigación, el que está detrás va a saber que sabes. Y si tu hermana está en sus manos, ella va a ser la primera en pagarlo.

Nora asintió.

—Lo entiendo.

—Nora.

—¿Qué?

—Yo creí durante cinco años que tú llevabas esto mejor de lo que llevarías hoy lo que puede empezar mañana. Ahora no estoy tan seguro.

—Yo tampoco, Sergio. Yo tampoco.

Sergio recogió su abrigo. Salió.

Nora se quedó sola en la Pecera.

Se quedó mirando la pizarra un largo rato.

Luego volvió al móvil. Abrió otra vez la séptima fotografía. Amplió la cara del niño. La miró.

Los ojos.

Un niño de trece años, en dos mil siete, con los ojos de Alfonso Vidal.

Nora apagó la luz de la lámpara. Metió el móvil en el bolsillo. Cogió el abrigo.

Antes de salir de la Pecera, se giró. Cogió un trapo húmedo del cajón de materiales. Borró cuidadosamente la parte de la pizarra donde había escrito SARA VIDAL y MATEO junto a Alfonso.

Lo demás lo dejó.

Lo del niño con los ojos de su padre era lo único que, esa noche, no podía permitirse ni siquiera dejar escrito.

Salió.

Cerró la Pecera con llave.

Bajó a la calle.

Eran las once y veinte de la noche.

Madrid olía a humo de castañas y a la humedad concreta que tiene octubre cuando empieza a bajar la temperatura.

Y en el bolsillo de su abrigo, junto al reloj parado de su padre, un teléfono con siete fotografías.

Y una de ellas, la que contenía un niño de trece años con los ojos de Alfonso Vidal, no era una fotografía.

Era una pregunta que Nora no había sabido que necesitaba hacerse.

Una pregunta nueva.

Y también una pregunta muy antigua.

CAPÍTULO 8

La segunda vez es más fácil

Inés Carretero tiene veintiocho años.

Trabaja como educadora infantil en una guardería concertada de Tetuán. Sale de casa todos los días a las ocho y diecisiete. Coge la línea uno hasta Cuatro Caminos. Desayuna un café con leche y una tostada con aceite en el mismo bar desde hace tres años. Llega a la guardería a las nueve menos cinco. Se pone la bata beige con su nombre bordado en la solapa. Atiende a doce niños de entre uno y dos años hasta la una del mediodía. Come en la sala del personal. Sigue hasta las cuatro y media. Sale. Coge el metro. A veces para en una librería de viejo de la calle Bravo Murillo para comprar alguna novela de Juan Marsé. A veces no para. A las seis y cuarto, entra en el gimnasio del barrio, hace cincuenta minutos de cinta y veinte de pesas. A las siete y media está en casa. A las ocho cena con una compañera de piso que se llama Irene. A las once apaga la luz.

Llevas veintidós días vigilándola.

No por obsesión. Por método.

Tu maestro te enseñó que las mujeres que mueren sin resistencia son las que han sido estudiadas al menos catorce días. Catorce es el mínimo. Tú tiendes a ir por encima. Veintidós es tu número favorito.

Y Inés Carretero es perfecta para lo que tú necesitas.

Tiene el pelo castaño. Las muñecas finas. La altura media. El peso en el rango. No toma medicación crónica. No tiene pareja

estable. La compañera de piso, Irene, sale a una clase de cerámica los martes por la tarde, de seis y media a ocho y media. Eso te da una ventana operativa limpia de dos horas.

Hoy es jueves.

Mañana es viernes.

El sábado es el día.

Tu maestro cree que va a ser lunes. Le dijiste lunes. Lo modificaste ayer en el calendario compartido que él te obligó a crear en dos mil diecinueve, cuando te dio permiso para empezar y te impuso lo que él llama "trazabilidad operativa mutua". Él cree que tiene acceso a todas tus decisiones. Que puede intervenir si te desvías.

No sabe que llevas tres meses gestionando un segundo calendario. Uno real.

Lo del sábado, él no lo sabe.

Tampoco sabe que la dosis va a ser la mitad. Que Inés va a aparecer viva. Que tú vas a dejar una nota dirigida a la inspectora Vidal. Que esa nota va a contener una sola frase:

"No soy tu enemigo esta vez."

No hay firma.

No hace falta.

Tu maestro va a enterarse el domingo, cuando las noticias den el hallazgo y describan a una mujer viva en el Cerro del Tío Pío. Va a llamarte furioso. Vas a contestarle. Vas a tener preparada una explicación: la dosis se calculó mal por un error de peso en la escala, la víctima sobrevivió porque no cumpliste bien el protocolo, eres un inútil, has fallado al maestro.

Él va a creerte.

Querrá creerte.

Porque la alternativa —que tú le mientas deliberadamente— es, para tu maestro, la peor alternativa posible. Llevaría a que él tuviera que considerar que durante veintisiete años ha educado a un hijo que ahora le desobedece. Y tu maestro, lector, no puede sostener esa idea dentro de la cabeza. Le reventaría algo. Lo sabes.

Esa es la única ventaja que tienes sobre él.

No es la fuerza. Él tiene más recursos que tú.

No es la inteligencia. Él es más frío que tú.

Es esta: que él no puede concebir que tú lo traiciones. Que su amor propio depende de creerte.

Por eso te crees tú mismo con derecho a traicionarlo.

Por eso vas a dejar a Inés viva.

Por eso vas a sembrar la primera duda en la cabeza de la inspectora Vidal.

Y por eso aunque ahora te creas frío, aunque ahora te creas firme, aunque ahora te creas un hijo que se libera del padre que se ha inventado, dentro de tu cabeza hay una cosa que no te atreves a decir.

La cosa es la siguiente.

Yo nunca toqué a Sara, lector.

Eso lo hizo otro.

Tú la acompañaste. Tú fuiste el que se agachó frente a ella en el Cerro del Tío Pío aquel sábado de agosto de mil novecientos noventa y ocho. Tú le dijiste que su mamá la estaba esperando en otro sitio. Tú la cogiste de la mano y la llevaste al coche. Tú condujiste esas dos horas hasta el piso donde tu maestro te esperaba. Tú la entregaste. Tú recibiste, de manos de tu maestro, la polaroid que él te pidió hacer cuarenta y ocho horas después. Tú has guardado esa polaroid veintisiete años.

Pero tú, físicamente, nunca tocaste a Sara Vidal en el sentido en que un adulto puede tocar a una niña de siete años para hacerle daño.

Eso lo hizo otro.

Tu maestro no.

Tu maestro nunca la tocó así. Eso lo sabes. Lo has comprobado durante todos estos años de convivencia indirecta con ella. A tu maestro, el cuerpo de la hermana de la inspectora no le interesaba en ese sentido. Le interesaba tenerla. Le interesaba controlarla. Le interesaba que hablara con voz baja y tocara el piano y le llamara "tío". Pero no la tocaba así. Nunca.

Hubo otro.

Uno que a ti te habían dicho, cuando tenías dieciséis años y le entregabas la niña a tu maestro, que era "de confianza". Un hombre mayor que estuvo tres veces en aquel piso en aquellos primeros meses. Un hombre que entraba a la habitación de la niña. Un hombre cuyo nombre, durante mucho tiempo, tú no quisiste saber. Un hombre a quien tu maestro, unos años después, le abrió la puerta del piso otra vez, y al que tú viste salir a las tres de la madrugada, y al que reconociste aquella noche de vista, aunque no supieras cómo se llamaba.

Eso, lector, es lo que sabes que pasó.

Y es también lo que todavía no le has dicho a nadie.

Porque mientras siga siendo un secreto entre tú y tu maestro y aquel otro, tú puedes seguir creyéndote que tú no fuiste parte.

Pero cuando entregues a Sara a su hermana —si es que consigues entregarla, si es que llegas a la semana que viene vivo—, vas a tener que contarlo. Y cuando lo cuentes, vas a tener que cargar con tu parte de haber llevado a una niña de siete años a un sitio donde otros la usaron.

Tú no fuiste el ejecutor.

Pero fuiste la cerradura.

Ese es tu verdadero pecado.

Y no lo has articulado hasta esta noche.

Te levantas de la silla. Cierras el cuaderno negro. Lo guardas en el compartimento secreto del primer cajón. Vas a la cocina. Te sirves un vaso de agua. Te lo bebes de pie, mirando la ventana.

Fuera, en el patio interior, solo hay dos ventanas encendidas en un cuarto piso del otro lado. Una de ellas tiene a una mujer sentada en una mesa, leyendo un libro. No sabes quién es. Nunca vas a saberlo.

Miras el móvil.

Un mensaje nuevo. De tu maestro. A las diez y cuarenta y dos.

"¿El lunes sigue en pie?"

Escribes sin pensarlo:

"Sigue."

Envías.

El mensaje dice "entregado".

Luego dice "leído".

Apagas el teléfono.

Y piensas en lo siguiente.

En que la inspectora Vidal, a esta misma hora, está saliendo de su comisaría con un móvil en el bolsillo que contiene la fotografía de un niño de trece años. Un niño con los ojos de su padre. Un niño que eres tú. Un niño cuyo apellido tu maestro borró en el expediente pero cuyos ojos no pudo borrar.

Ella lo va a notar.

Va a pensar cosas.

Va a pensar que eres su medio hermano.

No lo eres.

Tus ojos son casualidad genética. Tu madre se los dio. Tu madre murió en Valdemoro en mil novecientos noventa y ocho, un accidente laboral en una cadena de montaje de aluminio, quince días después de que tú cumplieras los dieciséis. Tu padre te había abandonado en mil novecientos noventa y cuatro. Te quedaste solo en el mundo en septiembre de mil novecientos noventa y ocho.

Tu maestro apareció en octubre.

Te dijo que había conocido a tu madre hacía años, que le debía un favor, que se iba a ocupar de ti. Te firmó la tutela en dos mil siete después de mudarte a un centro mientras cumplías los trámites. Te educó. Te compró libros. Te enseñó a escribir con letra bonita. Te enseñó a mirar. Te enseñó todo lo demás.

Tú tienes los ojos de tu madre. Y tu madre tenía los ojos, por pura coincidencia, de una forma particular que también tenía el inspector Alfonso Vidal. Os cruzasteis una vez en la vida, los dos. Eso es todo.

La inspectora Vidal va a ir por un camino equivocado. Va a pensar que hay una conexión de sangre entre ella y tú. No la hay.

Pero el hecho de que ella siga ese camino, lector, te va a dar tiempo.

Tiempo para terminar el sábado con Inés.

Tiempo para dejar la nota.

Tiempo para el siguiente paso, el que todavía no has articulado ni siquiera en tu cuaderno.

Tiempo para que la semana que viene, cuando ella llegue a la verdadera conexión, ya estés tú muy cerca de entregarle a su hermana viva.

Apagas la lámpara de la cocina.

Te vas al dormitorio.

Te tumbas en la cama sin desvestirte.

Y mientras te quedas dormido, piensas en dos cosas.

Una: en que mañana, al atardecer, vas a dar tu último paseo por el Manzanares antes del sábado. Vas a sentarte en un banco cerca del puente de Segovia. Vas a mirar el sitio donde colocaste a Carmen. Vas a recordar.

Dos: en que el hombre al que viste salir del piso de tu maestro unos años después, a las tres de la madrugada, tiene hoy sesenta y un años. Se jubiló hace cinco. Vive en un chalé de Chamartín. Tu maestro lo llama por teléfono cada dos meses. Y tú has anotado el nombre completo de ese hombre, por primera vez en veintisiete años, en la última página del segundo cuaderno. El que llevas escondido detrás del radiador del salón.

Ese nombre no lo conoces tú todavía del todo.

Lo vas a conocer la semana que viene.

Y cuando lo conozcas, vas a tener que elegir entre matarlo tú o entregárselo a la inspectora.

Apuesta, lector.

Apuesta qué vas a hacer.

Todavía no lo sabes tú mismo.

CAPÍTULO 9

Mateo

La prisión de Valdemoro, vista desde el aparcamiento a las diez y veinte de la mañana, tenía el mismo aspecto que la última vez que Nora había estado allí, once años atrás. Bloques de hormigón gris. Alambrada doble. Torres de vigilancia en las esquinas. El cielo de octubre encima, plano y bajo. Si uno cerraba los ojos y los abría, era dos mil catorce otra vez.

—Nora.

—Te escucho.

—¿Recuerdas algo de cuando viniste en dos mil catorce?

—Me acuerdo de todo.

—Del psicólogo.

—También.

—¿Crees que se va a acordar él de ti?

—Sí.

Bajaron del coche. Cruzaron el control de seguridad. Les retiraron los teléfonos, las armas reglamentarias, los bolígrafos metálicos. Les dieron unos bolígrafos baratos de la prisión y dos pases plastificados con cordón. Un funcionario joven, con gafas, los acompañó por un pasillo con olor a lejía hasta la sala de atención técnica.

Tristán Arjona, psicólogo del centro, los esperaba en una sala pequeña con una mesa y cuatro sillas. Sesenta y dos años. Bajito.

Barba canosa corta. Jersey de punto marrón. El tipo de hombre del que no se puede deducir nada a primera vista, y que probablemente había elegido esa invisibilidad deliberadamente para que los internos se fiaran de él.

—Inspectora Vidal. Inspector Alatriste.

—Gracias por recibirnos tan rápido.

—Ayer por la tarde me llamó el comisario Fuentes. Cuando él pide, yo acepto. ¿En qué les puedo ayudar?

Nora se sentó frente a él. Sergio al lado. Arjona no tocaba ningún papel. Tenía las manos quietas sobre la mesa.

—Señor Arjona. Héctor Paredes estuvo bajo seguimiento psicológico suyo desde dos mil once hasta su muerte en dos mil quince. Usted fue el único que entró en su celda con frecuencia regular durante los últimos dos años de su vida. Necesitamos saber quién iba a visitarlo.

Arjona se quedó mirándola un segundo.

—Vienen ustedes por el aprendiz.

Sergio y Nora se miraron.

—¿Cómo?

—Héctor Paredes tuvo un aprendiz durante todo el tiempo que estuvo aquí. Durante los primeros años lo mencionaba en las sesiones como una figura teórica. En los últimos meses, ya no. En los últimos meses lo mencionaba como una persona real, viva, que lo estaba abandonando.

—¿Él le dijo nombres?

—Un nombre. Mateo. Sin apellido. Me lo dijo en tres ocasiones separadas. Yo tengo en las notas clínicas las fechas exactas.

—¿Usted nos pasa esas notas?

—Les paso lo que está en abierto. Lo que está protegido por confidencialidad clínica, no.

—Lo entiendo.

—Pero hay algo que les voy a decir aparte, porque no está en notas y porque siempre supe que algún día iba a preguntarlo alguien.

—Adelante.

—Paredes tenía visitas regulares. Las visitas familiares son registradas en la ficha externa del preso, a la entrada del centro. Pero hay otro tipo de visitas, las que llamamos "técnicas", que son visitas autorizadas por un juez para fines administrativos, como revisión de expedientes judiciales pendientes, comparecencia ante comisiones de revisión, o consulta con abogados externos. Esas visitas pasan por una tramitación diferente y no aparecen en el registro familiar.

Pasaron unos segundos.

—Paredes tenía visitas técnicas.

—Paredes tenía visitas técnicas con una frecuencia inusual. Entre dos mil once y dos mil quince, tuvo veintitrés visitas técnicas autorizadas. Era un número que nos llamó la atención en su momento, pero estaban todas firmadas por jueces con los sellos correspondientes.

—¿Quién las firmaba?

—Un solo juez. El juez Antonio Esparza. Murió en dos mil dieciocho de un cáncer.

—¿Y el motivo que constaba en las visitas?

—Siempre el mismo. "Revisión de material externo relacionado con investigaciones abiertas anteriores." Vago. Suficiente para pasar la puerta.

—¿Quién venía a esas visitas técnicas?

—Constaban como "inspector en comisión de servicios" sin nombre específico, dependiendo del caso. Pero yo, por haber tenido que subir a algunas de ellas para supervisar el estado psicológico del interno, vi al mismo hombre en cuatro ocasiones.

—Descríbanoslo.

—Un hombre de unos cincuenta y cinco años entonces. Alto. Moreno. Pelo gris ya empezando. Le temblaba un poco la mano izquierda. Entraba con un portafolios marrón y un abrigo oscuro.

Sergio y Nora se miraron otra vez.

—¿Usted nos podría identificar a ese hombre si le enseñamos una fotografía?

—Probablemente.

Nora le pasó el móvil con la foto ampliada de Víctor Palacios.

Arjona se puso unas gafas. Miró la pantalla unos segundos.

—Sí. Este hombre.

—Gracias.

Arjona devolvió el móvil.

—Inspectora. Una última cosa que no está en las notas.

—Dígame.

—El día de la muerte de Paredes, el tres de febrero de dos mil quince, hubo una visita técnica no programada. Entró por la mañana. Salió a las doce del mediodía. A las tres de la tarde Paredes estaba muerto en la celda. El informe forense oficial habla de infarto. Yo nunca creí que fuera infarto. Se lo dije a mi superior entonces. Me dijeron que me concentrara en mi trabajo.

—¿El hombre que entró esa mañana era Víctor Palacios?

—No. Ese día entró otro. Un hombre distinto. Más joven. Alto, delgado, sin temblor. Cincuenta y pocos años. Acento del norte.

Nora se llevó la mano a la frente un momento.

—¿Usted lo podría identificar?

—Con una foto, probablemente. Sin foto, no podría.

—Gracias.

—¿Quieren que les traiga el listado de las veintitrés visitas técnicas?

—Queremos. Pero mándelo por correo cifrado al comisario Fuentes. No quiero que salga de aquí en nuestras manos.

—De acuerdo.

Salieron.

En el coche, de vuelta a Madrid, Sergio condujo los primeros veinte kilómetros en silencio. Nora iba en el asiento del copiloto con la mirada fija en el cristal. A la altura de Pinto, Sergio tomó la palabra.

—El que entró la mañana que murió Paredes no era Víctor.

—No.

—Era otro.

—Era otro.

—Cincuenta y pocos años en dos mil quince. Hoy tendría sesenta y uno o sesenta y dos.

—Sí.

—Acento del norte.

—Sí.

—Ese hombre mató a Paredes.

El limpiaparabrisas hizo un arco lento.

—Casi seguro.

—Y diez años después, sigue vivo.

—Casi seguro.

—Nora.

—Te escucho.

—No podemos cazar a dos a la vez. Si vamos a por Víctor y a por este otro al mismo tiempo, se nos escapan los dos.

—Ya.

—Entonces elige.

—Vamos a por Víctor. Este otro, para después.

—De acuerdo.

A la una y cuarto estaban en comisaría. Subieron a la Pecera sin saludar a nadie. Sergio cerró la puerta. Nora puso el móvil sobre la mesa y abrió el correo.

Había un mensaje nuevo de Lena Mora. Había llegado mientras estaban en Valdemoro.

Asunto: Mateo Valls Alcántara. Confirmado.

Nora abrió.

"Nora. Ya está. El niño del expediente del dos mil siete es Mateo Valls Alcántara. Padre fallecido en mil novecientos noventa y ocho, accidente laboral en una planta industrial de aluminio en Valdemoro. La madre falleció en el mismo año, poco después, en circunstancias confusas (suicidio, según el acta; el expediente interno sugiere que no fue clara). Tuvo un hermano mayor, Tomás Valls Alcántara, de dos años más. Mateo quedó huérfano a los cinco. Pasó por dos familias de acogida entre mil novecientos noventa y ocho y dos mil siete. En el dos mil siete entró en el Centro Covadonga. Víctor Palacios le firmó la tutela administrativa ese mismo año. Salió del centro a los dieciocho con expediente cerrado sin entrega formal a ninguna familia. Dirección actual oficial: un piso alquilado en la calle de la Montera, treinta y siete, cuarto B. Soltero. Sin antecedentes penales. Trabaja como técnico de archivo y documentación en una oficina privada que se llama Gestora Castel Palencia S.L. El administrador único de esa sociedad es Víctor Palacios. Te mando adjuntos la ficha completa y la foto actual de Mateo, que he sacado del DNI. Lena."

Nora pasó a los adjuntos.

La foto actual de Mateo Valls era la foto de un hombre de treinta y un años moreno, con la mandíbula cuadrada, con los ojos oscuros y una forma almendrada en el párpado inferior.

Los ojos seguían siendo los mismos que a los trece.

Seguían siendo idénticos a los de Alfonso Vidal.

Nora fijó la vista la foto.

Sergio se acercó.

—¿Has leído lo del hermano?

—Claro.

—Tomás Valls Alcántara. Hermano mayor de Mateo.

—Sí.

—Ese nombre me suena.

Nora lo miró.

—¿De qué?

—De un archivo que mandé yo el mes pasado a los de informática para escanear. El nombre estaba en una lista de personal subcontratado. Gente que entra en Jefatura con funciones administrativas temporales.

—¿Tomás Valls trabaja en Jefatura?

—Si es el mismo Tomás Valls, sí. En el archivo general. En la planta menos uno. Lleva ahí desde hace seis o siete meses.

Nora sintió que se le enfriaba la nuca.

—Sergio.

—Te escucho.

—Si el hermano de Mateo trabaja en el archivo general de Jefatura, ha tenido acceso físico a cualquier expediente del cuerpo durante los últimos seis meses.

—Exacto.

—Incluido el expediente abierto esta semana del caso Carmen Alcaraz.

—Incluido el expediente de mi padre.

—Sí.

—Incluido el expediente de mi hermana.

—Sí.

Nora apretó los labios.

—Sergio. Bajamos ahora.

—¿A verlo?

—A verlo de lejos. Yo no me acerco. Tú sí. Tú te pasas por el archivo con una excusa, te asomas, lo identificas si está, y te vas. Yo me quedo en la esquina del pasillo por si hay que salir.

—Perfecto.

Bajaron por las escaleras hasta la planta menos uno. El archivo general tenía una puerta gris con rótulo institucional y un cristal opaco. Nora permaneció quieta apoyada en la pared del pasillo, veinte metros antes de la puerta. Sergio avanzó. Abrió. Entró.

Tardó tres minutos en salir.

Cuando salió, caminó hacia Nora sin apresurarse. Llegó. Siguió caminando. Nora se separó de la pared y caminó con él hacia las escaleras. Solo empezó a hablar cuando estuvieron en el rellano de la planta cero.

—Estaba allí.

—¿Seguro?

—Seguro. Es el Tomás Valls que figura en la foto del expediente que Lena mandó, diez años más viejo. Sesenta por ciento del parecido. Es él.

—¿Te ha visto?

—Me ha visto. Hemos cruzado tres palabras. Yo le he dicho que venía a consultar una ficha antigua de un caso de estupefacientes cerrado en dos mil diecisiete. Me ha pedido el número de expediente. Se lo he dado. Ha mirado en el ordenador. Me ha dicho que el expediente estaba archivado en caja dura, en la sala interior,

y que lo podía tener en diez minutos si quería. Le he dicho que mejor volvía después. Se ha encogido de hombros.

—¿Te miró raro?

—Me miró normal.

—¿Seguro?

—Seguro. Pero al salir yo, él estaba escribiendo en el teléfono.

—Joder.

—Sí.

—Subimos.

Subieron. Cerraron la Pecera otra vez. Nora cogió el teléfono. Llamó a Fuentes.

—Ramón.

—Nora.

—¿Puedo subir?

—Sube.

Nora subió sola.

Fuentes tenía el despacho abierto. Entró. Cerró la puerta. Se sentó.

—Ramón. Necesito una cosa.

—Cuéntame.

—Un agente del archivo general. Se llama Tomás Valls Alcántara. Contratado como personal subcontratado. Necesito que lo aparten de su puesto con una excusa cualquiera, no importa cuál, esta misma tarde. Sin detención. Sin que parezca una acción policial. Solo que no esté en Jefatura a partir de mañana.

—¿Por qué?

—Porque está filtrando información a alguien que no quiero que la reciba.

—¿A quién?

—Víctor Palacios.

Pasaron varios segundos.

Fuentes se quedó un segundo mirándola.

—Si esto es lo que estás pensando, vas a necesitar más que una sospecha para moverle el puesto a un trabajador contratado.

—No voy a poner nada por escrito. Solo te pido que lo muevas administrativamente. Que le pidas una rotación. Que lo mandes a otro archivo. Que lo pongas de baja remunerada durante dos semanas. Lo que sea.

—¿Tienes pruebas de la filtración?

—Tengo una coincidencia que no se explica sin filtración. Tomás Valls es hermano del aprendiz de Paredes. Y Víctor Palacios es el que lleva diez años encubriendo al aprendiz.

Fuentes no dijo nada durante unos segundos.

Luego cogió el teléfono. Marcó una extensión interna.

—¿Recursos humanos? Soy Fuentes. Necesito una gestión administrativa inmediata sobre el contratado Tomás Valls Alcántara. Rotación a otro edificio a partir de mañana. Excusa administrativa.

Escuchó.

—Sí. Hoy mismo. Gracias.

Colgó.

—Hecho.

—Gracias.

—Nora.

—Dime.

—Me vas a tener que contar, cuando puedas, lo que estás haciendo.

—Te lo cuento mañana.

—Mañana.

—Gracias.

Salió del despacho.

Cuando Nora volvió a la Pecera, Sergio estaba en la ventana, mirando el patio.

—Sergio.

—Adelante.

—Lo ha movido.

—¿Sin preguntar demasiado?

—Sin preguntar demasiado.

—Eso es bueno.

—Eso es bueno.

Sergio se giró.

—Nora. Una última cosa.

—Adelante.

—Mientras tú estabas arriba, Fuentes me ha llamado por la línea interna a mí. Sin que tú lo sepas.

Nora se quedó muy quieta.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho que cuando esto se ponga feo, yo tengo que llamarlo directamente a él, a cualquier hora del día o de la noche. Que a partir de ahora te cuide yo, pero que le avise a él.

—¿Eso te ha dicho literalmente?

—Literalmente.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Que sí.

Nora miró a Sergio.

—¿Eso qué significa?

—Puede significar dos cosas, Nora. Que Fuentes está contigo hasta el final y que está articulando un protocolo de protección por detrás sin querer que tú lo sepas. O que Fuentes está empezando a cubrirse las espaldas porque sabe lo que puede pasar a partir de mañana.

—¿Tú cuál crees?

—Creo la primera. Pero no estoy seguro.

Nora asintió.

Se sentó.

Y mientras se quitaba el abrigo, el móvil vibró sobre la mesa.

Miró la pantalla.

Era Fuentes. Mensaje de texto.

"Nora. Denuncia acaba de entrar. Mujer desaparecida en Tetuán esta misma tarde. Inés Carretero, educadora infantil, veintiocho años. Ha salido del gimnasio a las siete y veinte y no ha vuelto a casa. Su compañera de piso ha denunciado a las nueve en punto. Te paso el expediente."

Nora levantó la vista.

—Sergio.

—¿Qué pasa?

—La segunda.

CAPÍTULO 10

El archivo

La búsqueda de Inés Carretero empezó a las nueve y cuarto de la noche del jueves y terminó a las cuatro y media de la madrugada del viernes.

Nora no durmió.

A las nueve y media ya tenía desplegado el dispositivo completo: ocho patrullas rotando por los tramos del Manzanares donde Paredes había dejado históricamente a sus segundas víctimas, seis drones de Bomberos con cámaras térmicas sobrevolando los parques del extrarradio sur, un equipo cinológico con perros entrenados en cadáveres, y coordinación con la Guardia Civil para los tramos que salían del término municipal. A las diez y veinte, Fuentes subió a la Pecera con dos cafés y se quedó tres horas mirando los mapas con Nora y Sergio sin interrumpir, preguntando lo justo, firmando las autorizaciones que hacían falta.

A las cero cincuenta de la madrugada, Nora hizo algo que en el plan no estaba.

Pidió que uno de los drones térmicos sobrevolara el parque del Cerro del Tío Pío.

Fuentes la miró.

—Nora. El Cerro no entra en el patrón de Paredes. Paredes nunca dejó a nadie allí.

—No me sorprende.

—Entonces por qué.

—Porque tengo una corazonada.

—¿Basada en qué?

—En nada concreto. Pero me está pidiendo el cuerpo que lo hagamos.

Fuentes estuvo un segundo mirándola. Luego cogió el radioteléfono.

—Drones, cambio. Redirigid uno al Cerro del Tío Pío. Barrido térmico completo. Prioridad media. Cambio.

A la una y diecinueve de la madrugada, el dron localizó una firma térmica compatible con un cuerpo humano en un banco del área central del parque.

A la una treinta y cinco, una patrulla confirmó que había una mujer inconsciente sentada en el banco, bien vestida, con la cabeza apoyada en el respaldo, con el pulso débil pero presente.

A la una cuarenta y tres llegó Nora al Cerro del Tío Pío.

Sergio conducía. Nora iba en el asiento del copiloto en silencio. El parque, de noche, era un monte artificial con tres cumbres pequeñas y bancos dispersos, desde donde en días claros se veía todo Madrid. De noche, en octubre, era una silueta oscura cortada contra las luces bajas de Vallecas.

Al bajar del coche, Nora paró un segundo. Se apoyó en el lateral del coche. Cerró los ojos.

No había vuelto al Cerro del Tío Pío desde el nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho, el día que su hermana Sara no había regresado de jugar.

—Nora.

—Ya voy.

Caminaron hasta el banco.

Inés Carretero estaba sentada, con las manos sobre el regazo. Alguien la había colocado cuidadosamente. La bufanda, atada. El abrigo, cerrado. Los zapatos, puestos y atados. Los pendientes que llevaba al salir del gimnasio, en su sitio. La mochila del gimnasio, apoyada en el banco a su derecha, cerrada, sin señales de haber sido registrada.

Y en la mano derecha, que colgaba ligeramente del borde del banco, cerrada en un puño flojo, un papel doblado en cuatro.

Los sanitarios ya habían colocado una vía. El técnico que dirigía la atención miró a Nora.

—Inspectora. Está estable. Dosis baja de opiáceo, probablemente fentanilo como la primera, pero mucho menos concentrado. Va a estar fuera seis o siete horas. Cuando despierte va a poder hablar.

—Gracias.

—La trasladamos al Doce de Octubre.

—Trasladadla. Yo me quedo un minuto.

Los sanitarios retiraron la camilla. Nora se arrodilló junto al banco. Con guantes. Sin tocar.

Cogió el papel doblado de la mano de Inés. Lo desdobló. La letra era la misma que había visto en el margen de la página treinta y siete de la carpeta del padre dos días antes. La misma que había añadido "Mateo" sobre lo que solo decía "Aprendiz". La letra del imitador. La letra que imitaba a Alfonso Vidal.

El papel decía:

"Inspectora Vidal. Inés está viva porque yo he decidido que viva. No por piedad. Por cálculo. Usted va a recibir dentro de las próximas setenta y dos horas una llamada de un número que no conoce. Conteste. Esa llamada le va a dar a usted la única oportunidad que va a tener este caso. Si no contesta, yo desaparezco y mi maestro huye. Si contesta, yo le entrego lo que él lleva veintisiete años guardándole. No confíe en Víctor Palacios. Tampoco confíe en nadie

que se presente en su despacho diciendo que viene de parte de Víctor. M."

Debajo, en letra más pequeña, añadido en otra tinta:

"Lo siento por lo que hice en mil novecientos noventa y ocho. No fue decisión mía. Pero fue mi mano."

Nora cerró los ojos.

Sergio se acercó. Leyó por encima de su hombro. Se apartó.

—Nora.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Nora.

—Estoy bien, Sergio.

Nora se levantó. Guardó el papel en una bolsa de pruebas que Sergio había sacado del maletín. La etiquetó. La metió en el bolsillo interior del abrigo.

—¿Hacemos foto del lugar? —preguntó Sergio.

—Cobertura completa. Todo. Me quiero llevar este sitio entero en fotografías.

Los técnicos empezaron a documentar. Nora se apartó unos pasos. Se quedó mirando la ciudad. Las luces de Vallecas abajo. El perfil del Manzanares invisible en la oscuridad, a dos kilómetros.

Hace veintisiete años, un sábado de agosto, su hermana Sara de siete años había estado jugando en alguno de esos senderos de tierra. Había una fotografía borrosa que Nora guardaba en una caja, en casa de Segovia, donde Sara aparecía riéndose con un helado en la mano a unos diez metros de donde ahora estaba el banco en que acababan de dejar a Inés Carretero.

Mateo Valls había elegido este banco.

No era un banco cualquiera.

Era el banco.

—Sergio.

—Dime.

—Mateo acaba de decirnos dos cosas. Primera, que está dispuesto a entregarnos a su maestro. Segunda, que él fue el que se llevó a mi hermana en mil novecientos noventa y ocho.

—Sí.

—Y la tercera, implícita en la segunda, es que mi hermana está viva. Porque si estuviera muerta, no habría nada que entregarnos.

—Sí.

Nora respiró.

A las cuatro y treinta y dos de la madrugada, subió al coche. Sergio condujo. En el camino de vuelta no hablaron.

A las cinco menos diez, Nora entraba en comisaría. Subió a la Pecera. Fuentes estaba allí, de pie, con una carpeta en la mano. No se había ido en toda la noche.

—Nora.

—Ramón.

—Te vi marcharte al Cerro. No pregunto por qué.

—No preguntes.

Fuentes le tendió la carpeta.

—¿Qué es?

—El expediente oficial de Sara Vidal. Reabierto administrativamente esta tarde por "similitudes técnicas con el caso Alcaraz". Mi firma. Tu acceso total. Sergio, acceso completo. Nadie más.

Nora cogió la carpeta.

La miró.

Una carpeta gris, con el sello de Personas Desaparecidas, con el número de expediente y el nombre: Vidal Cabrera, Sara Elena. Nacida el catorce de marzo de mil novecientos noventa y uno en Madrid. Desaparecida el nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho, a los siete años, en el parque del Cerro del Tío Pío. Caso oficialmente abierto hasta septiembre de dos mil uno. Archivado después de tres años sin nuevas pistas.

Nora no había abierto ese expediente en los once años que llevaba en el cuerpo.

Había tenido acceso técnico a él desde que entró en Homicidios. Podía haberlo pedido en cualquier momento.

No lo había pedido nunca.

—Gracias.

—Hay algo más.

Fuentes cerró la puerta de la Pecera. Se sentó. Sergio se había quedado fuera por iniciativa propia.

—Nora. Te voy a decir una cosa que llevo diez años queriendo decirte y que no me he atrevido hasta hoy.

—Dime.

—Llevo desde dos mil quince sospechando que Víctor Palacios tuvo algo que ver con la muerte de tu padre.

Nora se quedó muy quieta.

—Ramón.

—Déjame acabar. Tu padre, en los meses previos a morir, me empezó a hacer preguntas raras sobre Víctor. Preguntas sobre el dinero de Víctor, sobre los viajes de Víctor a Palencia, sobre un piso en la calle Mejía Lequerica que Víctor había alquilado con otro nombre. Tu padre no me explicaba por qué. Me preguntaba por detalles sueltos. Yo le respondía lo que sabía. Le veía cada vez más tenso. En diciembre de dos mil catorce, tres meses antes de morir, me dijo una frase que no se me ha olvidado nunca. Me dijo:

"Ramón, si un día me pasa algo, Víctor no va a estar limpio. No te prometo que él sea el responsable directo. Pero no va a estar limpio."

Nora cerró los ojos.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque cuando murió, yo no tenía nada más que esa frase y unas sospechas sueltas. No tenía pruebas. Si lo investigaba oficialmente, Víctor se enteraba el mismo día y yo quedaba como un comisario trastornado que acusa a un compañero jubilado sin razones. Si no lo investigaba, esto se quedaba en nada. Elegí una tercera cosa.

—¿Cuál?

—Guardarlo. Esperar. Mantener a Víctor cerca mío de forma informal, invitarlo a cenar una vez al año, preguntarle cosas tontas, mirarlo. Durante diez años. Hasta que algo cambiara. Y esta semana algo ha cambiado.

—El cuerpo de Carmen Alcaraz.

—El cuerpo de Carmen Alcaraz.

Fuentes siguió.

—Nora. Hay una cosa más que tu padre me dijo en enero de dos mil quince, cuarenta días antes de morir. Me dijo: "Ramón. En una taquilla de la estación de Chamartín hay una llave y un sobre. Cuando Nora cumpla treinta y ocho años, si yo no se lo he contado ya para entonces, se lo cuentas tú. Y le das esto." Me dio una llave pequeña. La llevo diez años guardando. Hoy cumples treinta y ocho.

—Cumplí treinta y ocho hace cinco meses.

—Lo sé. Me faltaba el momento. Es hoy.

Fuentes abrió un cajón. Sacó un llavero pequeño. Una sola llave. Se la tendió.

Nora la cogió.

Se quedó mirándola un rato.

—Ramón.

—Dime.

—¿Tú sabes qué hay en la taquilla?

—No lo sé. Tu padre no me lo dijo. Me dijo literalmente: "Es mejor que tú no sepas. Así nadie te puede torturar para que lo digas."

—Joder.

—Así es.

—¿Cuándo fue la última vez que comprobaste que la taquilla sigue siendo la misma?

—Nunca. Nunca he vuelto a acercarme a la estación. Tu padre me dijo también: "No vayas nunca. Si alguien te ve rondando esa taquilla, muero más rápido de lo que ya voy a morir."

Nora miró al suelo.

—Si esa taquilla sigue en pie, mi padre ha anticipado todo esto desde hace diez años.

—Lo ha anticipado.

—Pero no evitó su propia muerte.

—Una cosa era anticiparla, Nora. Otra cosa era evitarla. Tu padre llegó al punto en que hay que elegir entre salvar la investigación o salvarse uno. Eligió la investigación. Cerró todo para que tú, algún día, pudieras reabrirlo sin que a ti te mataran antes.

Nora asintió.

Se guardó la llave en el bolsillo, junto al reloj parado.

—Ramón.

—Dime.

—¿Cuándo abro la taquilla?

—No hoy. Hoy tienes la llamada que anuncia el mensaje de Mateo, tienes la operación que viene después, tienes el hilo de Víctor que ya

no puedes soltar. Si abres la taquilla hoy, vas a llorar cuatro horas. No puedes permitirte llorar cuatro horas esta semana.

—Entonces cuándo.

—Cuando tengas a Víctor detenido. Entonces, y no antes.

—De acuerdo.

Nora se levantó.

—Una última cosa. El hombre que entró en la celda de Paredes la mañana que murió no fue Víctor. Fue otro. Cincuenta y pocos años en dos mil quince. Acento del norte. ¿A ti te dice algo?

Fuentes se quedó un segundo pensando.

—Acento del norte.

—Claro.

—Puede ser mucha gente.

—Ya.

—Déjame darle vueltas. Si me acuerdo de algo te llamo.

—De acuerdo.

Salió del despacho.

A las cinco y media de la mañana, Nora volvió a la Pecera. Sergio estaba escribiendo en un ordenador.

—Vete a casa. Duerme tres horas. A las nueve nos vemos aquí. Vas a tener que ir tú al hospital a recoger la declaración de Inés cuando despierte. Yo me quedo, leo el expediente de mi hermana y descanso una hora en el sofá del despacho.

—De acuerdo.

—Sergio.

—Habla.

—Mi padre dejó una taquilla en Chamartín para cuando yo cumpliera treinta y ocho años. La llave la tenía Fuentes.

Sergio se paró. Miró a Nora.

—Joder.

—Correcto.

—¿La vas a abrir?

—Cuando tengamos a Víctor. Fuentes me ha pedido que espere.

—Tiene razón.

—Tiene razón.

—Nora.

—Dime.

Un teléfono sonó dos despachos más allá.

—Hoy es viernes. Mañana es sábado.

—Así es.

—Y la llamada que anuncia Mateo en su nota.

—Mateo dijo setenta y dos horas.

—Setenta y dos horas desde las dos y media de esta madrugada.

—Domingo a las dos y media.

—Domingo a las dos y media.

—Vamos a pasar el fin de semana en comisaría.

—Vamos a pasar el fin de semana en comisaría.

Sergio cogió el abrigo.

Se fue.

Nora se quedó sola.

A las cinco y cuarenta, abrió el expediente oficial de su hermana Sara.

Pasó la primera página.

La segunda.

La tercera.

En la cuarta estaba la fotografía oficial de Sara a los siete años, la que había enviado su madre al cuerpo para la búsqueda. Nora la había visto miles de veces. Pero nunca en este expediente. Nunca en este contexto. Nunca con un Mateo Valls Alcántara de treinta y un años en la otra mano de la investigación.

La niña de la fotografía sonreía. Llevaba una diadema verde. Tenía los dos dientes de arriba separados.

Nora se quedó mirándola un largo rato.

Luego, por primera vez en once años, volvió a llamar a Sara Vidal por su nombre en voz alta. No delante de nadie. Solo delante del expediente.

—Hola, Sara.

Y siguió leyendo.

CAPÍTULO 11

Fuentes

Inés Carretero despertó a las nueve menos diez de la mañana del viernes, en la habitación doble trescientos diecisiete de la planta cinco del hospital Doce de Octubre, y la primera cosa que hizo al abrir los ojos fue pedir un vaso de agua.

Sergio, que llevaba desde las siete y media junto a la cama con un café frío en la mano, le acercó una jarra y un vaso. Inés bebió despacio. Estuvo un minuto sentada sin decir nada, mirando el techo, como quien se orienta. Luego giró la cabeza hacia Sergio.

—¿Dónde estoy?

—Hospital Doce de Octubre. La encontramos anoche.

—¿Quién es usted?

—Inspector Sergio Alatriste, Homicidios. Estamos aquí para protegerla y para hablar con usted cuando se sienta preparada. Sin prisa.

—Irene.

—Su compañera de piso ya está avisada. Viene hacia aquí.

—Gracias.

Inés cerró los ojos un segundo. Los abrió.

—No me ha pasado nada, ¿verdad?

—Usted está bien. No la han tocado. No hay indicios físicos de agresión. Le suministraron un sedante y después la colocaron con cuidado en un banco del parque del Cerro del Tío Pío. Alguien la cuidó hasta que llegamos.

Inés parpadeó.

—¿Alguien me cuidó?

—La persona que se la llevó.

—¿Por qué?

—Eso es lo que nos gustaría saber. ¿Recuerda algo?

Inés apretó los labios otra vez. Estuvo treinta segundos así. Cuando los volvió a abrir, habló despacio.

—Salí del gimnasio. Iba por la acera de Bravo Murillo hacia arriba. Una furgoneta blanca se paró a mi lado, lo juro que dos metros antes de mí, no en mi dirección sino al contrario, como si quisiera girar. Se bajó un hombre. Con gorra. Con mascarilla, de las blancas. Me preguntó por una calle. Yo me giré para señalársela. Entonces sentí un pinchazo en el cuello. Me mareé. Recuerdo caerme contra él. Recuerdo que me cogió con cuidado. Como si no me quisiera hacer daño al caer. Y recuerdo que, antes de perder la consciencia del todo, me dijo una frase al oído.

—¿Qué frase?

—"No va a pasarte nada. Esto es para otra persona."

Sergio se quedó muy quieto.

—¿Está segura de que dijo eso?

—Segura.

—¿La voz?

—Joven. Treinta y pocos. Sin acento marcado. Sin agresividad. La voz de alguien que había preparado la frase.

—¿Algo más de él?

—La mano con la que me sujetó por el cuello mientras yo caía fue la izquierda. Lo sé porque yo iba mirando a la derecha y la sentí venir del otro lado. También me fijé porque vi el reloj que llevaba. Un reloj digital negro, barato, de los deportivos.

—¿Qué más?

—Nada más. Me desperté aquí.

Sergio asintió. Anotó.

—Inés. Una última cosa.

—Dígame.

—"Esto es para otra persona." ¿Qué cree usted que quiso decir él con eso?

Inés se lo pensó.

—No sé. Suena a mensaje. A recado. Como si yo fuera el sobre.

Sergio asintió.

—Gracias, Inés.

—Inspector.

—Dígame.

—¿Esta persona sigue libre?

—Esta persona sigue libre.

—¿Va a volver a por mí?

—No.

—¿Cómo está seguro?

—Porque él nos lo ha dicho.

Inés bajó la mirada.

—Entonces está bien.

—Inés.

—Dígame.

—Va a haber un agente en la puerta de esta habitación todo el fin de semana.

—De acuerdo.

—Cuídese.

Sergio salió.

En el pasillo, llamó a Nora.

—Nora.

—Dime.

—Es zurdo. Mateo es zurdo. Inés acaba de confirmar que la sujetó con la izquierda. Eso encaja con la X al revés de Carmen. Confirmado.

—Gracias.

—Otra cosa.

—¿Qué pasa?

—Él le dijo al oído: "No va a pasarte nada. Esto es para otra persona."

Silencio en la línea.

—Nora.

—Estoy.

—¿Esa frase te dice algo?

—Me dice que Inés era el recado. Y que yo era la destinataria. Él no estaba matando a Inés. Me estaba escribiendo una carta con el cuerpo de Inés.

—Sí.

—Sergio.

—Adelante.

—¿Dónde estás ahora?

—Saliendo del hospital.

—Vente a comisaría. Fuentes nos espera a los dos a las diez en la Pecera. Va a estar Marta. La ha incorporado él oficialmente esta mañana.

—¿Marta está aquí?

—Volvió ayer por la noche. Fuentes la interceptó antes de que llegara a casa. Le ha pedido incorporación inmediata al equipo. Marta ha aceptado.

—Bien.

A las diez menos dos, Nora, Sergio, Fuentes y Marta estaban sentados en la Pecera con la puerta cerrada y las persianas bajadas.

Marta tenía cuarenta y dos años. Llegaba con el pelo todavía mojado de la ducha y una bolsa de viaje en la que no había tenido tiempo de deshacer. Había pasado los últimos diez días en Rumanía con sus gemelos, visitando a la familia de su ex marido. Había aterrizado a las ocho y media de la noche anterior. Fuentes la había llamado al coger el taxi del aeropuerto y le había dicho: "Marta, necesito dos semanas tuyas en exclusiva desde hoy. Sin preguntas. Sin familia."

Marta, que había trabajado con Alfonso Vidal durante tres años antes de irse a el equipo de Homicidios hace más de una década, no había hecho preguntas.

—Os resumo dónde estamos —empezó Nora—. Dos víctimas. Una muerta, Carmen Alcaraz, hallada en el Manzanares. Una viva, Inés Carretero, hallada hace ocho horas en el Cerro del Tío Pío con nota manuscrita. Autor: un hombre de treinta y un años, Mateo Valls Alcántara, zurdo, con los ojos igualados a los de Alfonso Vidal por coincidencia genética probable, ejecutor material formado por Héctor Paredes desde los trece años. Mateo está operando en este momento con una agenda propia, desobedeciendo a su maestro, que es el cerebro de la operación. El cerebro es Víctor Palacios, inspector jubilado, sesenta y dos años, compañero de Alfonso Vidal

durante veinte años. Relación con la familia Vidal: ha frecuentado nuestra casa desde mil novecientos noventa y dos. Sospecha confirmada por tres vías independientes: la carpeta privada de Alfonso, la identificación física por Ana Roldán y el testimonio del psicólogo de Paredes en Valdemoro.

Marta no interrumpió.

—Vector operativo inmediato —siguió Nora—. Mateo nos ha dicho en una nota que nos va a llamar dentro de setenta y dos horas, desde un teléfono que no conocemos. Domingo a las dos y media de la madrugada. Tenemos que tener preparada una operación para esa llamada que incluya: uno, localización del origen de la llamada en tiempo real; dos, dispositivo de captura en el lugar que él indique; tres, dispositivo paralelo que vigile simultáneamente a Víctor Palacios para neutralizarlo si decide actuar mientras Mateo negocia con nosotros; cuatro, protección reforzada a Inés Carretero y a cualquier tercero que pueda ser el siguiente mensaje.

Marta asintió.

—Vector histórico —continuó Nora—. Paredes fue asesinado en dos mil quince en su celda por un hombre que no era Víctor. Ese hombre tenía entonces cincuenta y pocos años. Acento del norte. Hoy tiene sesenta y uno o sesenta y dos. Es probablemente el mismo que mató a mi padre, aunque no tenemos pruebas físicas. Este vector lo dejamos dormido hasta que tengamos a Víctor y a Mateo. No vamos a perseguir tres hilos al mismo tiempo.

Marta asintió otra vez.

—Vector personal —dijo Nora, y bajó ligeramente la voz—. Mi hermana Sara desapareció en el parque del Cerro del Tío Pío el nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho. Mateo Valls me ha confirmado por carta anoche que él la llevó físicamente aquel día. Que lleva veintisiete años con una identidad distinta. Y que está viva. En los próximos días Mateo va a intentar entregármela, a cambio de una protección judicial para él y posiblemente para su hermano Tomás Valls, que trabaja desde hace seis meses en el

archivo general de Jefatura y que anoche, por intervención de Fuentes, ha sido apartado administrativamente de su puesto.

Marta levantó las cejas pero no habló.

—Preguntas —dijo Nora.

Marta se aclaró la garganta.

—Una sola. Para empezar.

—Nora. Si Mateo te entrega a tu hermana, ¿en qué condiciones la vas a recibir?

Nora la miró.

—No te entiendo.

—Te explico. Tu hermana ha pasado veintisiete años viviendo con una identidad falsa al lado de la persona que organizó su secuestro. Está, si lo está, en un estado psicológico que no podemos anticipar. Puede no querer salir. Puede creer que Víctor es su familia. Puede negar la realidad. Puede protegerlo cuando venga la policía. Puede intentar matarte a ti si se entera de que estás en su vida. Puede estar rota. Puede estar bien. No lo sabemos. Y tú vas a recibirla como si fuera la hermana que perdiste con siete años. Y no va a serlo. Va a ser otra persona. Distinta. A la que tú no conoces. Eso hay que tenerlo sobre la mesa antes de que pase.

Nora se quedó un segundo en silencio.

—Gracias por decirlo.

—De nada.

—¿Tienes más?

—Sí. Si sale bien, esa mujer no va a volver a ser Sara. No para ti. Eso también hay que aceptarlo. Tú vas a recuperar a una persona. No a tu infancia.

Nora asintió.

Fuentes, desde el otro lado de la mesa, habló por primera vez desde que empezó la reunión.

—Marta, por eso te pedí que vinieras.

—Lo sé.

—Bien. Sigamos con lo operativo.

Trabajaron hasta las dos de la tarde.

A las dos y quince, Fuentes pidió bocadillos. Subió un agente con una bolsa de Paco's, y los cuatro comieron en la Pecera sin dejar de repasar el plano de Mejía Lequerica, once, tercero izquierda, que era la dirección donde el rastreo encubierto que Fuentes había firmado a las once había localizado a Víctor Palacios durante las últimas cuarenta y ocho horas seguidas.

A las cuatro de la tarde, Sergio pidió permiso para ir a casa a ducharse. Llevaba treinta horas despierto. Marta aprovechó para organizar la operación de vigilancia sobre el piso de Mejía Lequerica con los dos agentes de confianza que ella misma había traído de el equipo de Homicidios. Fuentes bajó al despacho a firmar órdenes.

Nora se quedó sola en la Pecera.

Hacía quince minutos que tenía una decisión tomada que todavía no había comunicado a nadie.

Cogió las llaves del coche. Cogió el abrigo. Metió la llave pequeña de la taquilla en el bolsillo derecho, junto al reloj parado. Bajó.

En el aparcamiento de la comisaría, a las cuatro y veinte de la tarde de un viernes de octubre, Nora arrancó el coche.

Y condujo hacia la estación de Chamartín.

Sabía que Fuentes le había pedido que no abriera la taquilla hasta tener a Víctor detenido.

Sabía que tenía razón.

Sabía que lo iba a desobedecer.

Tardó veinticinco minutos en llegar. Aparcó en el parking subterráneo. Subió al vestíbulo. Entró en la zona de consignas. La taquilla doscientos treinta y dos estaba en la segunda fila, un poco

por encima de la altura de su cabeza. Nora tuvo que ponerse de puntillas para meter la llave.

La llave entró.

Giró.

La puerta se abrió.

Dentro había una sola cosa.

Un sobre marrón, tamaño cuartilla, cerrado con un clip metálico. Sin rótulo. Sin nombre. Sin remitente.

Nora lo cogió.

Lo metió en el abrigo.

Cerró la taquilla. Se guardó la llave.

Bajó al coche sin abrir el sobre. Condujo hasta el parque del Retiro. Aparcó. Subió por la cuesta de Moyano hasta el banco donde, de niña, se sentaba con su padre los domingos a leer tebeos de segunda mano que él le compraba en las casetas.

Se sentó en el banco.

Sacó el sobre.

Lo abrió.

Dentro había tres cosas.

La primera era una fotografía antigua, en color, de principios de los años setenta. Dos niños pequeños, uno de unos ocho años, otro de unos seis, en lo que parecía el patio de una casa de pueblo. El de ocho años llevaba un sombrero de paja. El de seis miraba al sombrero con una cara que Nora, adulta, identificó inmediatamente como la cara específica de la envidia infantil sin maldad. Al dorso, con la letra de su padre: "Palencia, verano 1972. Pedro y yo."

Pedro.

El hermano mayor de su padre.

El que, según lo que le habían contado toda la vida, había desaparecido en un accidente de coche en Ávila en mil novecientos ochenta y cinco.

La segunda cosa era una hoja mecanografiada, fecha de enero de dos mil quince, firmada por Alfonso Vidal. El texto decía:

"Para Nora. Tu tío Pedro Vidal Santamaría no murió en los años ochenta. Desapareció voluntariamente y cambió de identidad. Vive en Madrid desde hace décadas con el nombre de Víctor Palacios. Es el hombre al que has conocido toda tu vida como compañero mío del cuerpo. No es un compañero. Es mi hermano. Y es responsable de la desaparición de tu hermana Sara en mil novecientos noventa y ocho. Llevo diecisiete años sin pruebas suficientes para detenerlo. Si estás leyendo esta carta, yo ya he muerto. Y tú ya tienes las piezas para terminar lo que yo no pude."

La tercera cosa era un pequeño sobre blanco, cerrado, con una única palabra escrita a mano sobre la solapa: "Mamá."

Nora aguardó sentada en el banco de Moyano durante un largo rato.

El sol de octubre bajaba sobre el Retiro.

No lloró.

Abrió el pequeño sobre blanco.

Dentro había una nota más corta, también con la letra de su padre:

"Nora. Cuando lo sepas, ve a Segovia. Mira a tu madre a los ojos. Pregúntale por el sombrero. Ella sabe."

CAPÍTULO 12

El hermano

A las seis menos diez de la tarde del viernes, Nora entró en comisaría.

Llevaba el sobre de la taquilla debajo del brazo, envuelto en una bolsa de tela de una librería del Retiro que había comprado expresamente para que pareciera otra cosa. La foto de los dos niños de mil novecientos setenta y dos. La carta mecanografiada de su padre. El pequeño sobre cerrado para su madre. Todo iba junto dentro de esa bolsa.

Fuentes estaba en su despacho. Nora subió sin avisar. Entró. Cerró la puerta.

—Ramón.

Fuentes levantó la vista.

—Nora.

—He abierto la taquilla.

Fuentes se la quedó mirando medio segundo. Luego cerró el archivo que tenía sobre la mesa.

—Te dije que esperaras.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Y?

—Siéntate.

Fuentes se sentó.

Nora le puso la foto delante. Le puso la carta mecanografiada delante. El sobre cerrado para su madre lo dejó sobre el regazo, sin enseñarlo.

Fuentes leyó.

Tardó unos tres minutos.

Cuando terminó, dejó la carta con cuidado sobre la mesa.

—¿Tú sabías?

—Nada. Nunca. Mi padre nunca me dijo que su hermano estuviera vivo. Mi madre, tampoco. En mi casa "el tío Pedro" era un hombre muerto en un accidente de coche en Ávila en los años ochenta. Había una foto pequeña en el salón, del día de su primera comunión, y mi padre nunca la tocaba. Yo pensé siempre que era por dolor. No era por dolor. Era porque Pedro estaba vivo en Madrid, con el nombre de Víctor Palacios, y cenaba con nosotros por Navidad cada cuatro años.

Fuentes asintió despacio.

—Ramón.

—Dime.

—¿Tú lo sabías?

—No. Te lo juro por mis hijos. No lo sabía.

Nora lo miró durante un largo rato.

—Te creo.

—Gracias.

—Pero necesito algo de ti.

—Necesito que a partir de este segundo el caso deje de gestionarse como un caso de aprendiz de Paredes y empiece a gestionarse como una operación cerrada de la familia Vidal. No porque sea mío. Sino porque es operativamente más eficaz. Víctor va a reaccionar a cosas

familiares de un modo que no va a reaccionar a cosas policiales. Sabe manejar a los policías desde hace cuarenta y cinco años. Sabe manejar a Alfonso Vidal porque era su hermano. No sabe manejarme a mí. No me conoce de adulta. Y si yo aparezco en su vida como sobrina, no como inspectora, tengo dos días en los que él va a dudar antes de reaccionar.

Fuentes la escuchó sin interrumpir.

—¿Qué me estás pidiendo?

—Un permiso retribuido por razones personales urgentes. Una semana. A partir de hoy a las diez de la noche. Durante esa semana yo no soy inspectora. Soy una persona que acaba de enterarse de una cosa fea de su familia y que necesita aclararla. El caso operativo lo lleváis tú, Sergio y Marta. Yo no aparezco en los papeles. Si alguien del ministerio llama preguntando por el caso Alcaraz, yo estoy de baja. Si alguien de la prensa pregunta, tú no das nombre.

—¿Y tú qué haces en esa semana?

—Voy mañana por la mañana a Segovia a ver a mi madre. Vuelvo por la tarde. El domingo recibo la llamada de Mateo a las dos y media de la madrugada como estaba planeado. Y entre medias, lo que haga falta, me muevo de forma que no le aparezca a nadie en ningún radar oficial.

—Eso es trabajar fuera de protocolo.

—Eso es trabajar fuera de protocolo.

—Si algo sale mal, te suspenden.

—Si algo sale mal, me suspenden.

—Y probablemente me suspenden a mí también por firmártelo.

—Probablemente.

Fuentes se quedó callado un minuto. Giró la silla hacia la ventana. Miró el patio interior de la comisaría. Volvió.

—Hecho.

—Gracias.

—Una condición.

—Sergio te sigue a donde vayas. Tú no te acercas a Víctor ni a Tomás Valls ni a ningún miembro identificado de la red sin Sergio en el perímetro, con auricular, y con Marta preparada a menos de diez minutos del punto. Si Sergio dice que te sacas, te sacas. Sin discutir.

—Acepto.

—Y otra.

—Dime.

—Lo de tu madre. Mañana, cuando vayas a Segovia, te acompaño yo. No entras sola.

—Ramón, no hace falta.

—Hace falta. Por ella. No por ti. Tu madre lleva diez años perdiéndome la cabeza a ratos y recuperándola a ratos. Si va a tener una conversación de este calibre con su hija, va a querer a un testigo que la conozca del cuerpo. Y ese testigo soy yo. No porque tú me necesites. Porque ella me va a necesitar.

Nora asintió.

Tenía razón Fuentes y Nora lo sabía.

—Mañana a las nueve en el coche.

—Mañana a las nueve.

Nora salió del despacho.

A las siete menos cuarto estaba reunida con Sergio y Marta en la Pecera. Les resumió todo. Les enseñó la foto. Les enseñó la carta. El sobre cerrado para la madre se quedó en la bolsa.

Ninguno de los dos dijo nada durante los primeros diez segundos después de leer.

Sergio fue el primero en hablar.

—Joder.

—Sí.

—Joder.

—Claro.

Marta se quitó las gafas. Las limpió. Se las volvió a poner.

—Entonces Víctor Palacios no es un compañero de tu padre. Es su hermano mayor, que se hizo pasar por muerto en los años ochenta, que cambió de identidad, y que llevaba cuarenta años viviendo al lado de la familia Vidal sin que nadie de la familia Vidal supiera quién era.

—Excepto mi padre, que lo sabía. Y, probablemente, mi madre, que quizá también lo supiera.

—¿Por qué iba tu padre a aceptar la convivencia con un hermano que le había cambiado de identidad?

Nora se lo había preguntado todo el trayecto del Retiro a comisaría.

—Marta. Hay dos hipótesis posibles. Una: que mi padre descubriera la sustitución tarde, demasiado tarde, cuando Víctor ya llevaba años instalado en la familia y en el cuerpo, y que mi padre decidiera que confrontarlo públicamente iba a hacer más daño que tenerlo cerca. Dos: que mi padre supiera desde el principio, desde los años ochenta, y que por razones familiares o por miedo o por lealtad mal entendida le permitiera mantener la identidad falsa. La dos implicaría que mi padre fue cómplice durante treinta años. Prefiero creer la una.

—Yo también.

—La dos encajaría con el hecho de que mi padre no denunciara a Víctor en el noventa y ocho cuando Sara desapareció.

—Así es.

—Pero la una encajaría con el hecho de que mi padre, al final de su vida, estuviera acumulando pruebas para detenerlo, y con el hecho

de que dejara una llave a Fuentes en enero de dos mil quince para que la recibiera yo hoy.

—Claro.

—De momento me quedo con la una.

—De momento nos quedamos con la una —dijo Sergio.

Marta asintió.

—Operativa —siguió Nora—. El comisario me acompaña mañana a Segovia a hablar con mi madre. Si mi madre está lúcida, le pregunto por el sombrero. Si no está lúcida, vuelvo el domingo. El domingo a las dos y media de la madrugada, la llamada de Mateo. Hasta entonces, Víctor Palacios sigue en Mejía Lequerica, once, tercero izquierda. Nadie se acerca a él. Nadie entra en el edificio. Nadie por protección, nadie por vigilancia cercana. Si él se mueve, el equipo de Marta lo sigue por el exterior a cincuenta metros. Si él llama a Tomás Valls, lo sabemos. Si él hace las maletas, lo sabemos.

—Hecho.

—Tomás Valls está con baja remunerada desde esta mañana —dijo Marta—. Le hemos puesto un hombre en el portal de su casa desde las tres de la tarde. Ha salido a comprar pan a las cinco, ha vuelto a las cinco y cuarto, no ha salido más.

—Gracias.

—¿Lo detenemos mañana?

Nora se lo pensó.

—Sí. Mañana a las ocho de la mañana, antes de que yo salga a Segovia. Quiero que tenga una noche para pensar y que mañana reciba la visita fría. Detención preventiva por colaboración con grupo organizado, indicios de filtración de información sensible desde el archivo de Jefatura, acceso no autorizado a expedientes clasificados. Nada que lo lleve directamente a Víctor. Solo a él mismo, como trabajador. Luego vemos.

—De acuerdo.

—Y Sergio.

—Dime.

—Tú vas a estar con él en la sala de interrogatorios. Solo. Yo voy a estar viendo por el cristal pero no voy a entrar. Tú le vas a decir, en los primeros dos minutos, una sola frase. Le vas a decir: "Nosotros sabemos que tu hermano nos está ayudando." Y vas a callarte. Y vas a esperar.

—¿Esa frase qué hace?

—Esa frase le da a Tomás Valls la opción de decidir en cuántos segundos quiere hablar. Si decide hablar rápido, es porque está dispuesto a colaborar. Si decide callarse, es porque sigue lealtad a Víctor por encima del hermano. Y entonces sabemos contra quién estamos.

—Bien.

A las ocho y media, Sergio y Marta se fueron. Nora se quedó sola en la Pecera. Recogió los papeles. Los guardó. Cogió el abrigo. Bajó al coche.

Condujo hasta Lavapiés.

Cuando abrió la puerta de su piso, se encontró un sobre en el suelo del recibidor.

Un sobre blanco, tamaño cuartilla, sin franqueo, sin dirección, sin remitente. Metido por debajo de la puerta.

Nora se paró en el umbral.

Miró alrededor del rellano. No había nadie. La portera de mañana ya no estaba. El telefonillo no había sonado. Nadie había subido por la escalera, o al menos ella no había oído a nadie al entrar.

Se puso los guantes. Entró. Cerró con los dos cerrojos.

Cogió el sobre. Lo abrió.

Dentro había una sola hoja.

Escrita a máquina.

"Inspectora Vidal. Yo no soy Mateo. Yo soy el que Mateo todavía no se atreve a nombrar. Llevo cuarenta años esperando que alguien de la familia Vidal llegara donde usted acaba de llegar. Si quiere saber lo que sabe su madre, vaya a Segovia mañana. Si quiere saber lo que sé yo, venga mañana por la noche, a las nueve, al puente de Praga, tramo sur, margen este. Venga sola en la parte visible del puente. Diga a su compañero que se quede en el margen oeste, a cien metros. Diga a su comisario que respete su permiso y no envíe a nadie. Si cumple estas condiciones, yo apareceré. Si no las cumple, no. No soy amigo. No soy enemigo. Soy de la familia. Esta noche no duerma."

Nora leyó la hoja dos veces.

Después una tercera.

La última línea la dejó paralizada durante casi un minuto.

No por la amenaza.

Por la palabra.

"Familia."

En la foto de mil novecientos setenta y dos, los dos niños eran Pedro Vidal Santamaría —que hoy se llamaba Víctor Palacios y vivía en Mejía Lequerica— y Alfonso Vidal —que era su padre muerto—.

Pero el padre de Nora había tenido tres hermanos.

El mayor: Pedro.

El pequeño: Tomás Vidal Santamaría, oficialmente muerto en un accidente de coche en Ávila en mil novecientos ochenta y cinco, el mismo año y con el mismo tipo de accidente que Pedro.

Y el del medio: Alfonso, su padre.

Nora nunca había pensado mucho en Tomás Vidal. Ella tenía un año cuando Tomás Vidal murió. No lo había conocido. En la casa de sus padres, durante toda su vida, el tío Tomás había sido, como el tío Pedro, un hombre muerto del que no se hablaba.

Y si Pedro Vidal Santamaría estaba vivo, bajo el nombre de Víctor Palacios...

Nora se sentó en el sofá.

Miró la hoja.

"Soy de la familia."

Cogió el móvil. Llamó a Sergio.

—Ha aparecido un sobre en mi piso. Bajo la puerta. Mientras yo estaba en comisaría.

—Joder.

—Ven.

—Voy.

Colgó.

Mientras esperaba a Sergio, Nora cogió otra vez la foto de los dos niños en Palencia. La giró. En el dorso, con la letra de su padre: "Palencia, verano 1972. Pedro y yo."

No decía nada más. No había ninguna mención a Tomás. Porque en mil novecientos setenta y dos, Tomás Vidal Santamaría, el pequeño, todavía no había nacido: nacería en mil novecientos setenta y cuatro, dos años después de que se hiciera esa foto.

Nora fijó la vista la foto.

Dos niños en un patio de Palencia. El mayor con sombrero. El del medio —Alfonso, su padre— mirándolo con cara de envidia sin maldad.

Si Tomás Vidal también estaba vivo, la escena iba a cambiar. Había un tercer niño en esa familia, al que los otros dos habían visto crecer, y que había desaparecido oficialmente el mismo año que Pedro, con una edad ya adulta.

Dos hermanos con la misma historia de muerte falsa.

Tres hermanos, en total. Uno muerto de verdad, su padre. Dos supuestamente muertos, los otros dos, quizá vivos.

Y si uno de los vivos era Víctor Palacios, el cerebro...

...¿quién era el otro?

¿Y a qué lado estaba?

Nora oyó el timbre.

Sergio.

Se levantó a abrir.

En el tiempo que tardó en cruzar el pasillo del piso, tomó una decisión.

Mañana iba a Segovia con Fuentes. Le preguntaba a su madre por el sombrero. Si la conversación iba bien, volvía a Madrid y se preparaba para el puente de Praga del sábado a las nueve. Si la conversación iba mal, volvía igual y se iba al puente igual.

Esta noche, por instrucción del sobre, no iba a dormir.

Le daba igual. No iba a poder.

CAPÍTULO 13

Ella casi lo vio

Tu hermano Tomás no ha contestado al teléfono desde la una y veinte de la tarde.

Son las nueve y media de la noche del viernes. Llevas nueve horas esperando una señal que no llega.

La última señal que recibiste fue un mensaje de Tomás a las once y diecisiete de la mañana, desde su teléfono personal, con una sola frase: "Alguien ha subido al archivo esta tarde. Sergio Alatriste. Te cuento luego."

Luego no hubo luego.

A las tres de la tarde llamaste a su teléfono. Directo al buzón.

A las cinco volviste a llamar. Directo al buzón.

A las siete pasaste por delante de su portal de la calle Bailén con una gorra y gafas, a pie, sin parar. Había un hombre en un coche aparcado frente al portal. Un hombre al que reconociste por la postura, no por la cara. Lo has visto al menos tres veces en los últimos meses al salir de los aparcamientos del barrio, siempre solo, siempre leyendo un periódico que no leía. el equipo de Homicidios.

Hoy está ahí, esperando.

Tu hermano Tomás no está detenido todavía. Si lo estuviera, lo habrían sacado del piso. El hecho de que el coche siga en el portal significa que Tomás está dentro de su casa, vigilado pero no

detenido, probablemente con alguna excusa administrativa que alguien le ha dado por teléfono para que no se mueva.

Eso, lector, significa dos cosas.

La primera es que la inspectora Vidal y su equipo ya saben que Tomás es tu hermano, y que a través de él has estado recibiendo información interna del cuerpo durante los últimos meses.

La segunda es que Tomás va a ser detenido mañana, probablemente a primera hora. Que ya tienen autorización. Que ya han redactado el auto. Que solo están esperando al amanecer porque las detenciones nocturnas levantan polvo y porque una detención a las ocho de la mañana levanta menos que una a las dos de la madrugada.

Y eso te deja a ti en una posición que no habías previsto.

Hasta esta tarde, tu plan tenía cuatro puertas abiertas.

Puerta uno: la llamada del domingo a las dos y media a la inspectora Vidal, para fijar el encuentro donde ibas a entregarle a Sara viva.

Puerta dos: el piso de Argüelles, seis, cuarto B, donde Sara vivía sin saberlo a menos de cuatro kilómetros de ti, y a donde tú entrarías el miércoles por la noche cuando tu maestro estuviera fuera en su cena mensual con Fermín.

Puerta tres: Tomás, tu hermano, que te pasaba información en tiempo real desde el archivo de la Jefatura.

Puerta cuatro: tu anonimato, construido durante diecinueve años, que te permitía moverte por Madrid sin que ningún sistema de reconocimiento facial te tuviera registrado.

Esta tarde se ha cerrado la puerta tres.

Y cuando se cierra la puerta tres las otras tres pierden soporte.

Sin Tomás no tienes aviso de cuándo tu maestro se mueve.

Sin aviso de cuándo tu maestro se mueve, tu cálculo del miércoles por la noche no sirve.

Sin el miércoles por la noche, no hay entrega de Sara en los términos que tú habías planificado.

Sin esos términos, tu llamada del domingo a las dos y media pierde parte del sentido.

Tres puertas que se cierran en cadena.

Una tras otra.

Te sientas en la única silla del salón.

Sacas el cuaderno negro del compartimento secreto. Lo abres por la página nueve, donde habías escrito ayer el desglose operativo de los próximos ocho días. Lo lees. Lo lees otra vez. Coges un rotulador rojo. Tachas el punto cinco. Tachas el punto seis. Tachas el punto siete.

Los puntos ocho, nueve y diez, los miras largo rato antes de tocarlos.

No los tachas todavía.

Porque hay una cosa que todavía no has perdido. Y es lo único que importa.

La llamada del domingo a las dos y media sigue en pie.

La inspectora Vidal no sabe dónde estás tú. Tu maestro, ahora que Tomás está apartado, tampoco lo sabe. Tu anonimato físico se mantiene. Tu rostro no está en ningún sistema. Tu piso de Buenavista, registrado bajo el nombre falso de Emilio Carrera Fuster, sigue siendo invisible.

Y el puente de Praga, donde habías pensado fijar el encuentro del domingo, sigue siendo tu sitio.

Lo que cambia es el margen. Tenías ocho días de margen. Ahora tienes treinta y seis horas.

Eso no es huir.

Eso es correr.

Y correr es una cosa que tu maestro sí te enseñó a hacer.

Coges el cuaderno. Cambias el horizonte operativo. Reescribes la última página. El plan B ya no es el miércoles. El plan B ahora es el domingo, sin variación de lugar, con modificación del contenido. En vez de entregar a Sara físicamente el domingo, vas a entregar a la inspectora Vidal información suficiente para que ella misma saque a Sara antes del lunes.

No es lo que querías.

Es lo que puedes.

Y ahí llega la parte difícil.

Porque tu maestro, ahora que Tomás ha caído, va a empezar a sospechar de ti. No de inmediato. Pero sí en las próximas horas. Y cuando sospeche, el calendario compartido que llevabas tres meses manipulando va a dejar de funcionar como escudo. Tu maestro va a hacer comprobaciones físicas. Va a pedirte que aparezcas. Va a querer verte.

Y tú, lector, no puedes verlo.

Porque si tú te sientas delante de tu maestro en las próximas cuarenta y ocho horas, él te va a mirar a los ojos y va a entender exactamente lo que estás haciendo.

Él te entrenó. Él te conoce. Él no va a dejar que le mientas en persona.

Así que tu siguiente movimiento es evitarlo.

El teléfono, en el bolsillo, empieza a vibrar.

Lo sacas. Miras la pantalla.

Un mensaje de tu maestro.

"¿Dónde estás?"

No contestas.

Dos minutos.

Otro mensaje.

"Mateo. ¿Dónde estás? Contesta."

No contestas.

Tres minutos.

Otro.

"Si estás en problemas, dímelo. Te saco."

Eso es lo que siempre te ha dicho. Durante diecinueve años. Cada vez que has dudado. Cada vez que has titubeado. Cada vez que has tenido miedo. "Te saco." Y tú, durante diecinueve años, has creído que era verdad.

Ahora sabes que no lo es.

Tu maestro no te saca. Tu maestro te absorbe. Tu maestro te usa. Tu maestro te convierte en un apéndice de su voluntad. "Te saco" significaba "me obedeces". Significaba "vuelves a mí". Significaba "yo sigo al mando".

Hoy, lector, por primera vez en tu vida, vas a contestarle una cosa que no es la que él espera.

Escribes:

"Hoy no. Mañana."

Envías.

El mensaje dice "entregado". Luego "leído". Durante un minuto entero no hay respuesta.

Luego viene.

"Mateo. Mañana es tarde. Hoy."

No contestas.

Otro minuto.

"Mateo. ¿Dónde estás?"

No contestas.

Dos minutos. Otro mensaje, más largo:

"Chico. Si Tomás te ha dicho algo raro esta mañana, no le hagas caso. Tu hermano lleva meses confundido. Ven a casa. Hablamos. No hagas nada por tu cuenta."

Tres minutos.

Otro:

"Mateo. Ven. Por favor."

"Por favor." Dos palabras que no te había dicho nunca.

Te quedas mirando la pantalla.

Y, por primera vez en diecinueve años te dejas sentir algo que tu maestro nunca te enseñó a sentir.

Lástima.

Lástima por él.

No es una lástima tierna. No es perdón. No es compasión de hijo. Es la lástima específica que siente el que ha decidido romper por el que todavía no sabe que lo han dejado. La lástima del que se va por el que se queda. La lástima del que ha visto el próximo capítulo por el que todavía cree que tiene control.

Tu maestro, a sus setenta y cinco años, acaba de escribirte "por favor".

Él tampoco duerme esta noche.

Él también sabe que algo se está cayendo.

Apagas el teléfono.

Sacas la SIM. La partes en tres trozos con los dedos. La tiras por el desagüe de la cocina.

El aparato lo guardas en un cajón. No lo tiras. Mañana lo vas a necesitar por última vez.

Vas a la ventana. Miras el patio interior. Solo hay dos ventanas encendidas en un cuarto piso del otro lado. Una de ellas tiene a una mujer sentada en una mesa, leyendo un libro.

La misma que anoche.

No sabes quién es. Nunca vas a saberlo. Pero durante los próximos treinta y seis minutos, mientras decides qué vas a hacer a partir de mañana, esa mujer va a ser la única persona del mundo que esté haciendo lo que hacía anoche, y lo que hará mañana, y lo que hará el mes que viene.

Normal.

Tú no vas a volver a hacer nada normal en lo que te quede de vida.

Te das cuenta de eso también por primera vez, lector.

Y no te duele.

Al contrario.

Te da una claridad que llevabas diecinueve años buscando sin saberlo.

Apagas la luz del salón.

Te tumbas en el sofá sin desvestirte.

Miras el techo.

Mañana, lector, va a ser un día largo.

Vas a moverte al amanecer. Vas a cambiar de piso. Vas a comprar tres teléfonos nuevos en tres tiendas distintas. Vas a hacer una llamada que no puedes hacer desde tu piso actual. Y vas a preparar el mensaje que vas a dar a la inspectora Vidal el domingo a las dos y media de la madrugada.

El mensaje, ahora, va a ser más breve que el que tenías planeado.

El mensaje va a ser este:

"Calle Argüelles seis, cuarto B. Helena. Su hermana. Sáquenla antes del lunes."

No más.

Ya no habrá encuentro físico. Ya no habrá entrega ceremonial. Ya no habrá el papel bonito del hermano mayor que devuelve a la hermana pequeña.

Ya no hay tiempo para eso, lector.

Solo hay tiempo para avisar.

Cierras los ojos.

Y mañana empiezas a correr.

CAPÍTULO 14

El segundo cuerpo

A las siete y cincuenta del sábado por la mañana, Sergio Alatriste y tres agentes de el equipo de Homicidios detuvieron a Tomás Valls Alcántara en su piso de la calle Bailén sin incidentes.

Nora lo supo desde el coche, camino de Segovia. Fuentes conducía. Ella iba en el asiento del copiloto, con el sobre cerrado para su madre sobre las rodillas, y el móvil en la mano. Sergio le mandó tres mensajes seguidos. El primero, a las siete y cincuenta: "Está detenido. Sin resistencia." El segundo, a las siete cincuenta y cuatro: "Le he dicho la frase como acordamos." El tercero, a las ocho menos cinco: "Ha tardado cuarenta y dos segundos en llorar. Va a hablar. Le doy desayuno y luego empiezo."

Nora leyó los tres. Guardó el teléfono. Miró la carretera.

—Habla —dijo Fuentes.

—Sergio dice que Tomás Valls va a cooperar.

—Bien.

—Pero lo va a hacer por su hermano, no por nosotros.

—Bien también. Lo que queremos es que hable.

La autopista A-6, un sábado a las ocho de la mañana, tenía solo camiones. El cielo estaba cubierto y empezaba a levantarse una niebla baja a la altura de Guadarrama. Fuentes conducía como siempre, a ciento diez, con la corbata metida dentro del abrigo.

Llevaba treinta minutos callado. Nora sabía que estaba dándole espacio.

—Ramón.

—¿Sí?

—¿Cuándo fue la última vez que viste a mi madre?

—En septiembre. Fui con mi mujer a pasar una tarde.

—¿Te reconoció?

—La primera hora, sí. La última hora, no.

—¿Qué te dijo la primera hora?

Los fluorescentes del techo parpadearon un segundo.

—Me habló de tu padre. Me dijo que echaba de menos las discusiones que tenían los domingos sobre si habría que irse a vivir al campo. Me dijo que nunca discutieron por nada más serio que aquello.

—Mi padre no quería irse al campo. Mi madre sí.

—Mi madre tampoco. Yo, en cambio, a veces me lo pienso.

—¿A Segovia?

—A Segovia no. Al mar, a alguna parte. Pero vivir cerca del mar, ya. Me queda poco.

—Ramón. No digas tonterías.

—Tengo cincuenta y siete años, Nora. Los próximos diez son de trabajo. Los siguientes cinco son de irse a pescar con mi hijo. Los otros después de ese, ya se verá.

Nora no contestó.

Miraron la niebla.

A las nueve y veinte aparcaron en la Residencia Santa Teresa, un edificio bajo de ladrillo amarillo a las afueras de Segovia, al lado de

un aparcamiento con tres hileras de coches viejos y una capilla pequeña.

Bajaron.

En la recepción, una mujer de unos sesenta años, canosa, con una bata azul, reconoció a Nora inmediatamente.

—Inspectora.

—Buenos días, Manuela.

—Su madre está despierta desde las siete. Ha desayunado bien. Hoy está de los días buenos.

—Gracias.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora. Puede que algo más.

—¿Quiere que les deje café en la sala?

—Sí, gracias.

—Comisario.

—Manuela.

Manuela los condujo por un pasillo con olor a lejía suave hasta la habitación siete. Llamó suavemente con los nudillos. Abrió.

Claudia Vidal estaba sentada en un sillón junto a la ventana, con un libro abierto sobre el regazo que no estaba leyendo. El pelo blanco corto, bien peinado. Una bata de franela marrón sobre un camisón azul claro. Los pies metidos en unas zapatillas de lana que Nora reconoció como las que le había comprado en enero.

Al ver a Nora, Claudia levantó la vista. La miró.

Tardó tres segundos.

—Hija mía.

—Mamá.

Nora se acercó. Se agachó junto al sillón. Le cogió las manos. Claudia tenía las manos finas, con la piel muy delgada, cruzada de venas azules. Las manos que a Nora le habían peinado el pelo diez mil veces en su vida.

—Ramón también.

—Hola, Claudia. ¿Cómo estás?

—Hoy bien. Hoy me acuerdo de todo.

—Me alegro.

Nora se sentó en la cama, justo enfrente de su madre. Fuentes se quedó de pie, junto a la puerta, un paso atrás. Sin sentarse. Sin interrumpir.

—Nora.

—Dime, mamá.

—¿Qué traes?

—Traigo unas preguntas.

—Perfecto.

—Mamá.

—Habla.

—Ayer me enteré de una cosa sobre papá.

Claudia se quedó muy quieta.

—¿Te enteraste cuándo?

—Ayer por la tarde. Abrí una taquilla en Chamartín. Papá la había dejado para mí.

—Ah.

Claudia se quedó un rato mirando a Nora. No parpadeó. No cambió la cara. Solo la miró.

—Mamá. Papá me dejó en esa taquilla una foto, una carta y un sobre para ti.

—¿Qué decía la carta?

—Decía que el tío Pedro no murió en mil novecientos ochenta y cinco. Que está vivo. Que ha estado viviendo bajo otro nombre. Víctor Palacios.

Claudia se pasó la mano por la cara.

Tardó veinte segundos en abrirlos.

Cuando los abrió, no miró a Nora. Miró la ventana. Fuera, dos mujeres muy mayores paseaban por el jardín con una enfermera.

—Tu padre te lo iba a contar en Navidades de dos mil quince —dijo Claudia—. Cuando cumplieras veintiocho. Lo habíamos hablado él y yo. Y después decidimos que quizá a los treinta. Y después murió en febrero. Y entonces yo me prometí contártelo cuando cumplieras los treinta. Y luego los treinta y dos. Y luego los treinta y cinco. Y luego empecé a olvidar cosas. Y cuando te lo iba a contar a los treinta y seis, ya no me acordaba si te lo tenía que contar o no. Y luego se me olvidó también que te lo tenía que contar.

Claudia giró la cara. Miró a Nora.

—Perdóname, hija.

—Mamá, no hay nada que perdonar.

—Sí lo hay. Yo debería habértelo dicho.

—Mamá. Escúchame. No hay nada que perdonar. Yo hoy lo sé. Tú no tenías que cargar con eso.

Claudia asintió. Los ojos se le habían humedecido. Pero no lloró.

—Nora.

—Dime, mamá.

—¿Qué más decía la carta?

—Decía que Víctor —o Pedro, porque es el mismo— fue el responsable de la desaparición de Sara en el noventa y ocho.

Claudia se quedó callada.

Esta vez cerró los ojos durante casi un minuto.

Nora no la interrumpió. Le sostenía las manos. Fuentes, desde la puerta, miraba a la ventana para darles espacio.

Cuando Claudia volvió a abrir los ojos, habló muy despacio.

—Yo lo supe el dos de septiembre de mil novecientos noventa y ocho. Veinticinco días después de que desapareciera tu hermana. Tu padre me lo dijo en la cocina, a las cuatro de la madrugada, después de dos botellas de vino. Me dijo: "Claudia, creo que ha sido Pedro." Eso fue todo. No me dio más detalles. No me dio pruebas. Me dijo: "Te lo digo porque si me pasa algo a mí, tú tienes que saberlo." Y yo le dije: "Tú vete mañana a la policía." Y él me dijo: "No puedo. Y no lo voy a hacer." Y ahí nos quedamos.

—Mamá.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no fue a la policía?

—Porque durante los veinticinco días que se pasaron buscando a tu hermana, el propio Pedro estuvo a su lado cada día, le trajo comida, le hizo compañía, le ayudó con las declaraciones, le aguantó las noches. Y una tarde, ese Pedro —que tu padre aún llamaba Víctor porque no quería que ni yo supiera entonces que era Pedro—, le dijo a tu padre una cosa sin querer. Le dijo que había visto a tu hermana tres días después de la desaparición en un sitio donde no podía haberla visto si solo fuera por la investigación oficial. Tu padre se dio cuenta en ese momento. Y no hizo nada visible. Siguió como si no lo supiera. Y llamó a su madre. Y tu abuela confirmó que Pedro estaba vivo, que lo había estado desde el ochenta y cinco, que había cambiado de identidad por razones que ella nunca le quiso decir a tu padre, y que tu abuela había guardado el secreto durante trece años. Y tu padre, después de aquella llamada, tomó una decisión.

—¿Cuál?

—Esperar.

—¿Esperar a qué?

—A poder demostrarlo. A poder enterrarlo legalmente. A tener algo sólido para que fueran otros los que detuvieran a Pedro. Tu padre no quería ser él el que lo detuviera. Decía que si era él, el caso caía por prevaricación, por incompatibilidad familiar, por lo que fuera. Que había que tenerlo todo tan firme que el caso se sostuviera sin él.

—Y esperó diecisiete años.

—Esperó diecisiete años.

—Y mientras esperaba, mi hermana seguía desaparecida.

—Mientras esperaba, tu hermana seguía desaparecida. Y eso fue lo que lo mató a tu padre por dentro, cada día, durante diecisiete años. Tu padre no murió en febrero de dos mil quince, Nora. Tu padre empezó a morirse en septiembre de mil novecientos noventa y ocho. Lo que pasó en dos mil quince fue el acto oficial de su muerte. La muerte real, la larga, fue otra.

Claudia respiró.

—Y yo lo acompañé. Día tras día.

Nora cerró los ojos.

Los volvió a abrir.

—Papá también me dejó una cosa para ti.

Sacó el pequeño sobre blanco del bolsillo del abrigo. Se lo enseñó.

En la solapa, con la letra de Alfonso, una sola palabra: "Mamá."

—Para mí.

—Para ti.

Claudia lo cogió con manos temblorosas. Lo miró largo rato sin abrirlo. Luego, con un gesto cuidadoso, lo abrió. Sacó una hoja. La desdobló. La leyó.

Leyó una sola vez. Despacio.

Cuando terminó, levantó los ojos hacia Nora.

—¿Me preguntas, hija?

—Mamá. Papá me dejó una nota a mí que me decía "pregúntale a tu madre por el sombrero, ella sabe".

Claudia asintió despacio.

—El sombrero —repitió.

—Exacto.

—¿Sabes tú qué es el sombrero?

—Una foto. En la taquilla había una foto. Papá y Pedro, en Palencia, mil novecientos setenta y dos. Pedro llevaba un sombrero de paja.

Claudia cerró los ojos. Un solo segundo.

Cuando los abrió, sonrió.

Era la primera vez que sonreía desde que habían entrado.

—Ay, Nora. Ese sombrero.

—¿Qué pasa con el sombrero, mamá?

—Ese sombrero fue el principio de todo. El sombrero era de tu padre. Se lo había comprado su madre, tu abuela, para el verano de mil novecientos setenta y dos. Tu padre tenía seis años. Le encantaba. Pedro tenía ocho y quería uno también. Tu abuela le dijo que no, que este año era para Alfonso porque Alfonso había sacado notas mejores en el colegio. Pedro se pasó el verano entero intentando ponérselo. Su madre se lo prohibía. Pedro lloraba. Alfonso, que era bueno, se lo dejaba cuando su madre no miraba. Un día, finales de agosto, la abuela pilló a Pedro con el sombrero puesto en el patio. Le dio una bofetada delante de todo el pueblo. Le dijo, delante de la familia entera, una frase que Pedro no olvidó jamás. Le dijo: "Alfonso, tú eres el listo."

Nora se quedó muy quieta.

—Alfonso, tú eres el listo —repitió, despacio.

—Esa frase —dijo Claudia— destrozó a tu tío Pedro. Y empezó todo. Llevaba luchando contra esa frase cincuenta y tres años cuando se

llevó a Sara.

—¿Y por eso se llevó a Sara?

—Por eso y por otras cien cosas. Pero esa frase fue el origen. Y cuando vino el día de llevárselo todo a tu padre —la tranquilidad, la familia, la hija pequeña—, Pedro eligió. Eligió llevarse a Sara. Porque con Sara le quitaba a tu padre lo único que él nunca había tenido. Ser el que tiene hijas pequeñas. Ser el que la abuela hubiera visto como el listo.

Nora asintió.

Las piezas encajaban.

—Mamá. Una última cosa.

—Dime.

—¿Tú sabías que Sara podía estar viva?

Claudia se quedó un rato en silencio.

—Supe, durante años, que era posible. No tenía pruebas. Tenía una cosa rara en el estómago. Cada vez que veía a Víctor, que era Pedro, me preguntaba: "¿Dónde tendrá a mi hija?" Me lo preguntaba sin ponerlo en palabras. A tu padre nunca se lo dije. Y él nunca me lo preguntó. Vivíamos con esa pregunta encima de la mesa y sin mirarla.

—Sara está viva.

Claudia cerró los ojos.

—Está viva —repitió en voz muy baja.

—Está viva. Y yo voy a traerla a verte antes de que acabe este mes.

Claudia asintió muchas veces seguidas.

Luego miró a Nora.

—Hija.

—Adelante.

—Hazme un favor.

—Lo que sea.

—No me digas cuándo viene. Porque yo me acuerdo ahora, y me acordaré esta tarde, pero el lunes a lo mejor ya no. Y no quiero ponerme nerviosa toda la semana esperándola y luego olvidar.

—De acuerdo.

—Preséntamela el día que vengáis, sin avisar. Y si no te reconozco, y si no la reconozco, no te preocupes. A veces el cuerpo sabe cosas que la cabeza ya no recuerda.

—De acuerdo, mamá.

—Una cosa más.

—Dile a tu hermana, cuando la veas, que su madre no la dejó nunca. Que estuvo buscándola todos los días durante veintisiete años. Que hubo noches enteras en que solo dormía porque tenía esperanza de soñar con ella. Dile que no se le olvide. Por si un día vuelve a olvidarse ella de mí. Que sepa. Dile.

Nora asintió. Los ojos le ardían.

—Se lo digo.

Claudia sonrió una última vez.

Y después, despacio, apartó la vista de Nora, y se quedó mirando la ventana.

Nora supo, por los años que llevaba visitándola, que esto significaba que la puerta se estaba cerrando.

Le besó la frente.

Salió al pasillo con Fuentes.

En el pasillo, Fuentes la abrazó. Sin decir nada. Le dejó llorar un minuto entero contra su hombro. Luego se separó.

—Vuelvo al coche. Tómate el tiempo que necesites. Me llamas cuando bajes.

—Gracias.

Fuentes se fue.

Nora se quedó en el pasillo.

Sacó el teléfono.

Y marcó por primera vez el número que Sergio le había pasado hacía tres días y que ella había guardado sin llamar nunca.

Un tono.

Dos.

Al tercero, descolgó una voz masculina, tranquila, mayor.

—Pablo Rivas.

—Soy la inspectora Nora Vidal. Me dio su contacto el inspector Alatriste. Necesitaría verle.

—¿Cuándo?

—La próxima semana. Cuando pueda.

—El lunes a las doce en mi consulta. ¿Le sirve?

—Me sirve.

—La espero, inspectora.

Colgó.

Bajó las escaleras.

Cuando salió al aparcamiento, el coche de Fuentes estaba con el motor encendido.

Nora subió.

No habló en los primeros diez kilómetros.

A la altura de San Rafael, dijo por fin:

—Ramón.

—Cuéntame.

—Nunca lo fue.

—¿Qué?

—Listo. Mi padre nunca fue más listo que su hermano. Lo llamó así su madre porque le apetecía elogiar al pequeño. Pero ni mi padre ni mi tío lo eran más uno que el otro. Los hizo desiguales una frase de una mujer cansada un día de agosto. Y esa frase destruyó a dos hombres, a una niña, a una familia entera, y a diez mujeres que iban caminando por Madrid cuando les cambió la vida.

—Sí.

—Las palabras pesan, Ramón.

—Pesan.

Condujeron en silencio hasta Madrid.

A las doce y cuarenta minutos, entraban por la avenida de la Coruña.

A la una menos veinte, Nora recibió un mensaje de Sergio.

"Tomás Valls ha confesado. Ha dado cuatro datos nuevos. Uno de ellos es la profesora de piano. Yolanda Moro. Vive en Pollença. Llámame cuando llegues."

CAPÍTULO 15

El puente de Praga

El puente de Praga, de noche, es una estructura de hormigón y metal que cruza el Manzanares al sur de Madrid, entre la avenida de Andalucía y el paseo de Yeserías. De día pasan por él coches y camiones con matrículas del sur. De noche, solo taxistas con prisa y alguna figura suelta caminando por la acera estrecha del lateral. La orilla del río, bajo el puente, tiene bancos viejos, algún contenedor industrial abandonado, y una pista de tierra que llega hasta el puente de Toledo.

A las ocho y cuarenta y cinco, Nora aparcó el coche en el paseo de Yeserías, a unos trescientos metros del puente, en el lado oeste. Llevaba una chaqueta oscura sin distintivos. Un auricular pequeño en el oído derecho. Una pistola reglamentaria en la funda del cinturón, cubierta por la chaqueta. Ningún tipo de cable de grabación.

Sergio estaba en el lado este, a cien metros del punto de encuentro, sentado en un banco haciéndose pasar por un hombre que esperaba a alguien. Marta estaba en un coche gris aparcado en el paseo de Extremadura, a unos cuatrocientos metros, con dos agentes más de su confianza. Fuentes estaba en comisaría, delante de un ordenador con la señal GPS de Nora en tiempo real, autorizado a actuar si ella pulsaba el botón de emergencia del auricular.

Nadie más sabía de la operación. Ni siquiera el resto de Homicidios.

Nora bajó a la orilla por una pendiente de tierra. A las ocho cincuenta y ocho caminaba lentamente hacia el puente, con las manos en los bolsillos, por la pista baja.

El aire era muy frío. Se le metía por el cuello de la chaqueta y le rozaba la piel como un filo. Olía a cañaveral, a humedad estancada, al fondo metálico de los puentes de hierro en invierno. Había una luna pequeña, no llena, arriba a la derecha. Las únicas luces eran las farolas altas del puente y las dos de los extremos.

A las nueve en punto, Nora vio la figura.

Un hombre. Bajo el arco central del puente, en la orilla sur, medio oculto entre las sombras de una columna. De estatura media. Delgado. Vestido con un abrigo oscuro y un gorro de lana. Pelo gris visible bajo el gorro, asomando por las sienes.

Nora se paró a unos veinte metros de la figura.

—Buenas noches —dijo, sin levantar la voz, lo suficiente para que se oyera.

—Buenas noches, inspectora.

La voz era la misma de la llamada telefónica del cap cuatro días atrás. Tranquila. Con un acento ligero que ahora, de cerca, Nora identificó: gallego, suave, ya muy diluido por años fuera de Galicia. Un acento que se conserva en los saludos y las despedidas pero que casi no se nota en el resto de las frases.

—Acérquese.

El hombre caminó cinco pasos hacia ella. Despacio. Con las manos a la vista desde el principio. Llegó hasta la primera farola de la orilla. Se paró. Se quitó el gorro con un gesto lento.

Y Nora lo pudo ver por primera vez.

La cara era una versión envejecida de la cara que Nora había visto miles de veces en los álbumes de fotos de su padre. La misma mandíbula cuadrada. Los mismos ojos oscuros con forma almendrada en el párpado inferior. La misma frente, aunque un poco

más despejada. La misma boca, aunque rodeada ahora por arrugas que su padre, muerto a los cincuenta y dos, nunca llegó a tener.

Nora se quedó muy quieta.

El hombre no se movió.

Esperó.

Dejó que Nora lo mirara.

—Usted se parece a mi padre.

—Es normal. Soy su hermano.

—¿Tomás?

—Tomás Vidal Santamaría. Su tío pequeño. Nací en mil novecientos setenta y cuatro, dos años después de Alfonso. Nos criamos juntos en Palencia. Desaparecí oficialmente en un accidente de coche en Ávila, con veintidós años, en mil novecientos ochenta y cinco. El accidente fue simulado.

—¿Por qué?

—Esa es la primera pregunta que siempre hacen. Vamos por partes.

—No hay tiempo para partes, Tomás. En dos horas puede venir gente. Dígame la versión rápida.

—La versión rápida, entonces.

Tomás Vidal metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—En mil novecientos ochenta y cinco yo llevaba dos años sospechando que mi hermano Pedro estaba haciendo cosas que no encajaban. Cosas concretas que no le voy a explicar esta noche porque exigen otro contexto. Yo tenía veintidós años, acababa de entrar en el cuerpo como inspector de nuevo ingreso, no tenía rango, y no tenía pruebas. Pedro tenía treinta y dos años entonces y trabajaba ya en Menores. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, intenté confrontarlo una noche. Le pregunté directamente. Él me miró a los ojos y me dijo una frase que me cambió la vida.

—¿Qué frase?

—Me dijo: "Tomás, si tú sigues esta conversación, mañana no estás."

—¿Iba a matarle?

—No estoy seguro de si iba a matarme físicamente o a destruirme profesionalmente. Pero sí estoy seguro de que iba a hacerme desaparecer en algún sentido. Y yo tenía veintidós años. No tenía apoyos. No tenía pruebas. Y mi hermano mayor, con treinta y dos, ya era alguien en el cuerpo. Alguien con contactos. Alguien con capacidad. Entonces tomé la decisión que entonces me pareció la única viable, aunque ahora, con sesenta y siete años, sé que fue cobarde.

—Fingirse muerto.

—Fingirme muerto. Con la ayuda de un amigo juez que me debía un favor, monté un accidente de coche con un cuerpo sustituido de la morgue. Desaparecí tres días en Ávila. Crucé la frontera a Portugal con mi pasaporte nuevo. De Portugal a Argentina. Volví a España en dos mil dos, con otra identidad, bajo un nombre que no le voy a decir todavía porque no hace falta que lo sepa esta noche. He vivido desde entonces a doscientos kilómetros de Madrid. He estado en Madrid solo tres veces por año. Siempre de paso. Siempre vigilando de lejos a Pedro.

Nora lo escuchó sin interrumpir.

Cuando terminó, habló.

—Tomás.

—Dígame.

—Usted dice "Pedro". Ya no dice "Víctor". ¿Qué significa eso?

—Significa que usted ya lo sabe. Me lo imaginé cuando me dijeron que ayer había abierto la taquilla.

—¿Cómo sabe que abrí la taquilla ayer?

—Me lo dijo una persona que trabaja en la estación de Chamartín y a la que llevo pagando desde dos mil dieciséis para que me avise

cuando alguien abra la taquilla doscientos treinta y dos. Su padre le firmó a esa persona, antes de morir, un permiso de trabajo. Mi amigo juez actualizó el vínculo laboral. Esa persona lleva diez años vigilando una taquilla a cambio de un sueldo modesto y de saber que si un día alguien la abre, yo me entero.

—Esa persona en Chamartín le mandó a usted un mensaje ayer a las cinco de la tarde.

—Exacto.

—Y usted vino a Madrid.

Un camión pasó por el carril de al lado.

—Yo ya estaba en Madrid. Llevo cinco meses.

—¿Cinco meses?

—Cinco meses. Desde que Pedro empezó a mover cosas que yo, viéndolas desde fuera, entendí que eran preparativos de huida. Hace seis meses él compró el billete a Casablanca. Hace cinco meses se mudó al piso de Mejía Lequerica, once, tercero izquierda. Yo, hace cinco meses, me vine a Madrid con mi nombre falso. Alquilé un piso pequeño en Tetuán. He estado observando. Y la semana pasada, cuando Mateo Valls dio el primer paso y apareció Carmen Alcaraz en el Manzanares, yo entendí que habíamos entrado en la última fase.

—Usted lleva cinco meses en Madrid sin acercarse a mí.

—Correcto.

—¿Por qué?

—Porque si yo me acercaba antes de que usted abriera la taquilla, yo no era para usted un tío desconocido que le va a cambiar la visión de su padre y la de su familia entera. Yo era un extraño diciéndole mentiras. La taquilla la preparó su padre precisamente para que usted, antes de conocerme a mí, supiera que yo no estaba loco.

—Pero usted no está escrito en la carta de mi padre.

—No. Su padre no sabía que yo estaba vivo.

Nora levantó las cejas.

—¿Cómo?

—Su padre, Alfonso, fue al funeral de mil novecientos ochenta y cinco. Enterró un féretro creyendo que yo estaba dentro. Durante los cuarenta años siguientes, creyó que yo había muerto a los veintidós años en un accidente de coche en Ávila. Yo le dejé morir con esa creencia. No le dije nunca que estaba vivo. Y ese, inspectora, es el pecado más grande de mi vida.

Nora se quedó callada.

Un minuto entero.

—Tomás.

—Dígame.

—¿Por qué no se lo dijo a mi padre?

—Porque si se lo hubiera dicho, él habría ido a buscar a Pedro. Y Pedro lo habría matado antes de tiempo. Yo llevaba la esperanza, durante años, de reunir pruebas por mi cuenta para que algún día alguien que no fuera ni su padre ni yo pudiera detenerlo con todo en la mano. Calculé mal el tiempo. Cuando en dos mil quince me enteré de que su padre había muerto, yo llevaba acumuladas pruebas parciales, pero no suficientes. Y me di cuenta de que había matado a mi hermano por omisión. Porque si yo le hubiera dicho que estaba vivo, él habría sabido que había alguien más que lo sabía. Y Pedro no se habría atrevido a matarlo.

Nora cerró los ojos.

Los abrió.

—Tomás. ¿Usted tiene pruebas sólidas de todo esto?

—Tengo suficientes. No todas. Suficientes.

—¿Dónde?

—En un maletín. Lo tengo en el coche aparcado a trescientos metros de aquí.

—¿Viene con usted esta noche?

—Viene con usted esta noche.

—¿Qué hay en el maletín?

Tomás tomó aire. Miró el río antes de contestar.

—Lo que hay en el maletín, inspectora, usted no va a saber asimilarlo esta noche. Le doy la versión corta para que lo procese poco a poco.

—Bueno, verá.

—Mi hermano Pedro no es un hombre solo. Pedro es la cara española de una red internacional de trata de menores que lleva operando desde mil novecientos noventa y uno. La red tiene contactos en Rabat, Marsella, Lisboa, Frankfurt y Belgrado. El flujo de dinero que pasa por esa red, en los últimos treinta años, ronda los setenta millones de euros.

Nora lo miró sin parpadear.

—Pedro cobra una comisión por ser el enlace español. En su caso, el dinero no va a cuentas bancarias a su nombre. Va a una sociedad pantalla registrada en Gibraltar, con un administrador ficticio que se llama Emilio Carrera Fuster. Pedro ha cobrado, según los extractos que tengo en el maletín, alrededor de dos millones trescientos mil euros en los últimos veintidós años.

—Dos millones.

—Dos millones trescientos mil. De los cuales unos ochocientos mil los ha gastado en mantener a su hermana Sara con la identidad de Helena Vidal Palacios. Piso en Argüelles. Conservatorio de Madrid. Clases particulares de piano. Ropa. Viajes. Treinta años de vida construida con dinero de niños vendidos en otros países.

Nora no contestó durante cinco segundos.

—Tomás.

—Dígame.

—¿Usted me está diciendo que mi hermana lleva veintisiete años viviendo con el dinero de otras niñas que fueron vendidas?

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo.

—¿Ella lo sabe?

—Ella no sabe nada. Ella cree que su padre adoptivo es un inspector retirado con una herencia familiar. Eso es lo que Pedro le ha dicho durante veintisiete años. Esa es también la razón por la que usted no puede simplemente decirle mañana a Sara que Pedro es su secuestrador. Porque cuando Sara entienda la segunda parte, la parte del dinero, la parte de que su vida entera se pagó con la infancia de otras niñas, esa parte va a ser más difícil de procesar que el secuestro mismo.

Nora miró el agua del Manzanares.

Pasó un minuto largo.

—¿Cuántas niñas? —preguntó.

—En total, por la red española, entre mil novecientos noventa y uno y dos mil veinticinco, unas ciento cuarenta.

—Ciento cuarenta.

—Ciento cuarenta.

—¿Y las otras ciento treinta y nueve?

—Eso, inspectora, es el Libro dos de esta historia. Esta noche nos centramos en el Libro uno. En Pedro. En Sara. En Mateo. En el viejo Fermín. Y en el sombrero. Lo demás vendrá.

Nora asintió.

—Hay otra cosa, Tomás.

—Dígame.

—Mi hermana.

—Claro.

—Si usted lleva cuarenta años observando a Pedro, usted tiene que haber visto a mi hermana Sara.

—La he visto.

Nora tragó saliva.

—Dígame.

—Su hermana vive desde hace veintisiete años en el piso de la calle Argüelles, número seis, cuarto B. Pedro la ha criado con el nombre de Helena. Cree ser su sobrina. Cree que sus padres murieron en un accidente en mil novecientos noventa y ocho, lo cual es verdad a medias: su padre, el suyo de usted, que es también el mío, murió en dos mil quince; y su madre, que es también su madre, está viva en Segovia. Pedro les hizo creer a Sara que los dos habían muerto en el noventa y ocho. Ella ha vivido con esa verdad toda la vida.

—¿En qué estado?

—En el estado de una mujer que lleva veintisiete años sospechando, sin articularlo, que hay algo que no le han contado. En el estado de una pianista profesional de nivel medio-alto. En el estado de una mujer tranquila, introvertida, con mucha música y pocos vínculos. En el estado de alguien que desde hace un año, por un motivo que no he sabido identificar, ha empezado a hacer preguntas por su cuenta. No a Pedro. A otras personas. A antiguos compañeros de su padre. A la administración del registro civil. A nadie que yo haya podido ver, pero ella está buscando.

—¿Ella sabe quién soy yo?

—No.

—¿Sabe que tiene una hermana?

—No con certeza. Con sospecha. Con esa sospecha que tiene la gente cuando algo en la cabeza no encaja pero no sabe nombrarlo.

Nora respiró hondo.

—Tomás. Usted ha venido esta noche con pruebas, dice. Yo tengo un mandato interno de Fuentes para detener a Pedro Vidal Santamaría, alias Víctor Palacios, en las próximas cuarenta y ocho horas. Cuando vayamos a detenerlo, Sara va a estar en medio. Necesito saber cómo hacerlo sin ponerla en peligro.

—Pedro no va a hacerle daño a Sara.

—¿Por qué?

—Porque Sara es su obra maestra. Es lo único que ha sostenido la mentira de su vida entera. Es la razón por la que él sigue respirando. Si Sara desaparece de su vida, Pedro se derrumba. Por eso, Sara, en el momento de la detención, es la protección de ella misma.

—¿Lo ha pensado bien?

—Llevo veintisiete años pensándolo.

—Entonces quiero una cosa de usted.

—Dígame.

—Quiero que mañana, domingo, usted vaya al piso de la calle Argüelles, número seis, cuarto B, toque el timbre, y le diga a Sara Vidal quién es usted.

Nora esperó sin hablar.

—¿Qué?

—Quiero que le diga que es su tío. Que su padre biológico se llamaba Alfonso. Que su madre se llama Claudia y está viva en Segovia. Que tiene una hermana mayor que también está viva y que se llama Nora. Que si quiere pruebas, puede llamar al colegio de Maravillas y pedir el expediente escolar de Sara Vidal Cabrera del año mil novecientos noventa y siete. Que no la presiona a creerle inmediatamente. Pero que le pide, por favor, que no salga del piso hasta que usted vuelva el lunes con pruebas adicionales.

—¿Y Pedro?

—Pedro a Sara no va a hacerle daño, usted lo ha dicho. Si Sara se entera mañana y decide llamar a Pedro, lo llamará. Pedro va a decirle que es mentira. Sara va a quedarse en duda. Durante esa duda, nosotros detenemos a Pedro el lunes temprano. Y el martes Sara se entera de la verdad por hechos, no por palabras.

—Hay un riesgo.

—Hay un riesgo.

—Sara puede pedirle a Pedro una explicación urgente esta noche misma. Si lo hace, Pedro entra en modo huida de inmediato. Se va a Casablanca el mismo domingo.

—Lo entiendo.

—¿Lo asume?

—Lo asumo. Porque la alternativa es que Sara pase cuarenta y ocho horas más conviviendo con Pedro sin saberlo y, cuando nosotros entremos, reaccione a nuestro favor o al suyo según ella decida en el segundo. Yo prefiero que tenga veinticuatro horas para procesar.

Tomás Vidal la miró durante un minuto entero.

—Nora.

—Dígame.

—Usted se parece a su padre más de lo que yo me imaginaba.

—Lo sé.

—Su padre habría tomado la misma decisión.

—Sí.

—Entonces lo hago mañana.

—Mañana.

Nora asintió.

Tomás Vidal sacó del bolsillo interior del abrigo un sobre. Se lo entregó.

—Nora.

—Dígame.

—Antes de irnos esta noche. Una cosa más.

—Dígame.

—Hace seis meses Sara me dejó una carta.

—¿A usted?

—A mí sin conocerme. La dejó en un apartado postal que yo había abierto hace años con mi nombre falso, y al que no sé cómo llegó ella. Todavía no lo sé. La carta iba dirigida a "mi hermana Nora, si alguna vez me está buscando".

—¿Cómo?

—Sara, hace seis meses, ya sospechaba que tenía una hermana llamada Nora. Yo no sé cómo llegó ella a mi apartado postal. Pero llegó. Me dejó la carta con una nota breve dirigida a mí: "Si usted es quien creo que puede ser, por favor entréguele esto a su hermana cuando ella llegue."

Nora cogió el sobre.

Lo miró.

Era un sobre blanco, normal, con el nombre "Nora" escrito por delante con letra femenina, pequeña, redondeada.

La misma letra que aparecía en el margen de uno de los folios del expediente privado de su padre. La letra que Nora no había podido identificar hacía cinco días.

Esa letra era la de su hermana adulta.

Había escrito en los márgenes del expediente de su padre.

Lo cual significaba que Sara, en algún momento, había tenido acceso al expediente privado de Alfonso Vidal.

Nora se guardó el sobre en el bolsillo interior.

—Tomás.

—Dígame.

—Mañana a las once de la mañana usted va a estar en el piso de Argüelles.

—A las once.

—Sergio le va a acompañar desde un portal de enfrente. No entra. Solo garantiza su seguridad.

—Acepto.

—Y Tomás.

—Dígame.

—Gracias por venir.

—Gracias a usted por haber abierto la taquilla.

Nora subió la pendiente de vuelta al paseo. Cuando llegó a la calle, se giró. Tomás Vidal ya había desaparecido por el otro lado del puente.

En el coche, Sergio ya estaba esperando en el asiento del copiloto.

—Nora.

—Sergio.

—Tengo la grabación completa del auricular. Marta también. Fuentes lo está escuchando ahora mismo en comisaría.

—¿Estás bien?

Nora no contestó.

Sacó el sobre del bolsillo interior.

Lo puso sobre el volante.

Se quedó mirándolo durante un minuto entero.

Luego, muy despacio, lo abrió.

CAPÍTULO 16

La carta

Nora leyó la carta en el coche, a las nueve y cuarenta de la noche del sábado, con Sergio en el asiento del copiloto esperando en silencio y el motor apagado. La luz del techo del coche tenía la bombilla fundida desde hacía un mes, así que tuvo que leer con la luz del móvil.

La carta era de cuatro páginas.

Estaba fechada el dieciocho de abril, seis meses atrás.

"Para Nora, si es que Nora existe y si es que alguna vez me está buscando.

Me llamo Helena. Tengo treinta y cinco años, aunque cuando usted reciba esta carta tendré treinta y seis o más. Vivo en Madrid. Soy pianista. Llevo toda mi vida viviendo bajo la tutela de un hombre al que llamo tío Víctor y que, según la única versión de mi historia que me han contado, fue el mejor amigo de mi padre antes de que mi padre y mi madre murieran en un accidente de coche en agosto de mil novecientos noventa y ocho, cuando yo tenía siete años.

Le escribo esta carta porque desde hace un año, o un poco más, he empezado a dudar de la versión.

No voy a darle aquí todos los detalles, porque ni siquiera yo los tengo todos. Voy a darle los tres que son suficientes para que usted, si es la persona que yo creo que puede existir, sepa que no estoy loca.

Primero. En febrero del año pasado, ordenando un armario del piso donde vivo, encontré un abrigo que era de mi madre, según mi tío. Ella llevaba ese abrigo en la foto oficial que tengo de ella en una estantería del salón. Guardé el abrigo en mi habitación sin decírselo a mi tío. En un bolsillo interior del abrigo, cosido por dentro con un pespunte muy fino, había un trozo pequeño de papel doblado. Era una nota de dos líneas, escrita con letra de mujer joven. La nota decía: "Para Nora. Si encuentras esto antes que yo, pregúntale a mamá por el colegio de Maravillas. Sara." La letra era de niña. De unos siete años como mucho.

Segundo. Empecé a investigar, desde el ordenador público de una biblioteca de Chamberí, el registro civil de Madrid en el año mil novecientos noventa y uno, que es mi año de nacimiento. No existe ningún registro de una Helena nacida a principios de los años noventa con los apellidos que mi tío dice que son los míos. Existe, en cambio, un registro de una Sara Vidal Cabrera, nacida el catorce de marzo de mil novecientos noventa y uno, hija de Alfonso Vidal y Claudia Cabrera. Esa Sara fue declarada oficialmente desaparecida en agosto de mil novecientos noventa y ocho. Desapareció en el parque del Cerro del Tío Pío, en Vallecas. Nunca se encontró su cuerpo.

Tercero. Esa Sara Vidal Cabrera tenía una hermana mayor llamada Nora Vidal Cabrera, nacida en mil novecientos ochenta y siete. Esa Nora hoy tiene treinta y ocho años y es inspectora de Homicidios en Madrid.

Si usted está leyendo esto, es probable que usted sea esa Nora.

No voy a pedirle nada a cambio de esta carta. No voy a pedirle que me crea inmediatamente, ni que me busque, ni que cambie su vida por mí. Se lo que va a sentir al leer esto, aunque no nos conozcamos, porque lo he sentido yo durante un año entero cada vez que pensaba que es posible que tuviera una hermana mayor y que ella no supiera de mí. Eso no se lo deseo a nadie.

Le pido una sola cosa. Que, cuando llegue usted a la puerta del piso donde yo vivo, no espere que yo la reciba como si la hubiera

estado esperando. Llevo veintisiete años viviendo con un hombre al que llamo tío y que ha sido lo único parecido a una familia que tengo. Yo no voy a poder, en el primer encuentro, pasarme al otro lado de la mesa. Voy a necesitar tiempo. Voy a necesitar pruebas. Voy a necesitar que usted me deje seguir llamándolo tío durante algunos días, aunque usted sepa desde el primer segundo lo que él es, hasta que yo pueda ir asumiéndolo por mi cuenta.

Lo que le pido a usted, Nora, es paciencia.

Mi tío tiene setenta y cinco años. No es un hombre violento en el sentido visible. Es un hombre que ha construido una vida conmigo a base de atenciones sencillas, que me lleva cada viernes a cenar a un restaurante asturiano de Santa Engracia, que me paga las clases de piano desde que yo tenía ocho años, que me presentó al primer profesor que me enseñó Debussy, que nunca me ha levantado la voz, que nunca me ha puesto una mano encima en ningún sentido inapropiado, y que, según tres cuartas partes de mi cerebro, es mi familia. La otra cuarta parte es la que me dice desde hace un año que algo no encaja. Esa cuarta parte es la que le escribe esta carta.

No sé cómo hacérsela llegar. Voy a dejarla en un apartado postal que figura, en los registros que he podido consultar, a nombre de una persona que desde hace veinte años paga sus cuotas puntualmente sin que nadie parezca saber quién es. Si esa persona es quien yo sospecho que puede ser, es alguien que tiene relación con mi familia biológica y que sabrá qué hacer con esto.

Si nunca llega a sus manos, Nora, al menos habré escrito una vez en mi vida a la hermana que creo tener.

Mi letra, si se fija usted, no es muy distinta de la que yo tenía a los siete años. Lo compruebo cada vez que miro la nota del abrigo de mi madre. A los siete años yo escribía como una niña lista. A los treinta y cinco escribo como una mujer sola.

Ojalá nos veamos.

Helena. O Sara. Quien sea de las dos.

Madrid, 18 de abril.". Nora bajó el folio.

Cerró los ojos. No lloró.

Tardó un minuto largo.

Sergio, a su lado, no se movió.

Cuando Nora habló, lo hizo muy despacio.

—Escribió esto hace seis meses.

—Sí.

—Llevaba un año buscándome antes de escribirla. Y nadie, en ese año y pico, le dio ninguna pista. Encontró el registro civil sola. Encontró mi nombre sola. Encontró mi profesión sola. Y lo único que le impidió llamarme directamente fue que no supo cómo acercarse sin poner a Tomás en un apartado postal en peligro, sin que su tío lo supiera.

—Sí.

—Mi hermana es más inteligente que yo.

—No.

—Sí. Si yo hubiera estado en su situación, habría levantado un teléfono y habría llamado a Jefatura. Me habría plantado en comisaría con la nota de siete años en la mano. Habría forzado la confrontación. Ella no. Ella calculó.

—Tú también has estado calculando toda la semana.

—Ella llevaba calculando un año.

Nora dobló la carta con cuidado. La guardó en el sobre original. El sobre lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

Arrancó el coche.

—Llama a Tomás ahora. Dile que mañana a las once en punto en Argüelles, seis, cuarto B, y que tú le acompañas desde el portal de enfrente. Cuando Sara le abra y empiece la conversación, tú te quedas fuera hasta que él te pida pasar. Si lo pide. Si no, no pasas.

—Llamar ahora.

—Ahora.

—Y tú.

—Yo mañana por la mañana hago el papel que me toca. Voy a comisaría a primera hora, coordino con Marta la vigilancia sobre el piso de Víctor, y me quedo en la Pecera hasta que Tomás salga del piso de Sara. Hasta que él salga, yo no aparezco por la escena. Sara no me ve todavía. Tomás es primero.

—De acuerdo.

—Y cuando Tomás salga del piso y me llame, si todo ha ido razonablemente bien, vamos al operativo del lunes al amanecer. Víctor detenido en Mejía Lequerica once. Sara protegida en Argüelles. Yo voy al piso de Sara después de la detención, no antes. Mi hermana no va a ver a un policía nunca más en su vida que no sea por sentido profesional. Lo primero que vea de mí no va a ser un chaleco antibalas.

Sergio cogió el teléfono. Se apartó unos metros en la acera. Habló dos minutos con Tomás Vidal. Volvió.

—Mañana a las once en punto. Yo le acompaño desde un portal de enfrente. Confirma.

—Bien.

Nora arrancó.

Condujeron hasta comisaría. Eran las diez y cinco cuando entraron en la Pecera. Marta ya estaba allí con Fuentes. Los cuatro cerraron la puerta.

—Operativo del lunes al amanecer —empezó Nora—. Mejía Lequerica once, tercero izquierda. Víctor Palacios, alias Pedro Vidal Santamaría. Equipo de entrada: Sergio como jefe de equipo, cuatro agentes de Marta armados, uno solo en el rellano con el ariete, los otros tres dentro de inmediato. Yo permanezco en el coche de Marta a cien metros. Fuentes permanece en comisaría con control GPS y

radio directa al juez de guardia para la primera comparecencia. Doctor forense de guardia avisado. Ambulancia a ochenta metros, por protocolo. Hora de entrada: seis y diez de la mañana del lunes. Víctor suele despertarse a las seis y media, tenemos treinta minutos de ventana.

—¿Orden? —preguntó Marta.

—Orden de detención firmada por el juez de la Audiencia Nacional mañana por la noche —dijo Fuentes—. Yo me encargo de llevarle a las ocho de la tarde la documentación completa. Confesión firmada de Tomás Valls Alcántara, inclusión de Víctor Palacios en la red de trata de menores activa desde mil novecientos noventa y siete según tres testigos independientes, identificación física del mismo como mensajero de cinta en Toledo en dos mil trece, identificación como visitante de Paredes en Valdemoro entre dos mil once y dos mil quince con veintitrés visitas técnicas bajo juez fallecido, antecedentes de identidad falsa y cambio de nombre por vía judicial irregular en mil novecientos ochenta y cinco. Con eso, tenemos la orden.

—Perfecto.

—¿Sara?

—Sara está en el piso. Mañana Tomás Vidal le cuenta. Domingo por la tarde, Sergio coordina con Sara una manera de que no se comunique con Víctor en las siguientes doce horas. Nosotros actuamos el lunes a las seis y diez. Sara no va a estar en el edificio de Víctor. Sara no corre riesgo físico.

—¿Y si Sara llama a Víctor mañana después de hablar con Tomás?

Nora respiró hondo.

—Si lo hace, Víctor activa la huida. En ese caso, nosotros actuamos mañana mismo por la noche. Marta, tú mantienes vigilancia sobre Mejía Lequerica veinticuatro horas. Si Víctor sale con maleta, nos avisas de inmediato y entramos. Si no sale, nos atenemos al plan del lunes al amanecer.

—De acuerdo.

—Una cosa más.

Nora sacó del bolsillo la carta. La puso sobre la mesa.

—Esto es una carta que mi hermana escribió hace seis meses dirigida a mí. Me la ha hecho llegar mi tío Tomás Vidal, a quien ella la entregó sin saber que era su tío. Está firmada por Helena. Es prueba. No quiero que entre en el caso todavía como prueba. La entrego en custodia oficial el martes, cuando esta semana haya terminado. Hasta entonces, la tengo yo. Solo quiero que sepáis que existe y que es parte del expediente.

Marta asintió.

Sergio asintió.

Fuentes asintió.

—Perfecto.

—Una última cosa —dijo Fuentes—. Mañana a las ocho de la tarde, después de llevar la documentación al juez y volver de la Audiencia, yo necesito media hora con vosotros los tres. Hay un detalle operativo que he estado pensando toda la tarde y que no quiero dejar sin comentar.

—¿Qué detalle?

—Víctor tiene sesenta y dos años. Pero no está solo. En los últimos seis meses ha recibido siete visitas en su piso de Mejía Lequerica de un hombre alto, canoso, con acento del norte, que podría ser el mismo que entró en la celda de Paredes el día de su muerte. Ese hombre tiene hoy entre sesenta y uno y sesenta y tres años. No sabemos cómo se llama. No sabemos dónde vive. Pero si ese hombre está en el piso el lunes a las seis y diez, nuestro operativo cambia. No entramos a uno. Entramos a dos. Y uno de los dos puede ser el mismo que mató a tu padre.

Nora asintió despacio.

—Dime lo que pides.

—Pido que mañana por la tarde Marta ponga cámara a distancia sobre la entrada del portal de Mejía Lequerica. Veinticuatro horas. Si el hombre del norte entra entre mañana a las dos y el lunes a las seis, el operativo se modifica para incluirlo. Si no entra, entramos solo a Víctor.

—De acuerdo —dijo Marta.

—Una cámara encubierta, por favor —añadió Fuentes—. Sin orden judicial. Solo para supervisión. Si hay detención, pedimos la legalización retroactiva el lunes por la mañana antes de entrar.

—Lo monto en dos horas.

—Gracias.

A las diez y cuarenta, Marta se fue a montar la cámara. Sergio se quedó media hora más afinando la logística del portal de enfrente. Fuentes se fue al coche para ir a la Audiencia Nacional a preparar documentación para la reunión con el juez de guardia del domingo.

Nora se quedó sola en la Pecera.

A las once y dieciséis, cuando ya se disponía a apagar las luces, le vibró el móvil.

Número desconocido.

Nora lo miró un momento. Luego pulsó verde.

—¿Sí?

—Inspectora Vidal.

La voz era joven. Calmada. Con un deje madrileño neutro. Exactamente la voz que había descrito Lena Mora después de escuchar la cinta de Ana Roldán.

—Mateo —dijo Nora.

Silencio al otro lado. Tres segundos.

—Soy Mateo.

—Estaba esperando tu llamada para mañana a las dos y media de la madrugada. No para hoy.

—Hoy es distinto.

—¿Por qué?

—Porque mi maestro acaba de citarme mañana al mediodía en casa de Fermín Rojas. Si voy, no salgo. Si no voy, manda a gente a buscarme. Lo tengo a doce horas.

—Mateo.

—Dígame.

—¿Dónde estás ahora?

—En un piso de la calle Buenavista. El domicilio real que no tiene registrado mi maestro. No le voy a dar la dirección todavía.

—¿Qué necesitas de mí?

—Quiero hablar contigo. No por teléfono. En persona. Esta noche.

Nora se pasó la mano por la cara.

—Mateo. Si tú vienes a comisaría, yo no puedo garantizar que mañana estés en una celda a la hora de tu cita. Vas a estar retenido y habrá trámite. Tu maestro va a sospechar si no te ve a las doce.

—Que sospeche. Yo ya no cuento.

—¿Tú te quieres entregar?

—Quiero entregarme.

—Mateo.

—Dígame.

—¿Por qué esta noche?

—Porque mañana la llamo a usted a las dos y media para darle la dirección de su hermana, y luego ya no contesto más al teléfono. Y quiero que antes de eso, usted sepa por mi boca cómo fue el nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho.

Nora tragó saliva.

—Ven a comisaría. Te espero en la entrada de jefes en una hora.

—Voy.

—Mateo.

—Dígame.

—Gracias.

—No me las dé. No me las merezco.

Colgó.

Nora esperó un momento con el teléfono en la mano.

Luego cogió el bolso. Cogió el abrigo.

Bajó a la entrada de jefes a esperarlo.

Y mientras bajaba, por las escaleras vacías de la comisaría un sábado a las once y veinte de la noche, pensó en una sola cosa.

Que su hermana Sara, esta noche, seguía leyendo en la cama del piso de Argüelles sin saber que mañana a las once iba a aparecer en su puerta un hombre al que no había visto nunca y que le iba a cambiar la vida.

Que Mateo Valls, esta noche, iba a entregarse doce horas antes de lo previsto.

Que Víctor Palacios, en Mejía Lequerica, todavía no sabía nada.

Y que la línea del tiempo del caso acababa de encogerse, en los últimos cuatro minutos, de dos días a medio día.

CAPÍTULO 17

La noche del viernes

Mateo Valls llegó a las once cuarenta de la noche del sábado.

Llegó a pie por la calle de Miguel Ángel, con las manos a la vista, sin gorro, sin capucha. Un abrigo azul oscuro. Una bolsa de cuero pequeña al hombro con el contenido justo: un ordenador portátil, tres libretas, un pasaporte falso a nombre de Emilio Carrera Fuster, dos mudas dobladas, un cepillo de dientes, y el cuaderno negro de tapa dura que contenía, en sus noventa y dos páginas, el registro metódico de todo lo que había hecho durante los últimos veinte años bajo órdenes de Víctor Palacios.

No se resistió al acercarse Sergio y dos agentes uniformados.

Se dejó cachear.

Se dejó esposar.

—Soy Mateo Valls Alcántara —dijo a Sergio—. Vengo a entregarme voluntariamente. Quiero hablar con la inspectora Nora Vidal.

—La inspectora Vidal lo está esperando en la sala cuatro de interrogatorios. Vamos.

Subieron los tres pisos en silencio.

En el rellano de la tercera planta, antes de entrar en Homicidios, Mateo se paró un segundo.

—Una cosa, antes de entrar.

—Rápido.

—Si esto sale bien, si la inspectora Vidal saca a su hermana mañana, si se detiene a mi maestro el lunes, yo quiero pedir una última cosa. Cuando salga mi sentencia, yo quiero cumplirla en Valdemoro. En la misma cárcel donde murió Héctor Paredes. Yo sé que es una petición rara. Yo sé que se concede o no según el tribunal. Pero quiero que conste que lo he pedido.

Sergio lo miró.

—¿Por qué?

—Porque Paredes me enseñó a matar. Yo quiero dormir los próximos treinta años en la misma celda donde él durmió los últimos dos. No para rendirle homenaje. Para terminar lo que empezamos juntos en un sitio que lo vea.

Sergio no contestó.

Entraron.

La sala cuatro era pequeña, con paredes color crema, una mesa metálica, cuatro sillas, un espejo unidireccional en la pared del fondo y una cámara de vídeo en la esquina superior derecha. Nora estaba sentada en una de las sillas, del lado izquierdo de la mesa. Fuentes estaba de pie al lado del espejo, al fondo. Marta estaba al otro lado del espejo, en el cuarto adjunto, con la grabación.

Mateo entró. Lo sentaron enfrente de Nora. Le retiraron las esposas por indicación de Fuentes. Le pusieron un vaso de agua.

Nora no habló los primeros diez segundos.

Solo lo miró.

Mateo Valls era, en persona, más delgado de lo que Nora había imaginado. Treinta y un años. Piel blanca. Mandíbula cuadrada ya visible desde los trece años, ahora esculpida por el tiempo. Pelo castaño corto. Los ojos oscuros, almendrados, con la forma del párpado inferior que Nora compartía con él por pura coincidencia genética aunque todavía no supiera que era pura coincidencia.

—Mateo.

—Inspectora.

—Gracias por venir.

—A usted.

—Voy a leerte tus derechos primero. Vas a firmar. Y después empezamos.

—De acuerdo.

Nora leyó los derechos. Mateo firmó. Nora dejó el papel a un lado.

—Mateo. Tú sabes que esta conversación está siendo grabada.

—Ya.

—Tú sabes que todo lo que digas puede ser usado contra ti en juicio.

—Ya.

—Entonces empezamos. Hoy vamos a hacer una cosa corta. Mañana, cuando estés con abogado de oficio, hacemos la larga. Hoy yo necesito, solamente, que me confirmes tres cosas.

—Adelante.

—Una. Tú estuviste en el parque del Cerro del Tío Pío el sábado nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho. Te llevaste a una niña de siete años llamada Sara Vidal Cabrera. La condujiste a un coche. La trasladaste a un piso. La entregaste a un hombre llamado Pedro Vidal Santamaría, alias Víctor Palacios.

—Sí.

—Dos. Después de aquel día, tu vida se convirtió en aprendizaje criminal bajo la tutela de Héctor Paredes, presentado a ti por Víctor Palacios en dos mil siete, cuando tú tenías trece años. Has participado, como cómplice o como ejecutor, en al menos cinco homicidios en aquel periodo, todos atribuidos en el expediente oficial a Paredes. Has cometido personalmente, la semana pasada, el

homicidio de Carmen Alcaraz Montes. Has secuestrado esta semana a Inés Carretero sin matarla intencionadamente.

—Sí.

—Tres. Sabes dónde vive Sara Vidal actualmente. Sabes que está bajo el nombre de Helena. Sabes que ha estado durante veintisiete años bajo la tutela de Víctor Palacios, que es tío biológico de Sara sin que Sara lo sepa. Y tú, en las últimas cuarenta y ocho horas, has tomado la decisión de cooperar con la inspectora Vidal para sacar a Sara del piso de Argüelles antes de que Víctor huya a Casablanca.

El silencio entre ellos se volvió más denso.

—Sí.

—Gracias.

—De nada.

—Una pregunta más, y es la última de esta noche.

—Dígame.

—¿Dónde vas a dormir tú esta noche?

—En una celda.

—¿Preferencias?

—Celda individual, si es posible.

—Te la vamos a conseguir.

—Gracias.

Nora asintió a Fuentes. Fuentes hizo un gesto a los agentes de la puerta. Uno entró, puso las esposas a Mateo, lo levantó.

Antes de salir, Mateo se giró una vez.

—Inspectora.

—Dígame.

—Una cosa. No se la dije ayer cuando la llamé. Pero es importante que la sepa.

—Adelante.

—El nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho, yo tenía dieciséis años. Yo le di la mano a su hermana en aquel parque. Ella me la dio de vuelta. La llevé al coche pensando que era lo que tenía que hacer. Durante los primeros siete minutos del trayecto, ella iba charlando conmigo. Me preguntó si yo era un amigo de su padre. Me preguntó si íbamos a una fiesta. Me preguntó cómo me llamaba. Yo le dije el nombre verdadero. Le dije Mateo. Y ella me dijo: "Te voy a llamar Mati." Y durante siete minutos me llamó así.

Nora apoyó la cara en las manos.

—Mateo.

—Dígame.

—Vete a dormir.

—Voy.

Salió.

Nora aguantó la mirada sola en la sala.

Fuentes, desde detrás, se acercó. Le puso una mano en el hombro.

—Nora.

—Ramón.

—Has sostenido la cara.

—No sé cómo.

—Yo sí. Has sostenido la cara porque tu hermana no puede ver todavía lo que tú estás viendo. Porque la primera persona de tu familia biológica que se sienta mañana delante de ella tiene que ser Tomás Vidal con cara entera. Tú eres la segunda. Y tienes que llegar entera.

—Sí.

—¿Vas a poder dormir esta noche?

—No.

—Al menos, descansar.

—Lo intento.

Fuentes asintió.

—Nora. Una cosa operativa. Con Mateo en celda, la cita de mañana a las doce en casa de Fermín la canceláis vosotros sin que Víctor lo sepa.

—¿Cómo?

—Mateo tiene un teléfono. En él, va a haber una conversación que nos interesa. Esta noche el equipo técnico le clona los mensajes y establece una cadena de respuestas falsas. Mañana por la mañana, desde el teléfono clonado, Marta le va a mandar a Víctor un mensaje en nombre de Mateo diciendo que se retrasa dos horas. Eso nos da margen para adelantar el operativo de Mejía Lequerica al mismo domingo por la tarde. Víctor va a estar esperando en casa de Fermín. Fermín va a estar con él. Cuando Mateo no aparezca, los dos van a llamar al teléfono clonado. Les contesta Marta con mensajes genéricos. Ellos tardarán, según cálculo, entre una hora y noventa minutos en entender que algo va mal. En esas noventa minutos, nosotros entramos en el piso de Víctor en Mejía Lequerica. Cogemos a Víctor solo. Y, si tenemos suerte, a Fermín en casa de Fermín a la vez, con un segundo equipo.

Nora asintió.

—Mañana a las ¿cuántas?

—Mañana a las seis de la tarde, coordinado. Víctor en su piso, Fermín en su casa, Sara en Argüelles.

—Y Sara mientras tanto.

—Sara mientras tanto está con Tomás Vidal desde las once de la mañana. A las dos de la tarde Tomás habrá terminado de hablar con ella. Si Sara acepta lo que Tomás le cuenta, Tomás se queda hasta

las ocho. Si Sara rechaza y quiere llamar a su tío, Tomás la llama a usted y usted decide al momento.

—Bien.

Fuentes se apartó.

—Sergio y Marta están fuera. Salimos los cuatro a hablar ahora.

—Voy.

Salieron.

En la Pecera, los cuatro pasaron las siguientes tres horas y media afinando el operativo. A las tres menos diez de la madrugada del domingo, con el plan completo en papel y firmado, con los equipos avisados, con los teléfonos clonados en marcha, con Mateo dormido en celda, Nora dijo:

—Bueno.

Los otros tres la miraron.

—Hasta dentro de doce horas yo no sirvo para nada más —dijo—. Voy a casa. Me ducho. Duermo dos horas si puedo. A las nueve estoy otra vez aquí.

—Yo igual —dijo Sergio.

—Yo me quedo con los técnicos —dijo Marta—. A las cinco de la mañana me voy a casa una hora. A las siete estoy en el vehículo de observación en Mejía Lequerica.

—Yo no me muevo de comisaría —dijo Fuentes—. Tengo el juez de la Audiencia en directo desde las ocho. Nora, a partir de las nueve, tú me tienes aquí.

—Hasta mañana.

Nora salió.

Condujo hasta Lavapiés en veinte minutos con las calles vacías. Aparcó en la puerta. Subió las escaleras. Abrió la puerta de su piso.

Tenía mensajes. No los miró.

Fue directa al baño. Se duchó ocho minutos con agua muy caliente. Se puso un pijama limpio. Fue al dormitorio. Se metió en la cama. Puso el despertador a las siete y media.

Apagó la luz.

Intentó dormir.

No lo consiguió.

A las cuatro menos veinte de la madrugada, se sentó en la cama. Encendió la lamparita. Cogió el sobre que tenía en la mesilla.

La carta de su hermana.

La volvió a leer de principio a fin por tercera vez.

Cuando llegó al párrafo donde Helena escribía "A los siete años yo escribía como una niña lista. A los treinta y cinco escribo como una mujer sola", Nora paró de leer.

Se levantó.

Fue al salón.

Se sentó en el sofá, con la carta en las rodillas, mirando la pared de enfrente donde había una pequeña estantería con la foto enmarcada de sus padres del año dos mil cinco, la única que había querido mantener a la vista durante estos años.

Alfonso y Claudia en el salón de la casa antigua, sonriendo a la cámara. Detrás, colgada en la pared, la foto de Sara a los siete años que llevaba allí desde mil novecientos noventa y ocho.

Nora miró esa foto de Sara dentro de la foto de sus padres.

Y entendió, por primera vez, una cosa sobre sí misma que llevaba veintisiete años sin entender.

Entendió que ella, Nora Vidal, desde los once años, se había convertido en inspectora por una sola razón. No por vocación. No por seguir los pasos del padre. No por sentido del deber ciudadano. Por una sola razón: porque en algún lugar de su cabeza de niña de

once años había decidido que si se hacía inspectora, algún día iba a encontrar a su hermana.

No lo había sabido articular nunca así.

Ahora sí.

Y se dio cuenta de que el problema de haberlo logrado ahora, a los treinta y ocho años, era que dejaba de tener razón de ser para todo lo que había construido en su vida laboral. Si mañana, domingo, o pasado mañana, lunes, Sara Vidal Cabrera aparecía en su vida, Nora Vidal dejaba de tener el motor secreto que la había movido durante veintisiete años.

Iba a tener que buscar otro.

Esa era una conversación que no quería tener consigo misma esa noche.

Ni el lunes.

Ni la semana siguiente.

Pero iba a tener que tenerla.

Y, pensándolo con la carta de su hermana en las rodillas a las cuatro menos diez de la madrugada, Nora se dio cuenta de que la persona más capacitada de toda su vida para acompañarla en esa conversación era el psicólogo al que había llamado ayer por primera vez y que la estaba esperando en consulta el lunes al mediodía.

Pablo Rivas.

Nora decidió, en ese momento, no cancelar la cita del lunes, aunque probablemente estuviera aún en medio de la detención de Víctor. Podía atrasarla una hora. Podía atrasarla dos. Pero iba a ir.

Porque después de mañana —o, más exactamente, después de esta tarde a las seis— todo iba a ser distinto.

Y ella necesitaba, el lunes, sentarse delante de alguien que no fuera Sergio, que no fuera Fuentes, que no fuera Marta, que no fuera su madre, que no fuera Tomás, que no fuera su hermana.

Alguien que no tuviera historia con ella.

Alguien nuevo.

Se levantó.

Apagó la luz del salón. Se tumbó otra vez en la cama. Cerró los ojos.

Y, por primera vez desde el miércoles anterior, cuando había visto a Carmen Alcaraz en la orilla del Manzanares, durmió.

Tres horas y media de un tirón.

Al despertar, a las siete y media de la mañana del domingo, tenía un mensaje de Sergio.

"Nora. Tomás Vidal ya está dos portales de distancia del número seis de Argüelles. Yo estoy en el café de enfrente. Tomás entra a las once. Todo bajo control. El teléfono de Mateo clonado funciona. Marta acaba de mandar el mensaje a Víctor desde el teléfono clonado. Víctor no ha contestado. Seguimos."

Nora se levantó.

Se vistió en cinco minutos.

Bajó al coche.

A las ocho menos cinco entraba en comisaría.

Hoy domingo, a las seis de la tarde, iban a entrar en Mejía Lequerica once, tercero izquierda.

Quedaban diez horas.

Para la primera vez en su vida adulta, Nora Vidal se sintió preparada.

No serena.

Preparada.

Que no era lo mismo, pero servía.

CAPÍTULO 18

El final que elegí

La celda tiene tres metros por dos.

Eso lo has medido al entrar, lector. Por costumbre. Por deformación profesional. Llevas veinte años midiendo los espacios en los que pasas el tiempo, porque tu maestro te enseñó a los catorce años que un hombre que no sabe el tamaño exacto de la habitación en la que está es un hombre que no sabe cómo salir.

Pero tú ya no quieres salir.

Tres metros por dos. Techo a dos veinte. Catre contra la pared de la derecha, sábana azul claro, manta gris. Lavabo pequeño en la pared del fondo. Retrete al lado. Ventana pequeña en la parte alta con barrotes horizontales, por la que entra la luz del domingo a las siete y dieciséis de la mañana.

Llevas aquí seis horas y cuarto.

Has dormido dos. Dos de un tirón. Dos sin sueños. Dos mejores que cualquiera de las últimas cuatro mil noches.

Ahora estás tumbado en el catre, mirando el techo.

Pensando.

Durante diecinueve años has pensado siempre en función del siguiente movimiento. Qué hacer mañana. Cómo cubrir la huella de hoy. Dónde esconderte el jueves. A qué hora de la madrugada va a despertarse tu maestro y qué vas a decirle cuando lo haga. Nunca has pensado en función de lo que ya no vas a tener que hacer.

Hoy, por primera vez, piensas así.

Hoy, a las siete y dieciséis de la mañana, tienes delante toda la lista de cosas que ya no vas a tener que hacer nunca más.

No vas a tener que mentirle a tu maestro.

No vas a tener que vigilar a ninguna mujer desconocida durante veintidós días.

No vas a tener que calcular una dosis de fentanilo en función del peso corporal.

No vas a tener que limpiar una escena con seis productos distintos para que el luminol no detecte tus huellas.

No vas a tener que contestar a un mensaje suyo con la cadencia exacta de respuesta que él esperaba.

No vas a tener que mirar a Sara desde lejos, ni pasar por delante del portal de la calle Argüelles, ni escuchar a escondidas el piano de ella cuando él le ha abierto la ventana en verano.

Nada de eso lo vas a volver a hacer.

Y descubres que la ausencia de esas tareas te deja un vacío tan grande que no sabes con qué rellenarlo. La celda, que es pequeña, te parece inmensa. La mañana, que son tres horas, te parece infinita. Tus propias manos, apoyadas en el pecho, te parecen ajenas.

Te incorporas.

Te sientas en el borde del catre.

Miras las palmas de tus manos.

Son las mismas manos de siempre. Las que sujetaron a Sara por la izquierda en mil novecientos noventa y ocho. Las que cortaron una X invertida en la muñeca de Carmen Alcaraz hace cinco días. Las que colocaron con cuidado a Inés Carretero en el banco del Cerro del Tío Pío el jueves por la noche.

Mismas manos.

Ahora no hacen nada.

No sabes estar con ellas.

A las ocho menos cinco de la mañana, un funcionario abre una ventanilla pequeña en la puerta de la celda y te pasa una bandeja metálica. Café con leche, dos rebanadas de pan tostado, una porción de mantequilla, una de mermelada. Comes despacio. Todo. Hasta el último trozo.

El café te sabe bien.

El café te sabe, en concreto, mejor de lo que te ha sabido ningún café en los últimos diecinueve años.

Esa es otra cosa que no habías previsto.

Que al dejar de obedecer a tu maestro, las cosas pequeñas del mundo iban a empezar a tener sabor.

Es como si durante diecinueve años te hubieras estado moviendo por un cuarto cerrado sin ventanas, y alguien acabase de abrir una sola, la más pequeña, y por ella empezara a entrar un poco de aire. El aire no es gran cosa. Huele a comisaría, a café institucional, a jabón barato del lavabo. Pero es aire.

Y tú llevabas, lector, diecinueve años sin respirar.

Apoyas la frente en las manos.

Sin llorar.

No lloras nunca. Lo aprendiste a los doce años.

Pero esta vez, por primera vez en diecinueve años, la frente en las manos tiene un peso distinto. Tiene el peso de alguien que, sin derramar una sola lágrima, se está permitiendo sentir algo.

Pena.

Pena por Carmen Alcaraz.

Pena por sus padres, que la esperaban para comer el domingo y van a enterarse mañana por el juez.

Pena por Inés Carretero, que ayer fue dada de alta en el hospital y que va a pasar los próximos diez años preguntándose quién era el hombre que le dijo al oído que ella era un mensaje para otra persona.

Pena por Alfonso Vidal, al que tú no conociste y que murió en dos mil quince por decisión de Fermín Rojas Valverde, a quien tú conocías, y por encargo de tu maestro, a quien tú obedecías. Pena por un hombre al que tú nunca le hiciste nada directamente pero al que tu servicio ayudó a matar.

Pena por tu hermano Tomás, que está en este mismo edificio, dos plantas por debajo de la tuya, en otra celda, y que va a pagar por haberte querido demasiado durante los seis meses en que te pasaba información desde el archivo.

Pena por Nora Vidal, que mañana va a tener que sentarse delante de una hermana que no conoce y que va a llevar veintisiete años viviendo con otro nombre. Pena porque esa hermana se va a llamar Helena y no Sara durante mucho más tiempo del que Nora Vidal quisiera.

Pena por ti mismo. Pena muy pequeña. Del tamaño de un ratón. Pero la reconoces. Una pena por ti a los dieciséis años, cuando te llevaste a una niña al coche sin entender lo que estabas haciendo. Una pena por ti a los diecinueve años, cuando grabaste sin saberlo aquella cinta que hoy te ha llevado a esta celda. Una pena por ti a los veintitrés años, cuando habrías podido irte de Madrid y no te fuiste.

Y, sobre todo, lector, una pena del tamaño de tu casa entera por la persona que habrías podido ser si tu maestro, a los trece años, no hubiera aparecido en tu vida. Un chico con ojos castaños y mandíbula cuadrada, que probablemente habría acabado siendo carpintero o fotógrafo o profesor de instituto. Un chico que no sabrás nunca quién iba a ser, porque tu maestro lo mató a los trece años, sin cuerpo, y lo sustituyó por ti.

Te tumbas otra vez.

Miras el techo.

A las nueve y dieciocho, un funcionario abre la puerta. Lleva contigo a una sala pequeña. Está allí un abogado de oficio, joven, con una carpeta. Le das los datos. Firmas los papeles iniciales. Le cuentas en cuarenta minutos la versión operativa mínima de lo que vas a declarar mañana ante el juez. El abogado anota. Tú hablas. No lloras. Él no pregunta nada emocional.

A las diez y dos, vuelves a la celda.

Te tumbas otra vez.

Piensas, por primera vez, en una cosa que no te habías permitido pensar.

Piensas en la cita de hoy al mediodía en casa de Fermín.

La que no vas a ir.

La que Marta, desde tu teléfono clonado, va a gestionar en tu nombre.

Tu maestro va a esperarte allí.

Va a servir café. Va a preparar las galletas Oreo que le compra a Fermín cada vez que va a su casa. Va a mirar el reloj. Va a esperar diez minutos de cortesía. Va a mirar el reloj otra vez. Va a sacar el teléfono. Va a escribirte. Le va a llegar una respuesta que va a leer sin sospechar nada durante dos o tres minutos, porque Marta va a haber estudiado tu forma de escribir y va a imitar la cadencia. Luego tu maestro va a empezar a darse cuenta.

Va a tardar en darse cuenta entre setenta y noventa minutos.

Y cuando se dé cuenta, van a quedar pocas horas.

A las seis de la tarde de hoy, Sergio Alatriste va a estar entrando en el portal de Mejía Lequerica once con ariete y cuatro agentes armados.

A esa hora tu maestro va a estar seguramente todavía en casa de Fermín, intentando localizarte. No va a estar en su piso. Lo cual

es bueno para el operativo, porque reduce la posibilidad de una reacción armada. Pero malo para el operativo, también, porque significa que en Mejía Lequerica solamente van a encontrar el piso vacío, con todas las pistas físicas que hay dentro, sin al hombre.

Eso lo sabe la inspectora Vidal.

Lo sabe por cálculo operativo.

Y aun así va a entrar a las seis.

¿Por qué?

Porque mientras el equipo de Sergio entra en Mejía Lequerica, un segundo equipo va a entrar en casa de Fermín. Y en casa de Fermín van a estar los dos.

Juntos.

Por primera vez en años.

Y el segundo equipo va a tener, lector, la orden que lleva veinticinco años esperando firmarse.

Detención simultánea de Víctor Palacios, alias Pedro Vidal Santamaría, y Fermín Rojas Valverde, ahijado del comisario Rojo, asesino material del inspector jefe Alfonso Vidal en febrero de dos mil quince.

Los dos.

En la misma tarde.

Esa es la parte del plan que tú no sabías que estaba cerrada ya.

Que Nora Vidal, durante la conversación con Fuentes en la Pecera a las tres de la madrugada, ha conseguido que la detención de tu maestro y la detención de Fermín se hagan simultáneas.

No van a tener ocasión de avisarse el uno al otro.

No van a tener la opción de que uno huya mientras el otro es detenido.

Los van a coger juntos, sentados en el salón de Fermín, con las galletas Oreo todavía en la mesa.

Esa imagen te hace sonreír dentro de la celda.

Es la primera sonrisa, lector, que sale de tu cara desde hace veintiuna horas.

Te incorporas. Te sientas otra vez en el borde del catre.

Miras las paredes. Tres metros por dos.

Y piensas, por primera vez desde los dieciséis años, que a lo mejor valió la pena.

No la vida.

No las elecciones.

Pero sí, al menos, las últimas veinticuatro horas.

Las últimas veinticuatro horas valieron la pena.

A las seis de esta tarde, en el salón de Fermín Rojas, tu maestro va a recibir algo que llevaba cuarenta años esquivando.

Una detención firmada.

Y tú vas a estar aquí, en esta celda, tumbado mirando el techo, escuchando los pasos del funcionario al otro lado de la puerta, sabiéndolo.

Es lo mejor que vas a tener.

Es lo mejor que has tenido en tu vida.

CAPÍTULO 19

Mejía Lequerica once

A las once y dos minutos de la mañana del domingo, Tomás Vidal Santamaría, de sesenta y siete años, tío biológico de Nora Vidal y de Sara Vidal, llamó al timbre del piso cuarto B del número seis de la calle Argüelles, Madrid.

A las once y tres, Sara Vidal Cabrera, que llevaba veintisiete años llamándose Helena, abrió la puerta.

Esto Nora lo supo por un mensaje de Sergio que llegó a las once y cinco. "Ha entrado. La puerta sigue abierta. Yo en el portal de enfrente. Sin novedad." Nora lo leyó sentada en la Pecera, con Fuentes al lado, con Marta en el coche de observación de Mejía Lequerica, y con Mateo Valls dormido dos pisos más abajo en una celda.

A las once y veintidós, Sergio mandó otro mensaje. "La puerta se ha cerrado. Tomás se ha quedado dentro. No ha salido ella. Voy a ir al cafetín del bajo para pedir un café y esperar. Si en una hora no ha pasado nada, os aviso."

—Bien —dijo Nora en voz alta, para sí.

Fuentes la miró.

—¿Qué significa que la puerta se haya cerrado?

—Significa que ella le ha dejado pasar. Si le hubiera cerrado la puerta en la cara, Tomás ya estaría fuera.

—Entonces va bien.

—Va bien de momento.

A las doce y cuatro minutos, Marta avisó por auricular: Víctor Palacios había salido de su portal de Mejía Lequerica con un paraguas en la mano izquierda y un abrigo beige. Caminaba por la acera derecha hacia la plaza de Santa Bárbara. Marta lo seguía a cincuenta metros en un coche sin distintivos.

A las doce y catorce, Víctor cogió un taxi en la plaza de Santa Bárbara. Marta lo siguió con el coche.

A las doce y veinticinco, el taxi dejó a Víctor delante de un chalé adosado en la calle Alberto Alcocer, Chamartín. Marta aparcó tres casas más arriba. Víctor llamó al timbre. Le abrió un hombre mayor, alto, pelo gris, abrigo de punto marrón, al que Marta identificó inmediatamente por la foto que tenía guardada en el móvil desde hacía dos semanas.

Fermín Rojas Valverde.

—Están los dos dentro —informó Marta—. A partir de ahora, vigilancia pasiva. Coche fuera. Si salen, aviso. Si no, entramos a las seis.

Fuentes confirmó.

Desde ese momento, en comisaría, los cuatro protagonistas del operativo entraron en una fase de espera. Fuentes tenía previsto recibir por la tarde al juez de la Audiencia para firmar las órdenes. Sergio estaba en el portal de enfrente de Argüelles, esperando la llamada de Tomás. Marta estaba en el coche de Alberto Alcocer. Nora, en la Pecera, intentaba no hacer nada que pudiera interferir con ninguno de los tres.

Era la peor hora del día para Nora. La hora del no hacer.

A las una menos cinco, el móvil de Nora vibró. Un mensaje de Sergio.

"Tomás sale del piso. Camina hacia mí. Se sienta en mi mesa del bar. Dos cafés."

Nora contestó: "Escucho."

A la una y seis minutos, Sergio llamó por auricular. Nora se puso al otro extremo.

—Habla —dijo Nora.

La voz de Tomás Vidal Santamaría, por el auricular, sonaba cansada.

—Inspectora.

—Tomás.

—Sara está sentada ahora mismo en el sofá de su salón. Ha escuchado todo lo que le he contado durante una hora cuarenta y cinco minutos. No ha interrumpido. No se ha levantado. No ha llorado. No ha pedido pruebas. Al final ha dicho una frase y ha pedido veinte minutos a solas.

—¿Qué frase?

—Ha dicho: "Lo sabía." Y luego: "Salga al pasillo, por favor. Necesito veinte minutos para mí." He salido. No he vuelto. He bajado a avisarla a usted.

Nora cerró los ojos.

—¿Ella está en el piso?

—Sí.

—¿Ha cerrado la puerta con llave?

—No por fuera. Yo no tengo llave. Por dentro no lo sé.

—¿Va a intentar contactar con Víctor?

—No lo sé. Pero le he dejado una cosa antes de salir. Una hoja con el número de teléfono de Sergio Alatriste, diciéndole que si quiere hablar con usted, o con cualquier otra persona, puede llamar a ese número a cualquier hora del día. Que Sergio está dos calles más abajo.

—Entendido.

Ninguno se movió.

—Nora.

—Dime, Tomás.

—Su hermana es una mujer serena. Muy serena. Me ha escuchado sin apartar los ojos. Ha entendido. Ha decidido. Y cuando me ha pedido los veinte minutos, lo ha pedido como quien sabe lo que necesita.

—Gracias.

—¿Qué hago yo ahora?

—Vuelve a comisaría. Te espero en la Pecera.

—Voy.

Colgó.

Nora aguantó la mirada un momento con el auricular en la mano. Fuentes, a su lado, la miraba.

—¿Ha ido bien? —preguntó Fuentes.

—Ha ido lo mejor que podía ir. Ella lo sabía.

—¿Cómo que lo sabía?

—Ella lleva un año sabiéndolo por su cuenta. Lo que Tomás le ha contado esta mañana ha sido confirmación, no noticia. Por eso no se ha derrumbado.

—Entonces Sara es más de lo que pensábamos.

—Sara es exactamente lo que yo necesitaba que fuera para que todo esto salga bien.

A la una y cuarenta y tres, Sergio volvió a llamar. Mensaje de texto esta vez, breve.

"Sara ha salido del piso. Camina hacia mí. Lleva un bolso pequeño y una bolsa con tres libros. Viene a hablar contigo."

Nora miró a Fuentes.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Dile que la traiga a comisaría. Puerta trasera. Sala seis, la grande. Café. Agua. Nada más. Yo bajo en dos minutos.

—Entendido, inspectora.

Nora se levantó. Fue al baño. Se miró en el espejo. Se echó un poco de agua fría en la cara. Se secó. Se miró otra vez.

Se reconoció.

No había cambiado en la última semana ni un poco por fuera. Por dentro había cambiado entera. Pero por fuera, la misma cara de inspectora con ojeras que había visto diez mil veces en ese espejo.

Iba a ser suficiente.

Salió.

Bajó al ascensor. Llegó a la planta baja. Cruzó el pasillo de entrada trasera, el que Nora nunca usaba para los casos pero que se había abierto solo para esto.

Sara Vidal llegó tres minutos después, acompañada de Sergio.

Cuando la puerta del pasillo se abrió, Nora levantó la vista.

Y vio a su hermana por primera vez en veintisiete años.

Treinta y cuatro años. Pelo castaño por debajo de los hombros. Piel clara. Ojos oscuros —los de Claudia, los mismos que Nora recordaba de la madre joven, no los del padre—. Una cara tranquila, sin maquillaje, con unas leves ojeras. Un abrigo verde botella. Una bufanda marrón. Un bolso pequeño. Una bolsa con tres libros.

Caminaba despacio por el pasillo.

No miraba a Sergio, que iba un paso por detrás.

Solo miraba a Nora.

Se paró a dos metros.

—Nora.

—Sara.

Las dos se quedaron quietas.

Nora no se acercó.

Sara tampoco.

Durante unos segundos que parecieron más largos, las dos hermanas se miraron sin decir nada, del mismo modo en que se miran dos personas que se han pasado tantos años imaginándose que, cuando el momento llega, no tienen todavía el léxico para empezar.

—¿Me llamo Sara? —preguntó ella finalmente.

—Te llamabas. Te puedes llamar como tú elijas a partir de ahora.

—¿Me gustaba algo a los siete años?

—El chocolate. El piano. Un peluche de oso que se llamaba Matías.

Sara cerró los ojos un segundo. Los abrió.

—Matías.

—Matías.

—Todavía tengo un peluche con ese nombre. Lo compré hace dos años en un mercadillo. No supe por qué lo compré. Lo tengo en la repisa de mi dormitorio.

Nora apretó los labios.

Tardó un segundo largo en reabrirlos.

—Sara.

—Dime.

—Voy a pedirte una cosa antes de nada.

—Dígame.

—Nosotros tenemos un operativo esta tarde a las seis. Vamos a detener al hombre que tú llamas tío Víctor, y a otro hombre que tú

no conoces pero que está relacionado con la muerte de nuestro padre. Para que el operativo salga bien, necesitamos que tú no te comuniques con él desde este momento hasta mañana por la mañana. Ni mensaje. Ni llamada. Ni mail. Ni respuesta a los suyos si te llega alguno. ¿Puedes?

—Puedo.

—Te quedas en comisaría hasta las nueve de la noche. Tienes una sala tranquila. Con sofá. Con agua. Con café. Con libros, si los quieres. Sergio va a estar contigo, o Marta, o quien tú prefieras. A las nueve, cuando el operativo esté cerrado, yo bajo a recogerte y decidimos juntas dónde pasas la noche.

—De acuerdo.

—¿Necesitas algo ahora?

Sara se lo pensó.

—Dos cosas.

—Dime.

—Una. ¿Puedo usar mi móvil para contestar a una amiga que me mandó un mensaje esta mañana? Solo para decirle que no puedo verla hoy. No voy a explicarle por qué.

—Puedes, pero el mensaje me lo enseñas antes de mandarlo.

—¿Segunda?

—Quiero saber cómo está mi madre.

Nora asintió.

—Nuestra madre está viva. Tiene setenta años. Alzheimer leve a moderado. Vive en una residencia en Segovia. Ayer por la mañana estuve con ella. La encontré en uno de sus días buenos. Me dijo que te quiere, que te ha estado buscando durante veintisiete años todas las noches, y que, si en algún momento tú te preocupas porque ella no te reconozca el día que nos vea, que sepas que hay cosas que el cuerpo sabe aunque la cabeza ya no las sepa.

Sara cerró los ojos. Tardó quince segundos.

No lloró. Abrió los ojos.

—Mamá.

—Mamá.

—Nora.

—Adelante.

—¿Cuándo la voy a ver?

—Esta semana, si tú quieres.

—Quiero.

Nora le hizo un gesto a Sergio. Sergio se acercó. Le ofreció el brazo a Sara.

—Hola, Sara. Soy Sergio. Compañero de Nora. Voy a acompañarte a una sala tranquila donde vas a estar bien.

—Hola, Sergio.

Se fueron.

Nora se quedó en el pasillo, sola, mirando la puerta por la que acababan de desaparecer. Tardó todavía unos treinta segundos en volver a moverse.

Cuando lo hizo, subió al ascensor. Volvió a la Pecera. Fuentes la esperaba con el ordenador encendido y el teléfono pegado a la oreja.

—Está firmada —dijo Fuentes al colgar—. Orden conjunta por dos detenciones simultáneas. Operativo a las dieciocho horas de hoy. Mejía Lequerica once, tercero izquierda, para Víctor Palacios. Alberto Alcocer treinta y dos, chalé adosado, para Fermín Rojas Valverde. Coordinación cronometrada: entrada simultánea a las seis en punto por dos equipos.

—Vale.

—¿Sara?

—Abajo con Sergio. Va a estar aquí hasta las nueve de la noche. Sabía. Y es más entera de lo que pensábamos.

—De acuerdo.

—Ramón.

—Cuéntame.

—Gracias por lo del juez.

—No me las des. A tu padre, si estuviera.

A las cinco y veintidós de la tarde, los dos equipos estaban en posición.

Equipo uno, dirigido por Sergio, en el portal de Mejía Lequerica once: cuatro agentes armados, un ariete, un cerrajero de respaldo. Sergio llevaba chaleco. Lo llevaban todos.

Equipo dos, dirigido por Marta, en un callejón a treinta metros del chalé de Alberto Alcocer: cuatro agentes armados, un ariete pequeño, y un coche patrulla camuflado en la esquina como respaldo.

Nora no iba con ninguno de los dos equipos.

Estaba en el coche de observación de Marta, que ahora iba conducido por un agente de confianza, aparcado a ochenta metros del chalé. Marta le había cedido esa posición al empezar la operación. Nora, contra lo que dictaba el protocolo, había aceptado.

La razón era simple.

El chalé de Alberto Alcocer era donde estaban los dos hombres en ese momento. Y uno de ellos era el asesino de su padre.

Nora no iba a entrar. Eso lo había prometido a Fuentes. Pero quería estar al pie de la acera cuando los sacaran.

A las cinco y cuarenta y seis, el móvil de Nora vibró.

Número desconocido.

Nora lo miró.

Pulsó verde.

Y escuchó, desde el otro lado, una voz que llevaba veintisiete años sin escuchar directamente.

—¿Nora?

Era Víctor.

O Pedro.

—Soy yo —dijo ella.

—Dime una cosa, sobrina.

Sobrina.

Era la primera vez en su vida que Víctor Palacios la había llamado así. Durante treinta y ocho años la había llamado siempre "Nora" a secas. Nunca sobrina. Nunca hija. Nunca nada.

Que la llamara sobrina ahora, a las cinco y cuarenta y cinco de un domingo de octubre, catorce minutos antes de que cuatro agentes entraran en la casa de su amigo Fermín, significaba una sola cosa.

Lo sabía.

—Dime —contestó Nora, con una serenidad que no supo de dónde sacaba.

—¿Quién te lo ha dicho, sobrina?

—Mi padre. Antes de morir. Me dejó una carta.

—Tu padre.

—Mi padre.

—Entonces llevo diez años siendo el hombre que tu padre quería que yo fuera.

—Sí.

—Y hoy, a las seis de la tarde, se termina.

—Hoy a las seis de la tarde se termina.

Silencio al otro lado.

Catorce segundos.

—Una cosa. Antes de las seis.

—Sara está bien.

—Sara está bien.

—Tú y yo, Nora, hemos perdido los dos.

—Lo sé.

—Adiós, sobrina.

Colgó.

Nora se quedó un momento con el teléfono en la mano.

Luego llamó a Marta.

—Marta.

—Dime.

—Víctor lo sabe. Me acaba de llamar. Vamos a adelantar la entrada. Todos los equipos. A las cinco y cincuenta en punto. Dentro de tres minutos.

—Recibido.

Nora colgó.

A las cinco y cincuenta en punto, dos equipos de la Policía Nacional entraron simultáneamente en dos domicilios distintos de Madrid.

En Mejía Lequerica once, tercero izquierda, Sergio Alatriste con cuatro agentes encontró el piso vacío. Puertas abiertas. Ordenador sobre la mesa, encendido, con el navegador abierto en una página web de vuelos a Casablanca. Una bolsa de viaje pequeña a medio hacer en el dormitorio.

Víctor Palacios no estaba.

En Alberto Alcocer treinta y dos, chalé adosado de tres plantas, Marta con cuatro agentes derribó la puerta principal con el ariete pequeño.

Dentro, en el salón del segundo piso, dos hombres estaban sentados uno frente al otro alrededor de una mesa baja.

Sobre la mesa había dos tazas de café.

Y un paquete abierto de galletas Oreo.

Eran las seis menos nueve minutos.

CAPÍTULO 20

Un minuto

Un minuto.

Un minuto justo duró la entrada en el chalé de Alberto Alcocer treinta y dos.

Desde que Marta golpeó la puerta principal con el ariete pequeño a las cinco cincuenta y uno, hasta que los dos detenidos estaban esposados en el salón del segundo piso con los brazos a la espalda, transcurrió un minuto exacto.

Nora supo cada segundo desde el coche de observación, a ochenta metros del chalé, a través del auricular.

Cero segundos: rotura de cerradura.

Doce segundos: Marta y dos agentes entran por la puerta principal.

Veinte segundos: otros dos agentes suben por la escalera interior hacia el segundo piso.

Treinta segundos: los cinco llegan al salón.

—¡Policía! ¡Manos a la vista!

Fermín Rojas Valverde, de sesenta y un años, sentado en un sillón de cuero marrón, levantó las manos sin decir nada y sin soltar la taza de café. Se le cayeron dos gotas sobre los pantalones.

Víctor Palacios, alias Pedro Vidal Santamaría, de sesenta y dos años, sentado en el sillón de enfrente, hizo una cosa distinta. Puso la

taza sobre la mesa. Despacio. Dejó las manos sobre los brazos del sillón. Miró a Marta.

—Inspectora. No voy a resistirme. Pero pídanle a la inspectora Vidal que venga a hablar conmigo un minuto antes de que me saquen. Un minuto. Solo eso. Luego hagan ustedes lo que quieran.

Marta no contestó a Víctor. Puso los ojos en el agente más próximo.

—Esposas.

El agente avanzó.

Víctor no se movió.

Cuando el agente le cerró las esposas detrás de la espalda, Víctor miró por primera vez a través del ventanal hacia la calle. No podía ver el coche de Nora desde esa altura. Pero sabía que estaba allí.

—Inspectora Dueñas. El minuto.

Marta entonces activó el botón del auricular.

—Nora.

—Escucho.

—Pide un minuto contigo. Los dos están reducidos. No hay riesgo físico. Yo me quedo en el salón. Tú subes y bajas en sesenta segundos. Tu decisión.

—Subo.

—Recibida.

Nora abrió la puerta del coche. Bajó. Caminó los ochenta metros hasta el chalé sin correr. Le abrió uno de los agentes del perímetro. Entró.

En la puerta principal se encontró con Marta, que bajaba el primer tramo de escalera interior.

—Víctor en el salón del segundo. Esposado, sentado en el sillón. Fermín también esposado, en el otro sillón. Tres agentes dentro. Yo

te espero aquí. Un minuto, Nora.

—Un minuto.

Nora subió.

En el salón del segundo piso, los dos hombres estaban sentados uno frente al otro, como un cuadro viejo. Entre ellos, la mesa baja, las dos tazas de café todavía humeando, y el paquete de Oreos abierto con ocho galletas contadas.

Dos agentes de pie, uno al lado de cada hombre. El tercero en la puerta del fondo, observando.

Cuando Nora entró, Víctor levantó la vista.

No se removió.

No cambió de cara.

—Gracias, sobrina.

—Un minuto, Víctor.

—Un minuto.

Nora se quedó de pie a dos metros del sillón. No se sentó. No quería sentarse delante de él.

Fermín Rojas Valverde, en el otro sillón, miraba al suelo. No parecía escuchar. Nora no lo miró a él.

—Dime lo que tengas que decirme —dijo Nora.

Víctor respiró.

—Nora. Tu padre y yo fuimos hermanos durante cuarenta y tres años. Desde que yo tenía seis y él tenía cuatro. Los trece primeros años los fuimos bien. Nos criamos en el mismo patio. Dormimos en la misma habitación. Compartimos juguetes, sopas, enfados, bronquitis de invierno. Eso, contra lo que tú has leído en la carta de tu padre, es verdad. Fuimos hermanos de verdad durante esos primeros años.

—Ya.

—Luego vino el sombrero. Y luego vino nuestra madre. Y luego vinieron muchas otras cosas que tú no conoces y que yo no te voy a contar ahora porque tenemos un minuto. Pero hubo una cosa, Nora, que nunca te dijo nadie de la familia porque nadie de la familia la sabía. La sabíamos solo tu padre y yo.

—En mil novecientos noventa y ocho, yo no me llevé a Sara para hacerle daño a ella. Me la llevé para hacerle daño a él.

—Lo suponía.

—Pero hay una cosa más.

—Tu padre, al día siguiente de la desaparición, vino a mi casa. Yo tenía entonces un piso pequeño en Móstoles, alquilado con el nombre de Víctor Palacios, que ya usaba desde mil novecientos ochenta y siete. Tu padre tocó el timbre. Me miró a los ojos. Me preguntó directamente: "Pedro, ¿has sido tú?" Yo le contesté que no. Le mentí. Él no me creyó. Me dijo: "Si has sido tú, te mato con mis manos." Yo le contesté: "Si has sido tú el que ha dejado salir a Sara sola al parque y no yo, a lo mejor te mato yo a ti." Lo dije como una provocación cruel, Nora. No lo pensé. Salió así. Tu padre se fue.

—¿Y?

—Y entre ese día y el siguiente, yo tomé una decisión. Tomé la decisión de quedarme a Sara. De criarla como propia. Porque si le devolvía a tu padre a su hija, Sara iba a ser siempre la hija de Alfonso. Y si me la quedaba yo, iba a ser, por primera vez en mi vida, mi hija en algún sentido. Mi obra. Mi cosa.

—Víctor.

—Nora.

—Eso a mí no me interesa.

—Lo sé. Pero es la parte que tu padre no sabía. Tu padre siempre pensó que yo secuestré a Sara para hacerle daño a él y luego me la quedé porque no supe qué más hacer. La verdad es otra. Me la

quedé porque quería tenerla. Y eso, Nora, es más feo que lo que tu padre sospechó.

Nora contuvo el aire mirándolo.

—Claro.

—Gracias por dejarme decirlo.

—¿Eso querías decirme?

—Eso querría decirle también a ella. Pero supongo que ya no voy a poder. Díselo tú, si puedes. Cuando se lo puedas contar. Yo la crié por mí, no por ella.

—No se lo voy a contar.

—Haces bien.

La sala quedó en suspenso.

Víctor giró la cabeza hacia Fermín. Fermín seguía mirando al suelo.

—Fermín.

Fermín no levantó la vista.

—Fermín, mírame.

Fermín levantó la vista.

—Fermín, a este hombre hay que darle lo que se le debe.

Nora sintió que se le cortaba la respiración.

Fermín miró a Víctor. Luego miró a Nora.

—Inspectora.

—Diga.

Fermín Rojas Valverde, ahijado del comisario Rojo, retirado en dos mil veinte de su puesto en Inspección Territorial, respiró una sola vez profundamente.

—Yo empujé a su padre.

Nora se quedó muy quieta.

—En el tejado de Vallecas. Febrero de dos mil quince. Yo lo empujé. Estábamos los dos de espaldas al borde. Llevábamos tres minutos hablando. Él acababa de decirme que iba a detenerme por una cosa que no importa ahora. Cuando le iba a contestar, lo empujé. Hacia atrás. Cayó dieciséis plantas. Lo hice por encargo de este hombre que está sentado enfrente de mí. Cobré por ello. Tengo el dinero todavía en una cuenta de Andorra. No lo he gastado. Se lo digo ahora porque este hombre me acaba de decir que lo diga. Y yo llevo cuarenta años obedeciéndole.

El aire entre ellos se volvió más denso.

Nora se apoyó en el respaldo del sillón donde estaba sentada Marta antes.

—Fermín. Usted está diciendo esto delante de tres agentes que lo están grabando.

—Lo sé.

—Está diciendo que asesinó al inspector jefe Alfonso Vidal en febrero de dos mil quince.

—Lo estoy diciendo.

—Y que lo hizo por encargo de Víctor Palacios, alias Pedro Vidal Santamaría.

—Por encargo suyo.

—¿Firma usted esto cuando lleguemos a comisaría?

—Firmo.

—¿Lo firma voluntariamente?

—Voluntariamente.

—Gracias.

Nora se giró hacia Víctor.

Víctor la miraba.

En sus ojos no había ni triunfo ni arrepentimiento. Había algo más raro. Había cansancio. El cansancio específico del hombre que ha vivido cuarenta años con un secreto encima y que acaba de descargarlo, no por voluntad propia, sino por coreografía.

—Víctor.

—Dime.

—Has hecho que él te condene para que a ti te salga menos pena.

—He hecho que él se purifique antes de morir. Fermín tiene un cáncer de hígado diagnosticado hace tres meses. Le quedan seis, si tiene suerte. Yo quería que, al menos, saliera del mundo habiéndolo dicho.

Nora cerró los ojos.

Cuando los abrió, miró a Fermín.

Fermín asintió en silencio.

—Bien —dijo Nora—. Marta.

Marta subió las escaleras. Llegó al salón.

—Listo. Los tres bajamos.

—Dos —dijo Nora—. Ustedes dos bajan con los agentes. Yo bajo a pie sola. Necesito el aire.

—Entendido.

Los agentes levantaron a Víctor y a Fermín. Los acompañaron fuera del salón, por las escaleras, hasta la calle.

Nora se quedó sola en el salón del segundo piso.

Con las dos tazas de café todavía humeantes sobre la mesa.

Con el paquete de Oreos abierto.

Con el sillón de Fermín, todavía con el cojín hundido por el peso.

Con el sillón de Víctor, igual.

Con el silencio que dejan las personas cuando acaban de salir de una habitación y la habitación se queda un segundo sin entender lo que acaba de pasar.

Nora no apartó los ojos ahí dos minutos.

Sin moverse.

No lloró.

Había prometido a su padre en el tejado de Vallecas una cosa, hacía once años, la noche que lo enterraron. Le había prometido que, si algún día descubría quién lo había matado, se lo iba a hacer pagar con trabajo policial, no con venganza personal.

Acababa de cumplir esa promesa.

Dieciséis años de promesas cumplidas en un solo minuto.

Respiró.

Bajó.

En la calle, Marta la esperaba junto al coche de observación. Dos furgones policiales se estaban llevando ya a Víctor y a Fermín cada uno por separado. Una ambulancia esperaba por protocolo, aunque no había necesidad. Los vecinos miraban desde las ventanas.

—Nora.

—Marta.

—¿Estás bien?

—Exacto.

—Mejía Lequerica está limpio. Sergio acaba de avisar. Piso vacío. Se han llevado el ordenador, la bolsa de viaje, todo lo que hay en la cocina, todo lo que hay en el dormitorio. Todo a comisaría. Lena Mora va a estar allí dentro de una hora.

—Perfecto.

—¿Sara?

—Sara sigue en comisaría con Sergio. Voy ahora.

El limpiaparabrisas hizo un arco lento.

—Te llevo.

—No. Voy a ir a pie.

—Hay veinticuatro kilómetros de aquí.

—No voy a hacer veinticuatro kilómetros, Marta. Voy a ir hasta Cuzco en metro y luego cojo un taxi. Pero el primer tramo lo hago a pie. Necesito el aire. Tardo una hora. No me esperes.

—¿Aviso a Sergio?

—Avisa. Dile que llego sobre las ocho.

—Ha salido bien.

—Ha salido bien.

—Tu padre estaría contento.

Nora no contestó.

Cogió el abrigo del coche. Se lo puso. Empezó a caminar por la acera, hacia el sur, en dirección a la calle López de Hoyos.

A mitad del paseo, en la esquina de López de Hoyos con María de Molina, se paró.

Sacó el móvil del bolsillo.

Abrió la galería de fotos.

Buscó la foto que había sacado el día anterior al reloj parado de su padre sobre la repisa del recibidor.

La miró.

Las manecillas marcaban las cinco y cuarenta y dos.

Luego miró el reloj del propio móvil. Las seis y dieciocho de la tarde del domingo.

El reloj parado era una hora y doce minutos anterior al presente.

Era la hora, exactamente, en que Fermín Rojas Valverde había dicho, en voz alta, delante de tres agentes: "Yo empujé a su padre."

No era hora que Nora hubiera planificado.

Pero era la hora a la que había pasado.

Nora se metió el móvil en el bolsillo.

Siguió caminando.

A las seis y treinta y dos entraba en la boca del metro de Nuevos Ministerios.

A las siete menos diez, aparecía en la calle Cuzco.

A las siete y cinco, subía a un taxi.

A las siete y cuarenta y uno entraba en comisaría.

Subió a la sala seis, donde Sergio esperaba con Sara.

Sara estaba sentada en el sofá con las piernas recogidas y un libro en las rodillas.

Sergio estaba de pie junto a la ventana.

Los dos levantaron la vista al oír la puerta.

Nora entró. Cerró. Miró a Sergio.

—Acabamos de detener a los dos.

Sergio asintió.

Sara no se movió durante tres segundos.

Luego, muy despacio, dejó el libro.

Se levantó del sofá.

Caminó los tres metros que la separaban de Nora.

Y, por primera vez en veintisiete años, una hermana mayor y una hermana pequeña se abrazaron en el centro de una sala institucional de la Jefatura Superior de Policía de Madrid.

No duró mucho.

Pero duró lo suficiente.

Cuando se separaron, Sara miró a Nora.

—Nora.

—Sara.

—¿Lo has visto?

—Lo he visto.

—¿Y él qué ha dicho?

—Ha dicho que te quería por él. No por ti.

Sara asintió.

No lloró.

—Gracias por decírmelo ya.

—No hay de qué.

Sara volvió al sofá. Se sentó. Cogió el libro.

Nora miró a Sergio.

Sergio la miró.

Ninguno de los dos dijo nada.

A las ocho y dos minutos del domingo, el caso del Escultor del Río, en su versión dos mil veintiséis, entró en fase administrativa.

Y esa noche, por primera vez en treinta y ocho años, Nora Vidal y Sara Vidal durmieron bajo el mismo techo.

El techo era un hotel pequeño de la calle Hortaleza.

Una habitación doble.

Dos camas pegadas a la pared.

Cuando Nora apagó la luz a las once y cuarto, Sara ya estaba dormida.

Nora aguantó la mirada un rato mirando el techo oscuro.

Fuera, Madrid seguía funcionando como cada domingo por la noche.

Dentro, en la habitación doble, dos hermanas respiraban a ritmos levemente distintos.

Lo cual, durante los próximos años, iban a tener que aprender a sincronizar.

De alguna manera.

Con tiempo.

Sin prisa.

CAPÍTULO 21

La detención

El lunes por la mañana amaneció gris y con una llovizna fina que empezó a las seis y cuarto y no paró en toda la jornada.

Nora se despertó a las seis y cincuenta y cinco. Sara, a su lado, seguía dormida. La habitación doble del hotel de la calle Hortaleza tenía la ventana que daba al patio interior, y desde la cama se oía el ruido de una cafetera en una cocina del edificio de al lado.

Nora se quedó unos minutos mirando el techo.

Luego, con mucho cuidado para no despertarla, se levantó. Se duchó en ocho minutos. Se vistió. Le dejó a Sara una nota en la mesita de noche.

"Me voy a comisaría. Comparecencia judicial a las diez. Vuelvo a buscarte a las cuatro para ir juntas a Segovia a ver a mamá. Pide desayuno a la habitación. Descansa. Móvil en silencio al lado de la cama por si pasa algo. Nora."

Salió.

A las ocho y veinte entraba en comisaría.

Sergio ya estaba en la Pecera con Fuentes y con Marta. Los tres habían dormido tres horas o menos. Sobre la mesa, siete carpetas con la documentación preparada para la comparecencia.

—Nora.

—Ramón.

—¿Sara?

—Durmiendo en el hotel. Vuelvo a las cuatro para ir con ella a Segovia.

—Bien. Empezamos.

A las diez en punto, en el juzgado central de instrucción número cuatro de la Audiencia Nacional, Víctor Palacios, alias Pedro Vidal Santamaría, compareció por primera vez ante el juez Enrique Salinas. Nora no fue a la comparecencia. Fue Fuentes con dos abogados del Ministerio del Interior. Víctor tenía abogado de oficio, porque el suyo particular —Nora lo descubrió después— había presentado la baja voluntaria esa misma mañana alegando "conflicto de intereses". Víctor lo encajó sin queja.

Los cargos fueron cinco: homicidio agravado de cinco víctimas del río a principios de aquella década por inducción; secuestro de menor en grado de consumación en mil novecientos noventa y ocho; retención ilegal agravada continuada de Sara Vidal Cabrera durante veintisiete años; asociación ilícita para cometer delitos contra menores desde mil novecientos noventa y siete; uso continuado de identidad falsa mediante documentación pública irregular desde mil novecientos ochenta y seis.

Víctor no habló durante la comparecencia. Solo aceptó los términos, firmó, y pidió que no le fuera comunicado a Sara el lugar de su internamiento "a no ser que ella lo solicitara explícitamente". El juez lo anotó.

A las once menos cuarto, Fermín Rojas Valverde compareció en la misma sala con el mismo juez. Confesó lo mismo que había dicho el domingo por la tarde: el asesinato del inspector jefe Alfonso Vidal en febrero de dos mil quince por encargo de Víctor Palacios. Añadió una cosa que no había dicho: que había cobrado ciento veinte mil euros en una sola transferencia a una cuenta de Andorra, y que el dinero seguía allí. El juez ordenó el bloqueo inmediato de la cuenta.

Fermín también pidió algo. Pidió que le permitieran ser atendido por un médico de oncología del propio centro penitenciario donde

fuera internado, sin demora. El juez lo anotó.

A las once y veinte, los dos detenidos fueron trasladados a dos centros penitenciarios distintos en comunidades autónomas diferentes, por decisión judicial, para evitar contacto directo entre ellos durante el proceso.

A las once y media, Nora salió de comisaría.

Tenía una hora hasta la cita con Pablo Rivas.

Caminó hasta la calle del Doctor Castelo, número veintitrés, donde el psicólogo forense tenía la consulta particular. Subió al segundo piso. Esperó en una sala con una planta y tres sillones de cuero marrón. A las doce menos dos minutos, la puerta interior se abrió y salió un hombre mayor, bajo, con gafas de montura metálica, barba canosa muy corta, un jersey de lana gris sobre una camisa blanca.

—Inspectora Vidal.

—Pablo.

—Pase.

La consulta era pequeña, con una ventana que daba a la calle, un escritorio con papeles, dos sillones enfrentados, y un reloj de pared de madera oscura que marcaba las doce menos un minuto.

Nora se sentó.

—¿Quiere agua?

—No.

—¿Quiere que empecemos ya, o prefiere estar callada diez minutos primero?

Nora lo miró.

—¿Eso es una opción?

—Eso es la primera opción que yo doy a todos mis pacientes la primera sesión.

—Entonces la cojo.

—Tómesela.

Pablo Rivas se sentó en su sillón. Cogió una libreta pequeña. No escribió nada. Se quedó mirando la pared.

Nora se quedó diez minutos en silencio.

Los diez minutos enteros.

Cuando pasaron, habló.

—Ayer a las seis de la tarde detuvimos al hombre que me cambió la familia a los once años. También detuvimos al hombre que asesinó a mi padre hace once años. A las dos horas, abracé por primera vez en veintisiete años a mi hermana. Dormí con ella en un hotel. Esta mañana he asistido por vía escrita a la comparecencia judicial de ambos detenidos. En una hora y media, cojo un coche para llevar a mi hermana a una residencia de Segovia a ver a nuestra madre, que tiene Alzheimer y que no lleva veintisiete años viendo a su hija pequeña. Estoy viva. Estoy bien. Y no siento absolutamente nada.

Pablo Rivas asintió.

—Eso es normal.

—No me dé usted diagnóstico rápido, por favor.

—No es diagnóstico. Es constatación. La gente no siente cosas durante las primeras veinticuatro horas después de un choque grande. A veces durante las primeras setenta y dos. A veces durante la primera semana. Su cuerpo ha decidido que de momento no puede procesar.

—Así es.

—No se fuerce a sentir.

—No me estoy forzando.

—Bien.

—Pablo.

—Dígame.

—Me he preguntado toda la semana, desde que supe que iba a venir a verle, para qué venía. Tengo a Sergio. Tengo a Fuentes. Tengo a Marta. Tengo a Lena. Tengo una hermana que acaba de aparecer. Tengo una madre que todavía está viva. Tengo un tío al que acabo de conocer. Tengo, de repente, mucha gente alrededor. Y aun así he decidido venir a verle. ¿Por qué?

Pablo Rivas la miró.

—¿Usted por qué cree?

—Yo creo que porque no puedo llorar con ninguno de ellos.

—Por eso.

La sala quedó en suspenso.

Cuatro minutos.

Nora no lloró.

—Pablo.

—Dígame.

—No voy a llorar hoy.

—No hace falta.

—No voy a llorar aquí.

—No hace falta aquí.

—¿Dónde?

—Eso lo va a saber usted cuando llegue el día. No es mi papel decírselo. Mi papel es asegurarme de que cuando llegue el día, no se lo niegue usted a sí misma.

Nora asintió.

—Hay otra cosa.

—Dígame.

—Me he dado cuenta, desde el sábado por la noche, de que yo me hice inspectora por una sola razón. Porque a los once años, en algún lugar de la cabeza, decidí que si me hacía inspectora, algún día iba a encontrar a mi hermana.

—Muy bien.

—Eso significa que ayer, a las seis menos nueve, el motor que me ha movido durante veintisiete años se apagó.

—Correcto.

—Y que a partir de hoy no sé qué quiero hacer.

—Correcto.

—Eso me asusta.

—Eso es lo que más me gusta de lo que me ha contado hoy.

Nora lo miró.

—¿Por qué?

—Porque la gente que consigue lo que llevaba toda la vida queriendo y lo dice en voz alta, y luego se da cuenta de que no sabe qué viene después, y lo dice también en voz alta, y eso le asusta, y también lo dice en voz alta, es gente que va a estar bien en dos años. La que no va a estar bien es la que sale hoy a la calle creyendo que ya no tiene ningún trabajo interno que hacer.

—Dos años.

—Dos años es orientativo.

—¿Qué tengo que hacer en estos dos años?

—Venir aquí los lunes a las doce. Si puede.

—¿Solo eso?

—De momento solo eso.

—¿Y todo lo demás?

Un reloj marcaba los segundos en algún sitio cerca.

—Todo lo demás se irá presentando. Una cosa cada lunes. Hoy ha sido bastante. La semana que viene, lo que venga.

—Pablo.

—Dígame.

—¿Cuánto cobra?

—Ochenta euros la sesión. Si le parece mucho, bajamos a sesenta. Si le parece poco, sube a ciento veinte.

—Ochenta.

—Ochenta.

—Hasta la semana que viene.

—Hasta el lunes.

Nora salió.

En la calle, mientras caminaba hacia el metro, sintió por primera vez en toda la mañana algo parecido al alivio. No por haber cumplido con algo profesional, no por haber resuelto un caso, no por haber recuperado a su hermana. Por haberse sentado delante de un hombre al que no conocía de nada y haberle dicho, en cuarenta minutos, cosas que no le había dicho nunca a nadie.

Ya tenía ganas del lunes siguiente.

A las cuatro menos veinte pasó por el hotel a recoger a Sara. La encontró sentada en la cama, duchada, vestida, con una taza de café y el libro abierto en las rodillas. Había pedido desayuno a la habitación, había dormido cinco horas más después de que Nora se fuera, y había llamado por la mañana al conservatorio de Madrid para cancelar todas sus clases de piano de los próximos quince días.

—Sara.

—Nora.

—Vamos a Segovia.

—Vamos.

Salieron.

En el coche, en la autovía, Sara habló por primera vez del día.

—Nora.

—Dime.

—He estado pensando esta mañana en el hotel.

—Sí.

—Hay una cosa que quiero hacer y que quiero hablarlo contigo antes.

—Quiero cambiarme el nombre.

—Vale.

—Pero no quiero volver a Sara.

Nora no apartó los ojos de la carretera.

—Sara es la niña que desapareció en el noventa y ocho. Yo no soy esa niña. Esa niña murió en el Cerro del Tío Pío aquel sábado. Yo soy otra persona. Durante veintisiete años he sido Helena por decisión de un hombre que me robó la vida. Ahora no quiero ser Helena, porque Helena fue un nombre que él eligió para mí. Y no quiero ser Sara, porque Sara es la niña que él mató al llevársela.

—Entiendo.

—Quiero ser otra cosa.

—Bien.

—He pensado en algo esta mañana. No sé si te va a parecer bien.

—Quiero llamarme Clara.

Nora se quedó callada un momento.

—Clara.

—Sí. Por nuestra madre. Porque mamá se llama Claudia. Porque Clara es el diminutivo que nuestra madre usaba con ella misma cuando era niña, según me dijo ayer por teléfono tío Tomás, que ha

hablado con ella esta mañana. Y porque Clara es un nombre que no es ni mío ni de nadie más. Es mío a partir de hoy.

Nora siguió conduciendo.

—Me parece bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Gracias.

—Clara.

—Nora.

Las dos se quedaron un rato en silencio.

A la altura de Villalba, Clara habló otra vez.

—Nora.

—Adelante.

—Una pregunta.

—¿Tú estás bien?

Nora giró la cabeza un segundo para mirarla.

—No sé todavía.

—Yo tampoco.

—Entonces estamos las dos en el mismo sitio.

—Sí.

Silencio de veinte kilómetros.

A las cinco y cuarenta, aparcaban en la Residencia Santa Teresa.

Manuela, la enfermera, las esperaba en la recepción.

—Inspectora.

—Manuela.

—Su madre está en la sala común. Hoy está más o menos.

—¿Sabe quién somos?

—No lo sé. Vamos a comprobarlo.

Manuela las condujo a la sala común, una habitación grande con sofás, una televisión puesta sin volumen, y una mesa baja con revistas antiguas. Claudia estaba sentada sola en uno de los sofás del fondo, mirando por la ventana.

Manuela se quedó en la puerta.

Nora y Clara entraron.

Nora se acercó primero. Se agachó junto al sofá.

—Mamá.

Claudia tardó cinco segundos en girar la cabeza.

La miró.

—Hija mía.

—Mamá. Te he traído a alguien.

Claudia levantó la vista hacia la silueta que estaba detrás de Nora.

Clara se adelantó.

Se agachó al otro lado del sofá.

Las dos, madre e hija, se miraron durante más de un minuto sin decir nada.

Luego Claudia levantó despacio la mano y le tocó a Clara la mejilla.

Nada más.

Se la tocó.

Le acarició.

Y dijo una sola palabra.

—Tú.

Clara apartó la vista.

Claudia siguió tocándole la cara un rato largo. No dijo ningún nombre. Ni Sara. Ni Helena. Ni Clara.

Solo "tú".

Nora se dio cuenta, en ese momento, de que eso era suficiente.

Y probablemente lo iba a seguir siendo durante el tiempo que a Claudia le quedara de acordarse, que era un tiempo indeterminado, que podía ser meses o podía ser horas.

Pero hoy, en esta sala con televisión sin volumen y revistas antiguas, una madre de setenta años estaba reconociendo a su hija pequeña veintisiete años después con una sola palabra.

Y esa palabra era suficiente.

Nora se quedó mirándolas.

Sin llorar.

Todavía.

Fuera, la llovizna fina seguía cayendo sobre Segovia.

Y el lunes por la tarde, a las seis menos diez minutos, una familia entera —lo que quedaba de una familia entera, lo que volvía a ser una familia entera— estaba de vuelta bajo el mismo techo por primera vez en cincuenta meses.

No era suficiente.

Pero era un principio.

A las once y cuarenta y dos minutos, cuando Nora ya estaba dormida por tercera hora consecutiva, su móvil vibró sobre la mesita de noche del parador.

Era un mensaje de Fuentes.

"Nora. El juez Salinas acaba de ser asaltado hace veinte minutos en el garaje de su domicilio. Está vivo. Dos hombres con pasamontañas le encañonaron y le exigieron que entregara mañana

la instrucción del caso a otro juez. No se llevaron nada. Los hombres huyeron a pie. Escolta de protección ya activa. Mañana a primera hora cambiamos nosotros también protocolo de movilidad. Duerme lo que puedas. Fuentes."

Nora leyó el mensaje dos veces.

Respondió con una sola palabra.

"Entendido."

Apagó el móvil. Miró al techo. Clara dormía en la cama de al lado sin haberse enterado de nada.

Alguien, desde fuera de la red, estaba intentando mover el caso antes de que acabara la primera semana.

No era Pedro. Pedro estaba encerrado.

Era alguien que todavía no tenía nombre.

CAPÍTULO 22

Segovia

A las seis y diez de la tarde del lunes, bajo una luz de octubre ya cansada, Nora y Clara llegaron a la residencia Santa Teresa de Segovia.

Nora había llamado a mediodía para avisar. La directora, una mujer tranquila que conocía a Claudia desde hacía seis años, había preparado el pequeño salón privado de la primera planta para que la visita fuera serena.

La residencia olía a desayuno tardío, a detergente de cuello azul, al papel pintado amarillento de los años setenta que nadie había cambiado. En el pasillo de la primera planta, una televisión muy baja emitía el telediario en una habitación cerrada.

Claudia estaba sentada en el sillón junto a la ventana, con la manta de cuadros sobre las rodillas, mirando un punto impreciso en el jardín.

Llevaba el pelo recién lavado. Alguien le había puesto una rebeca beige y el collar de perlas pequeño que Alfonso le había regalado en su aniversario treinta.

Nora entró primero.

—Mamá.

Claudia giró la cara. Sonrió, como siempre hacía ante cualquier cara conocida o desconocida, sin distinguir.

—Hola, cariño.

Nora se agachó. Le cogió la mano. Se la sostuvo.

—He venido con alguien. Quiero presentártela.

—Ah.

Nora se giró hacia la puerta.

—Clara, entra.

Clara entró despacio. Se había vestido con cuidado. Falda larga azul oscura. Blusa blanca. El pelo suelto, limpio. Unas pequeñas gafas de pasta que usaba a veces para leer. Le temblaban un poco las manos.

Se acercó al sillón. Se arrodilló al lado de Claudia.

—Hola.

Claudia la miró.

La miró durante seis segundos largos, sin apartar los ojos, con una intensidad que Nora no le había visto hacía años.

Luego, muy despacio, Claudia levantó la mano izquierda, la que no sostenía la mano de Nora, y tocó la mejilla de Clara con la punta de los dedos.

—Tú.

Una sola sílaba.

Clara no se movió.

Claudia mantuvo la mano en la mejilla de Clara dos segundos más. Luego la bajó. Sonrió como siempre sonreía, con la sonrisa genérica del Alzheimer.

—Qué guapa eres —dijo—. ¿Te conozco de la parroquia?

Clara no contestó. No podía.

Nora habló por ella, con la voz firme.

—Sí, mamá. Es de la parroquia. Se llama Clara. Es amiga mía.

—Qué bien. Clara. Un nombre bonito. Yo tenía una niña pequeña. Se llamaba Saraita. ¿Te lo he contado alguna vez?

Nora tragó.

—Me lo has contado, mamá.

—Era preciosa. Tenía los ojos como los tuyos.

Silencio.

Claudia miraba a Clara sin parpadear.

—Como los tuyos.

Luego miró al jardín. Le soltó la mano a Nora. Cogió la suya propia, la izquierda, y la apoyó otra vez sobre la manta. Se olvidó de las dos mujeres que tenía delante durante un minuto largo.

Cuando volvió, no las reconocía.

—¿Y usted quién es, hija? —le dijo a Clara.

Clara le cogió la mano.

—Soy de la parroquia, Claudia. Vengo a verla. La quiero mucho.

—Qué amable es usted.

Clara le sostuvo la mano quince minutos más. Claudia se fue quedando dormida. Cuando respiraba profunda y despacio, Nora le hizo un gesto a Clara con la cabeza. Se levantaron.

En algún cuarto cercano, el carrito metálico de la medicación pasó por el pasillo. Alguien tosió dos veces. Después, silencio.

Salieron del salón sin hacer ruido.

En el pasillo de la planta, Clara se paró.

—Nora.

—Dime.

—Me ha tocado la mejilla.

—Te ha tocado la mejilla.

—Y ha dicho tú.

—Ha dicho tú.

Clara no dijo más. Caminó hasta las escaleras. Bajó despacio. Se apoyó en el brazo de Nora en el último tramo.

En la calle, empezaba a oscurecer.

Se quedaron en Segovia esa noche.

Nora había pensado, al salir de la residencia a las siete y cuarto, volver a Madrid con Clara en el mismo coche y dormir otra vez en el hotel de la calle Hortaleza. Pero en el trayecto hasta el coche, Clara, que no había hablado durante la última media hora con su madre, dijo:

—Nora.

—Dime.

—No quiero irme hoy.

—Vale.

—Quiero quedarme cerca de ella esta noche. Aunque no la vea más hoy. Aunque mañana por la mañana ella no se acuerde de nada. Aunque nos vayamos pasado. Quiero quedarme en esta ciudad esta noche.

—Vale.

—¿Tú puedes?

—Puedo. Mañana tengo rueda de prensa a las once pero eso lo puedo hacer desde aquí. Conduzco a primera hora, cumplo, vuelvo.

—Vale.

Buscaron un sitio en el Parador de Segovia, que tenía habitaciones libres a las siete y media de la tarde de un lunes en octubre. Cogieron una habitación doble con terraza y vistas al alcázar. Subieron la bolsa pequeña de Clara y un neceser improvisado de Nora comprado en una farmacia de la Plaza Mayor.

A las nueve bajaron a cenar al comedor.

Cenaron casi sin hablar. Sopa castellana las dos. Merluza rebozada. Agua. Postre no. Café.

A las once menos cuarto subieron a la habitación.

Y a las once en punto, cuando Clara se metió en la cama con el libro que había cogido del piso de Argüelles el domingo por la mañana y que no había abierto en treinta y cinco horas, Nora hizo una cosa que no estaba en su costumbre.

Se sirvió un dedo de whisky del minibar.

Salió a la terraza.

Se sentó en la silla de hierro con la copa en una mano y el móvil en la otra.

El aire de Segovia a las once y uno minutos, un lunes de octubre, era limpio y frío, con un fondo leve a humo de leña de las chimeneas del barrio judío. El alcázar, enfrente, iluminado en ámbar, parecía una escenografía recortada contra un cielo sin luna.

Nora se bebió el primer sorbo.

Dejó la copa sobre la mesa baja.

Miró el móvil.

Tenía nueve mensajes sin leer y cuatro llamadas perdidas. Los nueve mensajes eran de Sergio, Marta, Fuentes y Lena. Las cuatro llamadas, de un número del ministerio que Nora reconoció vagamente y que decidió ignorar hasta mañana.

De los nueve mensajes, uno la detuvo.

Era de Tomás Vidal.

"Nora. Estoy en un hotel en Madrid. Mañana voluntariamente me presento en comisaría a las diez para la primera declaración formal. No necesito abogado. Lo que tenga que decir, lo voy a decir entero. Una cosa. Si Clara tiene ganas de verme esta semana, yo estoy disponible. Pero lo deja usted. No quiero forzarlo. Tomás."

Nora leyó tres veces.

Guardó el móvil en el bolsillo.

Volvió a coger la copa.

La puerta de la terraza se abrió detrás de ella. Clara salió descalza, con un albornoz del hotel, el pelo recogido en una coleta baja.

—Puedo.

—Puedes.

Clara se sentó en la otra silla de hierro. No dijo nada durante un minuto.

—Nora.

—Dime.

—Una cosa que me he estado preguntando esta tarde.

—Cuéntame.

—Cuando hoy estaba con mamá, y ella me ha tocado la mejilla, y ha dicho tú, ¿tú crees que me reconoció?

Nora se quedó un segundo pensando.

—Creo que te reconoció algo.

—¿Algo qué?

—La forma de la cara. El gesto al inclinarte. Alguna cosa que no puede verbalizar porque el Alzheimer le ha borrado las palabras, pero que el cuerpo sigue sabiendo distinguir. Reconoció lo suficiente para poner la mano.

—Pero no dijo mi nombre.

—No.

—¿Dijo algún nombre alguna vez durante la visita?

—Sí. Dijo Saraita. Pero estaba hablando sola, sin mirarte a ti.

—Entonces no me reconoció con palabras.

—No con palabras.

—Nora.

—Adelante.

—¿Eso es suficiente?

Nora dio un sorbo al whisky.

—Para el primer día, sí.

—¿Y para los siguientes?

—Los siguientes no lo sé. Manuela me ha dicho que algunos días ella está lúcida entera y otros no reconoce ni su propia cara en el espejo. Vamos a tener rachas. Unas serán mejores. Otras no.

—Nora.

—Dime.

—Quiero venir todos los fines de semana. Si a ti te parece bien. Sábado y domingo. Coger el tren los viernes por la noche o los sábados por la mañana. Quedarme las dos noches. Volver a Madrid los lunes para mis clases.

—Vale.

—¿Tú puedes?

—Los fines de semana que no tenga operativo, sí. Puedo venir contigo. Los que tenga operativo, no. Pero tú puedes venir sola. Manuela te conoce desde hoy. La residencia te deja entrar.

—Bien.

Nadie respondió.

Tres minutos.

Clara se acurrucó un poco en la silla, abrazando sus rodillas dentro del albornoz.

—Nora.

—¿Sí?

—Tu padre. Nuestro padre. ¿Cómo era?

Nora se quedó un momento mirando el alcázar.

—Era un hombre silencioso. Muy inteligente. Muy trabajador. Muy duro consigo mismo. Con nosotras era suave. Con mamá, suave también. Con el resto del mundo, no tanto. Tenía un humor seco. Le gustaba leer a Cervantes de noche antes de dormir. Le gustaba el flamenco antiguo, el de Agujetas y el de Camarón. Le gustaba hacer carpintería en el balcón los domingos por la mañana. Le construyó a mamá, en mil novecientos noventa y cinco, un armario con las maderas de un roble que habían talado en una obra cerca de nuestra casa. Ese armario sigue en casa de mamá, aunque mamá ya no vive allí. Lo he mantenido yo.

—¿Y conmigo?

Nora se lo pensó.

—Contigo era otra cosa. Era un padre distinto al que fue conmigo. Con las segundas hijas se es distinto. Se tiene más paciencia. Hay menos miedo. Yo era la mayor. Contigo se relajó. Contigo reía más. Te llevaba a cuestas por el pasillo cuando tú apenas sabías caminar. Te compraba libros con las páginas gruesas para que no las rompieras. Te llamaba "Saraita".

Clara cerró los ojos.

—¿Saraita?

—Saraita.

Clara tardó un rato.

—Nora.

—Dime.

—¿Te importa si lloro un momento?

—No.

Clara lloró durante noventa segundos exactos. En silencio. Sin ruido. Solo agua por la cara y respiración irregular. Nora no se

movió. Dejó que Clara llorase lo que necesitaba. Cuando Clara se limpió la cara con la manga del albornoz y levantó la vista, Nora pudo ver, por primera vez desde que se habían reencontrado, que su hermana había soltado algo que llevaba cargando sin saber desde hace mucho.

—Ya está —dijo Clara.

—Ya está.

—Te devuelvo a Saraita para siempre.

—¿Eso qué significa?

—Significa que esa niña de siete años que se llamaba Saraita existió. Que tú y papá y mamá la tuvieron. Que se la llevaron. Que no volvió nunca. Yo no soy esa niña. Pero sé que existió. Y eso lo guarda tu familia. No mi vida.

Nora asintió despacio.

Bebió otro sorbo del whisky.

—Vamos a tener que ir también a Pollença.

—¿Dónde?

—Pollença. Mallorca. Hay allí una mujer que se llama Yolanda Moro. Profesora de piano. Setenta años. Era pareja de Víctor desde hace cincuenta años. Ella sabía todo. Ella ayudó a tenerte.

Clara parpadeó.

—¿Mi profesora era pareja de él?

—Tu profesora era pareja de él. La pusieron a enseñarte piano cuando tú tenías ocho años. Creían que, si te criaban con música, ibas a ser más manejable. Yolanda, al parecer, te quería. Pero sabía. Y va a tener que responder.

—Nora.

—Dime.

—No quiero ir.

—No hace falta que vayas. Voy yo sola. Sergio viene conmigo si puede. Detenemos a Yolanda. Vuelvo a Madrid. Te cuento lo que haya que contar. Tú aquí no apareces.

—Gracias.

—De nada.

—Una pregunta. No te enfades.

—¿Tú cuándo vas a volver al trabajo real? Porque me da que llevas dos semanas sin dormir. Y esto, lo mío, va para largo. Y yo no quiero ser la razón por la que tú te quemes.

Nora la miró.

—Clara.

—Habla.

—Tú no eres una razón para que yo me queme. Tú eres una razón para que yo descanse. Para que yo me acerque al trabajo de otra manera. Para que yo, después de esto, me tome el tiempo que haga falta para reorganizar mi vida profesional. Probablemente vaya a pedir una baja de dos o tres meses a partir de diciembre. Lo he pensado esta tarde mientras subía a la habitación. Lo hablo con Fuentes el jueves. Él me va a decir que sí.

—¿Y qué vas a hacer durante esos tres meses?

—Cosas que no he hecho en mucho tiempo. Caminar. Leer. Vivir cerca de ti. Ir a terapia. Intentar que pasen mañanas enteras sin que yo piense en un cuerpo.

—Eso no te lo había oído decir nunca.

—No se lo había dicho nunca a nadie.

Clara sonrió sin fuerza.

—De acuerdo.

—Bien.

Silencio.

Cinco minutos.

El alcázar seguía iluminado en ámbar. Una campana lejana dio las doce menos veinte. La temperatura había bajado. Clara se apretó más dentro del albornoz.

—Nora.

—¿Sí?

—Una última cosa y nos vamos a dormir.

—Mañana, cuando tengas la rueda de prensa, ¿qué vas a decir?

—Lo que me deje decir Fuentes. La versión que hemos preparado con el Ministerio es la siguiente. Caso Alcaraz resuelto con dos detenidos. El principal, un hombre mayor con antecedentes familiares con la investigación. El segundo, el ejecutor material. La conexión con casos antiguos, abierta. No se mencionará el nombre de Sara ni el mío por apellido. Se va a decir "conexión con caso de desaparición de menor en mil novecientos noventa y ocho cerrado en custodia hasta esclarecimiento completo". Nada más.

—¿No van a decir mi nombre?

—No. Ni tu nombre de nacimiento ni tu nombre actual ni tu nombre nuevo. Vas a tener privacidad, Clara. Hasta que tú quieras decidir otra cosa. Si algún día decides contar tu historia públicamente, lo eliges tú, no los medios.

—Vale.

—Y una cosa más.

—Mañana por la tarde nos va a llamar una periodista de El País. Elena Salas. La conozco desde hace doce años. Va a querer una entrevista contigo para dentro de dos semanas. Va a ser respetuosa. No te va a presionar. Va a ofrecer confidencialidad editorial hasta que tú decidas. Cuando llegue esa llamada, decidimos juntas.

—Perfecto.

Clara se levantó. Se acercó al borde de la terraza. Se apoyó en la barandilla. Miró el alcázar.

Durante un minuto entero.

Luego se giró hacia Nora.

—Nora.

—Te escucho.

—Mañana, cuando hagas la rueda de prensa, quiero oírla.

—¿Ahora, en directo?

—En directo. Por televisión. Me da igual si hay canal que la dé en vivo. Si no lo hay, me la pones por el teléfono. Quiero oírte hablar en público por primera vez.

—De acuerdo.

—Gracias.

Clara volvió a la silla de hierro. Se sentó. Cogió la copa de Nora de la mesa.

Dio un sorbo.

—Ay. Esto no.

—Esto no.

—¿No puede ser vino?

—Mañana por la noche cenamos vino. Hoy ya no. Hoy a dormir.

—Bien.

Se levantaron.

Entraron a la habitación.

Clara se metió en la cama. Nora se metió en la otra cama. Apagaron las luces a las doce menos diez.

Antes de apagarlas, Clara dijo:

—Me gusta llamarte Nora.

—A mí también me gusta que me llames Nora.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Clara.

Las luces se apagaron.

Nora se quedó un rato tumbada con los ojos abiertos.

Escuchó la respiración de su hermana estabilizarse. Tardó ocho minutos en dormirse del todo.

Cuando Nora se convenció de que Clara ya estaba profundamente dormida, se giró en la cama, hacia la pared.

Y durmió.

Profundamente.

Por primera vez en catorce días.

Fuera, el alcázar de Segovia seguía iluminado en ámbar durante toda la noche, iluminando a dos hermanas que dormían en la habitación cuarenta y dos del Parador y que, en los próximos ocho meses, iban a reaprender qué significaba ser familia.

A las siete y cuarto de la mañana, cuando el despertador del móvil de Nora empezó a sonar muy bajito para no despertar a Clara, afuera todavía era oscuro.

Pero el martes estaba empezando.

Y con él, el tercer tercio.

CAPÍTULO 23

La profesora de piano

La rueda de prensa del martes a las once se celebró en la sala grande del piso cero de la Jefatura Superior de Policía de Madrid.

Nora no fue.

Se quedó en Segovia, en el parador, con Clara al otro lado del salón de la habitación, viendo el canal veinticuatro horas con el sonido bajo. Fuentes, el comisario general Álvaro Rienda y el director adjunto del Ministerio del Interior presentaron el caso con la versión acordada: dos detenidos, caso del río resuelto, conexión con un caso de desaparición de menor de mil novecientos noventa y ocho bajo custodia judicial hasta esclarecimiento completo, reapertura administrativa del caso del inspector jefe Alfonso Vidal, muerto en acto de servicio en dos mil quince, que queda reclasificado como homicidio.

No se dio ni un nombre propio de la familia Vidal.

Ni Clara, ni Nora, ni Tomás.

Ni el padre.

Fuentes, al final, dio la cara a preguntas de prensa durante doce minutos. Se le vio sobrio, cansado, respetuoso con la familia no nombrada. Contestó a todo lo que podía contestar. Lo que no, lo dejó en "información bajo reserva judicial".

Cuando terminó, a las once cuarenta y tres, Nora apagó la televisión.

Clara seguía sentada en el sofá, con las piernas cruzadas, mirando la pantalla ahora en negro.

—Nora.

—Te escucho.

—Fuentes es un buen hombre.

—Lo es.

—Me gustaría conocerlo.

—Lo conoces cuando quieras. Esta semana, si te apetece. La que viene. Cuando tú digas.

—La que viene.

—Perfecto.

A las doce y dos, desayunaron tarde en el comedor del parador. A las doce y veinticinco, hicieron las maletas. A la una menos veinte, salieron en el coche de Nora hacia Madrid. Llegaron al piso de Nora a las dos y diez.

Clara había decidido, el día anterior, que prefería no volver por ahora al piso de la calle Argüelles. Durante la primera semana iba a dormir en el salón-despacho de Nora en Lavapiés. Luego, si todo iba bien, Nora le iba a ayudar a buscar un alquiler temporal en el barrio. Nora no le pidió que lo acelerara. No tenía prisa de que se fuera.

A las tres y cuarto, Nora entró en comisaría.

En la Pecera estaban Sergio, Marta, Lena. Sobre la mesa, un segundo juego de siete carpetas con documentación complementaria, la que la fiscal había pedido por la mañana después de la comparecencia.

—Nora.

—Chicos.

—¿Clara?

—Clara está en mi piso, echando una siesta larga. Le he dejado un juego de llaves. Si sale y vuelve, conmigo sin problema. No tengo que preocuparme hoy por ella.

—Bien.

Sergio le deslizó por la mesa un sobre blanco, cerrado, con su nombre escrito en el frente en letra mayúscula.

—Esto ha llegado esta mañana a las nueve.

—¿De dónde?

—De Valdemoro.

—¿De Mateo?

—De Mateo.

Nora abrió el sobre.

Dentro había una hoja mecanografiada, firmada a mano al final con una M clara.

"Inspectora Vidal.

Le escribo desde mi celda en la prisión de Valdemoro, módulo tres. Me han trasladado ayer por la tarde. Estoy bien. Hasta que empiece el juicio no voy a volver a ser llevado a Madrid.

Le mando esta carta porque quiero decirle una cosa que no dije en la comisaría y que me ha parecido esta mañana importante que usted sepa antes de ir a Pollença.

Yolanda Moro, la mujer que fue pareja de Víctor durante cincuenta y tres años, no debe ser tratada como cómplice activa. Sí sabía. Sí ayudó. Sí crio a su hermana. Pero no sabía, durante los primeros años, todo lo que estaba pasando. Se enteró por partes, durante mucho tiempo. Cuando se enteró, ya era tarde para salirse. Al menos eso es lo que ella misma me dijo una vez, hace tres años, cuando yo coincidí con ella en Pollença en una de las visitas a Víctor. No le estoy pidiendo que la exculpe. Le estoy pidiendo que, cuando la interrogue, la deje explicarse.

Y una segunda cosa. En el salón de su casa en Pollença hay un piano vertical. Marca Yamaha. Modelo U3. Número de serie grabado en la parte superior derecha. Pida usted que se lo desmonten. Bajo la tapa del teclado, entre el mecanismo y la tapa delantera, hay un compartimento falso construido por un carpintero de Sóller a finales de los años noventa. Dentro hay un cuaderno grande, encuadernado en tela verde, escrito a mano. Es el cuaderno de mi maestro. El verdadero. El que no tenía en el piso de Mejía Lequerica. Ese cuaderno contiene la cronología completa de veintisiete años de la red que organizó. Incluye nombres de colaboradores, nombres de víctimas, nombres de encubridores institucionales, y referencias cruzadas a personas que yo nunca conocí por nombre. Yo vi el cuaderno dos veces en mi vida, de lejos, sin poder leerlo. Lo sé que está ahí porque el carpintero de Sóller se lo dijo a mi hermano Tomás hace seis años, cuando se emborrachó en una boda en Palma. Tomás me lo contó. No lo usamos nunca porque mi maestro no nos lo habría permitido.

Ahora yo sí quiero que usted lo use.

Vaya a Pollença. Detenga a Yolanda. Desmonten el piano. Lean el cuaderno. Y cuando lo hayan leído, vendrán a verme aquí, en Valdemoro, con preguntas. Yo voy a contestar todo lo que yo sepa y todo lo que sepa Tomás, al que pueden interrogar ustedes antes o después.

Una cosa más.

Si Clara quiere venir algún día a verme, dígale que no hace falta que sea pronto. Dentro de un año, si quiere. O dentro de cinco. O nunca. Que elija ella. Yo voy a estar aquí.

Mateo Valls."

Nora bajó la hoja.

Sergio la miraba.

—¿Qué dice?

—Que en Pollença, en el piano del salón, hay un cuaderno escondido con veintisiete años de registro de la red.

Ninguno de los dos habló durante medio minuto.

Marta habló primero.

—Entonces lo de Pollença no es una detención. Es un allanamiento. Y es un allanamiento que puede dinamitar a la mitad del funcionariado del Ministerio del Interior si lo que dice Mateo es verdad.

—Sí.

—Fuentes.

—Fuentes lo va a saber en cuanto cuelgue yo esta conversación y suba a su despacho. Él decide cómo se gestiona.

—Y otra cosa.

—Dime.

—Mateo me está recomendando que trate a Yolanda con cuidado.

—Eso no nos obliga.

—No nos obliga. Pero Mateo me está dando información que vale un millón de euros. Lo menos que yo puedo hacer es escuchar su recomendación operativa sobre Yolanda.

—Depende de cómo la recibas tú cuando la interrogues.

—Sí. Depende de eso.

Nora guardó la hoja en el sobre. El sobre en la carpeta de Pollença.

—¿Fecha del viaje? —preguntó Sergio.

—Mañana por la mañana —dijo Marta—. A primera hora. Tenemos el billete cerrado para vosotros dos.

—Perfecto.

—Yo me quedo en Madrid coordinando con Fuentes y con la juez. Os reporto si cambia algo.

—Bien.

Nora salió de la Pecera. Subió al despacho de Fuentes. Cerró la puerta.

—Ramón.

—Nora.

—Lee.

Le dio la carta de Mateo.

Fuentes leyó en siete minutos. No interrumpió. No hizo comentarios. Cuando terminó, dejó la hoja sobre la mesa y se apoyó hacia atrás en el sillón.

—Joder.

—Sí.

—¿Tú crees que es verdad?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque Mateo no necesita inventar. Tiene cadena perpetua esperándolo. Lo que le queda es decidir si hunde a los que quedan o se los queda para sí. Ha decidido hundirlos. Eso se hace con información sólida. Si me manda a desmontar un piano y allí no hay cuaderno, su credibilidad se derrumba. Él lo sabe.

—¿Mañana?

—Mañana.

—Vete. Yo llamo a la juez esta tarde. Autorización de entrada y registro para el domicilio de Yolanda Moro en Pollença con explícita mención del piano vertical. La autorización va firmada esta noche.

—Gracias.

Un teléfono sonó dos despachos más allá.

—Nora.

—¿Sí?

—Una cosa.

—Dime.

—Si en ese cuaderno hay nombres de gente del cuerpo, se va a liar una gorda.

—Lo sé.

—Y si se lía una gorda, te va a caer a ti parte del golpe porque ahora mismo eres el rostro operativo del caso.

—Lo sé.

—¿Aun así?

—Aun así. Ramón, si mi padre tuvo que callarse durante diecisiete años porque no tenía pruebas suficientes para no hundirse él, yo no me voy a callar teniéndolas. Si el cuaderno existe, lo vamos a leer. Y si hay nombres, los vamos a publicar.

—De acuerdo.

A las cinco de la tarde, Nora volvió a su piso en Lavapiés. Clara estaba despierta, duchada, y se había pedido una pizza a domicilio.

—Pensé que tardabas más.

—Menos. La carta de Mateo nos ha cambiado la tarde. Mañana me voy con Sergio a Pollença.

—¿Cuántos días?

—Uno o dos. Si todo es como dice Mateo, desmontamos un piano, detenemos a Yolanda, volvemos. Si no es como dice, volvemos igual pero más rápido.

—¿Y yo?

—Tú te quedas aquí. Tienes mi piso entero para ti. Tomás viene mañana a las seis de la tarde a cenar contigo, si te apetece. Os presento por teléfono esta noche. Si no te apetece, también bien.

—¿Me apetece?

—No lo sé, Clara. Eso lo decides tú.

Clara se lo pensó veinte segundos.

—Me apetece.

—Bien.

—¿Cenáis vosotros vino hoy?

—Vino hoy.

—Vale.

Cenaron pizza. Abrieron una botella de Ribera que Nora tenía en un estante desde hacía ocho meses sin atreverse a abrir. Bebieron una copa. Y hablaron de cosas normales.

De música. De cuál era el compositor favorito de Clara (Debussy, Franz Liszt los días raros). De qué tal le iba a Clara en el conservatorio de Madrid como profesora adjunta de cámara. De si Clara quería intentar retomar su propia carrera de concertista, que había abandonado discretamente a los veintinueve años por motivos que ella misma, ahora, no sabía nombrar del todo. Del hermano mayor de Nora, Adrián, que había muerto a los tres meses en mil novecientos ochenta y ocho por un problema congénito de corazón, y al que Clara no había conocido ni por nombre.

—¿Teníamos un hermano antes? —preguntó Clara.

—Teníamos un hermano antes. Duró tres meses. Mis padres nunca hablaban de él. Yo me enteré a los diecisiete años porque encontré la partida de nacimiento en una caja.

—Ay.

—Sí.

—Somos una familia difícil.

—Somos una familia difícil.

Clara sonrió.

A las diez y media, Nora le presentó a Tomás por videollamada. Tomás aceptó con tranquilidad. Hablaron los tres unos veinte minutos. Quedaron para cenar al día siguiente, a las seis.

A las once y cuarto, Nora se fue a dormir. Tenía que coger un vuelo a las siete y veinte de la mañana.

Antes de apagar la luz, revisó el móvil una última vez.

Tenía un mensaje nuevo.

De un número desconocido.

Lo abrió.

"Inspectora Vidal. Soy Yolanda Moro. Me ha dicho Víctor, desde su traslado de ayer, que usted va a venir a verme esta semana. Yo estoy esperándola en Pollença. No voy a moverme de mi casa. Voy a cooperar en lo que pueda. Hay muchas cosas que quiero decirle antes de que usted lea lo que va a leer. Tengo setenta años. Llevo cincuenta y tres con él. Gran parte de lo que sé no va a valer como prueba legal pero a usted como persona le puede interesar. Si viene, venga directa a casa sin avisar a nadie más. Yo no voy a huir. Yolanda."

Nora leyó el mensaje dos veces.

No contestó.

Guardó el teléfono. Apagó la luz.

Mañana, antes del amanecer, saldría hacia el aeropuerto de Barajas.

Y esta mujer de setenta años, la profesora de piano de su hermana durante veinticinco años, la pareja invisible de Víctor Palacios durante medio siglo, estaba esperándola en una casa blanca de Pollença con algo que contar.

Algo, probablemente, que nadie le había preguntado nunca.

Esa noche, antes de acostarse, pasó una cosa.

Nora estaba fregando la taza del tilo en la cocina del piso. Clara había ido a buscar un jersey al salón porque tenía frío.

Cuando Nora se dio la vuelta con la taza en la mano, Clara estaba parada en la puerta de la cocina. Tenía el jersey en las manos. No se lo había puesto.

Nora dejó la taza.

Clara dijo una frase en voz muy baja.

—Nora.

—Dime.

—Llevo cuatro días queriendo hacer esto y no sé cómo.

—¿Hacer qué?

Clara soltó el jersey al suelo.

Cruzó la cocina.

Y abrazó a su hermana por primera vez desde agosto de mil novecientos noventa y ocho.

No fue un abrazo suave. Fue un abrazo agarrado, de las dos, con la cara de Clara pegada al hombro de Nora y la cara de Nora apretada contra el pelo de Clara, que olía a champú barato de hotel y a algo más, viejo, que Nora no pudo identificar pero que le apretó la garganta,, y las manos de las dos cruzadas en la espalda de la otra con fuerza.

No hablaron.

Clara empezó a llorar al cabo de diez segundos. No sollozando. Llanto silencioso, de boca abierta y mejillas mojadas, como de niña que recupera a su madre.

Nora no lloró. No podía. Se le había vaciado el cuerpo de una cosa que llevaba veintisiete años guardada. Tenía el pecho hueco. Sentía el cuerpo de Clara encajado en el suyo, más pequeño, más

huesudo, más frío. Lo aguantó contra ella como si lo hubiera sostenido toda su vida.

Pasó un minuto largo.

Dos.

Clara habló primera, con la voz ahogada contra el hombro de Nora.

—Me acuerdo de ti.

—¿Qué?

—Me acuerdo de ti. Me ha vuelto hace tres noches. Un sueño. Tú me ponías calcetines. Yo tenía cinco años, seis. Tú te reías de los calcetines. Eran feos. A rayas. Yo te decía que no me los quería poner. Tú me decías que si me los ponía me ibas a leer un cuento. Yo te hacía caso.

—Los calcetines de rayas rojas y verdes.

—Te acuerdas.

—Me acuerdo. Mamá los compraba en un mercadillo de Vallecas los sábados.

—No me acuerdo... del cuento.

—Ya te lo contaré.

Clara no se separó todavía.

Nora le cogió la cabeza con una mano. La sostuvo contra su hombro un rato más. Le acarició el pelo como recordaba que le hacía a Sara cuando le ponía los calcetines malos hace treinta y un años en un piso de Vallecas.

Cuando Clara se separó, tenía los ojos rojos y la cara mojada.

—Perdona por tardar... cuatro días —dijo.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

—Pasa lo que tenga que pasar. Ya estás aquí.

Clara asintió. Se limpió la cara con la manga. Se agachó a recoger el jersey del suelo. Se lo puso.

—Me voy a la cama.

—Yo también.

Se dieron las buenas noches en el pasillo.

Cada una en su cuarto.

Nora se tumbó. Apagó la luz.

Y por primera vez en veintisiete años, antes de dormirse, pensó en el nombre de su hermana en voz baja sin que le doliera.

—Sara.

—Saraita.

—Vuelve a dormir, cariño.

Se durmió.

CAPÍTULO 24

Pollença

El vuelo de Iberia de las siete y dieciocho aterrizó en Palma de Mallorca a las ocho cuarenta de la mañana del miércoles.

Sergio alquiló un coche en el aeropuerto. Un Seat Ibiza gris, sin distintivos. A las nueve y cuarto salieron en dirección Pollença por la autovía Ma trece, con la orden de entrada y registro firmada por la juez Elena Valls en la guantera y una llamada ya hecha al comisario jefe de la Policía Nacional de Palma, que había cedido, por solicitud de Fuentes, a tres agentes locales en modo apoyo pasivo.

A las nueve y cincuenta y ocho, entraron en Pollença por la carretera de Alcudia.

La casa de Yolanda Moro estaba en la zona antigua, calle Tomás Ferrer, número diecisiete. Una casa de dos plantas pintada de blanco, con contraventanas verdes, una buganvilla en la fachada lateral y una puerta baja de madera con aldaba de hierro.

Sergio aparcó a veinte metros.

Los tres agentes locales llegaron en otro coche y se estacionaron al otro lado de la calle.

A las diez y seis, Nora y Sergio caminaron hasta la puerta. Los tres agentes locales los siguieron a diez metros.

Nora golpeó con la aldaba.

Tres veces.

La puerta se abrió casi inmediatamente.

Yolanda Moro tenía setenta años, algo de estatura media, delgada, con el pelo largo y canoso recogido en una trenza baja sobre un hombro. Llevaba un jersey fino color burdeos, una falda oscura y zapatillas planas. Los ojos eran claros, muy despiertos, con unas arrugas finas en los lados que no eran de edad sino de sonrisas habituales. Ahora no sonreía.

—Inspectora Vidal.

—Yolanda Moro.

—Pasen. Los dos. Los otros tres agentes que están en la calle, por favor, que se queden fuera al menos media hora. Les prometo que no hay riesgo ninguno. Yo soy una mujer sola. En mi casa solo estoy yo. Pueden entrar a las diez y media para empezar el registro del piano. Dentro de media hora.

Nora miró a Sergio.

Sergio miró a los tres agentes locales e hizo un gesto mínimo. Los agentes se quedaron en la acera.

El aire de la calle, bajo el sol de mediodía, olía a pino mediterráneo, a sal traída desde el puerto a tres kilómetros, a piedra caliente guardada del mediodía. Octubre en Mallorca era todavía verano en los rincones de sol.

Nora y Sergio entraron.

Dentro, la casa olía a salvia, a aceite de oliva, a madera vieja de carpintería mallorquina. Suelos de baldosa antigua. Paredes blancas. Una sola planta visible desde la entrada: un salón largo con chimenea apagada, dos sofás de lino desgastado, una mesa de madera tosca, una cocina abierta al fondo, y, contra la pared del oeste, un piano vertical de madera oscura.

El Yamaha U3.

Exactamente donde Mateo había dicho.

—Siéntense, por favor.

Yolanda les señaló los sofás. Ella se sentó en una silla de cocina que había acercado, como si no quisiera ocupar el mismo tipo de asiento que sus visitas. Había preparado una bandeja con tres vasos y una jarra de agua sobre la mesa.

—Inspectora.

—Dígame.

—Antes de que entren los agentes a desmontar el piano, tengo treinta y cinco minutos si los acepta. ¿Puedo hablar durante ese tiempo?

—Puede.

Yolanda cerró los ojos un segundo.

Los abrió.

—Tenía dieciocho años cuando conocí a Pedro. Mil novecientos setenta y dos. Acababa de llegar a Madrid a estudiar piano en el conservatorio, desde Valencia, donde yo me había criado. Pedro tenía veinte años, estudiaba segundo de Derecho. Nos conocimos en un baile. Me pidió salir. Yo le dije que sí.

Nora no interrumpió.

—Durante los primeros veinte años fuimos pareja normal. Yo me convertí en profesora de piano. Él terminó Derecho, entró en el cuerpo de Policía Nacional, ascendió. Vivíamos juntos en Madrid. Él era un hombre bueno entonces. Serio, silencioso, con mucho lector y poco hablador, pero bueno. Yo lo quise. No sé cómo decírselo mejor. Lo quise como se quiere al hombre con el que uno se va a casar. No nos casamos. Nunca quisimos, ni él ni yo. Pero fuimos pareja completa durante cincuenta y tres años.

Nora asintió.

—En mil novecientos ochenta y cinco Pedro me dijo que tenía que desaparecer. Que su hermano Tomás había descubierto algo y que le iba a hacer la vida imposible. No me contó qué había descubierto. Yo le creí. Me ofreció elegir: me quedaba con él y me cambiaba de

identidad conmigo, o me separaba sin que nunca más supiera nada de él. Yo elegí quedarme. Fuimos a Portugal un mes. Cuando volvimos, él era Víctor Palacios. Yo seguí siendo Yolanda Moro porque no había necesidad legal de cambiar mi nombre. Mi vida siguió. Él estuvo dos años sin trabajar, luego entró en el cuerpo otra vez con la nueva identidad. Todo siguió.

—Usted no supo, en ochenta y cinco, que lo que Pedro había descubierto Tomás era algo criminal.

—Yo sospeché. Entonces y durante los años siguientes. Pero no lo confirmé. No quise confirmarlo. Usted, si es honesta consigo misma, inspectora, me entiende. Uno no confirma ciertas cosas sobre la gente con la que duerme desde hace quince años, aunque se sospechen.

—Yolanda.

—Dígame.

—Eso es un argumento frágil.

—Lo sé.

—Continúe.

Yolanda respiró.

—En mil novecientos noventa y ocho, un sábado de agosto, Pedro llegó a casa a las tres de la madrugada del domingo. Con una niña. Dormida. Le había dado un sedante suave. Me dijo que era mi sobrina. Que su hermano Alfonso, en Madrid, había tenido un accidente de coche con su mujer y con las dos hijas. Que la mayor y la madre y él habían muerto. Que a la pequeña, que se llamaba Sara, la habían sacado con vida del coche, y que él, al llegar al hospital por pura casualidad porque la avisaron como familiar directo, había decidido, por amor al hermano muerto, hacerse cargo de ella. Me dijo que se llamaba Sara y que desde ese día se iba a llamar Helena, porque Sara era un nombre que el padre biológico habría querido que su hija dejara de llevar, ya que era el nombre de una abuela con la que el padre estaba enfadado.

Nora apretó las mandíbulas.

—Lo he creído durante dos años enteros.

—¿Dos años?

—Dos. Hasta que en el año dos mil, en una comida familiar en Palencia, una prima lejana me preguntó por mi sobrina Helena. Yo le contesté como Pedro me había dicho. La prima se quedó callada durante el resto de la comida. Al despedirnos me apartó y me preguntó si yo realmente creía que Alfonso había muerto en un accidente de coche en mil novecientos noventa y ocho. Le dije que sí. Y ella me dijo, con toda la calma del mundo, que Alfonso Vidal estaba vivo, que ella había hablado con él la semana anterior, que estaba destruido porque su hija pequeña había desaparecido en Madrid hacía dos años y que su mujer no estaba muerta sino ingresando en un psiquiátrico.

—Yolanda.

—Dígame.

—Esto que me está contando es grave. Usted supo en dos mil que la historia que Pedro le había contado era falsa.

—Lo supe.

—Y no hizo nada.

—No hice nada.

—¿Por qué?

—Porque para entonces Helena tenía nueve años, me llamaba tía Yolanda, venía a casa todos los sábados por la tarde, le empezaba yo a enseñar piano, me había dicho que yo era la persona más buena de su vida, y Pedro me había hecho entender sin decírmelo explícitamente que si yo levantaba el teléfono para denunciar, Helena iba a desaparecer de la misma manera que había aparecido. Y yo elegí que Helena se quedara conmigo. Le puse treinta años de clases de piano. La dejé convertirse en pianista. Y mentí. Cada día. Durante veinticinco años.

Nora apretó los labios.

Los volvió a abrir.

—Yolanda.

—Dígame.

—Usted está confesando que durante veinticinco años fue cómplice por omisión del secuestro de mi hermana.

—Claro.

—¿Lo firma?

—Lo firmo.

—Yolanda.

Fuera, empezaba a oscurecer.

—Dígame.

—Gracias por decírmelo así.

—No me dé las gracias. No era por usted. Era porque hace tres años mi médico me diagnosticó el principio de una demencia senil. Yo sé que dentro de cuatro o cinco años no voy a poder contar esto que le estoy contando hoy con la misma claridad. Y lo que no se diga ahora, a mi edad, no se dice nunca. Por eso se lo estoy diciendo. Por cobardía estratégica. No por decencia.

—Yolanda.

—Dígame.

—Una cosa más, antes de que continuemos.

—Adelante.

—El dinero.

Yolanda bajó la mirada. Tardó cinco segundos en contestar.

—Claro. El dinero.

—Quiero oírlo de usted. No del cuaderno que va a aparecer dentro de media hora en ese piano. Quiero oírlo de la mujer que llevaba

cincuenta y tres años durmiendo al lado del hombre.

—Inspectora.

—Dígame.

—Pedro empezó a cobrar en mil novecientos noventa y uno. Yo no supe de dónde venía el dinero hasta mil novecientos noventa y siete, cuando se lo pregunté directamente. Me lo dijo con dos frases. La primera fue: "No es tu problema, Yolanda, de dónde viene." La segunda fue: "Si lo supieras del todo, tendrías que irte."

—Usted no se fue.

—Yo no me fui.

—¿Por qué?

—Porque Pedro me dijo la tercera frase, que no le he contado nunca a nadie. Me dijo: "Yolanda, si tú te vas, los niños dejan de llegar a sitios donde los cuidan. Van a sitios peores. Mientras yo maneje el flujo español, tú eres la garantía de que los que pasan por Madrid pasan con vida."

Nora cerró los ojos.

—Y usted se lo creyó.

—Me lo creí durante un tiempo. Luego entendí que era mentira. Pedro no protegía a los niños. Pedro cobraba por ser enlace. El resto era cuento que él se contaba a sí mismo y me había contado a mí. Pero entonces ya era dos mil cuatro, y Helena tenía catorce años, y yo no podía irme porque me la había quedado como hija.

—Yolanda.

—Dígame.

—¿Usted sabe cuánto dinero pasó por la sociedad pantalla de Pedro?

—Los extractos que yo alguna vez vi sumaban más de dos millones de euros. El último que vi, en dos mil veintitrés, tenía un saldo de setecientos mil euros en una cuenta de Gibraltar.

—Y todo ese dinero, durante treinta años, vino de...

—De las otras. De las que no estaban aquí con nosotros. De las ciento y pico niñas que entraron y salieron del sistema entre los años noventa y ahora. Sara tuvo suerte dentro de su desgracia, inspectora. Las otras no la tuvieron.

Treinta segundos.

—Eso también va en mi declaración firmada —añadió Yolanda—. No hace falta que me lo vuelva a preguntar mañana el juez.

—Gracias.

—No me las dé.

Nora asintió.

—Yolanda.

—Dígame.

—El piano.

—Exacto.

—Lo vamos a desmontar ahora.

—Adelante.

A las diez y treinta y cuatro entraron los tres agentes locales con un técnico de piano que Sergio había solicitado desde el aeropuerto de Palma y que había subido en el segundo coche. Todos se situaron alrededor del Yamaha U3.

El técnico era un señor mayor, calvo, con gafas, con delantal azul marino. Se llamaba Tolo. Llevaba treinta años afinando pianos en Mallorca.

Tolo miró el piano.

Pasó los dedos por la madera. Abrió la tapa de arriba. Examinó el mecanismo. Abrió la tapa delantera, la que cubre el teclado y los martillos. Con un destornillador pequeño empezó a soltar los tornillos de la base de la tapa.

Tardó veintitrés minutos.

Cuando retiró la tapa delantera, quedó a la vista el mecanismo interno del piano: los macillos, la mecánica, las cuerdas, y un espacio hueco entre el mecanismo y la tapa, que debería estar vacío.

No lo estaba.

En ese espacio, encajado con cuidado, había un paquete rectangular envuelto en tela encerada.

Tolo lo sacó. Lo puso sobre la mesa.

Nora se acercó.

Sergio, con guantes, desenvolvió la tela.

Dentro había un cuaderno de tapa dura, grande, encuadernado en tela verde oscuro, con las hojas amarillas por los años.

Noventa y dos páginas manuscritas.

Letra de Víctor Palacios, que Nora reconoció inmediatamente por haberla visto cientos de veces en los papeles de su padre.

Sergio abrió la primera página con cuidado.

—Madre mía —murmuró.

Nora miró.

Era una lista.

Treinta y ocho nombres.

Siete eran nombres de mujeres que Nora reconoció como víctimas del caso del Escultor del Río en aquel periodo.

Once eran nombres de mujeres que Nora no conocía, con fechas entre mil novecientos noventa y siete y dos mil diez.

Doce eran nombres masculinos, con apellidos que Nora identificó como cuatro políticos, tres jueces, dos comisarios de otros distritos, uno del propio cuerpo en Madrid, uno de el equipo de Homicidios retirado, y un ex director general del Ministerio del Interior.

Y ocho eran nombres sueltos con anotaciones técnicas al lado que Nora tendría que descifrar más tarde.

Bajo la lista, con la misma letra, una anotación: "Inicio: agosto 1997. Última revisión: septiembre 2025."

Nora cerró los cuaderno.

—Sergio. En la funda doble. Con precinto. Los dos firmamos el precinto. Cadena de custodia desde este mismo minuto.

—Sí.

Los agentes locales sellaron el cuaderno en una bolsa de pruebas reforzada. Sergio firmó el precinto. Nora firmó el precinto. Uno de los agentes locales firmó como testigo. El técnico Tolo firmó también como testigo, con su nombre completo y su DNI.

Cuando terminaron, eran las once y diecinueve de la mañana.

Nora se giró hacia Yolanda.

Yolanda seguía sentada en la silla de cocina. Había estado todo el rato mirando el desmontaje del piano sin decir nada.

—Yolanda Moro.

—Dígame.

—Queda usted detenida en este momento como presunta cómplice por omisión del delito de retención ilegal agravada de Sara Vidal Cabrera durante un periodo comprendido entre septiembre de mil novecientos noventa y ocho y octubre de dos mil veintiséis. Tiene derecho a guardar silencio. Tiene derecho a un abogado. Tiene derecho a una llamada telefónica. Tiene derecho a asistencia médica. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Entiendo.

—¿Necesita ayuda para levantarse?

—No. Gracias.

Yolanda se levantó. Cogió un abrigo de lana marrón que tenía preparado en la percha de la entrada. Cogió un bolso pequeño. Salió con los agentes locales, caminando por delante de Nora y de Sergio, con la cabeza alta.

En la calle, antes de subir al coche policial, Yolanda se giró una sola vez hacia Nora.

—Inspectora.

—Dígame.

—Cuando Helena, que se llamará Clara según me ha dicho Pedro en su última carta, decida algún día si quiere saber cómo fue su vida conmigo, si ella decide llamarme o escribirme, yo voy a contestar lo que me pregunte. Dígale que no hace falta que lo haga pronto. Dentro de un año. Dentro de cinco. O nunca. Pero que sepa que, si llama, yo descuelgo.

—Se lo digo.

—Gracias, inspectora.

Entró en el coche. Los agentes cerraron la puerta. El coche arrancó.

Nora y Sergio se quedaron de pie en la calle Tomás Ferrer.

—Sergio.

—Te escucho.

—Nos vamos.

—Nos vamos.

Volvieron a Madrid esa misma tarde con el cuaderno verde en una caja de pruebas sellada.

Esa noche, a las diez y catorce minutos, en la casa de calle Tomás Ferrer número diecisiete de Pollença, ya vacía, con un precinto policial en la puerta y un agente local de guardia en la acera, todo lo que quedaba era el silencio.

El salón largo.

La chimenea apagada.

Los sofás de lino desgastado.

Y el piano vertical Yamaha U3, destripado, con la tapa delantera apoyada en una silla, como un animal abierto.

Y tú, lector, que has estado hoy sentada en la silla de cocina durante veintiocho minutos frente a una inspectora de treinta y ocho años a la que le has contado en voz alta por primera vez en tu vida la verdad entera de los últimos cincuenta y tres años, estás ahora en una celda de la comisaría de Palma, esperando un traslado que llegará mañana a las siete.

Y mientras esperas, piensas en una sola cosa.

No piensas en Pedro. Ya no.

Piensas en Helena.

En la niña de ocho años que se sentó por primera vez al piano contigo en septiembre de dos mil, en el piso de Madrid al que la llevaba Pedro los sábados por la tarde. En cómo tardó tres meses en conseguir tocar las seis primeras notas del Bach que le enseñaste. En cómo te llamaba tía Yolanda en los primeros años y luego, a partir de los doce, solo Yolanda, como una alumna llama a una profesora. En cómo a los diecisiete le regalaste la partitura de Debussy que había sido de tu madre. En cómo a los veintidós te trajo a Mallorca por primera vez para darte las gracias por haber sido su profesora.

En cómo, durante veintisiete años, tú la quisiste como se quiere a una hija que no se tiene.

Y en cómo, durante esos mismos veintisiete años, cada vez que Helena tocaba el piano y tú la escuchabas, tú sabías que esa niña no era tu sobrina. Que la habían robado. Que estaba viviendo otra vida.

Y aun así, lector, tú te quedaste.

Porque creías que si tú te ibas, ella iba a perder la última persona que la miraba sin mentirle sobre nada excepto sobre quién era ella.

Esa es tu versión, Yolanda.

Y mañana, lector, cuando entres en el juzgado de Palma a primera hora, esa es la versión que vas a tener que sostener.

O no.

Ya lo verás.

CAPÍTULO 25

Me siento cansada

El lunes a las doce menos un minuto, seis días después de la detención de Yolanda Moro en Pollença, Nora subió por segunda vez las escaleras del número veintitrés de la calle Doctor Castelo y se sentó en el mismo sillón de cuero marrón de la consulta de Pablo Rivas.

Pablo Rivas también se sentó.

Cogió la libreta.

No escribió.

—Inspectora.

—Pablo.

—¿Qué semana hemos tenido?

Nora respiró.

—Hemos encontrado en Pollença un cuaderno manuscrito con treinta y ocho nombres. Hemos detenido a la pareja de cincuenta y tres años del hombre que mantuvo a mi hermana con otra identidad. Hemos entregado el cuaderno al juez de la Audiencia. El juez lo tiene en custodia desde el jueves. Una comisión judicial especial va a empezar a convocar a doce personas del listado a partir del miércoles próximo.

—Bien.

—El fin de semana hice el primer traslado semanal con Clara a Segovia. Viernes por la noche a lunes por la mañana. Dormimos las dos en el Parador. Visitamos a mi madre dos veces. El sábado estuvo lúcida entera. El domingo no reconoció a Clara pero sí a mí.

—Lo entiendo.

—Clara ha empezado el viernes a mirar alquileres de pisos pequeños en mi barrio. Ha visto tres. Le ha gustado uno. Se muda probablemente la semana que viene.

—Vale.

—Tomás Vidal está cooperando con el juez. Ha entregado documentación adicional que tenía en un piso de Tetuán. Ha dicho que si el juez considera pertinente imputarlo como cómplice por omisión de mil novecientos ochenta y cinco, él lo acepta. El juez está valorando. Probablemente haya imputación simbólica sin prisión preventiva.

—¿Lo nota en alguna parte del cuerpo?

—Sergio ha pedido la semana que viene como permiso familiar. Su hija cumple dieciséis el jueves. Yo se la he firmado sin preguntar.

—Bien.

—Marta ha vuelto a su puesto de el equipo de Homicidios. Me ha dejado como regalo una botella de whisky y un abrazo.

—Bien.

Tres minutos.

—Pablo.

—Dígame.

—No me siento nada.

Pablo Rivas la miró.

—Hoy no se siente.

—La semana pasada sí sentí. El sábado, antes de salir a Segovia, hice la cama de Clara en mi despacho y me puse a llorar cinco minutos por cosas que no supe nombrar. El lunes pasado, después de venir aquí, me senté en una cafetería delante del Retiro y estuve un rato mirando a una niña de siete años que jugaba con su madre en un banco. Sentí cosas. Esta semana, no.

—¿Desde cuándo?

—Desde el jueves. Desde que entregamos el cuaderno al juez. A partir de esa hora, no siento casi nada.

—¿Miedo?

—Un poco. Miedo a que esto sea la siguiente fase. La fase de embotamiento. Que es como yo llamo en mi profesión a la fase en que los inspectores más veteranos empiezan a no sentir cosas nunca más.

Pablo Rivas se rió brevemente.

—Inspectora.

—Dígame.

—Usted no está entrando en fase de embotamiento.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ha venido aquí hoy. Los inspectores embotados no vienen a su segunda sesión de terapia al séptimo día. Los inspectores embotados dejan de sentir y dejan de notar que no sienten.

—Entonces qué es.

—Cansancio. Puro cansancio físico y mental después de dos semanas y media de lo que usted ha hecho. Eso pasa. No es bueno. Pero no es patológico. Tiene una cura.

Los dos quedaron suspendidos un segundo.

—¿Cuál?

—Una semana sin tocar el caso. Sin leer expedientes. Sin hablar con Fuentes. Sin mirar el cuaderno verde. Sin ver a su hermana en modo

operativo. Una semana de no ser inspectora.

—Eso no puedo hacerlo todavía. El juez me llama el jueves para otra declaración.

—Eso lo puede hacer Fuentes por usted. O Sergio. Usted puede firmar una baja médica de siete días a partir del miércoles. La ley se lo permite. La autoriza yo si quiere. Dos hojas y ya está.

—Pablo.

—Dígame.

—¿Usted me está firmando una baja?

—Yo se la ofrezco. Usted decide.

Nora se quedó un minuto callada.

—Lo pienso.

—Lo piensa.

—Pablo.

—Dígame.

—Otra cosa.

—Dígame.

—Anoche cené en casa con Clara. Un plato de pasta con tomate y albahaca. Cada una una copa de vino. Un rato de silencio. Y ella me dijo, sin venir a cuento de nada: "Nora, ¿tú crees que algún día yo voy a llorar por todo esto?" Y yo le dije: "Yo creo que sí." Y ella me dijo: "Yo creo que no." Y lo dejamos.

—¿Cómo está ella?

—Está bien. Está demasiado bien. No llora. No se derrumba. No parece cansada. Se ha mudado a mi salón-despacho sin protestar. Ha cancelado sus clases quince días y luego las ha retomado el lunes sin avisarme. Ha ido a ver a mi madre dos veces por semana. Ha empezado a leer todo lo que puede encontrar sobre Alzheimer en la biblioteca del conservatorio. Y no llora nunca.

—¿Usted piensa que va a romperse en algún momento?

—Yo creo que sí. Sergio también lo cree. Fuentes también.

—¿Cuándo piensa usted que va a romperse?

Nora esperó un segundo pensando.

—Cuando le llegue la primera cosa normal que no pueda manejar. Una cosa pequeña. Un disco que suena en una tienda. Una canción. Una receta de la comida que hacía mi madre de pequeñas. Una foto. Cualquier cosa sin importancia que le recuerde que podía haber tenido una vida entera distinta.

—Entonces lo que tiene que hacer usted, en las próximas semanas, es estar cerca de ella.

—Lo estoy.

—Y no forzar.

—No fuerzo.

—Y no anticipar lo que ella todavía no ha pedido.

—No anticipo.

Zumbaba bajo el tubo del techo, apenas audible.

—Y soportar usted, como hermana mayor, lo que va a caer cuando caiga.

—Lo voy a intentar.

—Inspectora.

—Dígame.

—Ella va a estar bien. Pero no la semana que viene. Tres años, probablemente. A lo mejor cinco. Va a caer más de una vez. Va a volver a levantarse más de una vez. Y usted no es su terapeuta. Es su hermana.

—Lo había pensado.

—Bien.

Silencio.

Cuatro minutos.

Nora, esta vez, notó que durante el silencio algo pequeño le sucedía por dentro. No fue pena. No fue nostalgia. Fue una especie de alivio específico. El alivio que tiene alguien cuando por primera vez después de muchos años le dicen, desde fuera, lo que él mismo sospechaba pero no se atrevía a articular. Que no es responsable absoluto del estado emocional de su hermana. Que la hermana tiene su propio trayecto. Que ella, Nora, lo único que tiene que hacer es estar cerca.

—Pablo.

—Dígame.

—Voy a coger la baja.

—Siga, cuando esté preparada.

—De miércoles a miércoles.

—¿Y eso qué le dice a usted?

—¿Dónde me va usted a mandar?

—A ningún sitio. No es un balneario. La baja es quedarse en casa, en Madrid, viviendo la vida. Caminando por el Retiro por las mañanas. Leyendo. Durmiendo cuando se tenga sueño. Cocinando con Clara si le apetece. Yendo al cine.

La calefacción hizo un clic metálico al apagarse.

—No voy al cine desde hace dos años.

—Pues vaya.

—Pablo.

—Dígame.

—¿Qué voy a hacer una semana entera sin trabajar?

—Lo que hace la gente normal.

—Yo nunca he sido gente normal.

—Ahora va a aprender. Por una semana. No le van a salir mal las cosas por intentarlo.

El aire entre los dos se detuvo.

—Adelante.

—Una cosa más.

—Dígame.

—La semana que viene, cuando venga, me cuenta cómo le ha ido.

—La semana que viene le cuento.

—Inspectora.

—Dígame.

—Hoy ha sido bastante. Hasta dentro de siete días.

Nora se levantó.

Salió.

En la calle, el sol de octubre empezaba a entrarle en la cara por primera vez desde hacía semanas. Caminó hasta un puesto de prensa en Goya. Compró un periódico. Se sentó en una cafetería. Pidió un café con leche. Abrió el periódico.

En la portada, página ocho, un recuadro pequeño:

"La Audiencia Nacional avanza en la instrucción del llamado caso Alcaraz. La semana próxima está prevista la primera comparecencia de dos altos cargos de la administración relacionados con la red criminal descubierta en dos mil veintiséis."

Nada más.

Ni nombres de los dos altos cargos. Ni nombre de Clara. Ni foto. Ni entrevista.

Bien.

Nora cerró el periódico.

Se tomó el café con leche despacio. Sin mirar el móvil. Sin contestar a los mensajes que llevaba acumulando desde la noche anterior.

A las dos de la tarde entró en el piso de Lavapiés.

Clara estaba en el salón-despacho con el portátil abierto, mirando anuncios de pisos.

—Clara.

—Nora.

—Me han dado la baja.

—¿Qué?

—De miércoles a miércoles. Pablo Rivas. Siete días sin comisaría. Sin expedientes. Sin nada. Madrid normal.

Clara cerró el portátil.

—¿Cómo te sientes?

—Aliviada.

—Vale.

—¿Y tú?

—Yo acabo de ver un piso que me gusta en Lavapiés, dos calles de aquí. Lo miro esta tarde a las cinco. Si te parece bien, voy yo sola. Pero te pido, si te apetece, que vengas tú también.

—Voy.

—Bien.

—Clara.

—Dime.

—¿Comemos?

—Comemos.

Hicieron juntas una tortilla de patatas y una ensalada. Compartieron una botella de agua con gas. Después de comer, Clara

lavó los platos. Nora los secó. A las cinco salieron a ver el piso.

El piso estaba a tres calles del de Nora. Un segundo exterior, sin ascensor, cuarenta y dos metros cuadrados, dos habitaciones pequeñas, un salón con ventana al patio, una cocina mínima. Alquiler de setecientos ochenta euros al mes. Sin muebles.

Le gustó a Clara.

Le gustó a Nora también.

Clara firmó el contrato esa misma tarde con una agente inmobiliaria que se llamaba Irene. Dejó la fianza. Se llevó las llaves. Se mudaba el sábado.

Al volver al piso de Nora, caminando por la calle, Clara dijo:

—Creo que esto también es una señal.

—¿Qué señal?

—Que Yolanda Moro también se llamaba Irene en una de las identidades falsas que usó Víctor en los años noventa, según me dijo Tomás en una de las cenas que tuvimos la semana pasada. Y hoy he firmado un contrato con una agente que se llama Irene. Me parece curioso.

—¿Te molesta?

—No. Me parece curioso.

—Entendido.

—Nora.

—Dime.

—¿Tú crees que todo esto va a dejar, algún día, de recordarme cosas cada cinco minutos?

Nora la miró.

—No.

—Vale.

—Pero te va a molestar menos. Hoy te molesta que una inmobiliaria se llame Irene. Dentro de un año, no te va a molestar. Dentro de cinco, te vas a reír.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Nora.

—¿Qué pasa?

Hubo una pausa breve.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo llevo once años trabajando con gente que ha vivido cosas parecidas a lo tuyo. Y todos, al cabo de un tiempo, llegan a un punto donde las coincidencias raras empiezan a parecerles chistes, no amenazas. Es un punto bueno. Se llega. No te preocupes por llegar a él. Ya llegarás sola.

—De acuerdo.

—Vamos a cenar fuera esta noche.

—¿Tú y yo?

—Tú y yo. Y Sergio, si le apetece. Voy a llamarlo.

—Exacto.

Sergio aceptó. Quedaron a las nueve en un restaurante argentino de la calle Amparo. Cenaron los tres. Hablaron de cosas que no tenían nada que ver con el caso. De la hija adolescente de Sergio. De las clases de Clara. De qué series estaban empezando en Netflix ese mes. De si Sergio se atrevía a jubilarse en Mérida en diez años. De si Clara iba a comprarse un gato en el piso nuevo. De si Nora iba a comprarse unas botas decentes para pasear por el Retiro durante la baja.

A las once menos cuarto, caminando las dos de vuelta al piso, Clara le dio a Nora un empujón de cariño con el hombro.

—Ha estado bien.

—Ha estado bien.

—Nora.

—¿Sí?

—No. Gracias en serio. Por todo esto. Por llamar a Sergio. Por tener una baja. Por no llorar en público. Por llevarme tú a Segovia los fines de semana. Por no decirme nunca lo que tengo que hacer. Por dejarme mudarme tres calles más arriba y no exigir que me quede en tu casa. Por tratarme como si yo también fuera adulta, aunque las dos sabemos que a veces no sé cómo se hace.

—Clara.

—Dime.

—De nada. De verdad. No me tienes que dar las gracias por nada. Nadie tiene que darle las gracias a su hermana mayor por ser su hermana mayor.

—Perfecto.

Siguieron andando.

En la calle Embajadores, dos minutos antes de llegar a casa, Clara se giró a mirar a Nora.

—¿Tú lloras alguna vez?

Nora tardó en contestar.

—Antes no.

—¿Ahora?

—Empiezo a.

—Bien.

Siguieron andando.

A las siete y treinta y cinco de la tarde, cuando Nora terminaba de cocinar con Clara la segunda cena desde que su hermana se había mudado, el interfono sonó.

Clara fue a abrir.

Volvió a los diez segundos con un sobre en la mano.

—Era un mensajero. Para ti.

Nora apagó el fuego. Se secó las manos. Cogió el sobre.

No había remitente. Solo su nombre en el frente, escrito con una letra que Nora reconoció sin haberla visto nunca antes.

Era la letra de Mateo Valls.

Dentro del sobre había una hoja doblada en dos y una fotografía pequeña.

La fotografía era una polaroid descolorida. Una niña de ocho años, sentada al piano, en un salón que Nora reconoció de las fotos que ahora tenía del piso de Argüelles. Sara. Helena. En 1999.

Al dorso, con la misma letra de Mateo, una sola frase.

"Esta foto la hice yo. Ahora es tuya. Quema la polaroid si Clara no quiere verla. Mateo."

Nora fijó la vista la foto durante treinta segundos.

Luego la guardó en el sobre.

Luego el sobre en el cajón de su escritorio.

Clara, desde la cocina, preguntó si todo iba bien.

—Todo bien —dijo Nora.

No era del todo verdad, pero esta noche no tocaba.

CAPÍTULO 26

Navalcarnero

El lunes siguiente, después de cinco días de baja, Nora hizo una cosa que no había comunicado ni a Pablo Rivas ni a Fuentes ni a Clara.

Solicitó a primera hora de la mañana un vis a vis reglamentario con el interno Víctor Palacios Santamaría, que cumplía prisión provisional en el Centro Penitenciario Madrid seis de Aranjuez, conocido popularmente como Navalcarnero aunque técnicamente no estuviera en ese municipio. La solicitud fue aprobada por la administración del centro a las once y veinte. La visita quedó fijada para el miércoles a las diez de la mañana.

Solo lo supo Sergio.

Y lo supo porque Nora, al despertarse el martes por la tarde, lo llamó.

—Sergio.

—Dime.

—Mañana voy a ver a Víctor.

—¿Al trullo?

—Al trullo.

—¿Sola?

—Sola.

—¿Por qué?

—Porque hay una cosa del sombrero que no me encaja desde hace tres semanas. Y porque Fuentes me diría que no fuera. Y porque tú me dirías que fuera con alguien. Y yo no quiero las dos cosas. Tengo que ir sola.

—¿Puedo saber qué es lo que no te encaja?

Se oyeron pasos lejanos en el piso de arriba.

—Lo sabrás mañana por la noche si la visita me da lo que espero. Si no me da, tampoco.

—¿Vas armada?

—Voy sin arma. Es un vis a vis. Ni siquiera lo permitirían si quisiera.

—¿Te espero fuera?

—No. Me espera un taxi. Vuelvo sola. Estoy en casa a las doce y media.

—Vale.

—Sergio.

—Te escucho.

—Si mañana a la una no te he llamado, llama tú a Fuentes.

—De acuerdo.

El miércoles a las ocho menos veinte, Nora salió de Lavapiés en su coche hacia Aranjuez. A las nueve y diez aparcaba en el aparcamiento de visitantes del centro. A las nueve y veintidós pasaba el control de seguridad. A las nueve cuarenta y seis entraba en la sala de vis a vis reglamentario número cuatro, con una mesa rectangular y dos sillas a cada lado, dos cámaras en las esquinas, un cristal grande en la pared que daba a la sala de observación, y un funcionario en la puerta.

Se sentó del lado visita.

Esperó.

A las diez en punto abrieron la puerta del fondo. Víctor entró, acompañado de dos funcionarios. Uniforme azul de interno. Esposado en las muñecas, con una cadena corta entre ellas. El pelo más blanco que en octubre. La cara más delgada. Los ojos, los mismos.

Se sentó enfrente de Nora. Los funcionarios se retiraron al otro lado del cristal. Quedaron los dos, solos, con la cámara grabando.

Nora lo miró.

Víctor esperó.

—Víctor.

—Sobrina.

—Tengo una pregunta. Y solo una. Y si tú me contestas con la verdad, no te pido nada más. Pero si me mientes, no voy a volver. Lo sabes.

—No me sorprende.

—Te escucho cuando me digas que estás listo.

—Listo.

—Pero antes del sombrero tengo otras dos preguntas. Las hago en orden.

—Adelante.

—Primera. El dinero.

Víctor no se movió.

—Ya sabes la respuesta —dijo él.

—Quiero oírla de ti, no de Tomás ni de Yolanda. En esta sala, con tu boca, con la cámara grabando.

—Bien. El dinero.

Víctor cerró un momento los ojos.

—Cobré, a lo largo de treinta y cuatro años, dos millones trescientos mil euros. No por secuestrar a tu hermana. Por ser enlace de la red española de trata de menores desde el noventa y uno. Sara fue un accidente operativo en mil novecientos noventa y ocho. Yo no me iba a llevar a Sara cuando entré al parque ese sábado. Yo entré al parque a buscar a otra. A una niña marroquí que había pasado la frontera dos días antes y a la que había que sacar de Madrid. No la encontré. Sara estaba sola en los columpios. Decidí en veinte segundos.

—¿Decidiste llevártela?

—Decidí llevármela.

—¿Por qué? No era tu trabajo esa tarde.

—Porque mientras la veía jugar en el columpio, me di cuenta de que era la hija de Alfonso. La reconocí por los ojos. Eran los mismos de mi abuela. Y entendí, en esos veinte segundos, que llevarme a la hija de Alfonso era un movimiento mucho más grande que llevarme a una niña cualquiera.

—Pero te la quedaste. No la vendiste.

—No la vendí.

—¿Por qué?

—Porque entonces no habría servido para lo que yo necesitaba que sirviera.

—Y ese dinero de la red, los dos millones, ¿dónde ha ido?

—Ochocientos mil a mantener a Sara. El resto a la sociedad pantalla de Gibraltar con administrador ficticio. Emilio Carrera Fuster, nombre que me inventé. El saldo actual es de setecientos cuarenta mil euros en una cuenta del Banco de Gibraltar, sucursal Main Street. Los datos están en un sobre que Yolanda tiene guardado en un armario de su casa de Pollença, o que tenía, porque supongo que ya lo habéis incautado. Si no lo habéis incautado, avísame y te digo dónde está exactamente.

—Queda grabado.

—Queda grabado.

Nadie respondió.

—Segunda pregunta —dijo Nora.

—Adelante.

—El control sobre Sara.

—Sí.

—Durante veintisiete años tú la has controlado. No la has tocado. Yolanda me lo confirmó en Pollença. Mateo me lo confirmó en Valdemoro. Pero la has controlado en cada detalle. Qué ropa se ponía. Qué libros leía. Qué piezas de piano estudiaba. A qué hora cenaba. Con quién hablaba. Por qué. ¿Por qué tanto detalle?

Víctor se tomó su tiempo.

—Porque una persona controlada desde el detalle pequeño, durante veintisiete años, no se pregunta nunca por lo grande.

—Lo grande.

—Quién es. De dónde viene. Por qué su tío no tiene fotos de cuando era joven. Por qué no hay primos. Por qué la familia de Palencia dejó de llamar en algún momento. Si Sara hubiera tenido libertad para moverse en lo pequeño, se habría preguntado lo grande en algún momento. Pero un ser humano que no elige el pintalabios, no elige tampoco las preguntas sobre su propia vida. Esa era la fórmula.

—Es una fórmula de manual.

—Lo es. Yo la aprendí leyendo. No la inventé.

—¿Quién la inventó?

—Mi madre. Pero a eso llegamos ahora.

Pausa.

Víctor miró a Nora.

—Entonces, ahora sí, el sombrero.

—El sombrero.

—Sí.

—Mamá me contó lo del verano de mil novecientos setenta y dos. Tu madre te abofeteó delante del pueblo. Te dijo: "Alfonso, tú eres el listo." Eso lo sé.

—Lo que no sé es lo que pasó después.

—Después.

—Eso. Después. Tu madre te abofeteó con ocho años. Tú tenías rabia. Tienes rabia durante cuatro décadas. Te llevas a mi hermana en mil novecientos noventa y ocho. Esa rabia, llevada durante veintiséis años desde los ocho hasta los treinta y cuatro, no explica todo. Alguien rabia treinta y cuatro años por un sombrero no se lleva a la hija de su hermano. Se pelea con su hermano. Se va de la familia. Hace terapia. Se enamora de otra gente. Pasan cosas. Tu rabia se convirtió en otra cosa. Quiero saber qué.

Víctor la miró.

Un minuto largo.

—Sobrina.

—Adelante.

—Lo del sombrero fue solo el primer día.

—Lo suponía.

—Después de aquello, durante los diecisiete años siguientes, tu abuela repitió esa frase. Literal. Cada tres o cuatro meses. En cada comida familiar. En cada cumpleaños. En cada Navidad. En cada boda de primos. Cada vez que Alfonso destacaba en algo. "Alfonso, tú eres el listo." Mi madre lo hacía con aparente cariño. No era cariño. Era sistema. Era metodología.

Nora bajó la mirada.

—Durante diecisiete años —siguió Víctor—, cada momento en que la familia se reunía, mi madre me colocaba, delante de todos los demás, en un lugar por debajo de Alfonso. Alfonso no hacía nada para merecerlo. Alfonso no era más listo que yo. En muchas cosas lo era menos. Pero la medida estaba decidida y era mi madre quien la sostenía. Durante diecisiete años.

—¿Y tu padre?

—Mi padre veía y callaba. Le tenía miedo a mi madre como se lo tenía todo el pueblo. Mi padre, una vez, a los catorce años míos, me apartó en un pasillo y me dijo: "Pedro, tu madre está equivocada. Tú también eres listo. No te creas que eres el tonto de esta casa." Lo dijo y se fue. Nunca lo volvió a decir. No me lo volvió a repetir. Murió en mil novecientos ochenta de un cáncer fulminante. Mi madre sobrevivió hasta dos mil uno.

—¿Y Alfonso?

—Alfonso no hizo nunca nada contra ello. Pero tampoco a favor. Aceptaba el papel que le daba mi madre. Iba aprendiendo a aceptarlo. Se convirtió en el listo. Fue el que sacó mejores notas, el que estudió oposiciones, el que entró en el cuerpo más rápido, el que se casó con una chica de buena familia, el que tuvo hijas guapas. Y cada uno de esos hitos fue, para mí, una prueba más de que yo era el tonto.

—Pero también fuiste inspector. Te casaste. Tuviste una vida. Eras reconocido en el cuerpo. Tuviste contactos. Ascendiste. ¿Dónde estaba el tonto?

—En ninguna parte. Pero dentro de mi cabeza, en todas.

Víctor respiró.

—En mil novecientos ochenta y cinco, con treinta y dos años, yo llegué a una conclusión.

—¿Cuál?

—Que si yo seguía siendo Pedro Vidal Santamaría, el hermano mayor de Alfonso, iba a morir a los sesenta años siendo el tonto de

la familia. Aunque hubiera subido al puesto que subiera. Mi madre todavía vivía. Mis tíos, mis primos, mis sobrinos, tú todavía no habías nacido, pero era cuestión de tiempo. Toda la gente que me importaba iba a seguir viéndome por detrás de Alfonso. Y yo no lo iba a soportar.

—¿Entonces?

—Entonces me morí.

Nora cerró los ojos.

—Me convertí en Víctor Palacios. Un hombre sin familia. Un hombre sin hermano mayor y sin hermano menor. Un hombre con una pareja en Madrid que lo aceptaba. Un hombre que podía empezar de cero. Lo hice. Lo hice por razones que me parecieron, entonces, razonables.

—Y cuando lo hiciste, dejaste de ser el tonto.

—Dejé. Durante trece años fui Víctor Palacios, inspector, sin hermanos, sin pasado. Fui bueno en el trabajo. Trabajé con tu padre, sin que él lo supiera, durante siete años. Lo miraba cada día. Lo saludaba. Lo invitaba a su cumpleaños. Le regalaba botellas. Y cada noche, cuando volvía a mi casa de Madrid, me iba a la cama contento.

—¿Por qué?

—Porque sabía lo que Alfonso no sabía. Y eso me hacía el listo por primera vez en mi vida.

Nora abrió los ojos.

—Entonces lo del sombrero, durante trece años, estuvo cubierto.

—Cubierto.

—¿Y en mil novecientos noventa y ocho?

—En mil novecientos noventa y ocho, mi madre, que tenía entonces ochenta y dos años, subió a verme a Madrid en tren, contra lo que ella solía hacer, acompañada por una prima. Vino a mi casa.

Estuvimos los dos solos media hora. Y en esa media hora, mi madre me dijo una frase que ya no pudo destruirme porque yo era Víctor Palacios, pero que sí me destruyó a la persona que había sido dentro de mí durante trece años.

—¿Qué frase?

—Me dijo: "Pedro, yo siempre he sabido que tú eras el listo. Pero Alfonso me daba pena. Alfonso era más tonto que tú y yo le quise dar una ayuda. A ti no te hacía falta."

Nora se quedó muy quieta.

—Entonces el apodo "el listo" para Alfonso...

—Era por pena.

—Así es.

—Era para compensarle.

—Eso.

—Y tú durante diecisiete años de infancia, y trece años de adulto, creíste que tu madre te llamaba a ti el tonto por considerarte menos.

—Creí.

—Y en mil novecientos noventa y ocho te enteraste de que era todo lo contrario.

—Todo lo contrario.

—Y con ochenta y dos años ella te estaba diciendo, sin haber medido el daño, que tu hermano había sido el protegido por flojo, no por capaz.

Víctor apoyó los codos en la mesa. Apoyó la cara en las manos esposadas. Durante unos treinta segundos se quedó así, sin que Nora pudiera ver bien sus ojos.

Luego levantó la cara.

—Cuatro días después, me llevé a Sara.

Silencio.

Nora tragó saliva.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque si Alfonso no había sido el listo, sino el protegido, entonces todo lo que Alfonso tenía —incluidas sus hijas— era un regalo que le había hecho mi madre por tener menos capacidad que yo. Y yo, que había pasado medio siglo creyéndome el segundo, en cuatro días me convertí en el tomador de venganzas.

—Pero venganza contra tu madre.

—Contra mi madre, sí. Contra mi hermano, también. Contra toda la familia, también. Contra la vida entera, también. No pensé en aquel momento en Sara. Pensé en tu madre, porque tu madre era una mujer que para mí representaba lo que yo no había tenido. La novia de Alfonso el protegido. La que me había tratado con condescendencia durante años sin saberlo. Me llevé a su hija. No me di cuenta hasta después de que me estaba llevando a una niña.

—Víctor.

—Dime.

—Eso es una explicación. No un perdón. ¿Me estás pidiendo un perdón?

—No.

El aire se quedó corto entre ellos.

—¿Qué me estás pidiendo entonces?

—Una cosa solamente.

—Que cuando Clara, algún día, me haga la misma pregunta que tú me has hecho hoy, tú se la cuentes.

—¿Por qué yo y no tú?

—Porque a Clara, si me la cuento yo, le va a sonar a justificación y me va a odiar. Y ella no tiene que odiarme. Ella tiene que entender que su vida fue robada por un viejo que, en su infancia, fue destruido por una frase repetida durante diecisiete años sin que

nadie lo mirara. Esa frase es lo único que justifica operativamente que ella hoy exista con otro nombre. No es un perdón. Es una explicación.

—Víctor.

—Dígame.

—Si Clara te pregunta, se lo cuento yo.

—Gracias.

El aire entre ellos se volvió más denso.

Dos minutos.

Nora se tomó todo el tiempo.

—Víctor.

—Dígame.

—Una última cosa y me voy.

—Dígame.

—Mi padre. ¿Tú lo mandaste matar a Fermín?

—Lo mandé.

—¿Cuándo tomaste la decisión?

—En enero de dos mil quince. Cuarenta y cinco días antes. Tu padre estaba cerrando el cerco. Me había llamado tres veces en los últimos dos meses. Me había invitado a tomar un café sin explicar por qué. Había empezado a hacer preguntas a otra gente sobre mí. Entendí que me iba a detener en febrero. Decidí que yo detenía antes.

—¿Te arrepientes?

—No.

Nadie se movió.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hubiera matado, me habría detenido. Y si me hubiera detenido en febrero de dos mil quince, Clara habría tenido

que volver a una familia que no reconocía. Yo llevaba seis años enseñándola a ser Helena Vidal Palacios, a mirar al mundo desde otro lugar, a tocar piano, a ser una mujer. Si yo hubiera caído entonces, Clara habría vuelto con veinticuatro años a una familia que había pasado diecisiete años desconociéndola. La habría roto. Yo preferí matar a tu padre y mantenerme doce años más protegiéndola a ella de una vuelta catastrófica.

—Ahora está volviendo catastróficamente igual.

—Pero a los treinta y cinco, no a los veinticinco. Tiene diez años más de vida propia. Y tú, sobrina, que ahora tienes treinta y ocho en vez de veintiocho, eres una mujer con más herramientas para ayudarla. Yo tomé, entonces, una decisión cínica pero correcta.

—Víctor.

—Dígame.

—Eso es una explicación repugnante.

—Lo es.

—Y no te la voy a contar yo a Clara.

—No hace falta. Clara un día lo va a deducir sola.

Nora se levantó.

—Víctor.

—Sobrina.

—No voy a volver.

—Lo suponía.

—Una última cosa.

—Dígame.

—Gracias por decirme lo del sombrero.

—De nada.

—Adiós, Pedro.

Nora lo llamó Pedro por primera vez.

Se giró.

Salió.

En el taxi de vuelta a Madrid, Nora observó por la ventana durante los primeros veinte kilómetros sin pensar en nada concreto. Cuando el taxista puso la radio, pidió que la apagara.

A las doce y cuarenta, entró en casa.

Clara estaba en el salón con su portátil.

—Nora.

—Clara.

—¿Dónde has ido?

—A un sitio que no te voy a contar todavía. Un día te lo contaré. Hoy no.

—Voy a hacer una cosa que no he hecho nunca.

—Me voy a echar en el sofá una hora a llorar.

Clara la miró.

No dijo nada.

Se levantó. Le puso una manta sobre las piernas. Le dejó un vaso de agua al lado. Se sentó en el otro sillón, con el portátil, y siguió con lo que estaba haciendo.

No la miró.

Le dio espacio.

Nora lloró, por primera vez en once años, durante cincuenta y tres minutos sin parar.

Clara no dijo nada en esos cincuenta y tres minutos.

Cuando Nora se incorporó, Clara le pasó una segunda manta y le dijo:

—¿Te hago un té?

—No sé. Quizá.

—Bien.

Clara fue a la cocina. Puso la tetera. Preparó dos tazas. Volvió con las dos.

Se sentaron las dos en el sofá grande, una al lado de la otra, con las tazas en las manos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 27

Piso propio

El sábado Clara se mudó.

A las nueve y veinte de la mañana llegó una furgoneta pequeña de Mudanzas Azucena a la puerta del piso de Nora, en la calle del Ave María. Dos mozos uruguayos bajaron del vehículo. Subieron las cuatro cajas de cartón, la maleta grande y la guitarra acústica que Clara había comprado en un mercadillo de Lavapiés el miércoles porque, según dijo al entregarle Nora la lista de cosas necesarias para el piso nuevo, "quería probar si me daba por aprender".

Nora bajó con ellos. Acompañó a Clara hasta el portal del piso nuevo. Subieron los tres pisos. Entraron.

El piso de Clara, que Nora había visto vacío hacía ocho días, seguía estando vacío. No había muebles. Solo las llaves, una bombilla desnuda en cada habitación, el olor a pintura nueva del último repaso del casero, y por debajo un leve aroma a barniz de suelo y a cartón nuevo de las cajas que Clara había ido subiendo durante la mañana. Hacía frío. El termo de agua caliente no estaba aún conectado y las paredes vacías no guardaban calor.

—Nora.

—Dime.

—Empiezo con las cajas. Los muebles llegan el lunes por la mañana.

—¿Qué muebles?

—Sofá, cama, mesa de comedor, seis sillas, dos estanterías, dos mesitas de noche y una alfombra. Todo de segunda mano. De una tienda de la calle Mesón de Paredes. Me lo lleva el dueño en su camión el lunes. Trescientos veinte euros el conjunto.

—¿Dónde vas a dormir esta noche?

—En un colchón hinchable que me ha dejado Sergio.

—¿Sergio?

—Sergio. Le mandé un mensaje el jueves preguntándole si tenía uno en el trastero. Me dijo que sí. Me lo trajo anoche a tu casa. No te lo he dicho porque estabas echándote la siesta.

Nora asintió.

—¿Quieres que me quede hoy?

—No.

—¿Segura?

—Segura. Esta noche me quedo sola. Mañana voy a ir a comer contigo. Y el lunes, cuando lleguen los muebles, si puedes pasar al final del día, me ayudas a colocarlos.

—De acuerdo.

Clara abrió una de las cajas. Sacó un libro. Lo dejó sobre el alféizar de la ventana.

—Nora.

—¿Qué pasa?

—Ya está.

—Ya está.

—Gracias por dejarme vivir contigo estas tres semanas.

—De nada. Tú también me has dejado vivir contigo estas tres semanas. En eso nos hemos igualado.

Clara sonrió.

Nora se acercó. Se abrazaron. Corto. Sin discurso.

Nora salió.

Bajó por las escaleras. Al llegar a la calle, se quedó un segundo en la acera mirando hacia arriba, a la ventana del tercero. Clara estaba junto a la ventana, agachada, abriendo una caja, con la luz natural dándole en el pelo.

Vivía sola por primera vez en treinta y cinco años.

Vivía sola con un nombre que había elegido ella misma.

Vivía sola, por primera vez en su vida, sin nadie supervisando. Sin Víctor al otro lado. Sin un tutor falso. Sin un secuestrador disfrazado de tío. Sin un hermano mayor inexistente.

Sola.

Con una guitarra acústica que iba a intentar aprender a tocar sin que nadie le dijera qué acorde tenía que darle primero.

Nora se quedó en la acera un minuto largo.

Luego caminó hasta su piso.

El lunes a las doce menos dos, Nora entraba por tercera vez en la consulta de Pablo Rivas.

—Inspectora.

—Pablo.

Esta vez Nora se sentó con un poco más de soltura.

—¿Cómo le fue la semana de baja?

—Bien.

—Cuénteme.

—Dormí mucho. Leí un libro entero. Paseé por el Retiro cuatro mañanas. Cociné una paella que me salió mal. Vi dos películas de ciencia ficción en el Odeón. Cené con una amiga que no veía desde hacía ocho meses. Llamé a mi tía de Palencia, que no llamaba desde hacía dos años, y hablamos cincuenta minutos.

—Bien.

—Y fui a Navalcarnero.

Pablo Rivas levantó las cejas.

—¿A Navalcarnero?

—A visitar a Víctor. Vis a vis reglamentario. Miércoles. Solo con Sergio enterado.

—Aja.

—Le pregunté por el sombrero. Me contestó lo que ya sabe usted que yo sospechaba: que lo del sombrero era solo el principio. Me contó una revelación que tuvo con su madre en mil novecientos noventa y ocho, cuatro días antes de llevarse a mi hermana. Entendí por qué lo hizo. Lo entendí sin perdonarlo, desde luego. Pero lo entendí.

—Perfecto.

—Al volver a casa, me eché en el sofá y lloré cincuenta y tres minutos.

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Muy bien.

Nadie bajó la mirada.

—¿Por qué muy bien?

—Porque era lo que le tocaba. Llevaba usted once años sin llorar. La primera vez que alguien llora en once años, cuando llega, dura mucho rato. Es normal.

—Clara me trajo un té.

—Entendido.

—No habló. Solo me dejó llorar. Me puso una manta. Me sentó en el sofá con ella cuando terminé.

—Clara es mejor de lo que cualquiera de nosotros anticipábamos hace tres semanas.

—Lo es.

—Esta semana, ¿qué otra cosa?

—El sábado, mi hermana se mudó a su piso propio a tres calles del mío. Está sola por primera vez en su vida. Yo la dejé allí con una caja medio abierta y una guitarra acústica. Bajé a la acera. Miré hacia la ventana. Y sentí algo que no sabía que se podía sentir sin llorar.

El silencio entre ellos se volvió más denso.

—¿Qué sintió?

—Satisfacción.

—Bien.

—No alivio. No orgullo. Satisfacción. Como quien ve a alguien que estaba enfermo empezar a andar por la habitación sin apoyo.

—Bien.

—Pablo.

—Dígame.

—Una pregunta que llevo todo el fin de semana haciéndome.

—Dígame.

—¿Cuándo dejo de venir aquí?

Pablo Rivas la miró.

—Cuando no le haga falta.

—¿Y eso cuándo es?

—Cuando pase la semana sin necesitar contarme nada concreto. Cuando llegue aquí el lunes y me diga: esta semana no he tenido nada importante que hablar con usted, y se quede callada cuarenta

minutos sin incomodarse. Cuando llegue ese día, entonces dejamos de vernos. Puede pasar en tres meses. Puede pasar en tres años.

—Entendido.

—Una cosa, inspectora.

—Dígame.

—Usted me va a pedir en algún momento, dentro de unos meses, que le reduzca la frecuencia. De una vez por semana a una cada quince. Y luego una al mes. Y luego, una cada dos meses. Ese es el protocolo natural. No lo precipite. Pero cuando usted lo sienta, me lo dice.

—De acuerdo.

Cuatro minutos.

—Pablo.

—Dígame.

—Una última cosa que le quiero contar hoy.

—Dígame.

—Mañana voy a la primera vista preliminar de Fermín Rojas en la Audiencia Nacional. Comparezco como testigo policial. Voy a tener que sentarme cinco metros de él. Voy a tener que relatar al juez la confesión que Fermín hizo el diecisiete de octubre en el chalé de Alberto Alcocer cuando dijo, en voz alta, "yo empujé a su padre". Voy a tener que sostener esa historia delante de él.

—Bien.

—Y no me siento capaz.

—¿Por qué no?

—Porque mi padre era mi padre. Y Fermín es el hombre que lo empujó. Y yo todavía tengo que funcionar como una inspectora delante de él. Y no sé si puedo.

Pablo Rivas se quitó las gafas. Las limpió con el borde del jersey. Se las volvió a poner.

—Inspectora.

—Dígame.

—Mañana usted no va a la Audiencia como la hija de Alfonso Vidal. Va como la inspectora jefe Nora Vidal, que lleva una investigación de veinte meses cerrada con dos detenidos y una confesión firmada. El hecho de que una de esas personas haya matado a su padre no es relevante para el papel que usted desempeña mañana en esa sala. Fermín Rojas va a ser juzgado por los hechos que cometió. Usted tiene que relatarlos objetivamente.

—Lo sé.

—Y si el juez le pregunta si tiene conflicto de interés, usted dice que sí. Y si le pregunta si quiere que otro inspector relate la confesión, usted dice que sí también. Y entonces sale de la sala. Y otro inspector, Sergio seguramente, entra a relatarla.

—¿Eso puedo hacerlo?

—Eso es lo que tiene que hacer. No es síntoma de debilidad. Es protocolo. Los inspectores que relatan confesiones con conflicto de interés comprometen casos. Mañana, si el juez le pregunta, usted dice la verdad. Y Sergio relata.

—Eso no se me había ocurrido.

—Se lo ocurre mañana en la sala, si le ocurre. Si no, no. Usted decide al momento.

—Pablo.

—Dígame.

—Gracias.

—No me las dé. Trabajo.

Nora se levantó.

Salió.

Al cruzar la calle hacia el metro, sintió por primera vez en muchos meses una cosa rara. Una especie de solidez por dentro. Ninguna ola. Ningún vértigo. Solo cuerpo sobre cuerpo, paso tras paso, una mujer de treinta y ocho años caminando por la calle Doctor Castelo a la una menos diez de un martes de noviembre.

A las cuatro de la tarde, Nora bajó a casa de Clara con una bolsa de papel con queso, pan y chorizo.

Estuvo con ella dos horas colocando los muebles que habían llegado por la mañana.

A las seis, cuando Clara se metió en la cocina a preparar café, Nora se paró a mirar el salón.

El sofá segunda mano. La mesa de comedor pequeña con seis sillas desparejadas. Las dos estanterías con los pocos libros que Clara había llevado del piso anterior, más los tres que había comprado esa semana. La alfombra beige un poco gastada. Una ventana sin cortinas. Una lámpara de pie con pantalla de tela. Y, en una esquina, la guitarra.

Era un piso pequeño, improvisado, feo.

Era también el primer piso que una mujer llamada Clara Vidal Cabrera había elegido en su vida.

Y eso lo convertía en una sala museo privada.

Nora se sentó en el sofá.

Clara llegó con los dos cafés.

Bebieron en silencio.

—Mañana vas a la Audiencia.

—Mañana voy.

—¿Vas a declarar?

—Depende.

—¿De qué?

—De si me doy cuenta a tiempo de que no puedo.

—Bien.

—Clara.

—Dime.

—Si mañana a las tres de la tarde recibes un mensaje mío diciendo que he declarado, ha salido bien.

Fuera, empezaba a oscurecer.

—Si recibes un mensaje mío diciendo que ha salido Sergio en mi lugar, también ha salido bien.

—De acuerdo.

—Las dos cosas son buenas.

—Las dos cosas son buenas.

—Solo sería malo si no saliera ninguno de los dos.

—Vale.

—Clara.

—Dime.

—Mañana no vengas.

—No voy a venir.

A las siete y media, Nora se fue.

Antes de salir, Clara le dio un segundo abrazo del día. Más largo. Sin decir nada. Nora lo encajó sin rigidez por primera vez desde que tenía memoria.

En la calle, caminando hacia su piso, Nora sacó el móvil. Buscó a Sergio.

—Sergio.

—Nora.

—Mañana a la Audiencia voy yo, como estaba previsto. Pero si al ver a Fermín siento que no puedo, voy a pedirle al juez que me sustituyas tú. Pablo me ha dicho que se puede. ¿Estás disponible?

—Estoy disponible.

—Te llevo preparado todo el material por si acaso.

—Gracias.

—Una cosa más.

—Dime.

—Tú me has cuidado mucho estas semanas. Lo sé. No te lo he dicho.

—Te lo diría también yo de vuelta si supiera.

—Yo te lo digo ahora.

Colgó.

Subió al piso.

Cenó sola una tostada con tomate y aceite. Se acostó a las diez y cuarto.

Antes de apagar la luz, se quedó un momento mirando la estantería del salón, donde durante veintisiete años había mantenido la foto de Sara de los siete años enmarcada como única imagen de su hermana desaparecida.

La foto seguía allí.

Al lado, desde hacía una semana, había una segunda foto. Clara, a los treinta y cinco años, tomada por Nora con el móvil el sábado anterior a la mudanza, mientras Clara se reía en la cocina por una tontería que había dicho Sergio en una cena.

Las dos fotos, juntas.

La niña de siete años que había existido y que ya no iba a volver.

La mujer de treinta y cinco años que estaba intentando existir por primera vez.

Nora apagó la luz.

Se durmió a los quince minutos.

Mañana, por la mañana, entraría en la Audiencia Nacional a declarar.

O no.

Al día siguiente, a las once y veinte, lo iba a saber con certeza cuando Fermín Rojas entrara en la sala esposado y ella tuviera que mirarlo a la cara.

A las diez y cinco de la noche, mientras Nora terminaba de colocar los libros de Clara en la estantería del piso nuevo, Sergio la llamó desde comisaría.

—Nora.

—Sergio.

—Marta acaba de traerme una identificación que llevamos dos semanas intentando cerrar.

—Dime.

—El hombre alto del norte. El que acompañaba a Víctor en Mejía Lequerica. El que podría haber entrado en la celda de Paredes el día de su muerte.

—¿Quién es?

—Se llama Antonio Rey. Sesenta y dos años. Cadáver nórdico, nacido en Oviedo. Ex comisario de Asturias, retirado en dos mil quince por una supuesta invalidez médica que nunca se aclaró del todo. Lleva diez años viviendo entre Oviedo y Gijón. Figura en tres de las treinta y ocho referencias del cuaderno verde. Acaba de subir a un autobús desde Oviedo a Andorra hace cuatro horas. El juez Salinas está librando orden europea en este momento.

Nora fijó la vista la pared.

—Antonio Rey.

—Ese nombre.

—Ese nombre me suena.

—Me temía que te sonara.

—¿Por qué?

—Porque trabajó con tu padre hace más de una década. En el caso del Escultor del Río. Fue uno de los oficiales de enlace entre Asturias y Madrid. Su firma aparece en doce de los informes que llevaste tú archivando durante los últimos once años sin saber lo que estabas tocando.

Silencio.

—Sergio.

—¿Qué pasa?

—Esto va para mucho más lejos del cuaderno verde, ¿verdad?

—Eso me temo.

—Bien.

—Mañana empezamos.

—Mañana.

CAPÍTULO 28

Fermín Rojas Valverde

Nora llegó a la Audiencia Nacional a las diez y veintidós de la mañana. Había calculado llegar a las diez y veinticinco, pero el metro de la línea cinco iba vacío y había cogido un tren antes de lo previsto.

Entró por la puerta lateral del edificio principal, enseñó el carnet a los dos agentes de seguridad, pasó el arco detector, subió por la escalera de piedra hasta la segunda planta.

A las diez y veintiséis, caminando por el pasillo largo que conducía a la sala cuatro, Nora vio algo que no había previsto.

Por el pasillo paralelo, separado del suyo por una mampara de cristal translúcido, pasaban en ese mismo momento dos agentes de policía uniformados acompañando a un detenido esposado.

El detenido era un hombre alto, de sesenta y pocos años, con el pelo blanco corto, la espalda recta, vestido con pantalón oscuro y americana marrón de paño. Llevaba unas gafas pequeñas de montura metálica delgada, casi invisibles, el tipo de gafas que escoge quien quiere ver sin ser visto. Y una cicatriz fina, antigua, en el lado derecho del labio superior, que le hacía sonreír sin querer cuando estaba tenso. Caminaba con dignidad. Sin prisa. Con los ojos fijos en la puerta del fondo del pasillo, hacia la cual lo conducían.

Nora se paró.

Lo reconoció por la foto que Sergio le había enseñado en el móvil la noche antes.

Antonio Rey. Ex comisario de Oviedo. Detenido en Andorra hacía treinta horas. Traído a Madrid la noche anterior. Primera comparecencia preliminar con el juez de guardia a las diez y media.

Nora lo observó durante seis segundos a través del cristal translúcido.

Rey no la vio. No miró en su dirección. No sabía que ella estaba ahí.

Pero Nora lo vio a él.

Vio al hombre que durante cuatro visitas había entrado en el piso de Mejía Lequerica entre mil novecientos noventa y ocho y dos mil cuatro para hacer lo que le había hecho a Sara mientras ella tenía entre siete y catorce años. Vio al hombre que había cobrado sus visitas en efectivo, quince mil euros cada una. Vio al hombre que había trabajado doce años como compañero de su padre sin que Alfonso supiera nunca lo que Rey había hecho en aquel piso. Vio al hombre que durante los próximos doce meses iba a cooperar con la fiscalía para destapar otros siete casos iguales al de Sara.

Vio la espalda recta.

Vio los zapatos bien lustrados.

Vio el perfil de hombre de Iglesia.

Le bastó con seis segundos.

Rey y los agentes desaparecieron al fondo del pasillo paralelo. Se oyó una puerta cerrarse.

Nora siguió caminando. Llegó a la sala cuatro a las diez y veintinueve. Entró por la puerta de testigos. Saludó al ujier con un gesto de cabeza. Se sentó en el banco de la segunda fila.

No le dijo a Sergio lo que acababa de ver en el pasillo. No se lo dijo tampoco a Fuentes. No se lo dijo a Marta.

Era una cosa suya.

Una cosa que se quedaba en ese pasillo, entre el cristal translúcido y los seis segundos.

Una cosa que no necesitaba ser contada.

La sala cuatro de la Audiencia Nacional, a las once y doce minutos del martes diecinueve de noviembre, olía a madera vieja, a papel, y a la cera de los bancos de roble que habían sido encerados el viernes anterior.

Nora estaba sentada en el banco de los testigos, segunda fila, al lado de Sergio Alatriste, que llevaba una carpeta con la documentación preparada desde el domingo por la noche.

Fuentes estaba en la tercera fila, sentado al final. Había venido a hacer compañía sin decirlo.

Marta también estaba, en la cuarta, al fondo.

Ninguno le había pedido a Nora que fuera a acompañarla. Los tres se habían presentado por su cuenta.

A las once y diez, el juez Enrique Salinas entró por la puerta lateral. Se sentó. Los letrados tomaron sus posiciones. La sala se quedó en silencio.

A las once y doce, la puerta del fondo, donde venían los detenidos, se abrió.

Fermín Rojas Valverde entró esposado, acompañado por dos funcionarios. Uniforme azul. El pelo más ralo que en octubre, más gris. La piel de un tono amarillo ligero que Nora, sin ser médica, reconoció como propio del cáncer hepático avanzado. Los labios secos. Había perdido peso.

Caminó despacio. Se sentó en el banquillo central.

Miró al juez.

No miró a Nora.

No la había mirado en los diez segundos anteriores, al entrar.

Nora respiró.

—Inspectora.

Era el juez. La miraba.

—Señoría.

—Inspectora jefe Nora Vidal, del departamento de Homicidios de Madrid. Usted ha sido requerida para declarar como testigo policial en esta vista preliminar respecto a los hechos ocurridos el diecinueve de octubre en el número treinta y dos de la calle Alberto Alcocer, Madrid, concretamente respecto de la declaración espontánea emitida en ese contexto por el aquí presente señor Fermín Rojas Valverde. ¿Está usted lista para declarar?

Nora se levantó. Salió del banco. Caminó hasta la tarima de los testigos.

Se sentó en la silla pequeña.

Puso las manos sobre las rodillas.

Miró al juez.

—Señoría. Antes de comenzar mi declaración, quisiera comunicarle respetuosamente una cuestión.

—Adelante, inspectora.

—El señor Fermín Rojas Valverde ha reconocido, el día diecinueve de octubre, en presencia de tres agentes y de la propia inspección, haber dado muerte al inspector jefe Alfonso Vidal en febrero de dos mil quince por encargo del señor Víctor Palacios Santamaría, alias Pedro Vidal Santamaría, ambos actualmente detenidos. El inspector jefe Alfonso Vidal era mi padre biológico.

Silencio en la sala.

—Por este motivo, señoría, considero que tengo conflicto de interés para relatar la declaración espontánea del acusado, y solicito respetuosamente que, si usted lo considera procedente, sea el inspector Sergio Alatriste, aquí presente, quien relate los hechos

testimoniales en mi lugar. Mi declaración, si es necesaria, podría reducirse a la descripción del entorno operativo y del procedimiento policial, quedando los hechos directamente verbales del acusado bajo la declaración del inspector Alatriste, que los presenció íntegramente.

El juez se quedó un momento mirándola.

—¿Ha consultado esta decisión con su unidad, inspectora?

—Lo he consultado con el comisario Ramón Fuentes, aquí presente, quien está conforme. Y con el inspector Alatriste, que está igualmente disponible.

—Bien. Se acepta la sustitución testimonial. Inspectora Vidal, queda excusada de la declaración. Inspector Alatriste, por favor.

Nora se levantó.

Caminó de vuelta al banco.

Al cruzar delante de Fermín, este levantó la cabeza y la miró por primera vez.

Nora no se paró. No le devolvió la mirada más que un segundo. Lo justo para que él supiera que ella lo había visto.

Se sentó. Sergio se levantó. Le apretó un momento la mano a Nora antes de pasar por delante.

Ocupó la tarima.

Declaró durante cuarenta y tres minutos.

Nora escuchó cada palabra.

Sergio relató la entrada en el chalé, la reducción de los dos hombres, la petición de Víctor Palacios a Marta de un minuto de conversación con Nora, la conversación, y la confesión espontánea de Fermín con las palabras exactas: "Yo empujé a su padre. En el tejado de Vallecas. Febrero de dos mil quince. Lo hice por encargo de este hombre. Cobré ciento veinte mil euros en una cuenta de Andorra que sigue sin tocar. Se lo digo ahora porque él me acaba de

pedir que lo diga." Sergio mantuvo la voz tranquila. El juez no interrumpió. El letrado de la defensa preguntó dos cosas técnicas: si la confesión había sido precedida por lectura de derechos, y si había sido grabada íntegramente. Sergio respondió afirmativamente a ambas.

A la una menos cinco, Sergio terminó.

El juez tomó notas tres minutos.

—Señor Fermín Rojas Valverde.

—Señoría.

—¿Ratifica usted hoy, en esta sala, lo declarado el diecinueve de octubre en la calle Alberto Alcocer?

Fermín se levantó con dificultad. Las manos esposadas apoyadas en el borde del banquillo. Respiró dos veces.

—Lo ratifico íntegramente, señoría. Y añado dos cosas, si me permite.

—Adelante.

—Una. Mi salud es limitada. Tengo un cáncer de hígado en fase terminal. Mi pronóstico es de tres a cinco meses. Pido a usía que, en la medida de lo que las leyes le permitan, mi condena sea cumplida en el módulo hospitalario del centro penitenciario que se determine, para poder recibir tratamiento paliativo. No estoy pidiendo rebaja de pena. Estoy pidiendo condiciones médicas.

—Queda anotado, señor Rojas.

—Dos. Quisiera que se le haga saber a la inspectora Nora Vidal, aquí presente como testigo ausente, una cosa que no dije el día diecinueve de octubre y que creo que ella tiene derecho a saber.

El juez miró a Nora.

Nora asintió.

—Adelante, señor Rojas.

Fermín se giró hacia Nora.

—Inspectora.

—Señor Rojas.

—En el tejado de Vallecas, el día cuatro de febrero de dos mil quince, antes de que yo lo empujara, su padre me dijo una frase.

—Adelante.

—Me dijo: "Fermín, dile a Nora que no era suya la culpa. Cuando crezca va a querer creer que yo morí por algo que ella pudo haber hecho de otra forma. Dile que no. Dile que yo morí por una cosa que empezó antes de que ella naciera."

Nora no se movió.

La sala se quedó en silencio por diez segundos largos.

—¿Por qué le dice esto ahora, señor Rojas?

—Porque Pedro Vidal me lo pidió en el chalé el día que nos detuvieron. Y porque yo llevo once años sin decirlo. Y porque, aunque yo soy el hombre que le quitó al padre, ella es la hija que me va a ver morir sin que yo se lo haya dado. Y yo quiero irme habiéndoselo dicho.

El juez anotó.

—Queda incorporado al expediente.

Fermín se volvió a sentar.

Nora bajó la mirada.

No lloró.

No se levantó.

Se quedó quieta en el banco.

Sergio, a su lado, le puso la mano en el antebrazo. La dejó allí.

A la una y once, el juez Salinas cerró la vista preliminar. Fijó la siguiente comparecencia para el diecisiete de diciembre. Ordenó que Fermín Rojas, con urgencia, fuera trasladado al módulo hospitalario del Centro Penitenciario Madrid cinco. La fiscalía no se opuso.

Fermín salió de la sala antes que nadie. Al pasar por delante del banco de los testigos, no giró la cabeza.

Nora tampoco.

Cuando la sala se vació, Fuentes se acercó. Se sentó al lado de Nora, en el banco de atrás. Le puso una mano en el hombro.

—Nora.

—Ramón.

—Has hecho bien.

—Gracias.

—Tu padre estaría contento.

—Correcto.

—¿Estás bien?

—Ahora no lo sé. Dentro de una semana, quizá.

—Vale.

La pantalla del ordenador parpadeó una vez.

—Lo que ha dicho Fermín antes de irse. De mi padre.

—Lo he oído.

—¿Tú crees que es verdad?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque tu padre, durante los últimos dos meses antes de morir, me decía cosas parecidas cuando cenábamos. No con esas palabras exactas. Con otras. Sobre ti. Sobre la posibilidad de que a ti te cayera encima algún día la culpa de su muerte. Llegó a pedirme, en enero de dos mil quince, que si algún día tú llegabas a pensar que él había muerto por algo que tú podías haber hecho, yo te dijera que no. Me lo hizo repetir tres veces. Para asegurarse.

—¿Y tú no me lo dijiste nunca?

—No me salió. Pensaba que tú no ibas a llegar a pensar eso. Y no quería ponértelo en la cabeza si no llegabas sola.

—Pero llegué.

—Llegaste, sí. Todos los hijos de padres muertos llegan, tarde o temprano.

Nora asintió.

—Gracias por venir hoy.

—De nada.

—Y a Sergio, también. Y a Marta.

—Nosotros tres, Nora. Somos tu equipo. Los equipos no se sientan solo en la Pecera. También se sientan en las salas de los juzgados cuando hace falta.

Salieron los cuatro juntos.

En la escalinata de la Audiencia, a las dos menos diez, se pararon.

—¿Comemos? —preguntó Sergio.

—Comemos —dijo Nora.

—Yo invito —dijo Fuentes—. Hay un asturiano en la calle Hortaleza donde yo iba con tu padre hace años. Les gustaba la sopa de pescado. Hoy vamos allí.

—Vamos —dijo Marta.

Los cuatro bajaron la escalinata. Caminaron en silencio hasta un coche de comisaría que Marta había aparcado a dos calles. Subieron. Fuentes conducía. Sergio iba de copiloto. Marta y Nora detrás.

En el trayecto, Marta habló por primera vez desde que había entrado en la Audiencia.

—Nora.

—Adelante.

—Lo que ha dicho Fermín sobre tu padre.

—Exacto.

—Lo guardas para ti. O lo cuentas. Lo que tú decidas. Pero no te precipites.

—Solo eso.

—Bien.

Comieron en el restaurante La Querencia de la calle Hortaleza. Fuentes había reservado mesa para cuatro a las dos y media. La sopa de pescado, que efectivamente había sido la favorita de Alfonso Vidal durante años. Una fabada para Fuentes. Un filete ruso para Sergio. Una merluza a la sidra para Marta. Una tortilla de patatas para Nora.

No hablaron del caso.

Hablaron de cosas que Nora, con el tiempo, iba a recordar como el primer rato en meses en que había estado sin sensación de que algo se estaba cayendo en alguna parte. El cumpleaños de una sobrina de Sergio. Un viaje que Marta había hecho en agosto a Noruega con su ex marido y los gemelos. Una reforma pequeña que Fuentes estaba haciendo en el chalé de Mallorca para cuando se jubilara. Una serie que Sergio había empezado a ver de Nordic noir que le estaba gustando mucho.

A las cuatro y diez, pagaron. Fuentes no dejó que nadie más pusiera dinero.

Salieron.

Fuentes y Marta se despidieron al salir. Sergio acompañó a Nora hasta un taxi.

—Hoy era el día más duro que quedaba.

—Lo era.

—Ya pasó.

—Ya pasó.

—Gracias por todo.

—De nada.

—Sergio.

—¿Qué pasa?

—Diles a Clara y a Clara de mi parte que estoy bien.

—A Clara y a Clara.

—A Clara y a Clara. Mi hermana y mi madre. Las dos.

Sergio sonrió.

—Se lo digo.

Nora subió al taxi.

Durante el trayecto a Lavapiés, se quedó mirando por la ventana.

Pensó en lo que había dicho Fermín Rojas antes de ser trasladado.

"Dile a Nora que no era suya la culpa. Que yo morí por una cosa que empezó antes de que ella naciera."

Nora, a los veintisiete años cuando murió su padre, se había preguntado efectivamente durante un tiempo, de manera casi inconsciente, si ella habría podido evitarlo. Si no haberle llamado aquella mañana del día anterior, si no haberle pedido un consejo profesional que él no le dio, si no haberse mostrado enfadada con él los días previos por una cosa tonta, si no haber insistido en cenar con él el sábado siguiente que no llegó.

Había vivido con esa sospecha, sin articularla, durante once años.

Hasta hoy a la una y tres minutos.

Hoy a la una y tres minutos, un hombre de sesenta y un años con cáncer terminal, esposado en un juzgado, le había transmitido un mensaje escrito once años antes por un hombre muerto para una hija que en ese momento tenía veintisiete.

Y el mensaje decía una cosa concreta.

"No era tuya."

Cuatro palabras.

Nora cerró los ojos en el taxi.

Las dijo en voz baja, entre dientes, para ella misma:

—No era mía.

Las volvió a decir.

—No era mía.

El taxista no la oyó porque tenía la radio puesta.

Mejor.

A las cuatro cuarenta, llegó a su piso.

Entró.

Y por primera vez desde que había vuelto a vivir sola, después de que Clara se mudara, se echó en el sofá a la mitad de una tarde de martes con la manta encima y durmió dos horas seguidas sin soñar con nadie.

Cuando se despertó, a las seis y cuarenta, tenía dos mensajes en el móvil.

Uno de Sergio: "Todo bien por aquí. Mañana como siempre."

Uno de Clara: "Nora, ¿cómo ha ido? Estoy en casa si quieres venir a cenar. He comprado una botella de Ribera."

Nora contestó al segundo.

"Voy."

CAPÍTULO 29

La llamada

Antes de salir del piso, el móvil vibró otra vez.

Era Fuentes.

—Ramón.

—Nora. Diez minutos si los tienes.

—Los tengo.

—La orden europea contra Antonio Rey se firmó ayer en Andorra. Está detenido desde las siete de la tarde. Lo traen a Madrid mañana por la tarde. Empieza a hablar.

—¿Qué ha dicho?

—Lo que esperábamos, pero también lo que yo no quería tener que decirte por teléfono.

—Dilo.

Silencio de cuatro segundos.

—En la primera comparecencia voluntaria con el juez de Andorra esta mañana, Antonio Rey ha reconocido que entró en el piso de Mejía Lequerica en tres ocasiones entre septiembre de mil novecientos noventa y ocho y marzo de mil novecientos noventa y nueve. Una vez cada mes y medio. Y otra vez más, aislada, en dos mil cuatro.

Nora cerró los ojos.

—Ramón.

—Sí.

—¿Estás diciéndome lo que creo que me estás diciendo?

—Estoy diciéndote exactamente eso. Rey ha confesado los hechos. Abuso sobre una menor de siete a ocho años, identidad Helena Vidal Palacios, durante esos cuatro episodios documentados. En su declaración voluntaria, Rey afirma que los contactos fueron gestionados por Pedro Vidal Santamaría a cambio de pagos en efectivo no registrados en la contabilidad oficial de la red. Pedro cobraba quince mil euros por visita. Los ha pagado un total de cuatro veces. Sesenta mil euros.

Nora no contestó.

—Nora.

—Sigo aquí.

—Hay una cosa más.

—Adelante.

—Rey ha pedido, como parte de la negociación con el juez, aportar información sobre otros siete casos similares cometidos entre mil novecientos noventa y nueve y dos mil catorce con niñas distintas. Todas menores que el piso de Pedro canalizó en su paso por Madrid. La fiscalía está valorando el acuerdo. Si el juez lo acepta, Rey pasará el resto de su vida en prisión a cambio de ser testigo cooperante de la red entera.

—Los siete casos.

—Los siete casos, más Sara. Ocho menores identificadas. Familias que llevan entre quince y veintiséis años sin respuestas.

—Ramón.

—Ya.

—Esos siete nombres no son los del cuaderno verde.

—No. Son distintos. El cuaderno verde es la red europea completa. Rey confiesa solo sobre las menores que pasaron específicamente por el piso de Pedro. Es otra lista. Solapa en tres o cuatro nombres con el cuaderno, pero no coincide del todo.

—Entonces tenemos dos instrucciones paralelas.

—Tenemos dos. La del cuaderno, que es la red. Y la de Rey, que es el depredador en concreto. Van a ir por carriles distintos. La instrucción Rey se acelera porque él coopera. La instrucción red se ralentiza porque los implicados son pesos pesados.

Nora se sentó en la silla del recibidor.

Durante un minuto no habló.

Luego habló en voz baja.

—Ramón.

—Dime.

—¿Clara tendrá que testificar?

—En principio no. La confesión voluntaria de Rey y los pagos documentados por Pedro pueden bastar. La fiscalía lo sabe. No van a forzar a Clara a declarar si hay base probatoria suficiente.

—Gracias.

—Otra cosa. Rey, durante el interrogatorio, ha identificado por foto al tercer nombre que pediremos el jueves. Un psicólogo infantil de Madrid, jubilado, que emitía informes falsos diciendo que las niñas que aparecían por el piso de Pedro estaban en buen estado mental para encajar con las identidades falsas. Ochenta y un años. Vive en Aravaca. Se llama Rogelio Molledo. El juez firma su detención el jueves.

—Queda para enero.

—Queda para enero, sí.

—Ramón.

—Dime.

—¿Clara va a saber esto por nosotros o por los medios?

—Por nosotros. Mañana por la mañana Sergio tiene reunión fijada con su abogado de protección de víctimas. A ella le llega por ese canal. No por la prensa. Eso te lo garantizo yo.

Nora colgó.

Se quedó sentada en la silla del recibidor tres minutos. No hizo nada. No lloró. No encendió ninguna luz.

Durante veintisiete años había creído, sin articularlo, que lo peor que le había pasado a su hermana era desaparecer.

Esta tarde acababa de enterarse de que desaparecer, en el caso de Sara, había sido solo el primer daño. Que durante los meses siguientes al secuestro había habido un segundo daño, más profundo, en el piso de Mejía Lequerica, que Pedro había gestionado y cobrado. Que ese daño tenía nombre y apellido y un sobre de quince mil euros en efectivo por visita. Que ese nombre era Antonio Rey y vivía en Asturias y había sido compañero de su padre en el caso del Escultor del Río hace más de una década sin que su padre supiera nunca lo que Rey había hecho en aquel piso de Madrid en mil novecientos noventa y ocho.

Nora apoyó la frente en las manos.

Se quedó así cinco minutos.

Luego se levantó.

Se puso el abrigo.

Salió del piso.

Bajó las escaleras hacia el piso de Clara.

Clara no iba a saber nada esta noche. Eso se lo contaría Sergio mañana por la mañana, con su abogado delante, con los protocolos que hacían falta.

Esta noche iban a cenar juntas. Iban a abrir la botella de Ribera que Clara había comprado por la tarde. Iban a hablar de cosas que

no tuvieran nada que ver con los últimos sesenta días.

Iba a ser la última noche normal antes de que la segunda verdad entrara en casa.

CAPÍTULO 30

Paella

El domingo dos de diciembre, tres semanas después de la vista en la Audiencia Nacional, Sergio Alatriste invitó a Nora y a Clara a cenar en su casa.

No era Navidad todavía. Sergio solía hacer una cena con sus compañeros más cercanos en algún momento de diciembre, antes de las fiestas, aprovechando que su mujer Clara Herrera —que coincidía en nombre con la hija menor de los Vidal, lo cual durante la noche iba a provocar alguna confusión útil— tenía esa semana libre del colegio donde daba clases de música. Este año, por la obvia razón de los últimos meses, era una cena ampliada. Vendrían también la hija adolescente de Sergio, Julia, de dieciséis años, y Fuentes con su mujer.

El piso de Sergio estaba en la calle Maldonado, barrio de Salamanca, un cuarto sin ascensor que él y su mujer habían comprado con la hipoteca más dolorosa de su juventud. Tenía un salón pequeño, con una mesa de comedor rectangular que cuando se desplegaba para ocho se quedaba un poco estrecha.

Nora y Clara llegaron a las ocho y media de la noche. Llevaban una botella de albariño y un ramo pequeño de rosas blancas. Sergio abrió la puerta.

—Nora.

—Sergio.

—Pasa.

Clara entró detrás. Era la primera vez que pisaba la casa de Sergio, aunque llevaba cinco semanas cenando con él, como mínimo, una vez cada diez días en sitios de Madrid.

Clara Herrera, la mujer de Sergio, salió de la cocina con un delantal de rayas azules.

—Hola, Clara.

—Hola, Clara.

Las dos Claras se abrazaron. Fue el primer contacto físico entre ellas. Sergio, desde la puerta, hizo una pequeña ceremonia:

—Presentación formal. Ésta es Clara Herrera Alcántara, mi mujer. Ésta es Clara Vidal Cabrera, hermana de Nora. A partir de ahora, para todos los efectos prácticos de esta casa, tú —dirigiéndose a su mujer— eres Clara y ésta —dirigiéndose a Clara Vidal— es también Clara pero con apellido.

—¿Y si las dos están en la misma habitación? —preguntó Julia, la hija adolescente, asomándose desde el salón.

—Pues aprendemos rápido —dijo Sergio—. En dos horas ya nos entenderemos.

Julia se presentó. Era alta, delgada, con pelo castaño oscuro cortado por encima de los hombros, una sudadera verde con logotipo del instituto, unos vaqueros grandes. Tenía un libro en la mano.

—Hola. Soy Julia. Sí, soy la de las historias que mi padre cuenta en el trabajo.

—Hola, Julia.

—Ya me han hablado de ti, Clara Vidal. Bien, por cierto.

—Gracias.

Se sentaron en el salón mientras Clara Herrera terminaba la paella en la cocina. Fuentes llegó a las nueve menos diez con su

mujer, Luisa, que Nora conocía desde hacía quince años y a la que abrazó sin ceremonia. Luisa traía un postre de castañas asadas con nata que había hecho ella.

La cocina se llenó en dos minutos de un olor denso a aceite caliente, cebolla, ajo y pimentón, el olor específico de los domingos de la infancia que ninguna de las dos tenía ya.

A las nueve y cinco se sentaron a la mesa.

La paella era de marisco. Estaba en el punto. Alguien habló muy bien del arroz. Alguien tomó dos raciones. Alguien —Nora, por una vez— sirvió vino sin que nadie se lo pidiera.

La conversación empezó por tonterías. El clima frío. El Madrid noche. Las obras de la Castellana. Un programa de televisión que estaban viendo Fuentes y Luisa. Una película de animación que Julia había visto con amigos el viernes.

Clara Vidal estuvo media hora escuchando sin hablar, con cara atenta. Luego, al pasar la paella a los postres, dijo:

—¿Puedo contar algo yo?

—Adelante —dijo Sergio.

—Esto no se lo he contado a nadie todavía. Pero creo que estoy en el punto de querer contarlo. Espero que no sea incómodo.

—Dinos —dijo Luisa.

—Esta semana he cumplido treinta y cinco años sin querer hacerlo público. El cumpleaños de la persona que yo era según mi documentación falsa, Helena Vidal Palacios, caía el día veintitrés de noviembre. El cumpleaños de la persona que yo era realmente, Sara Vidal Cabrera, es el catorce de marzo, dentro de cuatro meses. Yo, Clara Vidal Cabrera, no tengo cumpleaños. Tengo un día de nacimiento oficial, pero no tengo una fecha nueva que me sea mía.

Silencio en la mesa.

—Y lo que pensaba hacer —siguió Clara— es ponerme yo una nueva fecha. No la del catorce de marzo, que es la de Sara, y ya no soy

Sara. No la del veintitrés de noviembre, que es la de Helena, y ya no soy Helena. Sino una fecha a partir de ahora. Que coincida con algo mío.

Julia la miraba muy concentrada.

—¿Qué fecha has elegido? —preguntó Julia.

—El diecinueve de octubre.

Fuentes bajó el tenedor.

—¿El diecinueve de octubre?

—El diecinueve de octubre —repitió Clara—. El día en que Nora y Sergio entraron en el chalé de Alberto Alcocer a las seis menos nueve minutos de la tarde. El día en que Víctor fue detenido. El día en que yo salí, a las siete cuarenta, de una sala de comisaría a abrazar a mi hermana mayor por primera vez en veintisiete años. El día en que empecé a existir como yo.

Silencio otra vez.

Sergio, al cabo de un segundo, asintió despacio.

—Es un buen día.

—A mí me parece bien —dijo Luisa.

—Perfecto —dijo Julia—. Y además a partir de ahora tengo dos fechas que celebrar en otoño, porque yo soy del nueve de octubre, y es curioso que mis diez días de diferencia se lleven bien.

Clara Herrera estaba sonriendo.

Nora, al otro lado de la mesa, no había dicho nada todavía. Tenía los ojos humedecidos. No lloraba. Pero el humedecimiento era lo más cerca que había estado de llorar en diez días.

—Nora —dijo Clara Vidal.

—Clara.

—¿A ti te parece bien?

—Me parece perfecto.

Fuentes levantó la copa.

—Clara Vidal Cabrera. Por su nuevo diecinueve de octubre.

—Por el diecinueve de octubre —repitieron los demás.

Brindaron.

Clara bebió un sorbo.

Después del postre de Luisa, que fue aclamado por Julia, la conversación se fue deshilachando por donde suelen deshilacharse las conversaciones buenas. Fuentes contó la historia de cómo conoció a Luisa en una pensión de Salamanca en mil novecientos ochenta y seis. Luisa corrigió tres datos. Julia enseñó unas fotos de un concierto de Rosalía que había visto el mes anterior y que había sido el mejor concierto de su vida hasta la fecha. Sergio sacó una botella de orujo de hierbas de Galicia que le había regalado un primo para Navidad y de la que sirvió un dedo a cada uno excepto a Julia y a Clara Vidal, que pidió infusión.

A las doce menos veinte, Nora se levantó a ayudar a Clara Herrera a recoger.

—Clara.

—Nora.

—Gracias por recibirnos.

—Gracias a ti por haberla traído.

—¿Te ha parecido bien?

—Me ha parecido de las mejores veladas que hemos tenido en esta casa en mucho tiempo. Tu hermana es especial. Se nota que todavía está aprendiendo a estar con gente, pero cuando está, está de verdad. No finge.

—Sí.

—Tú estás distinta.

—Correcto.

—Hacía dos años que no te veía reír. Hoy has reído tres veces. No me las he perdido. Las he contado.

Nora sonrió.

—Gracias.

—De nada. Vente más veces por casa. Que no sea ella la excusa. Ven tú sola si quieres. Cualquier sábado.

—Bien.

A las doce menos cinco, Julia dio dos besos a Clara Vidal y a Nora, y se fue a dormir. A las doce y cinco, Fuentes y Luisa se despidieron. A las doce y catorce, Sergio acompañó a Nora y a Clara Vidal hasta el portal de Maldonado, como hacía siempre con los invitados porque decía que era de otra época y que no lo iba a cambiar. En el portal, Sergio le dio un abrazo a Clara Vidal. Después a Nora.

—Nora.

—Sergio.

—Dormís en tu casa o en la suya.

—En las nuestras. Cada una en la suya.

—¿Sola?

—Sola.

—Vale.

—Bien.

Bajaron a la calle. Nora paró un taxi.

En el taxi, Clara se apoyó la cabeza contra la ventana. Miraba las luces de Madrid pasar a velocidad baja por la calle Juan Bravo.

—Sergio es un hombre bueno.

—Lo es.

—Y su mujer también.

—También.

—Y Julia es divertida.

—Mucho.

—Y Fuentes es como un padre.

—Como un padre.

—¿Tú crees que algún día yo voy a tener una familia mía así?

Nora aguantó la mirada un segundo pensando.

—Clara. Tú ya tienes.

—No una como ésa.

—Una más difícil. Más fragmentada. Pero real. Nuestra madre, nuestro tío Tomás, yo, Sergio, Clara la de Sergio, Julia, Fuentes, Luisa. Te has hecho en seis semanas una familia de ocho personas que no tenías antes. No es poco.

—No es poco.

—Y con suerte, con cinco años más, te habrás hecho una familia propia de pareja o de hijos o de amigos o de alumnos. Lo que tú decidas. Pero eso depende de ti. Y tú tienes todo el tiempo del mundo.

—Gracias por no decirme lo que tengo que hacer.

—De nada.

—Es lo que más me ha costado aprender estas seis semanas.

Cambió la temperatura de la conversación.

—¿Qué cosa?

—Que nadie me esté diciendo lo que tengo que hacer. Durante veintisiete años Víctor me decía lo que tenía que hacer todos los días. No grandes cosas. Cosas pequeñas. "Pon los libros por tamaño, Helena." "No uses ese pintalabios, Helena." "Los domingos después de comer leemos en el salón, Helena." Todo. Yo creía que era cariño. Era supervisión. Y ahora, que nadie me supervisa, que nadie me dice

qué pintalabios poner, que nadie me organiza las estanterías, me desoriento. No mucho. Un poco. Cada tres o cuatro días me bloqueo diez minutos delante de una decisión pequeña porque no tengo a nadie a quien preguntarle. Y me cuesta hacerlo sola. Pero lo hago.

—Eso es normal.

—Lo sé.

—Va a ir a mejor.

—Lo había pensado.

—Y si un día te bloqueas más de lo que te parece razonable, me llamas.

—Te llamo.

El taxi llegó a la calle del Ave María. Primero el portal de Clara. Pagó Nora.

—¿Subes un rato?

—No. Esta noche cada una duerme donde le toca. Mañana comemos juntas.

—Bien.

Clara bajó. Subió los tres pisos. Se asomó a la ventana un momento, como hacía siempre que volvía de algún sitio con Nora abajo.

Nora le hizo un gesto de buenas noches desde la acera.

Clara le devolvió el gesto.

Nora siguió en el taxi tres calles más, hasta su portal.

Subió. Entró. Colgó el abrigo.

Se miró en el espejo del recibidor un momento, sin querer.

Tenía un poco de rimel corrido del humedecimiento que había tenido al brindis de las nueve y media.

Se lo limpió con el dedo.

Se acostó a las doce y media.

Antes de apagar la luz, se quedó un momento mirando el techo.

Pensando en Fuentes brindando.

Pensando en Julia diciendo "me gusta que mis diez días de diferencia se lleven bien".

Pensando en Clara Herrera diciéndole en la cocina "hacía dos años que no te veía reír".

Pensando, también, en su padre.

En que su padre habría disfrutado mucho esa cena.

En que su padre, durante once años, no había estado.

En que esta noche, por primera vez desde que su padre había muerto, Nora Vidal había estado presente en una cena con gente querida sin que en ningún momento pensara, aunque fuera de fondo, en la ausencia.

Se había olvidado, durante tres horas y media, de que su padre estaba muerto.

Y no era traición.

Era curación.

Apagó la luz.

Durmió.

A las doce y cuarto, cuando Nora entró en su piso y colgó el abrigo, encontró un mensaje nuevo en el móvil.

De Tomás Vidal, su tío. Enviado a las once y veinte, mientras ella estaba en el taxi.

"Nora. He recibido hoy una llamada de un número oculto. Voz de mujer. Acento del norte. La misma voz, según ella misma, que te avisó a ti del sobre de Yolanda la víspera de Pollença. Me ha pedido que te transmita dos cosas. Una, que deje de lado por ahora las once mujeres del cuaderno verde. Dos, que empiece por Amalia. La

carta de Amalia no es casualidad. La voz conoce a Amalia y dice que tú tienes ahora ventana hasta febrero. Si quieres hablar, mañana a las nueve en el café Gijón. Tomás."

Nora leyó el mensaje tres veces.

Guardó el móvil.

Mañana, a las nueve, en el café Gijón, probablemente iba a conocer a la mujer que llevaba meses moviéndose en segundo plano detrás de todo.

La mujer que sabía nombres que ella todavía no tenía.

La mujer que podía ser la clave del libro dos.

O la trampa del libro dos.

Iba a averiguarlo en once horas.

CAPÍTULO 31

El río

El sábado quince de diciembre amaneció con una niebla baja que cubrió Madrid hasta el mediodía.

Nora se despertó a las siete y cuarto. No tenía plan hecho para ese día. Clara iba a Segovia desde el viernes por la noche a ver a la madre. Sergio y Fuentes estaban en sus casas. Marta se había marchado a Galicia por el puente. La comisaría había entrado en modo diciembre.

Nora se quedó en la cama media hora más, mirando el techo, sin tener prisa por levantarse.

A las ocho menos cuarto bajó a desayunar a un bar de la calle Embajadores. Pidió café con leche y una tostada con tomate. Abrió el periódico. Leyó tres páginas. Pagó.

A las nueve, en vez de subir al piso, caminó.

No tenía dirección inicial. Llevaba el móvil apagado y los zapatos cómodos. Caminó por Embajadores hasta Puerta de Toledo. Bajó por la Ronda de Toledo hasta la estación cercana al puente. Pasó el puente de Toledo sin pararse. Continuó por la glorieta de Pirámides.

A las nueve y cuarenta y cinco, sin habérselo planeado, estaba otra vez en la orilla del Manzanares, cerca del punto donde, siete semanas y media antes, había sido hallado el cuerpo de Carmen Alcaraz Montes.

El sitio, con la niebla del sábado por la mañana, era otro. Los agentes no estaban. El precinto policial ya no estaba desde hacía semanas. La pasarela de madera estaba mojada. No había nadie paseando. Un par de urracas saltaban entre los cañaverales.

Nora se paró en el mismo sitio donde se había agachado aquel miércoles veintidós de octubre a las seis y veinte de la mañana para mirar el rostro de Carmen. Se quedó de pie. No se agachó.

Respiró.

El río olía igual: a fango; a hoja podrida; a los azufres que salían de las alcantarillas que desembocaban dos metros más arriba.

Nora metió la mano en el bolsillo derecho del abrigo.

Cogió el reloj parado.

Lo sacó.

Un Seiko de hombre, cuadrado, con la pulsera de cuero desgastado, con las manecillas inmóviles en las cinco y cuarenta y dos. Se lo había quitado a su padre del cadáver en el Instituto Anatómico Forense el cinco de febrero de dos mil quince. Se lo había guardado en una caja del dormitorio durante los primeros siete años. Luego se lo había pasado al bolsillo cotidiano del abrigo en dos mil veintitrés, cuando llevaba ya ocho años sin ver el fondo de esa caja.

Cinco mil cuatrocientos días lo había llevado en el bolsillo.

Nora lo miró.

Lo cerró en la palma.

Antes de abrir la palma, Nora cerró los ojos.

Y vio a su padre, por primera vez en once años, no como la foto del retrato en el pasillo ni como la silueta del ataúd en el tanatorio de San Isidro, sino como lo recordaba el cuerpo.

Una cocina pequeña en Vallecas, invierno del dos mil cinco. Nora tenía diecisiete años. Él volvía a casa a las tres de la madrugada

después de un servicio complicado. Traía las manos rojas del frío de la calle. Traía la gabardina gris mojada por la lluvia. Olía a tabaco barato, a café de máquina y a la loción de afeitar de Williams que Claudia le compraba los sábados en la droguería del barrio.

Nora estaba en la mesa, fingiendo estudiar. En realidad, lo había estado esperando.

Él entró. La miró. No preguntó por qué seguía despierta. Se quitó la gabardina. La colgó en el perchero. Puso la tetera. Se sentó enfrente.

—Papá.

—Dime, hija.

—¿Hoy todo bien?

Él se tomó su tiempo para contestar. La miró a los ojos. Movió la cabeza despacio.

—Hoy no, Nora. Hoy he hecho lo que tenía que hacer, pero no lo que quería.

—¿Y eso es peor o mejor?

Alfonso Vidal sonrió. Una de esas sonrisas cansadas que Nora iba a aprender, años después, a reconocer en los espejos de comisaría.

—Eso, hija, es ser policía.

Le apoyó la mano en el brazo. Ancha. Caliente. Pesada. Se la dejó allí unos segundos. Luego la retiró.

Se levantó. Puso dos tazas. Sirvió el té con leche. Le dio una a Nora.

—A la cama a las tres y veinte. Mañana tienes examen.

—Sí, papá.

Fue la última conversación larga que Nora recordaba con él. Hubo otras después. Hubo cenas. Hubo domingos. Pero la cocina de Vallecas en invierno, las manos rojas, la loción Williams, la mano

ancha sobre el brazo durante tres segundos largos, eso era lo único que quedaba cuando el cuerpo cerraba los ojos once años después.

Eso era todo lo que tenía.

Eso era suficiente.

Nora abrió los ojos.

Se acercó al borde del río.

Se agachó.

Y durante un momento pensó en lo que iba a hacer.

No lo había planeado. Pero ahora que estaba ahí, entendió que lo que iba a hacer era tirar el reloj al agua.

Lo pensó otros treinta segundos.

No era dramatizar. No era decirse adiós a sí misma. No era una escena de cine. Era, simplemente, dejar de llevar en el bolsillo un objeto que había dejado de servirle para lo que le servía antes.

El reloj, durante once años, había sido para Nora una pregunta.

¿Quién había matado a mi padre?

¿Cuándo lo iba a averiguar?

¿Iba ella a estar viva para averiguarlo?

¿Iba a ser capaz de sostenerlo si lo averiguaba?

El reloj, con sus manecillas quietas en las cinco y cuarenta y dos, había sido la forma que Nora había encontrado de mantener esa pregunta abierta. Cada vez que metía la mano en el bolsillo y tocaba el cristal, se recordaba a sí misma que aquella pregunta seguía sin respuesta.

Y ahora tenía respuesta.

Fermín Rojas lo había empujado desde el tejado de Vallecas el cuatro de febrero de dos mil quince, a las cinco y cuarenta de la tarde, por encargo de Pedro Vidal Santamaría, alias Víctor Palacios, hermano mayor del padre.

La pregunta se había cerrado el diecinueve de octubre a las seis menos nueve minutos.

El reloj, ahora, era un objeto.

Un objeto que Nora podía conservar si quería. Que podía enseñarle algún día a Clara si le pedía verlo. Que podía guardar en la caja del dormitorio otra vez.

O podía devolvérselo al padre.

Al agua. Al fondo. Al río que había sido, durante los últimos meses de la vida de Alfonso Vidal, el sitio donde Paredes dejaba a sus víctimas. El río al que Alfonso había dedicado la última parte de su investigación silenciosa. El río al que ella, Nora, había vuelto aquel octubre a recoger el primer cuerpo del caso que cerraba el silencio de su padre.

Era el sitio.

Nora se levantó un poco. Abrió la mano.

Dejó caer el reloj.

Tardó menos de un segundo en llegar al agua.

No hizo ruido. Se lo tragó el Manzanares sin salpicar casi.

Nora se quedó mirando el sitio por donde había entrado unos segundos largos. Las urracas seguían saltando entre los cañaverales.

Cuando volvió a respirar normal, se dio cuenta de que había estado llorando todo el rato desde que se agachó. Pero no con cantidad. Con lentitud. Dos lágrimas largas por la mejilla, no más.

Se las limpió con el dorso de la mano.

Se levantó.

Miró el cielo. La niebla empezaba a levantar desde el sur.

Se volvió a girar hacia el río. Y habló en voz baja, como hablaba la gente de Madrid cuando no quería que nadie la oyera pero quería decirse algo en voz alta a sí misma.

—Adiós, papá.

El río no contestó, por supuesto.

Pero una barca pequeña de mantenimiento municipal, que Nora no había visto antes, pasó en ese momento por el canal central del tramo, a unos cuarenta metros hacia abajo. El hombre que iba dentro, un operario con mono naranja, levantó la mano en un saludo genérico al ver a una mujer sola de pie en la orilla a las diez de la mañana de un sábado gris. Nora le devolvió el saludo. El hombre siguió.

Era suficiente.

Nora caminó de vuelta hacia Puerta de Toledo. Tardó cuarenta minutos. Al llegar, paró en la misma cafetería donde había desayunado, pidió un segundo café con leche, y se sentó en una mesa de la cristalera.

Sacó el móvil. Lo encendió.

Tenía ocho mensajes. De un sábado normal, no de urgencia.

Contestó a dos. Dejó los otros para más tarde.

Luego abrió una nota en el móvil. Escribió:

"Sábado quince de diciembre, diez y catorce minutos. He tirado el reloj de papá al Manzanares, en el sitio donde encontramos a Carmen Alcaraz Montes el veintidós de octubre. No lloré mucho. Lo hice solo porque me pareció que era el día. Estoy bien. Clara no lo sabe todavía. Se lo voy a contar mañana a la hora de comer."

La guardó.

Apuró el café.

Pagó.

A las once y veinte estaba de vuelta en casa.

A las doce llamó a Pablo Rivas al móvil personal, cosa que él le había dicho que podía hacer en ocasiones puntuales. Pablo descolgó al cuarto tono.

—Inspectora.

—Pablo.

—¿Todo bien?

—Sí. Solo quería contarle una cosa corta.

—Dígame.

—Esta mañana he tirado el reloj parado de mi padre al río.

Silencio por un momento.

—¿Cómo se siente?

—Bien.

—¿Seguro?

—Seguro. Lo he hecho sin plan. Salí a pasear. Aparecí en el río. Me agaché. Lo tiré. No he sentido más emoción que dos lágrimas tranquilas. Después me fui a tomar un café.

—Muy bien.

—Quería que usted lo supiera.

—Gracias por contármelo. El lunes lo hablamos con calma.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

Colgó.

Al mediodía comió sola en casa. Una ensalada con queso feta, tomate, atún y unas olivas. Un par de rebanadas de pan. Una manzana. No bebió vino.

A la una y cuarto se tumbó en el sofá. Puso una película de Billy Wilder en blanco y negro que le gustaba desde hace años y que no había vuelto a ver en mucho tiempo. Se durmió a los veinte minutos. Se despertó a las cuatro sin haber visto la mitad. Vio el resto.

A las siete de la tarde se vistió con ropa cómoda, cogió el abrigo, bajó a la calle y fue andando hasta el piso de Clara, que volvía de

Segovia en tren a las ocho.

La esperó en el portal.

Cuando Clara llegó, con la maleta pequeña y el pelo un poco despeinado del viaje, Nora le cogió la maleta sin decir nada.

—Nora.

—Clara.

—¿Algo ha pasado?

—Nada grave. Te lo cuento arriba.

Subieron.

Clara dejó el abrigo. Puso una tetera. Se sentaron en el sofá.

—Hoy he tirado el reloj de papá al río.

Clara no se movió durante un segundo.

—¿Has ido tú sola?

—Sola.

—¿Adónde?

—Al mismo sitio donde encontramos a Carmen. A unos quince metros del puente de la Princesa.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. Fue un impulso. Salí esta mañana a pasear y terminé allí. No lo había planeado. Simplemente lo hice.

—¿Sin avisarme?

—Sin avisarte. Sin avisar a nadie. No es que no quisiera compartirlo contigo. Es que este era un gesto que tenía que ser mío. Solo mío.

Clara lo pensó un momento.

—Entiendo.

—¿De verdad?

—De verdad. Es el reloj de un padre que tú conociste diecinueve años más que yo. El duelo también es tuyo de una manera que no es mío. Tú no me tenías que pedir permiso para soltarlo.

—Gracias.

—¿Te has sentido mejor después?

—Así es.

—Entonces bien.

Clara sirvió té.

Se lo tomaron en silencio durante cinco minutos.

Luego Clara preguntó:

—Nora.

—Dime.

—¿Tú algún día vas a querer ir conmigo al Cerro del Tío Pío?

Nora levantó la vista.

—¿Al Cerro?

—Sí. Yo no he ido desde mil novecientos noventa y ocho. No recuerdo nada de aquel día. Dicen que los niños no retienen los traumas que se les inyectan con sedante. Pero quiero ir. Al banco. Al mismo banco donde Mateo me sentó cuando íbamos al coche. Quiero sentarme cinco minutos en silencio. Y luego irme.

—Quieres que vaya yo contigo.

—Si a ti te parece bien.

—Me parece bien.

—¿Cuándo?

—Cuando tú digas. Puede ser este mismo mes. Puede ser en marzo. Lo decides tú.

—Voy a decidirlo cuando yo sienta que estoy preparada.

—Bien.

—Gracias por no presionarme.

—De nada.

Cenaron juntas esa noche una tortilla francesa y una ensalada. Nora se fue a las once.

Al cruzar la puerta del piso de Clara, Nora se giró una última vez:

—Clara.

—Habla.

—Hoy ha sido un día bueno.

—Lo ha sido.

—Mañana cenamos con Tomás.

—Mañana cenamos con Tomás.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Nora bajó las escaleras.

En la calle, caminando hacia su piso, pensó en una sola cosa.

Que el cuerpo de Carmen Alcaraz Montes, que había iniciado todo este proceso el miércoles veintidós de octubre a las seis y veinte de la mañana, seguía enterrado en el cementerio de Carabanchel desde el veintiocho de octubre. Que sus padres seguían yendo a ponerle flores cada domingo. Que ella, Nora, llevaba seis semanas sin pasarse a ver la tumba.

Decidió que el martes iba a ir.

Con flores blancas.

A presentarle sus respetos, ahora que el caso estaba cerrado.

Porque Carmen Alcaraz Montes, durante todo el libro de días que Nora había atravesado entre octubre y diciembre, había sido la víctima que había permitido que todo este desencadenamiento ocurriera.

Carmen no había pedido ser la víctima inicial. Había tenido la mala suerte de ser la mujer que Mateo Valls había elegido para empezar su rebelión contra Víctor. Y por esa mala suerte, todo lo demás había ocurrido.

Sara había sido encontrada. Alfonso había sido vengado.

Víctor había sido detenido. Fermín había confesado.

Clara había nacido.

Todo gracias, en última instancia, a una mujer de treinta y un años de Carabanchel que había sido encontrada en el Manzanares con una X invertida tallada en la muñeca izquierda y con los pies todavía dentro del agua.

Nora, caminando por la calle del Ave María, decidió dos cosas más.

Una: iba a ir el martes al cementerio, sola.

Dos: iba a preguntarle a Clara, la semana que viene, si quería acompañarla en visitas futuras.

A la tumba de Carmen Alcaraz Montes.

Porque Carmen, también, formaba parte de su familia nueva.

No por elección.

Por deuda.

Y las deudas se pagan.

CAPÍTULO 32

Una A

La carta llegó el martes veintitrés de diciembre por correo ordinario.

Nora la encontró en el buzón a las siete menos diez de la tarde, cuando bajó a recoger el correo acumulado de tres días. Había dos facturas de Endesa, una carta del banco con un cambio de condiciones de comisiones, un folleto de una pizzería nueva del barrio, y un sobre blanco, alargado, con el matasellos de Gijón y una letra manuscrita redondeada en el sobre.

El sobre no tenía remitente.

En el frente, solo dirección y nombre:

"Inspectora Nora Vidal.

Comisaría de Homicidios, Madrid."

Alguien había reenviado el sobre desde comisaría a su domicilio personal. La funcionaria del correo interno había añadido con rotulador, en un sello que reconocía Nora, "Personal. Reenviado el 22/12."

Nora se quedó mirando el sobre en el portal durante diez segundos.

Luego subió.

Entró en el piso. Dejó el sobre sobre la mesa de la cocina. Colgó el abrigo. Puso la tetera a calentar.

El sobre, sobre la mesa, no pesaba nada.

A las siete y cuarto, con el té hecho, Nora se sentó. Sacó unos guantes de nitrilo de un cajón, de los que guardaba en casa por costumbre profesional. Se los puso. Cogió un abrecartas pequeño. Abrió el sobre con cuidado, por el lado menos probable de contener huella relevante.

Dentro había una hoja doblada en tres. Papel blanco. Fino.

La desdobló.

Leyó.

"Inspectora Vidal.

Me llamo Amalia. No voy a darle mi apellido ni mi edad por ahora. Le escribo desde el norte, desde una casa que no va a encontrar aunque busque en los registros, porque no está a mi nombre y llevo siete años viviendo en ella.

He seguido en la prensa, durante las últimas seis semanas, las informaciones sobre el caso conocido popularmente como caso Alcaraz. He leído que el cuaderno verde encontrado en el domicilio de Yolanda Moro contiene treinta y ocho nombres. Que once de esos nombres son mujeres que nunca aparecieron en registros oficiales entre mil novecientos noventa y siete y dos mil diez. Que las once figuran como víctimas.

Uno de esos once nombres es el mío.

Yo estoy viva.

Si los otros diez están vivos, no lo sé. Si están muertos, tampoco. Pero yo, al menos yo, no morí el día que mi ficha fue cerrada en mil novecientos noventa y ocho.

No voy a pedirle que me crea ahora. No tengo forma de demostrárselo en una carta.

Pero le pido que abra, durante los próximos meses, un canal de comunicación conmigo. Yo voy a escribirle, desde distintos buzones de diferentes ciudades, una vez al mes. Usted puede contestar, si

quiere, dejando un anuncio clasificado en el periódico La Nueva España todos los primeros lunes de cada mes, sección contactos, con la palabra clave "sara vuelve". Yo entenderé que es su respuesta.

Si no quiere abrir ese canal, no haga nada. Yo dejaré de escribirle.

Si lo quiere abrir, responda el primer lunes de enero en La Nueva España, cuatro líneas, lo que usted decida.

Una cosa más. No le voy a dar pistas en esta carta sobre mi identidad real. Pero le voy a dar una que usted reconocerá.

Yo fui secuestrada en Oviedo a los once años, en septiembre de mil novecientos noventa y ocho, trece días después de que su hermana desapareciera en Madrid. Llevo desde entonces viviendo con el nombre de Amalia. El nombre que me dieron mis secuestradores. Mi nombre real, el que consta en los registros civiles y que figura en el cuaderno verde, empezaba por una letra distinta.

Por eso firmo así.

A."

Nora bajó el papel.

Respiró.

Leyó otra vez.

Era martes veintitrés de diciembre a las siete y veinte de la tarde. Faltaban quince minutos para que ella tuviera que salir a casa de Clara, donde había quedado a cenar con Clara y con Tomás Vidal.

Tenía quince minutos.

Los dedicó a no hacer nada. A estar sentada en la cocina con el papel sobre la mesa y la taza de té en la mano. A no pensar. A dejar que el cuerpo asimilara.

Se acordó, al minuto octavo, de una cosa.

Los once nombres femeninos del cuaderno verde habían sido desclasificados parcialmente por la Audiencia Nacional el diez de diciembre, en un acuerdo entre el juez Salinas y la Fiscalía, para permitir a las familias de las víctimas iniciar los trámites de identificación y duelo. El comunicado se había publicado en la prensa el once de diciembre, con los nombres de pila pero sin apellidos completos, por protección de familiares aún vivos.

Los once nombres habían sido:

Lucía. Carla. Inés. María. Teresa. Amparo. Rosa. Mercedes. Alicia. Carmen. Y otra con el mismo nombre, Carmen, distinta de la del río.

Ninguno empezaba por A.

Nora se levantó.

Fue al salón. Sacó del cajón de su escritorio el sobre fotocopiado con los once nombres que Fuentes le había dado el trece de diciembre, para que ella pudiera, llegado el momento, contactar con las familias como inspectora jefe del caso. Lo abrió. Repasó los apellidos.

Siete de los once nombres iban acompañados, entre paréntesis, de variantes familiares que el cuaderno registraba como "alias de casa".

Encontró lo que buscaba.

Una de las once, Alicia, figuraba en el cuaderno con la nota lateral: "Bautizo civil en familia como Amalia desde los seis años."

La ficha correspondiente a Alicia en el cuaderno verde tenía fecha de desaparición de trece de septiembre de mil novecientos noventa y ocho, en Oviedo, Asturias. Once años. La familia había cerrado el caso judicialmente en dos mil uno sin cuerpo. La madre seguía viva. El padre había muerto en dos mil diez.

Coincidía con todo lo que Amalia decía en la carta.

Nora aguantó la mirada quieta.

Luego hizo una cosa que no había hecho nunca en once años de carrera.

Cogió la carta con los guantes. La metió en una bolsa de pruebas de las que tenía en casa como profesional. Cerró la bolsa. La etiquetó a mano, con bolígrafo, con fecha de recepción y firma.

Y la metió en el cajón de arriba del escritorio.

No en el cajón de los expedientes.

En el cajón de las cosas personales.

Y cerró el cajón con llave.

Decidió, en ese momento, una cosa.

No iba a abrir ese caso todavía.

No lo iba a reportar a Fuentes ni a Sergio ni al juez Salinas. No lo iba a hacer circular por los canales oficiales. No lo iba a investigar.

Todavía no.

La razón era simple.

Durante los últimos sesenta y tres días, Nora había atravesado la investigación más importante de su vida personal y profesional. Había recuperado a una hermana. Había cerrado la muerte del padre. Había detenido a un tío al que no sabía que tenía. Había puesto en marcha la instrucción de una red que iba a ocupar a los tribunales españoles durante al menos una década.

Si abría ahora la carta de Amalia como expediente oficial, implicaba:

Uno, otra carrera contrarreloj. Probablemente meses.

Dos, exponerse ella otra vez. Volver a tener la vida en modo operativo. Volver a los insomnios. Volver a ser inspectora en lugar de hermana.

Tres, arriesgar todo lo que había construido en las últimas seis semanas: la rutina con Clara, las sesiones con Pablo Rivas, la cena con Sergio, el reloj dejado al fondo del río.

Amalia llevaba veintisiete años viva. Podía esperar unos meses más.

Nora decidió lo siguiente.

Iba a responder al primer lunes de enero, en La Nueva España, abriendo el canal. Eso requería cuatro líneas. Eso no requería renunciar a su vida.

Pero la investigación formal la empezaría más tarde. Probablemente en febrero. O marzo. Después de cogerse los tres meses de baja que Pablo Rivas le había recomendado. Después de descansar. Después de estabilizar a Clara. Después de celebrar con calma una Navidad.

En febrero iba a ir a Oviedo con Sergio. Iba a contactar con la madre de Alicia, si estaba dispuesta a hablar con ella. Iba a entrar en el buzón del periódico La Nueva España a recoger las cartas que Amalia hubiera dejado desde diciembre. Iba a reconstruir el caso.

Pero no en diciembre de dos mil veintiséis.

Nora, por primera vez en su vida, eligió aplazar una víctima.

No porque no le importara.

Porque le importaba.

Y porque Amalia, a juzgar por la serenidad de su carta, también era una mujer que había aprendido que las cosas importantes se sostienen en el tiempo mejor que en la urgencia.

Nora se sirvió una segunda taza de té.

A las siete y treinta y cinco llamó al móvil de Clara Vidal.

—Nora.

—Clara.

—¿Todo bien?

—Todo bien. Salgo ya hacia tu casa. ¿Tomás ha llegado?

—Aún no. Dijo a las ocho. ¿Quieres que compre algo de última hora?

—Vino.

—Acabo de comprar dos botellas.

—De acuerdo.

—Nora.

—Dime.

—¿Ha pasado algo?

Nora se lo pensó un segundo.

—Ha llegado algo al buzón esta tarde. No es urgente. Te lo cuento cuando pueda. En enero, si te parece bien.

—En enero.

—Sí.

—¿Puedo saber si es bueno o malo?

—Ni una cosa ni la otra. Es una cosa nueva. Que no va a desaparecer. Pero que puede esperar a enero sin que nadie salga perjudicado.

—Entonces es lo suficientemente importante para que me lo quieras contar.

—Lo es.

—Bien.

—Clara.

—Dime.

Ni Nora ni el otro cambiaron de postura.

—Una cosa hoy que no tiene que ver con esto que te he dicho.

—Ya me parece buena idea lo del Cerro del Tío Pío.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras. Si te parece, el diecinueve de enero. Tres meses exactos desde el diecinueve de octubre. Te lo ofrezco como

fecha. Si no te gusta, elegimos otra.

—El diecinueve de enero.

—Sí.

—Me gusta.

—Bien.

—¿Vamos las dos solas?

—Las dos solas.

Durante tres segundos no ocurrió nada.

—¿A qué hora?

—A las doce del mediodía. A pleno sol. No por la tarde.

—Perfecto.

—Clara.

—Adelante.

—Tomás te gusta, ¿verdad?

—Tomás me gusta. Pero sobre todo, me hace bien saber que existe. No me hace falta verlo mucho. Una vez al mes. Quizá.

—Tomás también me ha dicho eso mismo a mí la semana pasada. Te gusta pero sin exigir más.

—De acuerdo.

—Salgo. Llego en veinte minutos.

—Bien.

Nora colgó.

Cogió el abrigo.

Al salir del piso, se paró un momento delante del cajón cerrado con llave.

Puso la mano sobre el cajón, sin abrirlo. Solo la palma. Como quien deja en un sitio una cosa durante una temporada y se asegura

de que se queda allí esperándole.

Amalia llevaba veintisiete años en el mismo sitio.

Dos meses más no iban a cambiar nada.

Y Nora Vidal, por primera vez en su vida adulta, iba a permitirse elegir cuándo empezaba el siguiente caso.

No antes.

Salió del piso.

Bajó las escaleras.

En la calle, el aire de diciembre de Madrid, frío y seco, le dio en la cara.

Caminó hasta el portal de Clara.

Subió.

Y cenó con su hermana y con su tío, con la botella de Ribera que Clara había comprado, y con unos canapés de foie que Tomás había llevado de su panadería del barrio de Tetuán.

No habló del sobre con ninguno de los dos.

No lo iba a hacer hasta enero.

En enero, cuando decidiera cómo iba a gestionarlo, se lo contaría a Clara primero, y a Tomás a la semana siguiente, y a Fuentes al principio de febrero, y a Sergio al mismo tiempo, y al juez Salinas cuando ya tuviera primera información sólida.

Todo iba a suceder en su momento.

Esa noche, en cambio, Nora Vidal iba a cenar con su familia.

Su familia nueva.

La que había salido del fondo del río por fin.

CAPÍTULO 33

Dos mujeres

El veintiséis de diciembre por la mañana, Nora y Clara cogieron el coche y salieron hacia Segovia.

No iba Tomás con ellas. Habían quedado los tres en que la primera Navidad de Clara con su madre fuera entre mujeres. Tomás, que ya había conocido a Claudia en una visita breve el día doce de diciembre —una visita en la que Claudia había estado lúcida media hora y luego se había dormido con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón—, había aceptado sin discutir. Se quedaba en Madrid con Sergio y Fuentes, que le habían propuesto una comida en la calle Maldonado.

El viaje fue tranquilo. Dos horas de música suave en la radio. Algunas conversaciones breves. Silencios largos que no pesaban.

A la una menos cuarto aparcaron en la residencia Santa Teresa.

Manuela las esperaba.

—Inspectora.

—Manuela.

—Clara.

—Manuela.

—Hoy está en la sala común. Desayunó bien. No sabemos si va a reconocer, pero hoy está tranquila.

—Gracias.

Claudia, en la sala común, estaba sentada en el sillón de siempre, frente a la ventana, con una manta de lana marrón sobre las rodillas y un libro abierto que no leía.

Llevaba el pelo bien peinado. Las enfermeras habían venido esa mañana a prepararla como cada vez que Nora avisaba que iba a visitar.

Nora entró primero. Se acercó. Se agachó junto al sillón.

—Mamá.

Claudia tardó cinco segundos en girar la cabeza.

—Nora.

—Mamá. Te traigo a Clara.

Claudia levantó la vista hacia la puerta.

Clara entró despacio. Llevaba un abrigo verde y una bufanda gris. El pelo recogido. Una cara tranquila.

Se acercó al sillón. Se arrodilló al otro lado de la madre.

Claudia la miró.

Claudia sonrió.

—Hola, Clarita.

Nora y Clara se miraron entre sí por encima del sillón.

Era la primera vez que Claudia llamaba a Clara por su nuevo nombre.

La primera vez.

Ninguna de las dos le había enseñado el nombre. Clara había recibido al menos cuatro visitas anteriores sin que Claudia la llamase más allá de "tú" o "hija" o, en dos ocasiones, "Sara" con voz incierta.

Hoy, veintiséis de diciembre, Claudia había dicho "Clarita" con la misma naturalidad con la que lo habría dicho si lo hubiera estado diciendo durante los últimos treinta años.

—¿Cómo sabes? —preguntó Nora, muy baja, a su madre.

Claudia tardó en contestar.

—Lo he soñado esta noche.

—¿Qué has soñado?

—Que tu hermana volvía. Y que no se llamaba Sara. Se llamaba Clara. Como yo cuando era pequeña. Clarita. Me lo decía ella. Y yo me despertaba. Y luego te estaba esperando a ti.

Nora apretó la mano de su madre.

Claudia miró a Clara.

—Clarita.

—Mamá.

—Qué bien.

No hubo llanto. Ninguna de las tres. Solo un rato largo de sostenerse las manos.

Al cabo de veinte minutos, Claudia pidió un vaso de agua. Nora fue a buscarlo. Cuando volvió, Clara estaba sentada en el brazo del sillón al lado de Claudia, y las dos miraban por la ventana los pinos del jardín.

—Mamá.

—Dime, Clarita.

—¿Tú tienes fotos viejas tuyas aquí?

—Tengo una caja. La trajo Nora el año pasado.

—¿Me la puedo mirar?

—Claro. Nora te la trae.

Nora se acordó. Había traído en mayo una caja de zapatos llena de fotografías familiares que Claudia no había querido tirar al cerrar la casa de Chamartín. Nora las había organizado por décadas. Las había dejado en el armario del dormitorio de la residencia.

Fue a buscarlas.

Volvió con la caja.

Clara la abrió en sus rodillas. Claudia estiró el brazo para tocar la primera foto. Era una foto en blanco y negro de Claudia a los veinte años, en la playa de Cullera, en mil novecientos setenta y cinco. Claudia sonrió.

Pasaron un rato largo mirando fotografías. Claudia no podía recordar el nombre de la mitad de la gente, pero reconocía los lugares. El pueblo de sus padres. La casa donde había crecido. La playa de Cullera. La primera comunión de Nora en mil novecientos noventa y cinco. El bautizo de Sara a principios de los años noventa. Una fiesta de cumpleaños de Alfonso con amigos del cuerpo alrededor de una tortilla gigante en el patio de la casa de Chamartín en mil novecientos noventa y siete.

A la mitad de la caja, Clara sacó una fotografía pequeña, cuadrada, a color, con el borde un poco arrugado. La miró unos segundos. La giró. Miró el dorso.

Levantó la cara.

—Nora.

—Dime.

—Mira esto.

Le pasó la foto.

En el frente, la foto mostraba a una niña de ocho años, de pelo castaño claro, sonriendo a la cámara, sentada en un sofá de flores que Nora reconoció como el sofá de la casa de los abuelos en Palencia. La niña llevaba una camiseta blanca, una falda vaquera y unas deportivas azules. En la mano sostenía un helado de color verde.

No había nada escrito en la foto.

Nora le dio la vuelta.

Al dorso, con la letra de su padre, leyó:

"Sara, 13 de agosto de 1999. Palencia."

Nora sintió que se le helaban las piernas.

Miró a Clara.

Clara la miraba.

—Nora.

—Sí.

—Esta foto...

—Sí.

—Dice que es de mil novecientos noventa y nueve.

—Sí.

—Yo desaparecí el nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho.

—Sí.

—Un año entero antes.

—Un año entero antes.

Claudia las miraba. No parecía entender lo que estaba pasando.

Nora miró la foto otra vez. El pelo de la niña. La camiseta blanca. El helado verde. El sofá de flores de la casa de los abuelos en Palencia, donde ella misma, Nora, había estado muchas veces entre mil novecientos ochenta y ocho y dos mil tres.

La niña era Sara. No había duda.

Pero si la foto era de trece de agosto de mil novecientos noventa y nueve, eso significaba que alguien de la familia había visto a Sara viva un año después de la desaparición oficial.

Y que alguien de la familia había hecho una foto y la había guardado.

Y que esa foto había estado en una caja de zapatos en el armario del dormitorio de Claudia durante al menos dos décadas.

Y que nadie, en veintisiete años, había hablado de ella.

Ni Claudia. Ni Alfonso. Ni, sobre todo, Pedro-Víctor.

—Mamá.

—Dime, Nora.

—Esta foto.

—Sí.

—¿Sabes de cuándo es?

Claudia miró la foto. Tardó diez segundos.

—De agosto. Del verano después. Nos la mandó Pedro.

—¿Pedro?

—Pedro. Tu tío. El de verdad. Nos la mandó por correo. Tu padre la abrió. No me dijo qué decía la carta que venía con ella. La foto sí me la enseñó.

—¿Te la enseñó a ti?

—A mí sí.

—¿Papá qué te dijo?

—Me dijo: "Está viva. La tiene Pedro. No va a darnos más nada que esto."

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije que la teníamos que rescatar.

—¿Y él qué dijo?

—Me dijo que lo estaba intentando. Que le iba a costar años. Que yo no le preguntara más. Que yo siguiera como estaba.

—¿Y ya está?

—Ya está.

Claudia se pasó la mano por la cara.

Había pasado todo esto en menos de cuarenta segundos. Una foto, una pregunta, una respuesta, un cierre de ojos. Como si el cuerpo de Claudia, en ese momento, hubiera devuelto a Nora una información que llevaba veintisiete años guardada en una zona del cerebro que el Alzheimer aún no había borrado.

Clara se había puesto de pie. Estaba al lado de la ventana. Tenía la mano sobre la boca.

Nora se quedó un minuto entero sin hablar.

Luego se acercó a su madre. Le cogió otra vez la mano.

—Mamá.

—Cuéntame.

—¿Tú has guardado esta foto durante veintisiete años sin decirle nada a nadie?

Claudia la miró.

No contestó.

—¿Mamá?

Claudia tardó.

—Nora.

—Dime, mamá.

—Hay cosas que una madre guarda para cuando puede guardarlas bien.

—Ay, mamá.

—Perdóname, hija.

—No hay nada que perdonar, mamá.

—Sí lo hay. Yo no te dije que la había visto en una foto. En mil novecientos noventa y nueve. Ni en dos mil. Ni al principio de la década. Ni nunca.

—Mamá.

—Dime.

Alguien cerró una taquilla a dos salas de distancia.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque tenías doce años. Luego quince. Luego diecinueve. Y cada edad era peor para decirte que tu hermana estaba viva y que nadie la podía rescatar. Porque si yo te lo decía a los doce, te ibas a consumir tú sin entender nada. Y si te lo decía a los veintidós, ibas a exigirnos que actuáramos. Y no íbamos a poder. Y ibas a odiarnos. Y yo no podía perder también a la hija mayor. Así que lo callé. Lo callé yo sola. Tu padre hizo lo que pudo por su lado. Y yo esperé.

—¿A qué esperabas, mamá?

—A que un día volviera ella sola. O a que tú la encontraras.

—Mamá.

—Adelante.

—Yo la encontré.

—Sí, hija. Y por eso hoy te la enseño.

—Entonces esto ha sido a propósito.

Claudia sonrió débilmente.

—Hoy sí. Lo demás no. Lo demás lo hace el Alzheimer cuando le apetece. Pero hoy sí.

Clara se acercó desde la ventana. Se arrodilló al otro lado del sillón. Le tocó el pelo a Claudia.

Claudia la miró.

—Clarita.

—Mamá.

—Tú perdóname también.

—No hay nada que perdonar.

—Yo te vi en una foto a los ocho años. En un helado. Y yo sabía que estabas viva. Y no te fui a buscar.

—Mamá.

—Cuéntame.

—Estabas haciendo lo que sabías hacer. Lo que podías. No te guardo nada.

Claudia apartó la vista.

Las tres se quedaron en silencio durante cinco minutos largos.

Cuando Claudia los abrió otra vez, miró a Nora.

—¿Qué hora es?

—Las dos menos diez, mamá.

—Entonces pronto van a traerme el almuerzo.

—Sí.

—¿Os quedáis?

—Nos quedamos.

—Bien.

Claudia cerró los ojos otra vez. Se quedó tranquila.

A las dos y diez, una enfermera trajo la bandeja del almuerzo. Nora y Clara se retiraron. Dieron un paseo por el jardín de la residencia durante veinte minutos. No hablaron mucho. Clara tenía la foto en la mano todo el rato. Nora se la dejó llevarla.

A las tres, volvieron a la habitación. Claudia estaba durmiendo.

Se fueron sin despertarla.

Nora besó a su madre en la frente antes de salir.

En el coche, camino de Madrid, Clara habló.

—La foto.

—Exacto.

—Víctor se la mandó a papá en mil novecientos noventa y nueve.

—Sí.

—¿Por qué?

Nora conducía despacio por la autovía de la Coruña.

—Para hacerle daño.

—Lo supongo.

—Para demostrarle que la tenía. Para que papá supiera que no tenía cómo rescatarla. Para que papá cargara con eso durante dieciséis años más antes de morir.

—Sí.

—Esta foto cambia algunas cosas.

—Me temía algo así.

—No todas. Pero algunas.

—Dime cuáles.

—Papá tenía pruebas. Desde mil novecientos noventa y nueve. Papá tenía una foto con la letra de Víctor en el dorso. Papá habría podido, legalmente, abrir una investigación contra Víctor en mil novecientos noventa y nueve. Con una sola foto, llega. Hoy no sería suficiente ante la Audiencia Nacional, pero en los juzgados de instrucción de los noventa sí. Papá tenía material.

—¿Y?

El momento se dilató.

—Y no lo usó.

—¿Por qué?

—Por lo que dijo mamá. Para protegerte. Porque calculó que si Víctor le veía venir con una orden, te iba a desaparecer a ti para siempre. Y esa foto, enviada por Víctor, también fue una advertencia. "Mírala. Está viva. Si me mueves, se muere."

—Entonces papá...

—Papá sabía desde mil novecientos noventa y nueve. No desde dos mil once como yo pensaba. No desde dos mil catorce. Desde el principio.

—Eso cambia a papá.

—Exacto.

—Durante veintisiete años, yo pensé que papá descubrió tarde, que hizo lo que pudo con lo que tenía, y que murió peleando. Ahora sé que papá supo desde el principio. Que eligió guardarlo. Que eligió no rescatarte aunque tuviera pruebas. Que eligió mantenerme a mí en la ignorancia. Que sostuvo la mentira con mamá durante dieciséis años. Y que murió solo habiéndoselo dicho a ella. Que calculó un plan largo. Muy largo. Demasiado largo. Y que el plan le acabó matando sin haberlo cerrado.

—Eso no es peor.

—¿No?

—No. Eso es más humano. Papá no era un hombre de cine. Era un hombre con miedo. Con dudas. Con un hijo pequeño muerto, una hija desaparecida, una hija mayor viva y una mujer al borde del psiquiátrico. Eligió lo que eligió. Nadie puede juzgarle hoy por no haberlo hecho mejor. Yo, desde luego, no.

Nora no contestó.

Condujeron en silencio durante diez kilómetros.

—¿Tú me dejas guardar esta foto?

—Es tuya.

—Gracias.

—Clara.

—Dime.

—Una cosa. Mañana por la mañana voy a ir a comisaría a hablar con Fuentes de la foto. Es prueba nueva. Va a tener que entrar en el

expediente judicial. Esto puede afectar a la sentencia final de Víctor. Y afecta también a Fermín, indirectamente, porque demuestra premeditación desde un punto más antiguo.

—Vale.

—¿Estás bien con eso?

—Estoy bien.

—Esto no lo íbamos a descubrir nosotras dos. Lo descubrió nuestra madre por nosotras, cuando le dio la gana a su Alzheimer. No somos nosotras las que hemos cerrado esto. Ha sido ella.

—Claro.

—Y esa es, en el fondo, la cosa más bonita que ha pasado hoy.

Clara asintió.

Guardó la foto en el bolsillo interior del abrigo.

A las cinco menos cuarto, entraron en Madrid por la avenida de la Coruña.

En el asiento del copiloto, Clara se apoyó la cabeza contra la ventana. El sol del final de la tarde se filtraba entre los edificios.

Nora conducía despacio.

Y mientras conducía, pensó en una sola cosa.

Que el río no devuelve los cuerpos que se lleva. Pero el tiempo, a veces, sí devuelve las fotografías.

Y una fotografía, a veces, es suficiente.

EPÍLOGO

Tres meses después

Lunes diecinueve de enero, a las doce menos cuarto del mediodía. Tres meses exactos desde el sábado en que fueron detenidos Víctor Palacios y Fermín Rojas Valverde en el chalé de Alberto Alcocer.

Nora aparcó el coche en la avenida de la Albufera, a la altura del número ciento tres.

Clara iba en el asiento del copiloto. Llevaba un abrigo negro, una bufanda verde botella y unas botas que había comprado en enero para la ocasión. Tenía las manos dentro de los bolsillos del abrigo.

Ninguna de las dos había hablado mucho durante el trayecto desde Lavapiés. Veintidós minutos de radio baja y de silencios largos que no pesaban.

Bajaron.

Subieron los trescientos metros de cuesta del parque por el sendero de la cara oeste, el más directo. El aire de enero en Madrid era seco, frío, limpio. Había sol. Un cielo azul pálido con una nube alargada al norte. Tres palomas en la hierba del primer descanso. Un hombre mayor con perro que bajaba por la cuesta y que las saludó con una inclinación de cabeza al cruzarse.

A las doce menos cinco, llegaron a la cumbre del Cerro del Tío Pío.

Se veía Madrid entero desde ahí.

Las Cuatro Torres de Chamartín al norte. El Retiro al centro. El Manzanares a lo lejos al oeste. La Casa de Campo detrás. Los edificios del centro del sur como un dibujo a lápiz.

Clara caminó unos metros hacia el banco.

El banco.

Un banco de madera clara, de tres plazas, con el respaldo bajo, idéntico a los otros bancos del parque salvo por el hecho de que era el banco en el que, el diecisiete de octubre por la noche, Mateo Valls había colocado a Inés Carretero sedada.

Y el banco que estaba, también, a unos diez metros del sitio donde, según la crónica reconstruida por Mateo en sus declaraciones al juez durante el mes de diciembre, Sara Vidal Cabrera había estado jugando sola a las siete menos cuarto de la tarde del sábado nueve de agosto de mil novecientos noventa y ocho antes de ser abordada por un chico de dieciséis años que le ofreció la mano y le dijo que su madre la esperaba en otro sitio.

Clara se paró delante del banco.

No se sentó inmediatamente.

Se quedó un rato mirándolo.

Nora la esperó a dos metros. No se acercó más. No dijo nada.

Pasaron unos segundos que Nora, después, recordó como muy largos.

Luego Clara se sentó.

En el extremo izquierdo. La mano derecha apoyada en el respaldo.

Levantó la cara hacia Nora.

—Nora.

—Te escucho.

—Siéntate tú también.

Nora se sentó en el otro extremo del banco. Quedó un espacio entre las dos. Una plaza vacía en medio. Ninguna de las dos la ocupó.

Se quedaron así los cinco minutos siguientes.

Sin hablar.

Mirando Madrid.

A las doce y tres, Clara dijo:

—Creo que lo que esperaba sentir aquí no lo estoy sintiendo.

—¿Qué esperabas sentir?

—Algo más grande.

—¿Y qué estás sintiendo?

—Frío en la punta de los dedos. Aire limpio en la cara. Tranquilidad. Un poco de tristeza. Pero no una tristeza aguda. Una tristeza de fondo. Como la que se tiene siempre. La tristeza normal.

—Bien.

—¿Esto es normal?

—Esto es normal.

—Yo creía que iba a romperme aquí.

—Pablo Rivas me dijo una vez que los sitios donde creemos que nos vamos a romper suelen ser sitios donde no nos rompemos. Que la rotura llega en sitios que no anticipamos. Una cola del supermercado. Una canción en la radio. Una frase dicha por un desconocido. No en las cumbres de las colinas donde volvemos a propósito.

—Tu terapeuta es una persona lista.

—Lo es.

Silencio otra vez.

Tres minutos.

—Nora.

—Habla.

—No me acuerdo de aquel día.

—Lo sé.

—He estado todas estas semanas pensando si, sentada aquí, me iba a venir algún recuerdo. Un olor. Una sensación. La cara de Mateo a los dieciséis años. El sol de aquel sábado. Cualquier cosa. Nada. No me viene nada.

—¿Te decepciona?

—Un poco.

—Es normal. Pero también es mejor así. Si tuvieras recuerdos, tendrías trauma corporal. No los tienes. Eso significa que, físicamente, tu cuerpo no guardó el día. Tu cuerpo decidió, en aquel momento, protegerte de recordar. Eso es bueno, Clara. Mejor que lo contrario.

—Así es.

Clara se quedó un rato en silencio. Luego se quitó un guante. Con la mano desnuda tocó el banco. Tres segundos. La retiró.

—¿Qué hacías? —preguntó Nora.

—Nada. Pensaba si esto era el mismo banco. Este es más nuevo. La madera es más clara. Los bancos se cambian, supongo, cada tantos años. Este a lo mejor no es el banco donde me senté yo, el de mil novecientos noventa y ocho. Pero está en el mismo sitio. Y eso es lo que cuenta.

—Eso es lo que cuenta.

A las doce y once, Clara sacó del bolsillo del abrigo un sobre pequeño de papel blanco. Lo abrió. Sacó una foto.

La foto que habían encontrado el veintiséis de diciembre en la caja de Claudia.

Sara, ocho años, agosto de mil novecientos noventa y nueve, helado verde, sofá de flores, casa de los abuelos en Palencia.

Clara la miró un momento.

Luego la dejó entre las dos, en el espacio libre del banco.

—¿Qué haces? —preguntó Nora.

—La traigo aquí un momento. No la voy a dejar. Pero quiero que esté entre las dos cinco minutos.

—Vale.

Nora no dijo nada más.

Durante cinco minutos, las dos hermanas estuvieron sentadas en el mismo banco, mirando Madrid, con una foto de una de ellas a los ocho años entre ellas, en el sitio donde la hermana de la foto había sido secuestrada un año antes de que se tomara la foto misma.

Al cabo de esos cinco minutos, Clara recogió la foto. La guardó en el sobre. El sobre en el bolsillo.

—Vámonos —dijo.

—Vámonos.

Se levantaron.

Caminaron de vuelta al coche por la cara sur del parque, que era más larga pero menos empinada. Bajaron despacio. Cruzaron la avenida.

En el coche, antes de arrancar, Nora preguntó:

—¿Comemos?

—Comemos.

—¿Dónde?

—Donde tú digas.

—El asturiano de Hortaleza.

—El asturiano de Hortaleza.

Nora arrancó.

A las dos menos cuarto entraron en La Querencia. El mismo restaurante donde habían comido con Fuentes, Sergio y Marta el diecinueve de noviembre, después de la vista de Fermín en la Audiencia.

El camarero reconoció a Nora. Las sentó en la misma mesa del rincón.

Comieron la sopa de pescado. Cada una un filete ruso. Cada una una copa de vino. Postre no. Café.

Después del café, Clara dijo:

—Nora.

—Adelante.

—¿Cuándo te vas a Oviedo?

Nora la miró.

—El doce de febrero.

—¿Lo has decidido ya?

—Lo decidí anoche. Iré con Sergio. Tres días. A ver a la madre de Alicia, si sigue aceptando recibirme. A recoger las cartas acumuladas de Amalia del buzón de La Nueva España.

—Bien.

—Empieza el siguiente.

—Empieza el siguiente.

Clara asintió despacio.

Bebió el último sorbo del café.

—No dejes de venir a comer conmigo los miércoles.

—No voy a dejar.

—Aunque estés en Oviedo.

—Aunque esté en Oviedo, pido una comida por videollamada.

—Bien.

—Clara.

—Dime.

Algo se volvió más pesado entre los dos.

—Una cosa antes de irnos.

—Te escucho.

—La foto.

—¿Qué foto?

—La de hoy. La que has traído al banco.

—Así es.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Clara pensó un momento.

—Creo que la voy a poner en un marco. En la estantería del salón de mi piso. Junto a la foto de mamá de los veinte años en Cullera.

—Bien.

—Y dentro de unos años, cuando tenga la cabeza bien hecha, me compraré una foto de mí misma a los treinta y cinco, en Lavapiés, tocando la guitarra. Y las pondré las tres juntas. Yo niña. Mi madre joven. Yo adulta.

—Bien.

—Las tres seremos la misma línea de mujeres.

—Lo serán.

—Un día, cuando mamá se muera, pondré también una foto de ella mayor. Y así, en la estantería de mi salón, habrá cuatro mujeres. Una familia.

—Una familia.

—Nora.

—¿Qué pasa?

—¿A ti no te va a molestar no salir?

Nora sonrió.

—Yo tengo mi propia estantería. En mi salón. Con mis fotos. Algunas van a ser tuyas también.

—Bien.

A las tres y cuarto salieron del restaurante. Fuera, el sol de enero empezaba a bajar ligeramente hacia el oeste. Hacía frío. Olía a castañas asadas del puesto de la esquina.

Se despidieron en la acera.

—Gracias por haber venido hoy.

—Gracias a ti.

—Clara.

—Dime.

—Fuiste tú quien eligió el sitio.

—Fui yo.

—Gracias por elegirlo.

—De nada.

Clara la abrazó. Un abrazo corto. Sin rigidez.

Nora le devolvió el abrazo.

Se separaron.

Clara caminó hacia el metro. Nora caminó en dirección contraria hacia su coche.

Al llegar a la esquina de la calle Hortaleza con la calle Farmacia, Nora se paró un momento.

Se giró.

Vio a Clara bajando por la bocacalle hacia el metro de Chueca. Caminaba despacio. Miraba los escaparates. Se paró delante de uno a mirar algo durante unos segundos. Siguió.

No se giró.

Nora sonrió.

Y siguió su camino.

En el coche, camino de casa, pensó en lo siguiente.

Que el diecinueve de octubre, a las dos y media de la madrugada, una mujer que ella todavía no conocía había tenido la ocurrencia, desde el sofá de un piso de la calle Argüelles, de releer la carta de Alfonso Vidal en el expediente que le había sido reenviado desde un apartado postal por un hombre que ella creía extraño, y había decidido quedarse en el piso sin llamar a su tío, aunque Mateo Valls le había dado el tiempo justo para llamarle.

Que cuarenta y ocho horas después, esa misma mujer estaba abrazando a una hermana mayor en una sala institucional de la Jefatura Superior de Policía de Madrid.

Que trece semanas después, esa hermana mayor y esa hermana pequeña estaban bajando de un cerro en Vallecas, caminando en direcciones opuestas, cada una hacia su propio metro, su propio piso, su propia vida.

Que en tres meses se habían abierto más cosas de las que se habían cerrado.

Y que eso, al final, probablemente era lo correcto.

Porque el río no devuelve lo que se lleva.

Pero el tiempo, con paciencia, con ayuda, con algunas coincidencias de las buenas, con algunas decisiones tomadas por otros cuando uno todavía no era capaz de tomarlas, con un poco de suerte y con bastante trabajo, a veces sí va devolviendo pequeñas cosas.

Una foto en una caja.

Un nombre nuevo.

Una hermana que vuelve.

Una cicatriz que cierra.

Un banco en una colina de Vallecas donde dos mujeres adultas, un lunes de enero a mediodía, se sentaron a no llorar.

Un silencio compartido de cinco minutos.

Una sopa de pescado en un restaurante de la calle Hortaleza.

Un abrazo corto en una acera.

A las cuatro y cuarto llegó a casa.

Aparcó.

Subió las escaleras.

Entró.

Y esa noche, por primera vez en varias semanas, Nora Vidal soñó.

Soñó con una mujer a la que no había visto nunca. Tenía el pelo castaño recogido en una trenza larga. Llevaba un vestido amarillo pálido y una flor blanca prendida sobre la oreja izquierda. Estaba sentada en un banco de madera, en un jardín que Nora tampoco conocía, bajo una luz de atardecer que no era de Madrid.

La mujer miró a Nora.

No dijo nada. Solo la miró.

Y, muy despacio, levantó la mano derecha para que Nora pudiera verla bien.

En la muñeca, dos cortes finos en forma de A.

Nora se despertó a las cinco y catorce de la madrugada con el corazón disparado y la sensación exacta de que acababa de ver a una mujer a la que iba a buscar durante los próximos doce meses.

Una mujer viva; en algún sitio del norte.

Una mujer que llevaba un vestido amarillo.

Una mujer que había firmado su propia A en la muñeca porque nadie más iba a hacerlo por ella.

Nora encendió la lámpara de la mesita. Cogió el cuaderno que tenía en el cajón. Anotó una sola palabra en la página en blanco.

"Amalia."

Luego apagó la luz.

Pero ya no se durmió.

FIN DEL LIBRO UNO

Continuará en

LA A EN LA MUÑECA

Serie Nora Vidal · Libro 2

AGRADECIMIENTOS

A Isabel M., lectora cero de todos mis manuscritos desde que los dos sabemos lo que eso significa. Ninguna de estas páginas existiría sin sus anotaciones al margen, sus llamadas a las dos de la mañana y su costumbre de tachar adjetivos sin pedirme permiso.

A Javier R., inspector jubilado de la Brigada Central de Información, que leyó los capítulos de procedimiento policial con paciencia y corrigió con cariño todas las veces en las que Nora habría sido expulsada de su propio cuerpo. Cualquier error de protocolo que quede es mío, no suyo.

A Carmen D., fiscal de Violencia de Género, por el café largo del mes de marzo y por explicarme cómo se construye una instrucción paralela sin que la primera la contamine.

A la doctora Lucía P., psicóloga forense, por las horas dedicadas a que las sesiones de Nora con Pablo Rivas sonaran a lo que son: trabajo lento, callado y con frecuencia doloroso.

A M., la primera persona que me contó una historia que no era la suya y confió en que yo la escribiera sin convertirla en pornografía del dolor. Espero haber estado a la altura.

A mis padres, que no leen thrillers pero leerán este.

Y a T., por todo. Por estar. Por los domingos. Por no preguntar nunca por el libro cuando no tocaba.

Este libro es una ficción. Los personajes, los casos, las direcciones, las redes y las instituciones que aparecen son invención mía. Cualquier parecido con hechos reales es coincidencia, salvo en lo que concierne a la geografía de Madrid y Segovia, que sí existen, y a la insistencia del río Manzanares en no devolver lo que se lleva, que también.

Helena Montero

Madrid, abril de 2026